

EL CULTO DE LOS GAAL-EL

EL PROYECTO ORFEO

LIBRO 2

FRANK J. CAVILL

El culto de los Gaal-El

El proyecto Orfeo - Libro 2

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: [Frank J. Cavill](#)

Web: frankj cavill.com

X: [@FrankJCavill](#)

Facebook: [FrankJCavill](#)

Threads: [@frankj cavill](#)

Instagram: [@frankj cavill](#)

TikTok: [@frankj cavill](#)

Mail: frankj cavill@gmail.com



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (pilargarcia.net)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (susanarodriguezlezaun.com)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

[Cuarentena](#)

[Informe de la misión](#)

[Los análisis](#)

[Ojos en el cielo](#)

[Contraataque](#)

[La guarida](#)

[La trampa](#)

[La espera](#)

[La primera base](#)

[Los colonos](#)

[El primer contacto](#)

[La visita](#)

[El nuevo amigo](#)

[Oscuros secretos](#)

[La pionera](#)

[La niebla](#)

[Diplomacia](#)

[Los guardianes de la esperanza](#)

[La sociedad kepleriana](#)

[Rebelión](#)

[Traidor](#)

[Desmoralizados](#)

[Volver a empezar](#)

[Prohibición](#)

[Reinauguración](#)

[La visita](#)

[La reunión clandestina](#)

[El rescate](#)

[Cogiendo fuerzas](#)

[El ermitaño](#)

[Viaje a las montañas](#)

[El paso nevado](#)

[El culto de los Gaal-El](#)

[La aventura continua en:](#)

[La mujer de metal \(El Proyecto Orfeo, Libro 3\)](#)

[*Nota del autor:*](#)

[Agradecimientos](#)

[La mujer de metal \(El Proyecto Orfeo, Libro 3\)](#)

1

Cuarentena

8 de mayo del año 0

Estación espacial Asimov

Emily se sentó en la cama y respiró profundamente, como si fuera la primera vez. Fue un alivio quitarse el exotraje tras casi veinte horas de agobio. Sin embargo, no podía estar contenta. El soldado Parrish había muerto y ella era la responsable del equipo. Le había prometido al subdirector Green que volverían todos sanos y salvos y no había podido cumplir su palabra. La moral del equipo no pasaba por su mejor momento. El regreso a la estación espacial se había producido en el más sepulcral silencio.

Al llegar tuvieron que pasar por descontaminación y dirigirse, todavía con los trajes puestos, hasta una de las enfermerías de la Lavadora habilitada para albergar pacientes en cuarentena. Allí les esperaban unas celdas acristaladas en las que tendrían que pasar varios días en observación. Todos asumieron las normas establecidas con resignación. El riesgo de contaminar la estación entera era alto ya que habían estado en contacto con una molécula de origen desconocido.

Los cubículos del sector de cuarentena eran individuales y estaban separados por unas placas de un polímero transparente, de modo que podían ver al resto de sus compañeros. Cada celda tenía un pequeño aseo individual de un material opaco para garantizar la privacidad. La estancia estaba muy bien equipada y recordaba mucho a la unidad de cuidados intensivos de un hospital. Se notaba que estaba preparada para situaciones mucho más críticas que esta. No era el Ritz, pero al menos iban a estar bastante cómodos.

—¿Qué tal te encuentras? —oyó preguntar a Ada, la inteligencia artificial.

—Mal —respondió Emily con tristeza.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? —se ofreció.

—No, Ada. Gracias, pero me temo que no puedes hacer nada.

Unos momentos después entraron dos personas en la estancia. Iban ataviadas con sendos equipos de protección individual que les permitiría moverse por la zona de cuarentena sin riesgo de ser contagiados.

—Buenas noches a todos —oyeron una voz de mujer—. Si me pudieran atender un momento, por favor. —Todos los ocupantes de las celdas prestaron atención a la recién llegada—. Soy la doctora Sabine Schmidt —se presentó—, la directora de sanidad del proyecto. Voy a encargarme de coordinar el proceso de cuarentena. Y esta de aquí es la enfermera Evelyn Brown.

Emily conocía a Evelyn de sobra, fue la enfermera que la introdujo en su cápsula de criogenización y también la que atendió sus maltrechas costillas tras el encuentro con el agujero negro.

—Durante los próximos días permanecerán dentro de sus habitaciones, donde estarán en constante observación —dijo señalando las cámaras y sensores que había en el interior de los habitáculos—. Permítanme que sea muy insistente y les recuerde que no abandonen sus

habitaciones, ni siquiera para socorrer al compañero de al lado. Aunque se trate de un caso de vida o muerte. El equipo médico de la estación se encargará de atender cualquier eventualidad con toda la celeridad que nos sea posible.

»Han estado expuestos a un ente alienígena y por lo tanto debemos ser muy meticulosos. Puede que alguno de ustedes esté contagiado y el resto no lo esté. Por lo que, pase lo que pase en la celda de al lado, no intenten salir de la suya.

Tras hacer una breve pausa y cerciorarse de que su mensaje había sido entendido, continuó:

—Dicho esto, y aunque alguno ya lo conozca, les explicaré el protocolo de cuarentena —continuó—. Permanecerán un mínimo de siete días en estas dependencias. —Se oyeron algunos sonoros soplidos de resignación cuando la doctora Schmidt reveló la duración mínima del proceso—. Se les alimentará en sus habitaciones —continuó—. La propia enfermera Brown, o alguno de sus compañeros que esté de turno, les traerán sus raciones diarias.

»Cada mañana se les realizará una extracción de sangre y se recogerán muestras de orina antes de desayunar. Así que, absténganse de ingerir nada pasada la medianoche. Todos los días se les entregará un botecito para poder depositar la orina. No es necesario que les explique cómo, ya han hecho este proceso multitud de veces para poder entrar en el proyecto. En función de los resultados que se extraigan de los análisis de cada uno de ustedes decidiremos si de aquí a una semana pueden abandonar la cuarentena o no. ¿Alguna duda? —preguntó.

Nadie de los presentes parecía tener muchas ganas de hablar, así que la doctora Schmidt continuó:

—Excelente. Ahora mismo les haremos un pequeño reconocimiento preliminar. La enfermera les tomará muestras de sangre y luego les traerá algo de cenar para que puedan acostarse. Imagino que estarán todos muy cansados.

La doctora comenzó a realizar los reconocimientos por un lado mientras Evelyn empezaba por el otro a tomar las muestras de sangre de todos ellos.

Emily fue la tercera en la lista de extracciones y cuando la enfermera entró en su habitación el cristal de las paredes cambió de color, dando algo de privacidad. Llevaba consigo un pequeño carrito de ruedas con el material necesario. Evelyn saludó con timidez:

—Hola, Emily. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—Hola, Evelyn —saludó con tristeza desde el borde de la cama—. La verdad es que estamos bastante fastidiados. Hemos perdido a un compañero.

Emily fue incapaz de aguantar toda la rabia y congoja que llevaba todo el día reteniendo en su interior, y allí mismo se derrumbó. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Evelyn se sentó junto a ella y le pasó el brazo por encima del hombro, intentando tranquilizarla.

—Tranquila —susurró—. Ya ha pasado todo.

—No pudimos hacer nada por evitarlo...

—No quiero ni imaginar lo que habéis pasado —dijo Evelyn con ternura—. Y poco de lo que te pueda decir expresará fielmente la gratitud y los ánimos que el resto de la nave os envía. Pero ten por seguro que todos estamos con vosotros.

Las palabras de la enfermera tranquilizaron a Emily que se sintió bastante reconfortada por la muestra de gratitud.

—Gracias, Evelyn —dijo mientras se enjuagaba las lágrimas que le caían por las mejillas—. Creo que ya me encuentro mejor. Llevaba horas guardándome todo dentro.

—Aquí me tienes si necesitas cualquier cosa —se ofreció—. Es lo menos que puedo hacer por la primera colona del planeta.

Emily esbozó una tímida sonrisa. Todavía no era consciente de la repercusión que estos tres últimos días iban a tener en la historia de la humanidad. Nadie lo era. Pero, por desgracia, no le era posible disfrutar del momento.

—Voy a hacerte la extracción —dijo la enfermera—. Quítate la sudadera y siéntate en la silla de la esquina.

Emily obedeció y se sentó en la silla con reposabrazos de la habitación. La enfermera recogió una pequeña goma de su carrito y se la ató con fuerza en el brazo derecho, por encima del codo. Extrajo un pedazo de algodón y lo impregnó con alcohol para pasárselo por encima de la vena mediana del brazo.

Después cogió la pequeña pistola extractora que reposaba en el carrito y cargó un pequeño vial vacío en ella. Apoyó la punta contra la vena de Emily y apretó el pequeño gatillo que accionaba el aparato. Emily sintió un pinchazo y la enfermera apartó el aparato de la vena cuando este emitió un ligero pitido.

—Ya está —dijo la enfermera mientras extraía el vial de medio mililitro lleno de sangre—. Ahora vendrá la doctora a hacerte el reconocimiento médico.

—Gracias, Evelyn.

—De nada —respondió ella—. Y recuerda, estamos todos juntos en esto. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, muchas gracias. De verdad.

—Os traeré en breve la cena, imagino que tendrás hambre —dijo mientras abría la puerta para continuar con el resto de las extracciones.

Emily aguardó unos minutos esperando a la doctora. A juzgar por la opacidad de la habitación de enfrente de la suya, todavía estaba visitando a la sargento Cameron. A su derecha, pudo ver como la de Taro se oscurecía al entrar la enfermera.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Gorka desde la pared de separación de la habitación de la izquierda.

—Bien, supongo —mintió un poco—. ¿Y tú? ¿Y Paula?

—Yo estoy bien pero Paula está bastante deprimida —dijo mirando hacia la habitación que tenía al otro lado—. Lo que hemos vivido todos hoy no creo que se nos llegue a olvidar jamás. Pero ella... lo ha vivido en primera persona.

Emily contuvo el llanto al imaginar lo que tenía que estar pasando ahora mismo su compañera, sola, sabiendo que en cuanto cerrara los ojos, sus recuerdos se convertirían en la peor de las pesadillas.

—Tranquila, aunque tengamos este cristal en medio, yo estoy aquí con ella —intentó tranquilizar a Emily al ver la expresión de su cara.

Las dos sanitarias continuaron con la ronda de visitas hasta que Emily pudo ver como la doctora salía de la habitación de Taro para dirigirse a la suya. De nuevo, las paredes de su habitáculo se hicieron opacas en cuanto la doctora entró por la puerta.

—Hola, doctora Rhodes —saludó.

—Hola, doctora.

—Creo que nos conocimos hace años, ¿verdad? —preguntó—. Cuando te hicimos alguno de los reconocimientos para el ingreso en el proyecto.

—Sí —confirmó Emily—. Me acuerdo de aquel día. El subdirector Green me acompañaba.

—Eso es —recordó—. Bueno, sé que estáis todos un poco tocados anímicamente, no me hace falta ningún título académico para poder verlo.

—Supongo que no está siendo nuestro mejor día —intentó sonreír de manera forzada.

—Es comprensible. Y no puedo hacer nada para cambiarlo, solo deciros que el tiempo cura las heridas. —Hizo una pausa y comenzó con su examen:— ¿Físicamente cómo te encuentras? —preguntó.

—Me noto muy cansada.

—Y aparte de cansada, que en vista de que lleváis muchas horas sin dormir puede ser normal, ¿notas alguna molestia fuera de lo habitual? ¿Algún dolor? ¿Mareos?

—No, creo que estoy bien.

—De acuerdo. Quítate la camiseta y ponte de pie aquí, dándome la espalda —ordenó.

Emily obedeció y se situó delante de la doctora, tal y como le había indicado. Esta sacó de su bolsillo su estetoscopio inalámbrico y escuchó la respiración de Emily a través de su implante.

—Respira hondo. —Escuchó con atención—. Suelta el aire.

Repitió el proceso varias veces.

—Date la vuelta —pidió.

La doctora realizó el mismo procedimiento un par de veces más y guardó el estetoscopio de vuelta en su bolsillo. Sacó una pequeña linterna y apuntó a sus pupilas, primero a la derecha y luego a la izquierda.

—La dilatación de las pupilas es normal —dijo en alto—. Sigue la luz. —Pidió moviendo la linterna de derecha a izquierda mientras Emily la seguía con la mirada.

—Bien, ahora abre la boca y saca la lengua.

Obedeció y la doctora pudo examinar la garganta con ayuda de la linterna.

—Muy bien —dijo conforme—. ¿Notas alguna molestia mientras te palpo?

La doctora pasó sus dedos por la nuca de Emily y también por la zona del cuello, bajo las mandíbulas.

—No, no noto nada.

—Levanta los brazos. ¿Notas dolor en las articulaciones?

—Tampoco —dijo Emily tras intentar levantar los brazos mientras la doctora ejercía fuerza en la dirección contraria del movimiento.

Le examinó también los oídos y las vías respiratorias. Y, tras concluir las pruebas, se dio por satisfecha:

—De acuerdo, creo que por el momento será suficiente —dijo la doctora—. Ada os tendrá monitorizados toda la noche y nos avisará al menor cambio en vuestras constantes. Pero si necesitas cualquier cosa, algún sedante para poder dormir, o lo que sea, pídenoslo.

—De momento creo que estoy bien —dijo Emily—. Pero si pudieras tener especial cuidado con la ingeniera Gonçalves, te lo agradecería. Lo ha pasado muy mal, fue testigo de... bueno de...

—Entendido —comprendió la doctora—. No te preocupes, lo haré.

—Gracias —dijo Emily.

La doctora abandonó la habitación y continuó con el examen a Gorka. Emily se tumbó en su cama, pensativa.

—¿Qué relación pueden tener entre ellas las dos especies alienígenas que acabamos de descubrir en el planeta? —susurró para sí.

—Ada, muéstrame imágenes de las dos razas alienígenas que hemos visto hoy.

—Aquí las tienes —dijo mientras le mostraba dos imágenes—. He escogido las que creo que destacan mejor la fisionomía de ambas especies. Una es de la grabación de Taro y la otra es tuya.

Emily observó ambas con atención y encontró de un simple vistazo múltiples evidencias que la permitían asegurar que se trataban de diferentes especies. Para empezar el color de su piel, pálida y mortecina en uno de los casos y muy oscura con un tono rojizo en el otro. Pero, sin duda, lo más evidente era la total ausencia de cuencas oculares en los cráneos de los Yokai. Sintió un profundo escalofrío al observar la imagen de aquella terrorífica criatura. Entendía a la perfección por qué Taro, pero sobre todo Paula, habían entrado en estado de *shock* al acabar la refriega.

La especie que vieron al otro lado del río no era aterradora ni mucho menos, al contrario. Llevaban ropajes y aparejos de pesca. Hasta podría decirse que ambos individuos parecían ser un padre y su hijo o un abuelo y su nieto que iban a disfrutar de un pequeño momento familiar en el río. Incluso el sargento Ortiz comentó que él mismo lo había hecho multitud de veces con su abuelo.

Observó sus ojos, con la totalidad de su globo ocular de color oscuro, no parecían amenazadores:

—¿Quiénes sois? —preguntó en voz baja— ¿Sois vosotros los que habéis desarrollado la molécula?, ¿los que habéis construido los obeliscos?

La salida de ambas sanitarias de la zona de cuarentena la sacó de sus pensamientos. Ya habían acabado con las extracciones aunque todavía tenían que traerles la cena. Emily no había tenido tiempo de pensarlo pero llevaban horas sin comer nada, apenas unos sorbos de la insípida papilla que proporcionaba el exotraje. Se dio cuenta de que tenía mucha hambre.

No tardó demasiado en llegar la comida. Evelyn volvió a aparecer por la puerta con otro carrito y un par de pilas de bandejas. De nuevo Emily fue la tercera en la lista. La enfermera entró en la habitación con una bandeja y extrajo de uno de los laterales de la cama una pequeña mesita para que esta pudiera comer.

—Ada, inclina la cama hacia adelante —pidió la enfermera.

La cama de Emily se dobló hacia el frente con ella encima. En unos segundos tenía la pequeña mesita y la bandeja caliente delante suyo. Esta vez había unas albóndigas de carne artificial con salsa de setas y una guarnición de verduras salteadas. Había brócoli, pero a Emily no le importó en absoluto, así que, se puso a ello.

—Buen provecho —dijo la enfermera—. Luego vuelvo a por la bandeja.

—Muchas gracias, Evelyn —respondió con la boca ya llena con media albóndiga.

—Ya veo que teníais todos hambre —rio mientras se dirigía a la puerta—, eso es bueno. Te dejo tranquila.

Emily acabó con la cena en un abrir y cerrar de ojos. Tenía tanta hambre que hasta rebañó el plato. Pudo reposar un rato la comida hasta que Evelyn volvió a por la bandeja vacía. Además, le trajo el pequeño bote para recoger las muestras de orina la mañana siguiente.

—Sabes cómo funciona, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí, descuida.

—De acuerdo. Si me necesitáis para cualquier cosa, decidle a Ada que me avise, o llamadme directamente.

—Sí, gracias Evelyn —respondió Emily.

—Apagaremos las luces en breve. Intenta descansar, te vendrá muy bien.

—Gracias.

Evelyn apagó las luces cinco minutos después y se quedaron a oscuras, salvo por unas luces de emergencia que relucían colocadas de manera estratégica por el pasillo y el techo. A pesar de saber que le iba a costar dormirse, Emily se notó cansada, así que cerró los ojos. Pero no podía parar de pensar en lo ocurrido. Volvió a revisar las imágenes de ambas especies.

—Chad —llamó en voz baja—, ¿estás despierto?

—Sí —oyó una voz a través de su implante que le respondía, en un susurro—. Me temo que me va a costar dormirme hoy.

—Sí, a mí también —reconoció Emily—. No hago más que pensar en las dos especies alienígenas.

—En realidad, yo solo puedo pensar en una —dijo el biólogo—. Cada vez que cierro los ojos oigo los gruñidos de anoche. Solo de pensar que tendremos que compartir el planeta con esos demonios se me pone la piel de gallina.

—Sí, bueno, eso también —dijo Emily—. Pero, tú tienes claro que ambas son especies diferentes, ¿verdad?

—Sí —aseguró Chad—. Tienen tanto en común la una con la otra como tú y yo con cualquiera de ellas. Tenemos cuatro extremidades, caminamos erguidos y poco más.

—Eso me parecía a mí —respondió Emily—. Pero ambas especies parece que conviven en un espacio muy reducido, ¿cómo puede ser eso?

—No lo sé. No me lo había planteado todavía —dijo pensativo—. Pero, quizá los otros vivan en ciudades con luz artificial que los mantengan alejados, o tal vez los Yokai no puedan cruzar el río, parecía bastante profundo y caudaloso.

Puede que Chad tuviera razón y que ambos no convivieran juntos. Un simple pero oportuno accidente geográfico separaba a ambas especies.

—¿Crees que los otros son peligrosos?

—No sabría decirte —dijo el biólogo—. Pero el hecho de que llevaran aparejos de pesca y ropa, me hace pensar que son diferentes. Aunque eso no significa nada.

—¿Por qué no hemos visto ningún asentamiento desde la estación? —preguntó ella.

—En el planeta hay mucha vegetación —respondió Chad—. Y ya has comprobado que puede ser muy alta. Es posible que vivan en los mismos bosques.

—No lo había pensado —reconoció Emily—. Supongo que no tiene mucho sentido seguir dándole vueltas. No vamos a poder sacar mucha más información de las imágenes.

Emily decidió intentar descansar algo, aun a sabiendas de que le iba a costar conciliar el sueño. Así todo, lo consiguió.

Se despertó más tarde, sobresaltada por unos golpes.

—¡Ada! ¡Ábreme por el amor de Dios! —gritaba Gorka desde su habitación.

Emily le vio aporrear la puerta que, a pesar de su empeño, continuaba cerrada a cal y canto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—Gorka quiere salir de su habitación —respondió Ada.

—¿Por qué?

—Paula está llorando. Está teniendo pesadillas —dijo Gorka mientras se giraba hacia ella—. Dile a Ada que me deje entrar en su habitación. Lo está pasando mal... Por favor...

Emily se paró unos segundos a pensar, todavía somnolienta, no sabía muy bien cómo actuar.

—¡Controla a tus cachorros, niñita! —oyeron gritar al capitán Garth desde su celda.

—Pero lo tenemos prohibido, Gorka, ¿y si alguno de los dos estáis contagiados de alguna enfermedad? —dijo ella haciendo caso omiso del comentario del capitán—. Contagiaríais al otro.

—Me da igual, Emily —respondió—. Solo quiero tranquilizarla y que se calme. Si uno se ha contagiado, el otro lo estará también. Podríamos estarlo todos, o ninguno.

Emily sopesó las opciones en silencio.

—Ada, déjale ir con Paula.

—Gracias —dijo Gorka—. Muchas gracias.

La puerta se abrió y Gorka pudo entrar en la habitación contigua para abrazar a la pobre Paula, que apenas si había podido pegar ojo debido a las pesadillas y a la angustia de recordar lo vivido hacía apenas unas horas.

—¿Evelyn? —preguntó Emily—. ¿Estás ahí?

—Sí, Emily —respondió—. Lo he visto. Por mi parte no hay problema, no diré nada. Pero mañana que esté cada uno en su habitación, por favor.

—Así será —prometió—. Gracias, Evelyn.

Informe de la misión

1 de junio del año 0

Estación espacial Asimov

Emily despertó a la mañana siguiente sin más sobresaltos. Entró al aseo y llenó el pequeño vaso con la muestra de orina. Luego disfrutó de su primera ducha en varios días. Habían dormido bastante, casi nueve horas, pero en la estación todavía era de noche y las luces permanecían apagadas. A pesar de eso, muchos de sus compañeros estaban ya despiertos.

Se desenredó el pelo con un cepillo y se lo secó con una de las toallas, a falta de secador. Se puso ropa limpia y salió del aseo. Miró a través del cristal. Gorka ya había vuelto a su habitación y dejaba pasar el tiempo tumbado en su cama. Esperaba no tener que dar explicaciones a la doctora Schmidt. Aunque en su fuero interno sabía que la decisión que había tomado era la correcta.

—¿Qué tal ha pasado la noche? —le preguntó Emily.

Gorka se incorporó y se sentó en la cama.

—Le ha costado dormirse —dijo—. Pero luego ha conseguido descansar. De hecho, creo que todavía sigue dormida —añadió mientras miraba en aquella dirección.

—Así es —les confirmó Ada—. Sus constantes son normales. Está descansando bien, dentro de lo que cabe.

—Gracias, Ada —dijo Emily—. ¿Y tú qué tal estás?

—Visto lo visto, bastante bien —reconoció—. Quería darte las gracias por lo de ayer —añadió tras una pausa—, no podía dejarla sola.

—Tranquilo —respondió ella—. Creo que todos habríamos hecho lo mismo en tu situación.

Gorka asintió con la cabeza y agachó la mirada.

—¿Sabes que yo no estaba alistado en la Copérnico? —siguió su compañero.

—No, no lo sabía.

—Iba a casarme. Lo teníamos todo preparado —contó con lágrimas en los ojos—. Ella era asistente de vuelo en Stellar Aerospace, la misma compañía que se encargó de construir muchos de los módulos de las arcas. Hubo un ataque terrorista. No fueron los mismos que atentaron después contra la Copérnico, Justicia Global. Al menos a estos los acabaron cogiendo. Eran una especie de grupo fundamentalista aislado, ni siquiera tenían un nombre.

»Habían puesto a la compañía en su lista de objetivos para intentar atacar de forma indirecta al proyecto. Esa misma mañana habíamos discutido, ya ni recuerdo el por qué. Me marché de casa sin despedirme, pensaba que la vería dos días después y haríamos las paces. Por la tarde me enteré de que su vuelo había estallado por los aires.

—¡Dios mío! —exclamó Emily, horrorizada—. Lo siento mucho, Gorka. No lo sabía.

—Nadie lo sabe —respondió el ingeniero—. Ni siquiera sé por qué te lo cuento. Meses más

tarde ocurrió lo de la Copérnico y recibí una carta del antiguo director de mi tesis, el doctor Patel. Decidí alistarme en el proyecto, sin muchas esperanzas, la verdad, ya que el arca había sido destruida. Pero al menos intentaría colaborar como pudiera contra aquellos que me lo habían arrebatado todo.

Gorka hizo una breve pausa. Se frotó con cuidado los ojos.

—En realidad, no pensaba en tener una nueva vida. Solo quería ayudar a construir de nuevo lo que esos malnacidos habían destruido. Pero entonces la conocí a ella. Aquel mismo día, cuando vinimos por primera vez a la Asimov. Su sonrisa, su alegría, me hicieron sentir algo que pensaba que nunca más volvería a experimentar.

Tragó saliva. Las palabras parecían atascarse en su garganta.

—Y verla así, como la he visto después del ataque de ayer, me rompe el corazón. No soy capaz, no puedo permitirlo, no otra vez.

Emily no pudo evitar que las lágrimas se asomaran a sus ojos. La triste historia de Gorka era conmovedora. Ahora entendía todavía mejor su forma de actuar.

—Lo siento mucho, Gorka; de verdad que lo siento —dijo—. Y te agradezco la confianza, sé que no es fácil hablar de este tipo de cosas. Pero no te preocupes, estoy segura de que ella estará bien, es más fuerte de lo que parece. Además, no solo te tiene a ti, también nos tiene a nosotros.

—Lo sé —respondió él—. Gracias por escucharme.

—No hay de qué. Para eso estamos los amigos.

Las luces se encendieron de nuevo en toda la estancia. Se oían voces al otro lado de la puerta principal.

La doctora Schmidt entró acompañada por un enfermero, ambos ataviados con sus equipos de protección.

«Evelyn estará descansando», pensó Emily al ver al nuevo acompañante de la doctora.

—Buenos días a todos —saludó—. ¡Toca examen de nuevo! Vayan preparando sus muestras de orina para entregárselas al enfermero Conte.

El enfermero y la doctora comenzaron su particular ronda por cada una de las habitaciones. Al igual que el día anterior, el enfermero entró en la de Emily en tercer lugar.

—Buenos días, doctora Rhodes —saludó con educación.

—Buenos días —respondió Emily, ofreciéndole la muestra de orina que ya tenía preparada.

—Gracias. Si es tan amable de sentarse y descubrirse el brazo contrario al de ayer —le pidió el enfermero.

Ella obedeció y ofreció el brazo izquierdo para que le sacara sangre. Cuando acabó, le dijo que la doctora vendría enseguida y así fue.

—¿Qué tal te encuentras esta mañana? —preguntó la doctora cuando estuvo con ella.

—Bien —le aseguró Emily encogiéndose de hombros—. No noto nada extraño, si es a lo que te refieres. Y he podido descansar algo.

—Me alegro. Y, a pesar de ello, ¿se nota cansada?

—No. No más de lo normal, al menos.

—¿Síntomas raros?, ¿quizá tras la cena?

—No, nada en absoluto.

—¿Ha ido al baño con normalidad?

—Sí, supongo que sí —respondió pensativa.

—No observo nada extraño en sus gráficas —anunció mientras consultaba su terminal—. Esta tarde tendremos los resultados de los análisis de ayer y de esta misma mañana, así que vendré a hacerles otra visita con ellos en la mano. Esto es todo por ahora.

—Muchas gracias, doctora —se despidió Emily, que volvió a quedarse sola, sin saber muy bien qué hacer o cómo emplear su tiempo en aquel lugar.

—¿Qué tal estáis todos? —preguntó cuando por fin la doctora y el enfermero abandonaron la zona de cuarentena.

—Bien, dentro de lo que cabe —oyó a la soldado Ferrara contestar con voz queda.

—Sí, también estamos bien por aquí —dijo la piloto Balakova, que estaba en una de las esquinas, frente al copiloto Wilson.

—Bien —contestó Paula con un hilo de voz.

Un incómodo silencio se hizo después de la última respuesta. Nadie tenía muchas ganas de hablar. La pérdida del soldado Parrish y el descubrimiento de una raza de alienígenas peligrosos que podría poner en peligro la misión completa había hecho mella en la moral del equipo. Emily no sabía muy bien cómo animarlos, era su primera experiencia liderando un equipo de colonos. ¿Qué se puede decir cuando has perdido a un compañero en terribles circunstancias?

Tampoco tuvo mucho tiempo para pensar en alguna frase que pudiera mejorar la situación, ya que otras dos personas, ataviadas con sus correspondientes trajes de protección, irrumpieron en la estancia. Emily no pudo ver quién entraba en la habitación del capitán Garth, aunque por su complexión supuso que se trataba del comandante Bauer. El otro individuo abrió la puerta de Emily, que esperaba sentada en la cama.

—Hola —la saludó el subdirector.

—Hola, David.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó.

—He pasado por mejores momentos —reconoció mientras agachaba la cabeza, triste.

—Ya me imagino. —El subdirector se sentó a su lado—. Pero me alegro de verte de una pieza. Me has tenido muy preocupado.

—No he podido traerlos a todos sanos y salvos... —lamentó Emily con las lágrimas amenazando de nuevo con desbordar sus párpados—. Yo... lo siento.

—Emily —dijo el subdirector muy serio—, nada de esto ha sido responsabilidad tuya. Todos los que elegimos enrolarnos en este proyecto sabíamos a qué clase de peligros nos podíamos llegar a enfrentar. Sé que el soldado Parrish era un buen chico, y aunque pueda sonar algo insensible, él también conocía los riesgos. Lo que tienes que hacer ahora es levantarte de esta cama y continuar adelante, como siempre has hecho. Eres mucho más valiente de lo que crees, Emily.

—Pero toda esta gente espera de mí que tome las decisiones adecuadas —protestó ella—. No llevo ni tres días aquí y ya he perdido a un compañero.

—Alguien muy inteligente y muy cercano a ti me dijo una vez: «Los grandes resultados solo se obtienen con grandes sacrificios».

—Pero esa persona no está aquí —se quejó.

—Está mucho más presente de lo que tú crees.

Emily guardó silencio y volvió a recordar a su padre. Él sí que era un gran líder, había montado todo esto de la nada. Había negociado con gobiernos, con gente muy poderosa. Y había conseguido reclutar a los mejores. Pero ya no estaba con ellos, Emily tendría que aprender a vivir sin él, sin sus consejos.

—Aunque ahora te cueste verlo, sé que saldrás de esta. Y lo harás siendo mucho más fuerte —continuó el subdirector—. Solo tienes que confiar en ti misma y descubrirás la verdadera líder que hay dentro de ti.

—Gracias, David —dijo.

—Tenemos que hablar sobre la misión —cambió él de tema.

—Claro, eso es lo único importante ahora —reconoció Emily.

—Los miembros del consejo de dirección están muy preocupados por los acontecimientos de estos últimos días —siguió él—. Primero fue el descubrimiento de la molécula, luego esa especie de obelisco y la tormenta eléctrica. Por último, dos encuentros con diferentes razas de alienígenas. Creo que para tres días son imprevistos más que suficientes.

Se oyeron fuertes gritos desde la habitación del capitán Garth, cuyos cristales ya no eran transparentes. Y, aunque Emily no pudo entender sobre qué discutían, supo perfectamente de qué trataba la conversación que estaban manteniendo el capitán y su superior.

—Sí, imagino que todo el mundo estará bastante nervioso —asintió Emily.

—Necesito tener un informe de la misión lo más exhaustivo posible para poder tomar las decisiones adecuadas.

—Sí, claro —respondió—. Le diré a Ada que recopile lo más relevante y la ayudaré a que os haga un resumen.

—¿Qué es lo que te ronda la cabeza? —preguntó el subdirector al notarla preocupada.

—Desde el punto de vista del entorno, la tercera localización es de largo la más aceptable de todas —dijo—. La flora y la fauna son mucho más abundantes y hay un notable aumento de la biodiversidad. —Hizo una pequeña pausa, como si las imágenes volvieran a su cabeza—. Pero están esas criaturas, los Yokai.

—¿Yokai? —preguntó con curiosidad.

—Sí, así los hemos llamado. Era el nombre que se le daba a una especie de demonios en la mitología japonesa —aclaró Emily—. El pobre Taro los bautizó al acabar la refriega.

—Hemos visto las imágenes. Dan escalofríos.

Emily agachó la cabeza, algo la preocupaba.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el subdirector.

—No sé... es que... pienso en la Galileo... y no puedo evitar pensar en que los Yokai puedan haber acabado con ellos.

—No creo que eso sea lo que haya ocurrido. No veo a ninguna de esas criaturas con tecnología suficiente como para derribar una estación espacial del tamaño de la Galileo.

Emily pareció darse cuenta de lo infundado de sus preocupaciones.

—Puede que tengas razón pero ¿y qué se supone que debemos hacer ahora? ¿Enfrentarnos a esas criaturas? —preguntó—. ¿Por qué hemos encontrado a otra especie alienígena a tan solo

unos pocos kilómetros del lugar del ataque? ¿Hay más especies en otros lugares del planeta?

—¿Crees que ambas especies tienen alguna relación entre sí? —preguntó el subdirector.

—Ayer mismo le estuve dando vueltas a eso —reconoció Emily—. Y Chad opina lo mismo que yo. Desde el punto de vista biológico no parecen tener nada que ver, hay demasiadas diferencias.

—¿Pero los Yokai no atacan a la otra especie?

—No puedo responder a eso. Quizá sean capaces de mantenerlos alejados, o quizá los Yokai no se atreven a cruzar el río que los separa.

—De cualquier manera, deberíamos vigilar la zona del accidente y detectar cualquier tipo de movimiento en ese sector del planeta.

—Sí, pero creemos que los Yokai son vulnerables a los rayos ultravioleta, así que no los encontraremos de día.

—¿Cómo lo sabes?

—Por su sangre —explicó Emily—. Después de que Taro acabara con decenas de ellos, la sangre derramada poco menos que hirvió al amanecer.

—¿La luz de la estrella los mata?

—Eso parece, aunque no hemos podido recoger ninguna muestra —respondió—. Además, daba la impresión de que la luz normal tampoco les gustaba mucho. A Paula, que llevaba la linterna de su casco encendida, ni se acercaron.

—Bueno, eso es muy buena noticia —celebró el subdirector—. Son vulnerables.

—Sí, pero desconocemos sus hábitos y la localización donde se encuentran. Y, sobre todo, no sabemos cuántos son. En solo unos segundos aparecieron decenas, pero no tenemos ni idea del tamaño de su población, o de si hay diferentes asentamientos.

—Lo descubriremos con el tiempo.

—¿Estás pensando en establecer una base en la tercera localización? —preguntó Emily, algo alarmada.

—Tú misma has dicho que desde el punto de vista del entorno, es la más adecuada. Si conseguimos eliminar de la ecuación, o al menos mantener a raya, a los Yokai, sería lo más beneficioso a largo plazo. Además, eso nos permitiría estudiarlos en profundidad.

—Pero algo me dice que son criaturas inteligentes —dijo Emily.

—¿Por qué piensas eso?

—Parecían tener un líder.

—¿Un líder? —preguntó extrañado.

—Sí. Deberías ver detenidamente las imágenes, detrás de toda la acción había una figura misteriosa. Se me hiela la sangre solo de recordarlo. No intervino en toda la refriega, solo parecía observar y dar órdenes.

—Bien, lo tendremos en cuenta —aceptó el subdirector—. Háblame de la otra especie.

—Son diferentes —dijo Emily—. No me preguntes por qué, pero parecen civilizados, y desde luego, no tienen un aspecto tan amenazador. Llevaban ropajes y utensilios de pesca, así que son inteligentes sin duda alguna. Parecían dirigirse tan solo a disfrutar de una familiar tarde de pesca.

—¿Y ya les hemos puesto nombre?

—No, todavía no —sonrió Emily—. Aunque podríamos llamarlos keplerianos hasta tener un nombre mejor.

—Parece apropiado —dijo el subdirector—. ¿Crees que deberíamos intentar contactar con ellos?

—Sí, ellos pueden ser la clave para entender a los Yokai.

—Sin embargo, no parecían tener una tecnología muy avanzada, ¿verdad?

—No, apenas si llevaban utensilios de madera —dijo Emily—. Pero debemos ser muy cautos. No podemos cometer los mismos errores del pasado. Tenemos que ser más respetuosos con los pobladores de la zona de lo que históricamente hemos sido en la Tierra.

—Sí, supongo que estás hablando del capitán Garth —señaló hacia la otra habitación.

—Se volvió loco cuando vio a los dos individuos dirigirse hacia la otra orilla del río —se quejó Emily—. No me inspira ningún tipo de confianza, la verdad.

—Intentaremos que no se nos vaya de las manos —apuntó él—. Se va a organizar un comando militar para inspeccionar la zona del accidente y tratar de averiguar algo más sobre los Yokai.

—¿Vamos a volver a esa zona? —preguntó Emily sobresaltada.

—Sí —respondió el subdirector—, el comandante Bauer junto con el resto del consejo creemos que es de vital importancia recabar información sobre nuestros nuevos vecinos. Ver los peligros a los que nos enfrentamos será crucial de cara a instalar una base.

Emily guardó silencio. Tenía razón. Una vez visto el peligro que habitaba en el planeta, parecía lógico pensar que sería necesario enfrentarse a ellos. De lo contrario, nunca tendrían las suficientes garantías para poder establecer una colonia. Fuera donde fueran, estarían amenazados.

—¿Crees que los keplerianos pueden estar detrás de la estructura alienígena que encontrasteis? ¿O de la molécula? —preguntó.

—No lo sé —reconoció Emily—. No sabemos nada sobre ellos. Ahora bien, yo diría que es improbable que hayan sido los creadores. Sobre todo, teniendo en cuenta el teórico avance tecnológico que es necesario para poder llevar a cabo algo tan complicado. Chad dice que la molécula es muchísimo más compleja que el mayor ejemplar creado por el hombre. Y Taro está impresionado con la aleación del obelisco, debe ser algo fuera de lo común. Y visto lo que costó recoger una pequeña muestra, yo también lo creo. Quien creara esas moléculas debería tener un desarrollo tecnológico muy avanzado y, por el momento, no hemos encontrado ningún rastro de él.

—Supongo que ambos estarán ansiosos por empezar a trabajar en sus análisis.

—Imagino que se estarán subiendo por las paredes ahora mismo —bromeó Emily.

—Esperemos que esta cuarentena no dure mucho más y que todos podáis seguir con vuestras vidas.

—Sí, sería lo ideal —respondió ella—. La moral dista mucho de ser la más adecuada, y estar aquí encerrados no ayuda demasiado a mejorarla.

—Intentaré mantenerte informada —dijo el subdirector—. Pero ya se está trabajando en preparar nuevas expediciones.

—¿Cuál es el plan?

—Lo principal ahora mismo es acercar el arca cuanto antes para poder desplegar los satélites y drones de alto rango. El director Patel y su equipo han estado trabajando en ellos —añadió—. Teniendo ojos en el cielo será todo mucho más seguro y sencillo.

—Eso por descontado —asintió Emily.

—Me gustaría que tú lideraras una de las tres expediciones que estamos planificando.

—¿Tres expediciones? —preguntó con curiosidad.

—Sí —dijo el subdirector—. En primer lugar, la del comando militar del que hemos hablado. Hoy mismo se ha comenzado a sacar de la criostasis a varios militares más para participar en esa misión. El comandante y el capitán tendrán que debatir en qué condiciones se lleva a cabo. La segunda expedición se encargará de recuperar todo lo que se pueda de la Ícaro. También evaluaremos los daños en la medida de lo posible. Quizá a corto plazo no podamos reconstruirla, pero la idea es intentar hacerlo en el medio o largo plazo. Esta segunda expedición se encargará de realizar una evaluación de daños y de recuperar aquello que se pueda reutilizar, como el rover de la nave.

—¿Y la tercera?

—La tercera será la que vas a liderar tú, bajo mi supervisión —respondió—. Además de establecer una base operativa en el planeta, uno de los objetivos del proyecto siempre ha sido el de contactar con alguna especie inteligente. Así que tu principal objetivo será el de intentar establecer contacto con los keplerianos. Por supuesto, podrás disponer del equipo que desees, incluyendo algo de personal militar para la protección.

—Me gustaría contar con los mismos efectivos, si es posible y si ellos quieren, por supuesto.

—Claro, por nuestra parte no habrá ningún problema —respondió el subdirector—. Así que dependerá al cien por cien de cada uno de tus compañeros.

—Bien. En ese caso, puedes contar conmigo.

—¡Genial! —se alegró—. Y si necesitas algún otro perfil de los que disponemos en el proyecto, un lingüista, un antropólogo o algún otro tipo de técnico, no dudes en pedirlo.

—Como lingüista, siempre y cuando dispongamos de los satélites, podemos utilizar a la propia Ada. Creo que será la ayuda más adecuada, salvo que ella no quiera, claro está —bromeó Emily.

—Me temo que, como inteligencia artificial construida para colaborar en el proyecto, no me queda otra alternativa. Aun así, tendré que revisar mi apretada agenda —bromeó la IA.

—Debo irme ya —concluyó el subdirector—. Te iré poniendo al día de los acuerdos que se tomen.

Contra todo pronóstico, cuando el subdirector salió de la habitación, Emily sintió de nuevo unas ganas increíbles de volver a pisar la superficie del planeta y comenzar con los trabajos para establecer una base permanente.

3

Los análisis

2 de julio del año 0

Estación espacial Asimov

Tras siete días en la zona de cuarentena, los doce miembros de la expedición estaban ya cansados y aburridos de permanecer encerrados entre los mismos cristales. Jugar a juegos de realidad aumentada y pasarse el día tumbados empezaba a hacer mella en todos ellos. Necesitaban volver a trabajar y dejar por fin aquella rutina de extracciones de sangre, análisis de orina y descanso forzado.

A pesar de todo, poco a poco iban recuperando la motivación y cierta alegría. Paula ya dormía mejor y hasta había vuelto a sonreír. De hecho, era capaz de bromear de vez en cuando. Aun con todo, Gorka no se había separado de ella en ningún momento, preocupado por su estado emocional.

El único que no participaba en las conversaciones seguía siendo el capitán Garth. Daba la impresión de que su manera de ver las cosas no encajaba con la del resto del grupo. Incluso la sargento Cameron parecía algo menos estirada de lo normal.

Todos confiaban en recibir el alta ese mismo día, siempre que la doctora Schmidt lo creyera conveniente. Nadie había presentado ningún tipo de sintomatología preocupante. Si acaso Chad, que había tenido un pequeño episodio de resfriado común que había remitido en un par de días con la medicación adecuada.

Como ya era costumbre, la doctora Schmidt entró en la estancia. Esta vez, sin embargo, venía sola:

—Buenos días a todos —los saludó.

Todos atendieron expectantes, cada uno en su cubículo.

—Como saben, llevan una semana de cuarentena —comenzó, e hizo una pausa dramática—. Me complace anunciarles que los resultados de los análisis efectuados durante estos días no han revelado ningún dato que nos haga pensar que nadie esté contagiado de algún tipo de enfermedad. Así que hemos decidido dar por finalizado el periodo de aislamiento.

—¡Bien! —gritó el copiloto Wilson.

—¡Por fin! —se oyó decir con alivio a la soldado Ferrara.

La doctora levantó los brazos demandando atención y concluyó su explicación:

—Sin embargo, y antes de permitirles abandonar el lugar, me gustaría charlar de manera individual con cada uno de ustedes.

El anuncio disminuyó algo el entusiasmo, aunque no logró disipar la alegría mal contenida. Iban a poder recuperar sus vidas y volver a ser de utilidad para el proyecto.

Emily tuvo que esperar a que la doctora visitara a varios de sus compañeros antes de que entrara a su habitación.

—Hola, doctora —saludó.

—Buenos días. ¿Ansiosa por salir?

—La verdad es que sí.

—Tranquila, no te robaré mucho tiempo —la tranquilizó—. Como sabes, hemos estudiado y cotejado todos los análisis y medidores obtenidos durante estos días con otros previos tuyos que ya teníamos.

—¿Está todo bien? —preguntó con un pequeño temblor en la voz.

—¡Oh, sí! No te preocupes. —Sonrió y siguió—: No hay ningún problema. Todos los indicadores parecen correctos, tienes buena salud. Sin embargo, hemos detectado unos niveles un tanto anormales de calcio en tus análisis. A priori no es nada malo. Desde que comenzamos a ser despertados se han ido introduciendo alimentos ricos en calcio o que facilitan la absorción del mismo. Por eso, además de incluir ciertos suplementos alimenticios, seguimos dietas ricas en verduras de hoja verde, como las espinacas o el brócoli.

Emily asintió con cierta resignación al entender los motivos que explicaban su dieta.

—El objetivo es inducir un fortalecimiento óseo acorde al aumento de gravedad que vamos a experimentar en la superficie del planeta. El caso es que varios de vosotros presentáis una sintomatología similar.

—¿A qué puede deberse? —preguntó.

—¡Oh! A muchas cosas, no te preocupes —la volvió a tranquilizar—. Puede ser de lo más normal. El mero hecho de exponerse a una gravedad superior puede propiciar que el propio metabolismo de nuestros cuerpos se haya puesto a trabajar. Sin embargo, he de admitir que algo así suele tardar más tiempo, no es solo cuestión de unos días. Nos gustaría realizarte una prueba. Tómatelo con total tranquilidad, es del todo inocua e indolora. Hablo de una densitometría.

—¿Densitometría? —preguntó.

—Se trata de medir la densidad ósea de tu cuerpo —aclaró la doctora—. Se emite una pequeña cantidad de radiación para detectar la densidad ósea que hay en los huesos.

—¿Y qué pretendéis encontrar?

—Bueno, dado que la cantidad de calcio en sangre es algo superior de lo normal, lo lógico sería esperar que tus huesos hayan comenzado a absorber ese calcio y, por lo tanto, a fortalecerse.

—Eso no suena mal.

—No, nada mal —sonrió la doctora—. De hecho, sería una magnífica noticia que nos confirmaría que las dietas que se diseñaron para el proyecto funcionan.

—De acuerdo, pues no hay ningún problema.

—Muy bien —confirmó—. La haremos ahora mismo.

—Genial.

—Espera fuera mientras hablo con el resto de tus compañeros, por favor.

Emily atravesó la cámara de descontaminación mientras la doctora entraba en la habitación de Gorka. Por fin abandonaba la zona de cuarentena.

—Hola, Emily —la saludó Evelyn—. Ya eres libre de nuevo.

—Sí —sonrió feliz.

—Ven conmigo, el resto de tus compañeros están aquí, esperando.

Atravesaron juntas un pasillo. Cuando llegaron a un pequeño distribuidor con varias puertas cerradas, Evelyn abrió una de ellas e hizo un gesto con el brazo:

—Espera aquí —le pidió—. En breve os haremos la prueba a todos.

Dentro de la pequeña salita de espera, la soldado Ferrara, la piloto Balakova, Chad y el teniente Beaufort aguardaban a la doctora.

—¡Emily! —saludó Chad con su habitual efusividad—. ¡Por fin hemos salido de la cárcel!

—Sí —sonrió con timidez—, eso parece.

—¿Qué tal estás? —preguntó Robert.

—Bien —respondió ella—. ¿Qué tal vosotros?

—Muy bien —aseguró la soldado Ferrara, que parecía exultante por haber superado el periodo de cuarentena.

—Bien —dijo con suavidad la piloto.

—¿A ti también te van a hacer una densitometría? —preguntó Chad.

—Sí —confirmó mientras tomaba asiento—. Imagino que todos estamos aquí por el mismo motivo.

—Así es. La doctora nos ha dicho que el nivel de calcio es un poco superior de lo normal.

—Pero eso no es malo, ¿verdad?

—Bueno, no hasta ciertos niveles, al menos —aclaró Chad un poco más serio—. Si la cantidad de calcio en sangre supera cierto rango puede convertirse en hipercalcemia.

—Eso no suena nada bien.

—Una excesiva presencia de calcio en sangre puede derivar en hiperparatiroidismo, y algunos tipos de cáncer presentan una excesiva liberación de calcio en sangre. Pero tranquila, no es nada que la ciencia no haya solucionado ya. Como mucho supondrá que nos tengan que administrar algún medicamento que bloquee esa producción excesiva.

—No sé si me has dejado más tranquila —admitió preocupada.

Poco después, Evelyn abrió la puerta y pidió al teniente Beaufort que la acompañara. Dos minutos después, repitieron la operación con la soldado Ferrara. Parecían seguir el mismo orden que al salir de la zona de cuarentena. Cuando llegó su turno, Evelyn la hizo pasar por una puerta con el símbolo de peligro por radiación. Al otro lado aguardaba la doctora Schmidt.

—Muy bien, Emily —saludó—. Quítate el uniforme y tumbate en la mesa.

Se quitó el calzado y la ropa, los dejó en una silla y se quedó en ropa interior. Por suerte, la estancia estaba templada. Se subió a la mesa y se tumbó siguiendo las instrucciones de Evelyn. Una vez la enfermera validó que estaba bien situada, con uno de los brazos separado del cuerpo formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, las dos sanitarias abandonaron la estancia por una puerta lateral.

Pudo oír a la doctora a través de su implante:

—Tendrás que permanecer quieta mientras el brazo robótico realiza la prueba —explicó—. Serán solo unos segundos, te haremos un escáner del antebrazo y de la cadera.

Emily comenzó a oír un zumbido eléctrico y vio cómo un brazo robótico se detenía a escasos centímetros de su antebrazo. Una vez realizado su trabajo, se dirigió a su cadera y realizó la

misma operación para después volver a su posición inicial.

—Ahora vamos a escanear tu espina dorsal —dijo Evelyn cuando regresó—. Date la vuelta y coloca la cabeza en este agujero para que estés cómoda. Tienes que mantener el cuello lo más recto posible.

Emily se colocó tal y como le explicaba la enfermera y se volvió a repetir el proceso, aunque esta vez solo pudo oír el zumbido del brazo moviéndose.

—Ya hemos acabado, puedes vestirme —dijo Evelyn poco después.

La doctora se acercó a ella cuando acabó.

—¿Todo bien? —preguntó Emily.

—Sí, todo bien —la tranquilizó—. Al tener el calcio en sangre superior a lo habitual hemos creído conveniente comprobar si se estaba absorbiendo de forma adecuada. Y la verdad es que es bastante sorprendente.

La doctora hizo un gesto en su terminal y mostró a Emily dos radiografías de su antebrazo.

—Si te fijas, el hueso parece tener una mayor densidad en la imagen de la derecha, que es la que te acabamos de hacer ahora.

—¿Y eso es normal?

—Bueno, no es usual ver un cambio tan beneficioso en tan corto espacio de tiempo, pero es una magnífica noticia. Tus huesos son mucho más robustos que antes.

—Eso suena bien.

—Sí, sí que está bien.

—Entonces, ¿puedo marcharme ya?

—Sí, por supuesto. Por nuestra parte no hay nada más pendiente. Aunque os haremos un seguimiento durante un par de meses. Os iremos avisando.

—Gracias por todo —se despidió Emily.

No había llegado a su habitación cuando recibió una notificación del subdirector, que quería verla en su despacho.

—Hola, Emily —saludó—. Me alegro de verte por fin fuera de observación.

—Y yo de estarlo, la verdad.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bastante descansada. Es lo que más he hecho durante todo este tiempo.

—¿Y el resto del equipo?

—Bien, teniendo en cuenta lo que han pasado.

—Estupendo —dijo con una sonrisa—, poco a poco las cosas volverán a su cauce normal. Recuerdas que el otro día hablamos de que se iban a poner en marcha tres operaciones, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien, necesito que comiences a preparar la expedición. Queremos mantener una pequeña base científica en la superficie en la que podamos estudiar las condiciones del planeta. Para ello desplegaremos unos cuantos módulos habitables gracias a los filtros que el director Patel ha estado fabricando con sus ingenieros.

—¿En qué lugar se ha decidido instalar la base?

—En la tercera de las localizaciones.

—¿Qué? —exclamó sorprendida—. ¿Y qué hay de los Yokai? ¿Y si atacan la base?

—Calma —pidió el subdirector—. El propio director Patel y el comandante Bauer han estado discutiendo sobre el tema. Las instalaciones serán lo suficientemente robustas como para evitar un ataque como el que recibisteis. Aun así, entiendo tus reticencias, así que, por seguridad, se instalarán lámparas ultravioletas en todo el perímetro del campamento, además de detectores de movimiento, radares y sistemas defensivos lo suficientemente contundentes.

—¿Sistemas defensivos contundentes? —preguntó recelosa—. Creí que con la pérdida del arsenal no disponíamos de armamento en la estación.

—Eso no es del todo cierto —corrigió él—. Algunas de las naves de transporte y vehículos del hangar disponen de armamento ligero. Hace unos meses le pedí al director Patel que adaptara parte de las ametralladoras autónomas de las que disponen algunos rovers para poder utilizarlas como defensa en las bases.

Emily pensó unos instantes en lo que estaba proponiendo el subdirector y sopesó los peligros e implicaciones.

—Está bien, supongo que será suficiente —aceptó.

—Genial —celebró el subdirector—. Esta misma tarde comenzaremos las maniobras para situar la estación en una órbita cercana al planeta. Ada ya ha realizado los cálculos orbitales que nos mantendrán alineados con esa localización. También lanzaremos tres satélites que nos permitirán disponer de un correcto geoposicionamiento para los efectivos en tierra. Y podremos comenzar a generar modelos de predicción atmosférica, además de conseguir imágenes en tiempo real de la situación en la base.

—Pero los satélites no tienen tanta precisión con las lentes infrarrojas. De noche seguiremos dependiendo de nosotros mismos —argumentó Emily.

—Sí, pero los satélites permitirán que Ada monitorice en todo momento los sensores que se instalarán alrededor de la base. Estaréis bien —la tranquilizó—. De cualquier manera, si alguien, tú incluida, no se siente con fuerzas para volver al planeta, no pasa nada. Buscaremos otros voluntarios.

—No creo que haya problemas con el resto del equipo. Y desde luego, yo no tengo intención de quedarme aquí arriba.

—Todavía nos quedan algunos días para llegar a ese punto, pero tenemos que empezar a organizar la expedición. En primer lugar, instalaremos un habitáculo que pueda albergar a unas treinta personas. Dispondréis también de un laboratorio completo, un almacén de provisiones y un gimnasio, para acostumbraros a la gravedad. Se fijará un perímetro lo bastante amplio y se conectarán los diferentes módulos. En unos pocos días deberíamos tener a punto la base. Aun así, la mantendremos deshabitada el tiempo que sea necesario, por precaución. Ada controlará la zona hasta que comprobemos que es segura. —El subdirector hizo una pausa antes de continuar—. De momento no utilizaremos ninguna de las depuradoras de agua. Usaremos las provisiones de la estación para instalar un depósito lo bastante grande como para sobrevivir durante meses. Después, a medio plazo, se canalizará el agua del río que visteis e instalaremos una depuradora que abastezca la base. La electricidad se gestionará mediante paneles solares y acumuladores para las noches. Aunque el director Patel está sopesando la posibilidad de instalar un pequeño reactor de fusión, no se fía demasiado de que los paneles den un buen rendimiento con la cantidad de luz que arroja la estrella. También necesitare que preguntes a tus científicos qué

material y equipo creen indispensable para instalar en la base.

—Hablaré con ellos.

—El plan, una vez desplegados los satélites, es realizar una incursión militar sobre la zona del accidente. El capitán Garth dirigirá un destacamento con cincuenta soldados que intentarán recuperar el rastro que dejaron las criaturas tras el ataque. Intentaremos llegar a su punto de origen. Cuando se dé por concluida la misión —continuó—, comenzarán las labores de recuperación de material de la Ícaro y la propia instalación de la base. Os quedaréis el rover que dejasteis allí para los desplazamientos más largos. Por supuesto, dispondréis también de un transporte para poder evacuar la base en caso de peligro extremo, o si necesitáis recorrer largas distancias.

—¿Contaremos con algún piloto?

—Sí, he hablado con la capitana Mei y nos ha ofrecido a la piloto Balakova para esta misión. Tanto el copiloto Wilson como la propia piloto participarán en la misión de reconocimiento.

—Genial —exclamó Emily—. Parece un buen plan.

—Sí, eso creo.

—¿Cuáles son los objetivos principales de nuestra misión? —preguntó a continuación.

—Seguir con los trabajos de exploración, análisis de muestras, estudio de la geografía del lugar, trazar un plan para llevar suministro de agua a la base y lo más importante: recabar información sobre la especie del planeta que parece ser más... digamos, amigable.

—¿Y establecer contacto con ellos?

—En última instancia, sí.

Emily no pudo evitar sentir un pequeño escalofrío al imaginarse a sí misma entablando una conversación con un ser extraterrestre, por civilizado que estos parecieran. Se trataba de un hito histórico y de nuevo iba a ser la responsable de llevarlo a cabo. Era difícil estar a la altura de las circunstancias.

—Tendré que repasar el protocolo de contacto con especies alienígenas.

—Eso me temo —sonrió el subdirector—, aunque estoy convencido de que entre Ada y tú sabréis llevar la situación sin problemas.

—Las matemáticas son el único lenguaje universal —intervino Ada—. Estaré encantada de poder utilizar todo mi conocimiento para comunicarnos con la nueva especie.

—Creo que necesitaré mucho de ese conocimiento —reconoció Emily.

—Es suficiente por ahora —concluyó el subdirector—. Pero te recomiendo que hables con el resto del equipo. Debemos planificar las tareas de aquí al comienzo de la misión.

—Entendido.

—Y mañana espero tenerte por aquí —la instó—. El despliegue de los satélites será un hito importantísimo para el éxito del proyecto.

—Que además nos permitirá estudiar mejor la zona de la futura base —concluyó Emily.

—Esa es la idea, sí.

—Muy bien, entonces nos vemos mañana —se levantó para salir del despacho.

Una vez fuera, esta vez sí, se dirigió a su habitación. Necesitaba organizar un poco su cabeza antes de afrontar sus siguientes objetivos. El primero, reunir al equipo para compartir las

novedades con ellos.

—Ada, envía un mensaje a todos los civiles del equipo. Quiero reunirme con ellos en el comedor a la hora de la comida.

—Hecho.

Emily se pasó la mañana revisando las imágenes de la localización que Ada había seleccionado. La orografía le resultó familiar, ya que les habían evacuado del planeta desde ese mismo lugar. Era un enclave con vegetación no demasiado densa y con una explanada lo bastante amplia como para instalar una base.

El río pasaba muy cerca de allí, a poco más de un kilómetro, así que canalizar el agua hasta el campamento base no parecía una misión imposible. Tendrían que instalar bombas de succión para poder trasladarla desde el punto más cercano. Tal vez en un futuro se pudiera canalizar desde un punto más elevado del curso del río, pero eso requeriría una obra mayor.

Unos minutos antes de la hora salió de su habitación en dirección al comedor. Le impresionó la cantidad de gente que había ya. Habían despertado a muchos militares. La mayoría se acababan de incorporar a la tripulación y formarían parte de la expedición militar que iba a rastrear a los Yokai desde el lugar del ataque. No distinguió a ninguno de los que ya conocía.

Le costó localizar la mesa en la que ya esperaban sentados Paula y Gorka.

—Hola —los saludó—, ¿qué tal estáis?

—Bien —respondió Paula, que se levantó de con su ya habitual sonrisa—. Estoy mucho mejor, más tranquila.

Ambas se fundieron en un abrazo.

—Gracias por todo, Emily —le dijo—. Gorka me ha contado lo que hiciste por mí.

—No es necesario. Yo solo me alegro de que estés mejor —respondió—. Y no me puedo creer que no sea la última, he llegado antes que Chad y que Taro.

—Esos dos seguro que están enfrascados con sus tubitos y microscopios y no se han dado cuenta de la hora —rio Gorka.

Fue pronunciar esas palabras y ambos aparecieron por el acceso al comedor. Ellos también se sorprendieron de la cantidad de militares que había, pero no les costó demasiado ver a sus amigos esperando en la mesa.

—Perdonad el retraso, nos hemos entretenido con unos análisis y se nos ha ido el santo al cielo —se disculpó Chad.

Sus tres amigos rieron con ganas al comprobar que Gorka estaba en lo cierto.

—¿Qué? —preguntó, sin entender el motivo de las risas.

—Creo que esperaban justo esa respuesta —le dijo Taro.

Luego se dirigieron a la máquina de los menús y recogieron cada uno el suyo. Para sorpresa de Emily esta vez no había brócoli. Al ser un alimento rico en calcio, sus análisis habían propiciado un pequeño cambio en su dieta. Esta vez tenía arroz, verduras salteadas y setas, además de un pequeño bistec y un yogur de postre.

Emily esperó hasta que terminaron de almorzar antes de abordar el tema.

—Quería hablar con todos vosotros —comenzó—, aunque la verdad es que no sé muy bien cómo hacer esto. El subdirector Green me ha pedido que lidere un equipo para establecer la primera de las bases permanentes en la superficie del planeta.

Un silencio espeso recorrió la mesa.

—Me gustaría mucho que me acompañarais —continuó tras la pausa—. Pero entendería que no quisierais, dadas las circunstancias. Podéis estar seguros de que no habrá ningún problema si os negáis, sería comprensible.

Se miraron los unos a los otros.

—Yo ya había dado por hecho que íbamos a volver —dijo Taro—. Y mientras el proyecto me lo permita, te seguiré adonde sea.

—Yo también —aseguró Chad.

Paula carraspeó mientras Gorka la miraba fijamente.

—Yo... bueno, en realidad Gorka y yo, lo hemos hablado —comenzó a decir—, y hemos decidido que, a pesar de todo, queremos seguir formando parte de esto.

—¡Bravo, Paula! —celebró Chad.

—Creo que me costará un poco superar el miedo, pero si estoy con vosotros, estoy segura de que lo conseguiré.

Gorka agarró la mano de Paula por debajo de la mesa para transmitirle su apoyo.

—Y yo iré donde vaya ella —añadió Gorka.

—Me acabáis de hacer la mujer más feliz del planeta... bueno, de la estación —corrigió Emily.

—¿Cuándo volvemos? —se interesó Chad.

—Todavía no lo sé a ciencia cierta. La estación se va a situar esta tarde en una órbita más cercana al planeta, lo que permitirá desplegar los satélites mañana. Por lo menos, esta vez no iremos a ciegas. Todos estos militares que veis hoy aquí —dijo, señalando a su alrededor—, se encargarán de seguir el rastro de los Yokai y de recuperar todo el material posible de la Ícaro. Después de ellos, iremos nosotros.

—Así que, ¿por eso hay tantos militares? —preguntó Paula.

—Eso es —respondió Emily.

—¿Hay que preparar algo? —quiso saber Taro.

—Más o menos —afirmó Emily—. La base la instalarán unos técnicos e ingenieros dirigidos por el director Patel. Los módulos ya están prefabricados, así que solo será necesario ensamblarlos. Y además de tener los satélites a nuestra entera disposición, van a colocar algunos sistemas de seguridad extra.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chad con curiosidad.

—Sensores de movimiento, lámparas de rayos ultravioletas y una ametralladora autónoma.

—Vaya —exclamó impresionado—. Parecen palabras mayores.

—Sí, pero esperemos que no sea necesario utilizar nada de eso.

—¿Qué me dices de los objetivos de la misión? —se interesó Paula.

—Analizar el entorno, estudiar la manera de canalizar el agua del río hasta la base —enumeró Emily—, e intentar establecer contacto con la especie alienígena que vimos en la orilla.

Todos en la mesa abrieron los ojos como platos al escuchar el último punto.

4

Ojos en el cielo

3 de julio del año 0

Estación espacial Asimov

Emily se levantó de la cama descansada. Saberse libre de la cuarentena le permitió dormir mucho más relajada, aunque le dolía la espalda tras estar casi diez horas en la misma posición. Desde que salieran en su primera misión, la junta directiva de la estación había decidido adoptar el día kepleriano de veintinueve horas. Esto suponía que todos iban a tener que permanecer despiertos más de lo normal, pero también que descansarían durante más tiempo. Si bien esto podía parecer algo trivial, acostumbrar al cuerpo a esos nuevos ciclos horarios no era tan sencillo como cabía esperar. Emily había estado notando algo similar al *jet lag*, pero cada día descansaba un poco mejor.

Se preparó para asistir al lanzamiento de los satélites desde el puesto de mando de la estación. Cuando llegó, ya había mucha gente junto al subdirector Green: un pequeño grupo de adjuntos a la dirección, el comandante Bauer, la capitana Mei y varios de sus segundos oficiales. No vio por ninguna parte al director Patel, así que supuso que se encontraría dirigiendo la operación desde el hangar.

—Buenos días —saludó mientras se sentaba en una de las sillas libres, justo al lado del subdirector.

—Hola, Emily —le devolvió él en voz baja.

—¿Ha empezado ya?

—No, pero estamos casi listos.

Por la radio se oían diferentes voces de los técnicos y el control de misión haciendo las últimas comprobaciones previas a los lanzamientos. En la multitud de imágenes que se proyectaban en la pared se podían observar diferentes puntos de vista de cada una de las cámaras activas. Algunas apuntaban a la puerta del hangar, otras al espacio exterior y varias hacia al planeta, que se veía muy cerca.

—¿Hemos finalizado el proceso de aproximación? —se interesó.

—Sí —respondió el subdirector—. Todo ha ido según lo previsto. Estamos en una órbita geoestacionaria a algo más de cincuenta y dos mil kilómetros de distancia de la superficie.

—Genial.

Por la radio se empezó a escuchar la cuenta atrás que anunciaba el lanzamiento del primero de los satélites.

—Compuerta del hangar abierta —anunció una voz masculina—. Comenzando despliegue en 10... 9... 8...

Todos los presentes en el puesto de mando vieron cómo la pequeña nave que se iba a encargar de llevar los satélites se preparaba para su salida de la estación.

—3... 2... 1... Comenzando el despliegue.

El vehículo no tripulado, diseñado específicamente para este cometido, asomó por la puerta del hangar. Sobre él viajaba el primero de los satélites con las alas todavía plegadas. A medida que el vehículo se alejaba de la salida, las diferentes cámaras que enfocaban desde distintos ángulos giraban para seguir su trayectoria. La nave se movía con cautela durante esa primera maniobra de salida.

Una vez estuvo a una distancia prudencial de la estación, el vehículo aceleró la marcha. Pronto se alejó lo suficiente para que todas las cámaras situadas en el casco de la estación tuvieran un punto de vista muy similar.

—Transporte llegando a treinta y dos mil kilómetros de distancia de la superficie —anunció la voz en *off*—. Comenzando la desaceleración.

El vehículo empezó a girar noventa grados hacia adelante. Ahora mostraba su parte inferior a las cámaras de la estación.

—Posición de destino alcanzada. Comenzando el despliegue del satélite.

Desde la cámara del propio vehículo pudieron ver cómo el satélite se separaba y comenzaba a realizar la maniobra. Sus placas fotovoltaicas estaban recogidas en forma de acordeón en cuatro de las seis caras del satélite con forma de cubo. Tras desplegarse por completo, empezó a recibir los rayos de luz de la estrella del sistema solar y pudo producir la electricidad necesaria para su funcionamiento.

Dos potentes propulsores de iones impulsaron al satélite. Unos minutos después, la voz en *off* confirmó lo que todos esperaban oír.

—Satélite en posición.

Escucharon aplausos a través de la radio, que fueron secundados por los presentes en el puesto de mando. El proceso se había alargado tanto en el tiempo que para cuando el satélite llegó por fin a su posición final, el vehículo no tripulado había regresado a la estación y estaba a punto para desplegar el siguiente.

El proceso se repitió dos veces más con otros tantos satélites, aunque la tensión disminuyó bastante. Al acabar la mañana, los tres aparatos estaban operativos y enviando información de manera constante a la estación.

—Bueno, el primero de los pasos ya está dado —celebró el subdirector—. Enhorabuena a todos, director Patel.

—Gracias, subdirector —respondió por radio el director de ingeniería—. Este es un pequeño éxito del que todos somos partícipes.

—Recuerda que en veinte minutos dará comienzo la ceremonia —le recordó la IA.

Emily dio un respingo, pensaba que le quedaba más tiempo. Giró la muñeca para ver la hora sobreimpresionada. Llegaba tarde. Estaba en el puesto de control de Ada y el tiempo se le había pasado volando mientras revisaba el correcto flujo de información desde los satélites. Había invertido demasiado tiempo en revisar las imágenes en tiempo real de la localización de la futura base. Sobre todo, teniendo en cuenta que no había visto más actividad que la de algún pequeño y curioso herbívoro.

—¡Llego tarde! —exclamó mientras salía a toda prisa de la estancia. Tenía que ir a su habitación y ponerse algo de ropa formal.

Iban a celebrar un homenaje al soldado Parrish, fallecido en plena misión tras el accidente de la Ícaro. Ni Emily ni el resto del equipo habían superado del todo aquella fatídica noche, ni la enorme violencia que vivieron entonces. Iba a ser una ceremonia muy emotiva.

«Doce minutos», pensó cuando entraba en su camarote.

Se preparó a toda velocidad y se vistió con la ropa de civil más elegante que tenía: un conjunto de pantalón y chaqueta oscuros y una blusa de color blanco. Se puso algo de perfume y se arregló el pelo en un moño, sin preocuparse demasiado por el resultado final. Luego corrió hacia el atrio del arca, donde iba a tener lugar el homenaje.

Cuando llegó, ya estaba todo hasta los topes. Contando con las últimas incorporaciones, el ejército de la estación ya llegaba a los setenta y cinco efectivos. Sumado al resto de la tripulación no militar que se había acercado al atrio, serían unas trescientas cincuenta personas. Todos los militares iban ataviados con los elegantes trajes de gala del ejército, lo que le dificultó la tarea de encontrar a alguien conocido.

A los que sí que pudo localizar fue al resto de sus compañeros civiles, Taro, Chad, Paula y Gorka, que también se habían arreglado más de lo habitual.

—Hola —saludó Emily—. ¿Me he perdido algo?

—¡Guau! —exclamó Chad— Qué elegante te has puesto.

—La ocasión lo merece —respondió ella.

—No te has perdido nada —dijo Paula, emocionada. Las lágrimas asomaban por sus párpados antes incluso de la ceremonia.

—Todavía no ha llegado la plana mayor —comentó Gorka.

—Pero cada vez hay más gente fuera de las cápsulas —observó Taro—. Eso explica por qué cada vez nos cuesta más encontrar sitio en el comedor.

—Los militares se están preparando para la misión —justificó Emily—. Es normal que sean más. Afrontar la amenaza de los Yokai es una de las mayores prioridades del proyecto.

—Todavía no hemos visto a ninguno de los nuestros —dijo Chad, que se puso de puntillas—. Aunque no me extrañaría que hubieran pasado por delante de nuestras narices sin enterarnos. Van muy elegantes, pero todos llevan el mismo uniforme, así no hay quien encuentre una cara conocida.

—¿A quién estás llamando elegante? —dijo una voz detrás de ellos.

Se giraron para ver a la soldado Ferrara y al sargento Ortiz, ataviados con sus uniformes de gala, compuestos por una chaqueta de color azul oscuro con cuello de solapa y botones plateados que se combinaba con unos pantalones del mismo tono y de corte recto que tenían una franja amarilla en los laterales de las perneras. La camisa era blanca e iba adornada con una corbata del mismo color que el traje. El uniforme también incluía una gorra de gala con el emblema del proyecto Orfeo.

—¡Vaya! ¡Es difícil reconocerlos cuando vais vestidos así! —exclamó Chad.

—Estáis muy elegantes —dijo Emily—. Me alegro de veros.

—Sí, aunque preferiría tener que ponerme el uniforme por otros motivos —dijo Ferrara.

—¿Qué tal lo lleváis? —preguntó Paula.

—Supongo que tenemos nuestros momentos —reconoció Ferrara—. No es fácil superar algo así.

Paula colocó su mano en el hombro de la soldado Ferrara y la abrazó. La soldado titubeó, pero acabó compartiendo con ella su dolor por la pérdida del joven soldado. Emily se emocionó al ver el gesto. Sabía que la ceremonia sería muy emotiva, pero ni siquiera había comenzado y ya estaba emocionada.

—¡Comandante en cubierta! —escucharon entonces.

Los militares corrieron a formar en fila para saludar al comandante Bauer que llegaba a la zona del atrio con un séquito bastante numeroso. Junto a él iban varios oficiales y suboficiales del ejército, ataviados todos ellos con sus trajes de gala y mostrando sus galones y abundantes condecoraciones.

Distinguieron a la sargento Cameron, al teniente Beaufort y al capitán Garth. También había otros tres militares que Emily no reconoció. Tras los altos mandos llegaron otros siete soldados provistos de un antiguo fusil ceremonial. La comitiva atravesó el espacio libre en la parte delantera del atrio y se detuvo justo en el centro de la estancia.

Una corneta comenzó a sonar desde una de las esquinas del recinto. Las notas de *Taps*, la clásica pieza musical que llevaba varios siglos siendo interpretada por el ejército neoeestadounidense en este tipo de ceremonias y que el ejército internacional había asumido también para el proyecto, inundaron la estancia.

Emily observó cómo la sargento Cameron y el teniente Beaufort se dirigían con pasos lentos y sincronizados hacia una de las esquinas del atrio, donde les esperaba un mástil con una bandera del proyecto Orfeo. Mientras la corneta continuaba con su particular tonada, ambos manipularon los cordeles para recoger poco a poco la bandera.

Una vez la tuvieron en sus manos enguantadas, la llevaron al centro de la estancia, donde les esperaba el capitán Garth junto a otros tres oficiales. Entre los seis, desplegaron por completo la bandera y, de manera muy ceremoniosa, comenzaron a doblarla.

Hasta seis veces doblaron la enseña, que acabó convertida en un triángulo de tela azul con el símbolo del proyecto Orfeo en el centro. El capitán Garth, que era el que se encontraba en el último punto de la doblez, recogió la bandera mientras todos los presentes realizaban el saludo militar con una coordinación sorprendente.

Garth, con paso marcial, se dirigió al punto central del atrio, donde aguardaba el comandante Bauer, y le ofreció la bandera inclinando ligeramente la cabeza.

El comandante aceptó la enseña, se acercó hasta el estrado y la posó suavemente en el atril. Los militares presentes se cuadraron ante el comandante en una coreografía perfecta.

El comandante tomó aire y comenzó a hablar con voz segura:

—Estimados amigos y amigas, compañeros y compañeras de armas. Hoy nos reunimos aquí para rendir homenaje a un héroe, a un hombre joven, un soldado valiente que dio su vida en defensa del proyecto y de la humanidad. Un hombre que, a pesar de su corta edad, tenía un valor incalculable y una fuerza inquebrantable. Un hombre que nos inspirará a todos con su valentía y sacrificio.

»No hay palabras para describir la tristeza que todos sentimos al perder a uno de los nuestros. Pero a pesar de este dolor, debemos recordar que este proyecto es más fuerte gracias al servicio del soldado Brian Parrish. Su sacrificio jamás será olvidado, y siempre será un recordatorio de lo complicada que es la página que la humanidad está escribiendo aquí, en Kepler-442b.

El comandante hizo una pausa, miró a la multitud y continuó con voz firme:

—Pero no podemos quedarnos aquí, lamentando su pérdida y llorando su ausencia. Debemos continuar luchando por la libertad y la justicia que él siempre defendió. Debemos seguir adelante, pero recordando siempre su sacrificio y su ejemplo. Debemos honrar su memoria trabajando por una sociedad mejor, por una sociedad en la que los ideales por los que luchó este joven soldado puedan por fin ser una realidad para todos nosotros y las generaciones venideras.

»En este momento, debemos unirnos como un solo pueblo, en una única voz, para honrar a nuestro compañero caído y brindar consuelo a aquellos que lo amaron y que a buen seguro lo extrañarán. Su dolor es nuestro dolor. Nos esforzaremos por mantener su memoria viva y seguir luchando por las mismas convicciones por las que él se sacrificó.

La multitud agradeció las palabras del comandante, que terminó su discurso:

—En nombre del ejército del proyecto Orfeo quiero agradecer al soldado Parrish su servicio y sacrificio. Descansa en paz, compañero. Tu legado siempre será recordado. Que tu espíritu nos guíe y nos inspire en nuestra lucha por la supervivencia y la justicia. Siempre te recordaremos con respeto, gratitud y admiración.

El comandante abandonó el atril con la bandera plegada bajo su brazo derecho y se unió al resto de oficiales que continuaban en el centro de la estancia. En ese momento, el grupo de siete soldados armados con fusiles levantaron sus armas, apuntaron hacia el techo y dispararon tres ráfagas cada uno, veintiún salvas, tal y como indicaban las tradiciones militares.

Los miembros del ejército saludaron marciales mientras se lanzaban las salvas de honor con las que el alto mando del proyecto daba por finalizada la ceremonia.

Acto seguido, el capitán Garth se cuadró delante de todos los militares presentes y gritó:

—¡Rompan filas!

De inmediato todos relajaron sus posturas y comenzaron a dispersarse y a mezclarse con el resto de los asistentes. Pronto, la soldado Ferrara y el sargento Ortiz volvieron junto a sus amigos.

—Ha sido muy bonito —dijo Paula, muy emocionada.

—Sí, la verdad —confirmó Taro.

—¿Lo conocíais desde hace mucho tiempo? —le preguntó Paula a la soldado Ferrara y al sargento Ortiz.

—Lo cierto es que no demasiado —confesó Ferrara—. Solo desde que nos despertaron de la criogenización. Pero cuando estás a miles de años luz de tu familia, los que te rodean acaban por convertirse en tu nueva familia. Era alguien muy especial, sin un ápice de maldad. Lo echaré mucho de menos —dijo compungida.

—Todos lo echaremos de menos —aseguró Taro—. Era un buen hombre.

El teniente Beaufort y la sargento Cameron se unieron al poco rato al pequeño grupo de exploradores. A Emily le impresionó el porte del teniente ataviado con su uniforme de gala y con todas las condecoraciones.

—¿Qué tal estáis? —preguntó el teniente.

—Bien —respondió Chad—. Aunque es duro pensar que ya no volveremos a verle.

Todos guardaron unos momentos de silencio en memoria de su compañero fallecido.

—Ha sido una ceremonia muy emotiva —reconoció Emily.

—Desde luego —confirmó la sargento—. Pero espero sinceramente no tener que volver a ver

una —añadió con rabia en la voz.

—Los encontraremos y acabaremos con todos ellos —afirmó Ferrara con seguridad.

—¿Cuándo está prevista la operación? —preguntó Emily.

—El capitán quiere intentar encontrar y acabar con los Yokai cuanto antes —dijo la sargento Cameron.

—Yo tengo algo que proponeros, espero que no os moleste —se disculpó Emily—. Quizá no sea el momento más apropiado, pero todo está yendo tan rápido que no sé cuándo lo sería. Como ya sabréis, vamos a ser los primeros colonos del planeta. Nuestra misión principal será establecer la primera de las bases permanentes. La idea es que sea un campamento de carácter científico, pero necesitaremos efectivos militares que garanticen nuestra seguridad al desplazarnos por el planeta.

Emily hizo una pequeña pausa antes de formular la pregunta que le rondaba la cabeza:

—Creo que hablo en nombre de todos si os digo que nos encantaría que vosotros cuatro formarais parte de esta misión. Formamos un buen equipo. Así que, ¿os gustaría acompañarnos? —preguntó—. Por supuesto, no hay ningún tipo de compromiso —añadió a toda prisa—, si no queréis o preferís estar destinados en otro tipo de misiones, lo entenderemos.

—¿Estás de broma? —dijo la soldado Ferrara—. Puedes contar conmigo para lo que sea necesario.

—Yo también me apunto —dijo el sargento Ortiz—. Estoy harto de estar encerrado aquí arriba.

Cameron y Beaufort se miraron brevemente. Luego, el teniente habló por ambos:

—Por supuesto que sí, Emily —dijo—. Siempre y cuando el comandante dé su aprobación.

—Estoy convencida de que eso no será ningún problema —respondió Emily con una sonrisa.

5

Contraataque

4 de julio del año 0

Estación espacial Asimov

La alarma programada despertó a Robert a las cinco y media de la mañana. Se desperezó e hizo una serie de estiramientos con los brazos y la espalda. Esa mañana decidió no pasar por el gimnasio. Tras una semana en cuarentena, y a pesar de que realizó a diario unas rutinas con ejercicios de calistenia, pretendía ahorrar energías para el largo día que les esperaba. Quería algo de tranquilidad antes de partir, así que desayunó solo. Los dos transportes de la operación contra los Yokai partirían a las siete y media de la mañana, justo cuando el sol comenzaba a arrojar radiación ultravioleta en aquella zona del planeta. Eso alejaba cualquier posibilidad de encontrarse con ellos cara a cara, o al menos eso era lo que creían.

El capitán Garth había trazado la estrategia de la operación. Los objetivos eran claros: encontrar la guarida de las criaturas y reducirla a cenizas. Para ello iba a contar con la ayuda de cincuenta efectivos y parte del arsenal que no se había perdido en el agujero negro.

«Somos muy pocos, pero no hay disponibles muchos más exotrajés», había pensado Robert.

Tras dar buena cuenta de su desayuno, se dirigió al hangar donde ya esperaban los transportes que les trasladarían de nuevo a la zona del accidente. Decidió coger una de las cápsulas cercanas al comedor. Esperó unos momentos a que esta regresara del otro extremo, pero mientras lo hacía, alguien salió de la del otro lado del pasillo, la que daba a la zona de ingeniería.

—Emily —saludó sorprendido—, buenos días.

—Buenos días, Robert —respondió una Emily que tampoco esperaba encontrarse a alguien tan pronto.

—¿No es un poco temprano para estar ya levantada?

—Sí, supongo que sí —sonrió nerviosa.

—¿No podías dormir?

—Es que me he despertado pronto y le he estado dando vueltas a algo que quería probar con Ada. Bueno, ya sabes... de estas cosas que suelen ocurrírsele a una cuando está en la cama.

—¿Y no podía esperar? —sonrió.

—No —dijo con timidez—. Luego seguro que se me olvida.

—Espero que se te ocurran muchas más cosas interesantes en la cama —respondió él. Emily agachó la cabeza, ruborizada—. Quiero decir... sobre el trabajo —se apresuró a aclarar Robert, cuyas pálidas mejillas se pusieron coloradas al instante.

—¿Salís ahora hacia el planeta? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Eh... sí —respondió Robert, todavía algo nervioso—. A las siete y media.

—Parece que vas con tiempo de sobra —certificó Emily tras consultar la hora.

—Yo tampoco podía dormir.

—No me extraña, se me hieló la sangre solo de pensar en volver a encontrarme con esas criaturas —apuntó Emily.

—Mientras nos movamos durante el día no creo que tengamos demasiados problemas.

—Aun así, ten mucho cuidado, ¿vale? —le pidió mientras lo miraba preocupada con sus profundos ojos.

—Tranquila, estoy entrenado para este tipo de misiones. Además, no estaré solo —añadió Robert con seguridad.

—Lo sé, pero no puedo evitar estar preocupada.

—Todo irá bien —respondió él, confiado.

—Y cuida del resto también.

—Nos cuidaremos los unos a los otros.

—Entonces, haced lo imposible por llegar todos de una pieza, por favor.

—Lo haremos.

Robert entró por fin en la cápsula y en cuanto perdió de vista a Emily se dio un sonoro golpe con la palma de su mano en la frente.

«¡Serás idiota!», pensó. «¿No se te ha ocurrido otra cosa que decirle? “Que se te ocurran muchas más cosas interesantes en la cama.”, ¿de verdad? No se puede ser más idiota».

Robert se esforzó en eliminar ese poco afortunado episodio de su cabeza. Ese no era el mejor día para tener la mente en otro lugar, ni en otra tarea que no fuera la de sobrevivir. Salió de la cápsula y se dirigió, sin utilizar ningún tipo de sujeción, hacia el hangar del que partirían los transbordadores.

Aquel lugar era mucho más grande que el hangar de la Ícaro. Este tenía decenas de naves de transporte de diferentes tamaños fijadas al suelo. Cruzó parte de la plataforma y bajó flotando por las escaleras, agarrándose a las múltiples barras que había dispuestas a lo largo de los bloques. Una vez abajo, atravesó la pista y llegó hasta dos de las naves. Allí, un escueto equipo de técnicos finalizaba la puesta a punto. Pudo ver a los pilotos Wilson y Balakova, que pilotarían uno de los transportes con veinticinco soldados.

El capitán Garth emitió un gruñido al percatarse de su presencia en el hangar.

—Descanse, teniente. Espero que haya dormido bien. Nos espera un día movidito.

—Sí, señor —respondió Robert—. Me siento descansado y perfectamente preparado.

—Espero que esta vez sea capaz de seguir mis órdenes, teniente —añadió, acercándose a él.

—Sí, señor —respondió de manera escueta. No era momento de discusiones.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar sobre lo que había ocurrido cerca del río aquella tarde, antes de ser evacuados del planeta. Robert creía que, como el capitán se había sentido vencedor de la disputa entre ambos, no había motivos para que el comandante se enterara de lo ocurrido. El capitán sabía, casi con total seguridad, que su superior no pensaría de la misma forma, y por eso lo habría dejado estar. Sin embargo, la tensión entre ellos dos no había disminuido ni un ápice. Garth no parecía de los que olvidaban las cosas sin más.

—Espero que así sea, teniente —advirtió—. Usted irá en este transporte, yo iré en el otro. Encárguese de todos los preparativos. Le recomiendo que se vaya poniendo su exotraje.

—Sí, capitán.

Ambos se dirigieron a uno de los laterales del hangar, donde estaban anclados los exotrajados de toda la tripulación. Robert se introdujo en el suyo y se fijó al suelo metálico del hangar por medio del sistema magnético de los trajes. Se acercó a su transporte, a la izquierda. La piloto Balakova parecía estar pasando revista al mantenimiento que los técnicos habían realizado en la nave.

—Buenos días, Balakova —saludó Robert—. ¿Algo que deba saber?

—Buenos días, teniente —devolvió el saludo—. No, nada de momento. El transporte está en perfectas condiciones.

—¿Es en el que fuimos evacuados? —preguntó.

—No, pero es uno de sus gemelos. El que nos evacuó la semana pasada fue el otro.

—Bien, mantenemos la planificación inicial entonces, ¿no es así?

—Eso es, teniente —confirmó la piloto.

—De acuerdo. Haré una pequeña inspección ocular, si no le importa.

—En absoluto, adelante.

Robert subió la rampa de acceso de la nave y cruzó la pequeña estancia que permitía a los tripulantes descontaminarse antes de entrar en la cabina y que mantenía el interior del transporte libre de patógenos externos.

Revisó las dos hileras de asientos a cada lado del fuselaje. Entre ambas había espacio suficiente para un vehículo blindado ligero. Sin embargo, casi todos, al menos los que disponían de algún tipo de armamento, se habían perdido junto con el resto del arsenal. El alto mando había decidido no poner en riesgo los pocos vehículos con armamento que se habían colocado en el hangar. En esos momentos eran recursos muy valiosos, dadas las circunstancias. De lo que sí disponían eran de un par de mulas de transporte que se encontraban fijadas al suelo de la nave, cargadas hasta los topes. Algo de armamento ligero, pero sobre todo de parapetos antidisturbios.

—Esperemos no echar en falta algún tipo de vehículo terrestre —murmuró Robert mientras comprobaba que la carga de las mulas estuviera estibada de manera correcta.

Robert repasó también las sujeciones de los asientos hasta que se dio por satisfecho y volvió a salir del transporte. Fuera ya empezaba el goteo de soldados que se incorporaban al equipo después de colocarse los exotrajados que se encontraban en el lateral del hangar. Resultaba un tanto inquietante que, además de haber perdido todo el arsenal en el agujero negro, el mando militar contara con poco más de cinco decenas de exotrajados para toda la tripulación militar, compuesta por algo más de mil efectivos. Incluso con eso iban a tener que racionar los usos, o tendrían que comenzar a utilizar los exotrajados de los técnicos, menos avanzados para realizar tareas propias de un militar.

Poco antes de las siete y media de la mañana ya estaban allí todos los soldados que conformarían los dos pelotones que iban a participar en la misión. La sargento Cameron estaba junto al capitán Garth. Robert se acercó para recibir las órdenes pertinentes.

—Sargento, mande formar a ambos pelotones, cada uno delante de su transporte.

—Sí, mi capitán.

—¡Atención! —gritó la sargento con su particular tono de voz—. ¡Cada pelotón que forme delante de su transporte! ¡El pelotón del capitán Garth a este lado! ¡El del teniente Beaufort a este otro!

Los corrillos se dispersaron y las conversaciones fueron sustituidas por pasos apresurados. El capitán Garth comenzó a pasear por delante de ambos grupos, mientras Robert y los pilotos permanecían a su espalda. El nerviosismo era palpable.

—Presten atención —comenzó Garth—, porque no pienso volver a repetirlo. Hoy embarcamos en una misión de vital importancia para nuestra especie. Volvemos a ese maldito planeta para terminar lo que empezamos hace unos días: colonizar y conquistar. Pero no se engañen, nuestro cometido será muy difícil, la amenaza es muy real. Muchos de ustedes conocieron al soldado Parrish antes de embarcar en el proyecto, algunos incluso compartieron unos meses con él en esta misma estación. Esos malditos monstruos nos lo arrebataron. Pero esta vez no tendremos compasión, nos cobraremos la venganza por la vida de nuestro compañero, no habrá misericordia con los que siembran el terror. No toleraré la debilidad o la duda durante la operación.

A Robert le pareció que alguna de esas frases iba dirigida a él.

—Pero, sobre todo, recuerden: están luchando por algo más grande que ustedes mismos. Están luchando por el futuro de la humanidad. Están luchando por la gloria y la victoria. Y yo les digo, soldados, que la victoria será nuestra —exclamó, apretando el puño—. Lucharemos como guerreros, como soldados, como seres humanos. Y venceremos.

Se oyó un coro de vítores y gritos de ánimo. Robert localizó a la soldado Ferrara y al sargento Ortiz entre los miembros de su pelotón. Fueron los únicos que permanecieron impávidos ante las palabras del capitán Garth.

«Ya saben a qué nos enfrentamos. Saben que vamos a necesitar algo más que palabras motivadoras y gritos de guerra vacíos», pensó Robert.

El capitán hizo un gesto a la sargento Cameron y esta se dirigió de nuevo a ambos pelotones.

—¡Vamos, maldita escoria de vagos atolondrados! —gritó la sargento—. ¡A los transportes!

Los soldados accedieron de manera ordenada a su transporte. Mientras esperaba todavía fuera, Robert revisó las fichas de cada uno de los soldados que entraba en la nave. Todos eran muy jóvenes, ninguno de ellos llegaba a los veinticinco años.

«Han seleccionado a los más jóvenes y maleables», pensó. «Pero ¿qué pasará cuando se encuentren cara a cara con la muerte? ¿Estarán preparados?».

Se dio la vuelta para observar al otro pelotón. La situación era muy diferente. Al segundo vehículo se estaban subiendo sobre todo hombres y mujeres de más de treinta años. Algunos de los historiales que Ada le mostraba en el casco de su exotraje eran impresionantes. Había comandos de élite entre ellos. El capitán Garth se llevaba a los más experimentados mientras él se quedaba con los recién salidos de las academias militares.

Robert entró el último en el transporte, donde ya le esperaban sentados todos los tripulantes. La piloto estaba revisando los anclajes. Encontró un sitio libre al fondo de la estancia, pegado a la cabina del piloto. La soldado Ferrara le había guardado un asiento.

—¿Cómo ves a la tropa? —preguntó la soldado en cuanto se sentó.

—Muy joven.

—Sí, yo también me he dado cuenta a medida que iban llegando. Son todos recién graduados —corroboró.

—Eso parece.

—Sin embargo, el capitán, se ha traído a todos los matones de sus antiguos comandos de

infiltración.

—También me he dado cuenta de eso —asintió Robert, resignado.

—¿Esta es su manera de vengarse por no defenderlo el otro día?

—Eso me temo.

—Maldito hijo de puta —susurró Ferrara.

La piloto arrancó los motores y el hangar, como en otras ocasiones, se quedó sin oxígeno. Las alarmas llevaban ya un rato sonando, pero la ausencia de un medio por el que expandirse hizo que dejaran de oírse. La puerta del hangar se abrió tras unos instantes. En el interior del transporte oyeron el sonido de los anclajes de la nave al soltarse bajo sus pies. La del capitán hizo su maniobra de salida en primer lugar. Cuando esta estuvo fuera, fue el turno de la de Robert. Una vez ambas naves estuvieron en el exterior comenzaron a recorrer los poco más de cincuenta mil kilómetros que separaban la Asimov del planeta.

Minutos después los transportes comenzaron a traspasar las capas exteriores de la atmósfera. El ruido se volvió ensordecedor. Para cuando superaron aquella zona, nadie parecía tener ganas de hablar en la cabina. La tensión que se notaba en el ambiente era palpable.

Los dos vehículos tomaron tierra en un claro colindante al lugar del accidente de la Ícaro, a casi un kilómetro de la zona.

—Vía libre —oyó Robert a la piloto a la vez que una luz verde se encendía en la cabina del pasaje.

Robert se levantó de su asiento y se dirigió al portón trasero, que ya comenzaba a abrirse.

—Muy bien, saldremos de uno en uno y en orden. Ustedes dos —dijo señalando a los dos soldados más cercanos a la puerta—, cubran la salida del resto de compañeros. Permanezcan vigilantes en todo momento, a partir de ahora nos encontramos en territorio hostil.

Los soldados obedecieron y salieron del transporte en una perfecta sincronización y con sus armas apuntando en ambas direcciones. Una vez pisaron el terreno, el resto siguieron sus pasos.

Robert abandonó el vehículo detrás de ellos, escoltado por la soldado Ferrara y el sargento médico Ortiz. Los efectivos del otro transporte ya se encontraban en posición. El día era bastante más soleado que la última vez que habían estado allí, apenas había alguna nube aislada. Aun así, Robert no acababa de acostumbrarse a la tenue luz de la estrella.

—Soldado Ferrara —llamó—. Llévase a tres hombres con unas balizas y establezca un perímetro de seguridad de cien metros alrededor del transporte.

—¡A la orden!

—Capitán, ¿me oye? —preguntó Robert.

—Alto y claro —respondió Garth.

—Estamos en posición y a la espera de órdenes.

—Formen una línea de avance. Vamos a regresar al lugar del impacto.

—Recibido —confirmó.

En cuanto la soldado Ferrara y los tres soldados regresaron al grupo, Robert comenzó a dar las órdenes pertinentes.

—¡Presten todos atención! —espetó—. Avanzaremos en formación de cuña con dirección noreste. Mantengan todos sus posiciones y estén atentos a su entorno en todo momento.

Recuerden que estamos en territorio hostil, así que dejen de contemplar el paisaje y céntrense en el objetivo de la misión.

Los soldados del pelotón se dispusieron en dos líneas oblicuas formando una flecha en la dirección del avance. Ambos grupos se adentraron, uno detrás del otro, en el pequeño bosque que separaba el lugar del aterrizaje del lugar del accidente.

Los soldados que acompañaban a Robert parecían nerviosos. Más de uno tropezó con el follaje y se dio de bruces contra el suelo, lo que provocó algo más de ruido del deseable.

—Controle a su pelotón, teniente —advirtió por radio el capitán Garth—. Están anunciando a los cuatro vientos nuestra posición.

—Sí, señor —aceptó Robert sin rechistar, a pesar de que ambos sabían muy bien cuál era el verdadero motivo de que eso estuviera ocurriendo.

«Está disfrutando con la situación», pensó para sí.

A pesar de todo, Robert no reprendió a sus soldados. Tampoco tuvieron mucho tiempo para corregir la marcha, ya que enseguida llegaron al mismo claro en el que habían acampado una semana atrás. Allí continuaba la Ícaro, o más bien lo que quedaba de ella.

—¡Muy bien! —gritó el capitán—. Teniente, quiero que monten aquí un perímetro defensivo —ordenó—. Sargento Cameron, prepare los drones y los sensores perimetrales.

—¡A la orden! —dijeron ambos.

Robert dio las indicaciones pertinentes y los soldados de su pelotón descargaron los parapetos y dos ametralladoras ligeras de las mulas. Con el material del que disponían crearon un par de posiciones defensivas en forma de triángulo, separadas unos veinte metros la una de la otra. Justo en el centro de cada zona parapetada colocaron las dos ametralladoras.

—Dejen a cinco de sus hombres en cada parapeto —ordenó el capitán a Robert y a la sargento Cameron—. Ellos defenderán la retaguardia.

—Soldado Ferrara —dijo Beaufort—. Elija a cuatro soldados y prepare la defensa de la retaguardia.

—Con el debido respeto, teniente —dijo la soldado Ferrara cuando estuvo segura de que no los oían—. Si cree que voy a perderme el baile por quedarme aquí de niñera, lo lleva claro.

—De acuerdo —esbozó una pequeña sonrisa—. Coja entonces al más espabilado de todos y nómbrelo caballero si le place a su merced.

—A la orden, milord —respondió ella, satisfecha.

—Pero deje a los que han tropezado en el banquillo —añadió.

Una vez estuvo todo dispuesto, el capitán mandó de nuevo formar a los dos pelotones.

—¡Teniente! —bramó—. Ordene al resto de sus soldados que formen de nuevo. Avanzaremos atravesando el bosque hasta el punto donde perdimos el rastro. Peinen la zona en busca de señales recientes de las criaturas. Mantendremos una separación de treinta metros entre ambos pelotones.

—¡A la orden!

—¡Sargento Cameron! Despliegue los drones pequeños. Que nos sigan entre los árboles.

Robert dispuso de nuevo a sus soldados en una formación de cuña. Tanto él mismo como el sargento Ortiz y la soldado Ferrara se colocaron en la punta del pelotón. La sargento Cameron, por su parte, desplegó los drones tal y como le había indicado el capitán. Eran versiones en

miniatura de los que ya se habían utilizado para la exploración. Su tamaño los hacía mucho más manejables y, por lo tanto, más adecuados para terrenos cerrados, como un bosque o una cueva.

—Avancen en silencio —ordenó Robert—. Dejen cinco metros de distancia a ambos lados. Utilicen la radio solo si es estrictamente necesario. Y, sobre todo, vigilen dónde pisan. No quiero tener que detener la marcha para recoger a los rezagados.

Los dos pelotones se desplazaron por el bosque en la misma dirección que los Yokai utilizaron para emboscarlos. Había mucha vegetación, la marcha iba a resultar pesada y difícil. Aun así, al menos por el momento, el pelotón de Robert parecía responder bien. Todos avanzaban en relativo silencio. Estaban alerta.

Robert comprobó que no quedaba apenas nada del rastro que habían seguido hacía ya más de una semana. La vegetación había recuperado su espacio natural en el bosque. Ramas y hojas viejas se mezclaban con plantas de muy diferentes tipos. Tanto que, a veces, se hacía complicado avanzar.

—Teniente —susurró la soldado Ferrara—, ¿no le da la impresión de que hay más vida en el bosque? —preguntó.

—Sí —confirmó—. Hay más animales.

Todo se notaba mucho más vivo. Había ruido de insectos. Cantos de criaturas que moraban en los árboles, escondidos de las miradas de los militares. Robert pasó al lado de una especie de babosa gigante que trepaba por las enormes raíces de un árbol. Un poco más adelante, un espécimen de insecto que recordaba a una libélula enorme pasó por delante de la formación haciendo que todos se quedaran clavados en su posición al oír el estruendo de su aleteo.

—¿Qué demonios era eso? —oyó preguntar a uno de los soldados.

—Parecía un jodido helicóptero —respondió otro.

Las distracciones hicieron que el pelotón del capitán Garth cogiera algo de ventaja respecto al de Robert.

—Tenemos que apretar el paso —ordenó por el canal abierto.

El pelotón aumentó el ritmo hasta alcanzar a sus compañeros. Sin embargo, Robert se detuvo en seco. Levantó el puño derecho para que el resto de la formación detuviera su marcha.

—Capitán —dijo Robert—. Acabo de encontrar los restos de Parrish.

—Bien, revise la zona en busca de algún rastro que podamos seguir —ordenó Garth.

—Sí, señor. Aunque me temo que el área no está tan machacada como hace una semana.

Robert revisó con cuidado la zona de alrededor de los restos. Había todavía signos del pequeño ejército que había pasado por allí hacía unos días.

—No hay restos de sangre o fluidos, pero el rastro parece seguir hacia adelante —informó Robert—, dirección este.

—Recibido, sigamos con la marcha.

Los dos pelotones continuaron en la dirección que seguía el rastro. Robert utilizó a Ada para detectar vegetación pisoteada, ramas partidas en el suelo o cualquier otro signo que le indicara la dirección que debían seguir. Sin embargo, solo pudieron encontrar leves señales de los alienígenas.

Tras dos horas de tensa travesía y unos cuantos kilómetros a sus espaldas, los rastros parecían continuar en dirección sureste.

El ataque llegó desde atrás.

El traje de Robert mostró un par de cuadrados rojos que apuntaban hacia su derecha. De inmediato se oyeron los gritos de al menos dos de sus soldados. Todos se giraron hacia el lugar de dónde procedían y Robert corrió de inmediato en dirección al flanco derecho, siempre apuntando con su fusil.

—¡Nos atacan! —gritó por radio para avisar al otro pelotón.

Comenzaron los disparos, que se entremezclaban con los gritos de dolor de los soldados. Entre toda la confusión Robert oyó unos gruñidos guturales que no le resultaron familiares. Helaban la sangre de igual manera, pero estos eran sin duda diferentes.

La densa vegetación obstaculizaba el contacto visual de Robert con sus objetivos. Desesperado por alcanzarlos, se abrió paso a través de un grupo de helechos gigantes hasta tener línea visual con los atacantes. Dos enormes criaturas cuadrúpedas de largo pelaje azabache se alzaban ante él. Sus ojos oscuros e inquietantes escudriñaban el entorno por encima de sus terroríficas fauces. El alargado hocico de las bestias se dividía en tres mandíbulas, dos en la parte superior y una, algo más grande, en la inferior. Tenían a sus dos presas agarradas con fuerza.

Los pobres soldados gritaban retorciéndose de dolor mientras las dos criaturas intentaban seccionar las extremidades de sus víctimas a base de dentelladas y potentes sacudidas.

Robert apuntó al torso de la bestia más cercana para evitar errar el tiro y herir al desafortunado soldado. La criatura recibió tres balazos pero continuó en pie, aunque consiguió que soltara a su presa. Sin embargo, ahora su atención estaba centrada en él. Oyó más disparos a su izquierda; la otra criatura también estaba siendo atacada por el resto de su pelotón. Robert volvió a apuntar, esta vez a la cabeza. No falló. La criatura rodó por el suelo, confusa, pero lejos de ser abatida, volvió a levantarse. A su altura llegaron otros tres soldados que ayudaron a Robert a rematar el trabajo. Quedaba el segundo espécimen.

—¡Un médico! —gritó Robert por radio—. Quédense con el herido y defiendan la posición —se dirigió a los soldados.

Robert corrió hacia el lugar desde donde se escuchaban el resto de los disparos. Para cuando llegó a la zona, la soldado Ferrara ya estaba comprobando el cadáver de la otra criatura.

—¿Están todos bien? —preguntó.

—¡Tenemos dos heridos! —dijo Ferrara mientras se volvía con rapidez para comprobar el estado de uno de sus compañeros.

El sargento Ortiz examinó a los heridos. No tenían buen aspecto. El primero tenía los dos miembros izquierdos de su cuerpo seccionados y sus constantes vitales eran muy débiles. Su traje estaba destrozado, ya no era hermético y comenzaba a faltarle el oxígeno. El segundo, que había sido atacado al intentar interceptar la huida de la criatura, tenía el tórax de su exotraje atravesado por un enorme zarpazo que había llegado hasta sus costillas. Su respiración era dificultosa, pero aún se encontraba consciente.

El sargento médico tuvo que afanarse en los cuidados. Aplicó una espuma desinfectante con capacidad para cortar hemorragias en apenas unos segundos. Esperó a que hiciera efecto y después le inyectó un compuesto a través de los huecos del exotraje para intentar detener la hipoxia por la escasez de oxígeno del aire. Tras estabilizarlo examinó el estado del segundo soldado. Sus constantes vitales eran muy débiles, había perdido gran cantidad de sangre a través de la arteria femoral. Ortiz se giró hacia Robert e hizo un pequeño gesto de negación con la cabeza.

—No puedo hacer nada por él —dijo.

—Ve a ayudar al otro —ordenó Robert, apesadumbrado.

El sargento Ortiz corrió hacia la primera posición. Mientras, la soldado Ferrara, que se encontraba al lado del desafortunado soldado, certificó su fallecimiento.

—No lo ha superado —dijo con voz queda.

—No es culpa suya, soldado —animó Robert.

—¿Es que no hay nada que no quiera matarnos en este maldito planeta? —se quejó Ferrara, arreando un puntapié a la criatura abatida.

—Mucho me temo que estos dos no son más que animales salvajes.

Robert revisó por encima el cadáver de la criatura alienígena. Parecía más pequeña que la que había abatido él unos metros atrás.

—Creo que es una hembra —dijo, señalando su barriga.

—¿Estaba embarazada?

—Eso parece —confirmó Robert—. Solo estaban alimentándose.

El pelotón del capitán Garth llegó a la zona para ayudar a sus compañeros.

—Informe, teniente —ordenó.

—Tenemos una baja —explicó Robert—. Y dos heridos más. Hay que evacuarles de inmediato.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó señalando a la criatura.

—Diría que una hembra de depredador, capitán.

—¿Y el otro espécimen?

—También ha sido abatido.

—Sargento Cameron —dijo mientras se volvía hacia ella—, ¿por qué los drones no los han detectado a tiempo?

—No lo sé, capitán —se excusó—. Las lecturas son correctas. Todo parece en orden.

—Tengo la impresión de que no atacaron desde el suelo —intervino Robert, mirando hacia los frondosos y enormes árboles que les rodeaban.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó el capitán.

—Usted mismo lo ha dicho, los drones no los detectaron. Pero los drones solo vigilan el terreno. Y fíjese en las garras de estos animales —añadió señalando el cadáver—, tienen capacidad prensil, ideales para encaramarse a los árboles.

6

La guarida

4 de julio del año 0

Localización 3, Kepler-442b

Robert ordenó a un par de soldados que volvieran al campamento con los dos heridos y el cuerpo del soldado abatido encima de una de las mulas que habían llevado con ellos.

—Balakova, ¿me recibe? —preguntó Robert.

—Alto y claro, teniente.

—Preparen una de las naves para realizar una evacuación inmediata —ordenó—. Hemos perdido a un hombre. Y le llegarán dos heridos que necesitan atención médica urgente —añadió—. Avise a la estación para que preparen el quirófano. Ada les enviará los diagnósticos.

—Entendido.

—Una vez deje a los heridos en la estación, regrese de nuevo a su posición y espere nuevas órdenes.

El capitán Garth había dado por buena la teoría de Robert de que las criaturas podrían haber atacado desde los árboles, así que había ordenado a todos los soldados que vigilaran también por encima de sus cabezas.

—¿Qué tal se encuentran? —preguntó Robert a la soldado Ferrara y al sargento Ortiz.

—Preparada para seguir adelante —le aseguró Ferrara.

—Dispuesto —afirmó el sargento.

—Debemos continuar —dijo Robert—. Esperemos no encontrarnos con más sorpresas de ahora en adelante.

Los oficiales volvieron a organizar a sus tropas. Dos soldados del pelotón del capitán se unieron al de Robert para compensar las bajas y ambos grupos reanudaron el camino, esta vez dirigiendo las miradas en todas las direcciones posibles.

Tras unos kilómetros de marcha en relativa calma, llegaron a una pequeña depresión en el terreno. El bosque continuaba, pero había que salvar un terraplén para después continuar descendiendo. Gracias a los exotrajados pudieron atravesarlo sin problemas, aunque en algún punto se vieron obligados a desviarse hacia el sur, por lo escarpado de la orografía.

—¿Hasta dónde pensamos llegar? —preguntó el sargento Ortiz cuando llevaban ya casi treinta kilómetros recorridos.

—Hasta que perdamos el rastro o tengamos que regresar porque se agota el oxígeno —respondió Robert—. Y aunque algo débil, de momento seguimos teniendo un rastro.

—¿Cómo puede ser después de tanto tiempo?

—La vegetación tarda días en recuperar su forma original —explicó el teniente—. La lluvia suele ayudar a ese proceso, pero no ha llovido demasiado estos últimos días.

—¿No le parece extraño que los Yokai se desplazaran una distancia tan larga para llegar

hasta nuestro campamento?

—Llevo haciéndome esa pregunta desde que sobrepasamos los quince kilómetros —respondió Robert—. Pero algo me dice que ya estamos cerca de algo.

—¿Por qué lo cree? —se interesó Ferrara.

—Porque si nosotros llevamos casi medio día andando, y aunque ellos se desplazaran más rápido, tardarían media noche en llegar al campamento. Si los rayos ultravioleta les afectan, no pueden alejarse mucho de su guarida —dijo Robert—. Eso, y que llevamos un par de kilómetros en los que la vegetación está cada vez más machacada. Diría, además, que de forma reciente.

—¿Reciente? —preguntó el sargento, temeroso. Ortiz era un gran médico, pero no un combatiente destacado. En cuanto supo que se estaban acercando a la base enemiga su voz sonó mucho más nerviosa.

—Sí. Imagino que habrán salido de donde quiera que se encuentren para cazar estos últimos días. De ahí que esta zona haya tenido más actividad.

Nada más terminar la frase vieron a lo lejos, detrás de toda la vegetación, un pequeño claro. Cuando llegaron a él les sorprendió el dantesco espectáculo que había a unos treinta metros. Un enorme talud de roca casi vertical les cortaba el paso, por lo que solo podían continuar en dirección norte o sur. Hacía el norte, el pequeño claro acababa y el bosque seguía su camino, rodeando el acantilado. Pero hacia el sur, el claro les permitía ver una pequeña montaña de escombros de decenas de metros de altura.

—¿Qué es todo aquello? —murmuró el sargento Ortiz.

—No puede ser... —dijo horrorizada la soldado Ferrara.

—¡Dios mío! —agregó una de las soldados del pelotón.

—Zoom —pidió Robert.

Lo que vio en aquella montaña artificial le dejó de piedra. Apilados en el talud de roca había miles de huesos, de calaveras y restos de todo tipo de horribles criaturas. A lo largo del talud, en sentido vertical, la pared de piedra estaba teñida de manchas negruzcas como resultado de la actividad que había provocado el grotesco osario que se acumulaba en el suelo. A unos sesenta metros de altura se vislumbraba la entrada de una cueva.

—Capitán —informó Robert por radio—. Creo que los hemos encontrado.

El pelotón del capitán Garth llegó un par de minutos después.

—Pero ¡¿qué demonios es eso?! —bramó.

—Restos óseos, señor —respondió Robert—. Y un poco más arriba podrá ver lo que parece ser la entrada a su guarida.

El capitán inclinó la cabeza hacia atrás para ver la oscura abertura del talud, que a buen seguro se encontraba infestada de Yokais.

—¡Maldición! —exclamó—. Eso parece del todo inalcanzable.

—Eso me temo, capitán. Parece que son buenos escaladores.

—Sargento Cameron —llamó—. Usted y su pelotón peinen los alrededores. Busquen alguna forma de acceder a esa cueva, si es que es posible.

—¡A la orden! —respondió la sargento.

—Teniente, venga conmigo.

Robert acompañó al capitán a la gigantesca y macabra montaña de huesos que tenían a unos metros.

—Si esto es lo que parece —empezó el capitán—, podríamos encontrar aquí restos del exotraje de Parrish.

—Sí, tiene sentido.

—No quiero obligar a ninguno de esos soldados pusilánimes a escarbar entre los restos —siguió el capitán, condescendiente—, así que vamos.

Ambos comenzaron a encaramarse al enorme osario que tendría cerca de treinta y cinco metros de altura y una base de otros tantos de diámetro.

—¿Cuántas criaturas y durante cuánto tiempo han podido generar esta cantidad de restos? —preguntó el capitán.

—Demasiadas —observó Robert.

—No quiero ni imaginarme el hedor que tiene que emanar de todo esto —comentó el capitán mientras apartaba algún insecto de su visión.

—Desde luego, agradezco tener el exotraje.

Los restos parecían de diferentes animales y criaturas; los había de todos los tamaños y formas. Robert no era especialista en biología pero la mayoría de los huesos se parecían, salvando las distancias, a cualquier resto animal de la Tierra. Los había muy diferentes, de colores más o menos oscuros y de formas un tanto diversas y curiosas.

—¿Alguna vez vio algo parecido a esto en la Tierra, capitán? —quiso saber Robert.

—Ni remotamente —reconoció Garth—. Esto le hieló la sangre hasta al más duro.

Robert pudo sentir que el capitán se encontraba contrariado. Todo esto le había sorprendido, y no para bien. Todas las disputas pasadas habían dejado de tener sentido. El enemigo era despiadado.

Ascendieron con cuidado hasta llegar a la zona más elevada de la pila. El terreno era muy irregular y podían acabar metiendo la pierna en alguno de los huecos y recovecos que quedaban expuestos. Tras unos minutos de búsqueda infructuosa, Beaufort distinguió que algo brillaba unos metros más adelante. Tuvo que bajar un par de metros de la pila para alcanzar aquello que era sin duda alguna de otro material.

—¡Capitán!

—¿Ha encontrado algo?

—Sí —respondió Robert—. Creo que esto era el depósito de oxígeno del traje —dijo, mostrando una placa metálica de unos treinta centímetros que se encontraba doblada y con restos de sangre reseca—. Y eso de ahí parece una placa del tórax.

—Hay muchos restos —reconoció el capitán mientras señalaba alrededor.

—Y por la posición en la pila parecen los más recientes.

—Malditos bastardos —bufó el capitán, que comenzó a girar en redondo, como si buscara algo.

—¿Qué ocurre, señor?

—¿Has encontrado... bueno... a Parrish? —preguntó.

—No, señor —dijo Robert—. Aunque tampoco sé si lo quiero encontrar.

—Deberíamos al menos recoger sus restos. Merece un entierro digno.

—Tiene razón, señor —reconoció Robert.

Buscar algo que se pareciese a unos restos humanos entre millones de huesos de criaturas alienígenas no era una tarea sencilla ni placentera. Sin embargo, Robert tuvo un pequeño momento de lucidez.

—Teniendo en cuenta que la sangre de estas criaturas, y entiendo que la de muchas de las de este planeta, parece azulada —dijo, señalando el tono añil de la mayoría de los restos—, quizá deberíamos centrarnos en aquello que tenga una tonalidad diferente.

—Tiene sentido —admitió el capitán.

Ambos rastrearon la zona con atención, pero resultaba demasiado complicado, además de macabro.

—Ada, ¿podrías separar los restos con diferentes tonalidades que puedan pertenecer a un cuerpo humano? —preguntó Robert.

—Lo intentaré.

Tras unos segundos, tanto el capitán como Robert dispusieron en sus cascos de un par de cúmulos que podrían encajar con los parámetros. Encontraron lo que parecían una tibia y un fémur humanos. Cada vez que cambiaban el ángulo de visión, Ada les informaba de algún resto más. Hasta que el propio capitán dio con la prueba definitiva de que el soldado Parrish era uno de los desafortunados.

—Le he encontrado —anunció de manera escueta.

Robert se giró al oír esas palabras y se acercó para ver qué era lo que el capitán había recogido. Pensó que quizá hubiera sido mejor no encontrar nada. El capitán sostenía en sus manos una mandíbula y la mitad inferior de un cráneo humano.

—El análisis visual de la dentadura no deja lugar a dudas —dijo Ada—. Se trata del soldado Parrish. Lo siento mucho.

—Creo que ya es suficiente —dijo el capitán—. Volvamos con los demás.

Ambos regresaron con el resto de soldados del pelotón de Robert.

—Traiga alguna manta de la mula —pidió el capitán a la soldado Ferrara.

Luego envolvió con ella los restos de Parrish.

—El talud continúa hacia el sur durante algunos kilómetros más —informó la sargento Cameron—, pero no hemos localizado ninguna entrada más accesible.

—Gracias, sargento —dijo el capitán—. El teniente y yo hemos encontrado los restos de Parrish.

—Vayamos a por esos sucios cobardes —masculló entre dientes la sargento Cameron.

—Eso no va a ser posible —respondió el capitán.

—¿¿Qué?! —preguntó la sargento—. ¿Por qué no?

—No podemos subir hasta allí —explicó—. Y aunque pudiéramos, la cueva parece lo bastante estrecha como para perder la ventaja táctica. Además, ya casi es mediodía. Si queremos mantener nuestra retaguardia sin mover los transportes de sitio, tenemos poco tiempo para organizar un ataque.

—¿Así, sin más? —preguntó la sargento—. ¿Vamos a dejar que esas malditas criaturas

queden impunes?

—No, sargento —la miró con un brillo de odio en sus ojos—. He dicho que no iremos a por ellos, no que no vayamos a hacer nada. Prepare uno de sus drones. Quiero ver cómo es esa cueva por dentro.

La sargento cambió su expresión y preparó dos de los pequeños drones que los acompañaban. Unos instantes después, uno de los aparatos comenzó a surcar el aire en dirección a la abertura de la montaña.

—¿Qué quiere que haga con él? —preguntó Cameron.

—Métalo dentro —solicitó—. Quiero ver qué forma tiene la cueva y, si es posible, también cuántos de esos demonios hay ahí dentro.

—Entendido.

El dron se introdujo en la oquedad, que no era lo suficientemente grande como para poder realizar una incursión, tal y como había anticipado el capitán Garth. Pronto el aparato activó su cámara de infrarrojos para que pudieran ver algo en la oscuridad. La cueva parecía descender, y el dron avanzaba entre estalactitas y estalagmitas mostrando el dantesco espectáculo que captaba su cámara. Si los restos óseos del suelo se contaban por miles, las cantidades que allí dentro se veían eran sin duda de una magnitud mayor.

La cueva iba descendiendo y el dron se encontraba con más y más espacios.

—Por aquella enorme abertura —indicó la sargento.

—Esto es un maldito laberinto —dijo Robert.

—¿Cuánta distancia ha recorrido el dron? —preguntó el capitán.

—Novecientos metros —respondió Ada.

—Es demasiado grande —confirmó el capitán, decepcionado—. Necesitaríamos un ejército entero para poder asaltar ese sitio.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó la soldado Ferrara.

—El arte de la guerra —dijo el capitán—. Conoce a tu enemigo.

—¿El arte de la guerra? —preguntó el sargento Ortiz—. ¿Qué es eso?

—El arte de la guerra —comenzó—, es un libro escrito en China en el siglo V antes de Cristo. En él se habla sobre todo de que debes conocer a tu enemigo tan bien como a ti mismo si quieres llegar a derrotarlo. ¿Y qué sabemos de ellos? —preguntó.

—Que no toleran la luz solar —respondió Ortiz.

—Exacto. Sabemos que mientras haya luz solar, no nos atacarán— confirmó el capitán—. Pero ahora que tenemos la localización exacta de su guarida, también sabemos que si les llevamos lejos de su base perderán la ventaja del terreno y además, estarán más cansados.

—Y nosotros tendremos una mejor posición defensiva —añadió Robert.

—Solo hay que llamar amablemente a la puerta para ver si quieren salir a jugar —añadió el capitán con una sonrisa malvada.

El dron continuaba su marcha a través de la multitud de aberturas y recovecos de la cueva. Tal era la cantidad de posibles caminos a tomar que tuvo que dar varias veces la vuelta después de adentrarse en galerías que acababan en un callejón sin salida.

En uno de estos cambios de sentido, sin previo aviso, varias figuras se acercaron a él a toda

velocidad. Algo apareció justo delante de la cámara del dron en el momento en el que se perdió la señal.

—Bien —dijo el capitán—. Ya sabemos que están en casa. Sargento Cameron —ordenó—, enviémosles nuestros respetos.

—¡A la orden! —se apresuró a decir la sargento.

El segundo de los drones, junto con una pequeña carga explosiva pegada en su tripa, despegó en dirección a la abertura.

—Teniente, por si las moscas quiero que disponga a los dos pelotones a ambos lados de la abertura —ordenó—. Disparen a todo lo que se asome.

—Sí, capitán —confirmó.

Robert dio las órdenes pertinentes y los pelotones se colocaron a ambos lados de la oquedad. Todos los efectivos disponibles apuntaban con sus fusiles hacia la entrada. Hasta los soldados más experimentados estaban nerviosos. Todo estaba dispuesto para comprobar si la estrategia del capitán era acertada.

El dron ya no necesitaba ningún tipo de indicación, sabía perfectamente por dónde había ido el anterior. Solo tenía que encontrarse con las criaturas. Tras unos interminables minutos y antes de que llegara al mismo lugar, envió unas imágenes en la que se veían decenas de criaturas, cientos de ellas, tal vez más, dirigiéndose hacia el pequeño aparato.

Cuando la señal se perdió, se oyó una estruendosa explosión que retumbó por todo el valle. Al cabo de unos instantes vieron una polvareda que salía despedida por la abertura, dificultando la visión. La tensión entre los soldados de Robert era máxima. Nadie estaba del todo seguro de si las criaturas saldrían de su escondrijo para acabar con la amenaza que acababa de llegar a la mismísima puerta de su casa. Esperaron en tensión mientras el polvo de la explosión se disipaba. Nadie decía ni una palabra. Todos aguardaban sin quitar ojo de la entrada de la cueva. Robert temía que en cualquier momento un torrente de criaturas saliera de allí. El silencio era tal que eran capaces de oír sus propios corazones.

—¿Oís eso? —preguntó alguien.

—Sí —respondió otro soldado.

—Se acercan —dijo otro—. Parecen muchos.

—¡Silencio! —ordenó Robert.

Aquel leve sonido en la distancia pronto se convirtió en algo más evidente y en poco tiempo oyeron cientos de aterradores gruñidos. Un par de soldados dieron un par de pasos hacia atrás. De repente, los sonidos cesaron por completo.

Una figura emergió de la oscuridad y pareció observarles desde las alturas. Su cabeza giraba de manera compulsiva en todas direcciones. Su cuerpo, fino y atlético, era de un pálido tono azulado. Robert pudo ver con todo lujo de detalles su piel, cubierta de vasos capilares de un color azul muy intenso. Sin embargo, pronto empezó a oscurecerse y vio algo de vaho saliendo de sus brazos y de su cabeza. La luz solar le estaba afectando. Pero si le dolía, esa criatura estaba aguantando muy bien el tipo.

Uno de los soldados más novatos comenzó a temblar, y el repiqueteo de su traje y su arma hicieron que la criatura girara al instante la cabeza. Lo había localizado. El soldado comenzó a correr en dirección al bosque, presa del pánico.

La criatura, que continuaba inmóvil, echó su cuerpo ligeramente hacia atrás y, enseñando sus

amenazadoras filas de dientes, soltó un grito aterrador. Sin mediar palabra, varios soldados abrieron fuego.

—¡Alto el fuego! —ordenó Robert sin éxito— ¡Conserven la posición!

La criatura cayó hacia el interior de la cueva, abatida por las decenas de balazos que acababa de recibir.

—¡Alto el fuego! —repitió Robert.

Esta vez los soldados obedecieron. Desde la cueva llegaron de nuevo cientos de gruñidos; espoleados por la caída de su congénere, parecían clamar venganza. Otra figura, mucho más grande y amenazadora que la anterior, se asomó al borde del precipicio. De extremidades mucho más poderosas, tenía el labio inferior de su enorme boca partido por la mitad. En el mentón, una larga cicatriz descendía por el cuello hasta sus pectorales. Parecía una herida de guerra. Emitía una especie de gruñido gutural que acompañaba con el movimiento de sus labios. De alguna manera extraña, parecía que estaba hablando.

Si el grito que escucharon de boca de la otra criatura helaba la sangre, el que lanzó este otro espécimen sería capaz de helar el mismísimo infierno. Robert sintió que un terror sobrenatural recorría su cuerpo. Empezaba a pensar que quizá aquel plan no había sido buena idea, teniendo en cuenta la falta de efectivos, munición y armamento.

Unos segundos después, la criatura regresó hacia el interior de la cueva y poco a poco el murmullo que surgía del interior se fue alejando cada vez más.

La trampa

4 de julio del año 0

Cerca de la localización 3, Kepler-442b

—Eso ha sido terrorífico —dijo la soldado Ferrara al recordar la aterradora figura que habían visto en la boca de la cueva.

—Casi me lo hago encima —confesó el sargento Ortiz.

—No me extraña, aunque me hubiera gustado meterle una bala en medio de la cabeza —aseguró la soldado Ferrara.

—No quiero ni imaginarme lo que tuvo que pasar Parrish.

—Ya —asintió Ferrara—, o las malditas pesadillas que han sufrido Taro y Paula.

—Creo que deberíamos marcharnos de aquí cuanto antes —opinó el sargento.

Robert conversaba con el capitán, la sargento Cameron y el sargento Reynolds, uno de los antiguos comandos del capitán Garth que se había incorporado al servicio para esta misión.

—Aquí no vamos a poder hacer mucho más —decía Reynolds—. Si no disponemos de una buena cantidad de explosivos y drones, será imposible reducir esa cueva a escombros.

—¿Y si volamos la entrada? —preguntó Cameron.

—Una cueva tan profunda y grande podría tener diferentes salidas. El talud mismo parece contar con alguna entrada más pequeña —respondió el sargento señalando alguna pequeña oquedad que había a lo largo de la roca.

—Sí, puede que no utilicen esa abertura más que para tirar sus desperdicios —dijo el capitán—. No podemos malgastar de esa manera los pocos explosivos que tenemos.

—Deberíamos dividirlos —propuso Robert.

—¿Dividirlos? —preguntó el capitán.

—Sí, usted mismo lo ha dicho antes. Aquí son demasiados. Y están muy cerca de su refugio. Si conseguimos que se acerquen hasta la zona del accidente, quizá podamos diezmarlos con las ametralladoras. Y dudo mucho que vengan con todos sus efectivos, tendrán que dejar una guarnición.

—¿Cree que nos seguirán? —preguntó Cameron.

—Sin duda —dijo el capitán, apoyando la idea de Robert—. Ya ha visto al que parecía su líder. Diría que los hemos cabreado tanto que se lo van a tomar como algo personal.

—Es personal desde el momento en el que atacaron nuestro campamento —apuntó la sargento Cameron.

—Bien, está decidido —concluyó el capitán—, lo haremos así. Teniente, organice los dos pelotones. Avanzaremos más rápido si vamos juntos esta vez. Tenemos que llegar al campamento base antes de que anochezca.

—A la orden —respondió Robert.

Se separó del pequeño grupo de estrategia y se dirigió adonde se encontraban el resto de soldados, que esperaban nerviosos la orden de abandonar aquel lugar y no volver jamás.

—Ferrara —llamó Robert—, organice al resto, nos vamos. Estamos a unos cuarenta kilómetros del campamento, tenemos que volver antes de que caiga la noche.

—¿Vamos a dejarlo todo así? —preguntó la soldado Ferrara, decepcionada.

—No, vamos a prepararles una bienvenida.

—¡Por fin algo de acción! —celebró ella.

—Quiero que deje una baliza aquí mismo y luego otra cada diez kilómetros —pidió Robert—. Así sabremos cuándo se acercan.

—Entendido, señor.

—Sargento Ortiz, localice a nuestro soldado con nervios de acero —ordenó—. Intente calmarlo para que no vuelva a ocurrir.

—A la orden —respondió él.

Robert dio también las pertinentes órdenes al resto de soldados para regresar al campamento, donde prepararían una buena defensa. La marcha comenzó con rapidez y tranquilidad. Quizá se trataba de la calma que precedía a la tormenta, pero a Robert, saber a qué se enfrentaban le daba cierta tranquilidad, aunque esas malditas criaturas le pusieran los pelos de punta. Pensó en la viabilidad de la base científica que Emily tenía que instalar a unos cuantos kilómetros de allí. Con los Yokai tan cerca sería muy arriesgado.

—Ada, teniendo en cuenta la distancia entre la cueva y el lugar del accidente, ¿podrías calcular la velocidad aproximada de las criaturas y decirme si llegarían en una noche hasta el emplazamiento donde se piensa instalar la primera de las bases? —pidió Robert.

—Claro, teniente —dijo Ada de inmediato—. Sin duda llegarían si se lo propusiesen o si tuvieran motivos para ello.

—¿Por qué no iban a tener motivos? —preguntó él, extrañado—. Acabamos de bombardear su guarida.

—Correcto, pero la base se construirá a unos veinte kilómetros dirección noroeste del lugar del accidente —aclaró Ada—. Las criaturas desconocen nuestros planes de instalar una base, no tienen motivos para llegar hasta esa zona. Siendo inteligentes como parecen, entiendo que el lugar del accidente representa para ellos algo así como la guarida de sus enemigos. Por lo tanto, el plan que se ha trazado es posible que no tenga consecuencias sobre el campamento base.

—Entiendo el punto de vista, pero entonces, ¿crees que sería seguro levantar una base científica en la tercera localización?

—Me temo que en este planeta no podemos dar nada por seguro. Pero teniendo en cuenta que existe otra especie inteligente en el planeta y que ambas conviven separadas por tan solo un río, creo que la distancia puede ser suficiente para evitar cualquier enfrentamiento con los Yokai. Aun así, tómese estas predicciones con cautela, no puedo anticipar demasiado con lo poco que conocemos sobre ellos.

—¿No hay otras localizaciones más seguras? —insistió Robert—. ¿Por qué esta es tan importante?

—Yo solo soy una inteligencia artificial —respondió Ada—, y aunque no comparto esa

curiosidad humana por entrar en contacto con otras especies inteligentes, he de admitir que incluso para mí resulta muy motivador poder conocer, después de tantos años, una nueva civilización y aprender nuevas cosas. Es fascinante. Además, si me lo permite, teniente, uno de los motivos principales es el de seguir los pasos que pudo haber dado la expedición Galileo. Esa localización es la más prometedora de todas las que hemos analizado. Si la Galileo estuvo alguna vez en el planeta, estoy segura de que fue ahí.

—Entiendo —respondió él.

—Pero si quiere quedarse más tranquilo, la idea a medio plazo es ampliar la población humana en el planeta mediante la instalación de otras bases. Esperemos no tener estos problemas en los futuros vecindarios.

—O alguno peor —concluyó Robert.

Beaufort se situó esta vez en la retaguardia del pelotón junto con la soldado Ferrara y la sargento Cameron. Apenas habían recorrido la mitad de los cuarenta kilómetros que separaban la cueva del campamento base.

—Visto lo visto, esto va a ser complicado —comentó Ferrara—. Viajar a la otra maldita punta del universo para acabar extinguiéndonos así no parece un futuro muy prometedor.

—Desde luego, hemos empezado con mal pie —corroboró la sargento—. Perder el arsenal y el módulo de terraformación fue un importante revés. Después, el accidente de la Ícaro, y ahora encontrarnos con estos malditos demonios... Parece que alguien nos haya echado un mal de ojo.

—Todos sabíamos al alistarnos al proyecto que no iba a ser tarea fácil, sargento —respondió Robert—. Para mí, estar ahora mismo caminando por el planeta ya es un éxito rotundo para la humanidad.

—Visto así... igual es cierto que no nos va tan mal —observó la soldado Ferrara—. De hecho, los de la Galileo ni siquiera llegaron a conseguirlo.

—Y que lo digas —apoyó la sargento Cameron—. Tenía compañeros de promoción allí.

—Lo que tenemos que hacer es encontrar nuestro lugar en este planeta e intentar llevar una vida lo más cómoda y sencilla posible —dijo Robert—. Tenemos que conseguir que los equipos científicos de la nave puedan hacer su trabajo. Es la única manera de que la humanidad tenga otra oportunidad.

Llegaron al lugar donde esa misma mañana habían sido atacados por la pareja de animales salvajes. Los cadáveres continuaban inertes en el mismo lugar. Todo parecía en relativa calma.

—¿Cuántas balizas ha colocado ya, soldado Ferrara? —preguntó Robert.

—Tres, con esta que estoy colocando ahora y la que hemos dejado al pie de la cueva.

—Bien. Ada, ¿cuál es la actividad en las balizas de detrás? —preguntó Robert.

—De momento no se ha detectado ningún movimiento —respondió la inteligencia artificial—. Sin embargo, he de decir que la segunda de ellas no funciona del todo bien.

—¿Qué le ocurre? —se interesó el teniente.

—Recibo imágenes de las cámaras normales y las de infrarrojos, y el sensor de movimiento también funciona, pero no recibo señal alguna del radar, no parece estar operativo.

—Pero, tal y como está ahora mismo, ¿podrías detectarlos cuando se acerquen?

—Sí, no creo que tenga problemas, aunque sin el radar funcionando, tendrán que pasar por delante del sensor de movimiento o de las cámaras.

—Bien, al mínimo movimiento sospechoso, avísame.

—Claro, teniente.

El pelotón al completo, incluyendo el soldado huido, llegó sin más problemas al lugar del accidente de la Ícaro, donde les aguardaban los diez soldados que habían permanecido durante todo el día vigilando la posición. Robert también pudo contar con los dos soldados que habían acompañado de vuelta a la nave a los heridos.

Preguntó por ellos de inmediato.

—La doctora Schmidt los ha recibido en el mismo hangar y se los han llevado al quirófano —respondió el soldado.

—¿Cuál era su situación?

—Crítica, me temo, pero estable.

—De acuerdo, buen trabajo, soldado —dijo Robert.

El capitán Garth dio la orden a todos los soldados de que excavaran agujeros en el terreno, no para detener al enemigo, pero sí al menos para ralentizar su avance. Hicieron lo que pudieron con las pocas herramientas y recursos de los que disponían.

Robert analizó la situación de las defensas junto con la soldado Ferrara. Los pequeños puestos que se habían preparado se encontraban a unos cuantos metros el uno del otro y permitirían focalizar la defensa en ellos. Pero, aun así, tenían demasiado perímetro de bosque que defender.

—No tenemos una posición de lo más ventajosa —dijo Ferrara.

—No, pero creo que esto es lo mejor que vamos a poder conseguir. No disponemos de posiciones elevadas; tampoco de tiempo ni herramientas suficientes para cavar unas trincheras decentes —respondió Robert.

—Si se les ocurre rodearnos, puede que no salgamos de esta.

—Llevo todo el día pensando en ello —reconoció él—. También me preocupa que ataquen primero a los transportes y nos corten la retirada.

—Pero para eso tendrían que dar un rodeo para llegar hasta ellos.

—Sí, pero lo cierto es que no sabemos cómo de inteligentes son. Desde luego, es lo que haría yo en su lugar si dispusiera de suficiente información.

Robert dio una vuelta por el terreno y revisó con detenimiento la disposición de los bosques, el claro en el que se encontraban e incluso la localización de los restos de la Ícaro. Quedaban todavía un par de horas para que la luz desapareciera del todo, después de eso dispondrían de al menos otras dos más antes de que las criaturas llegaran hasta allí.

—Necesitamos luz —dijo Robert.

—¿Luz?

—Sí, como última medida. Venga conmigo, Ferrara —ordenó.

Robert y la soldado Ferrara se dirigieron de vuelta a la Ícaro. Accedieron a ella a través de la puerta de emergencia, que continuaba tal cual la dejaron unos días atrás. Llegaron a la bodega de la nave y allí encontraron lo que Robert había ido a buscar.

—¿Quiere mover el rover de aquí?

—Sí —dijo el teniente—. Si nos vemos rodeados, podríamos encender el frontal.

—Eso los desconcertará —dedujo ella.

—Setenta mil lúmenes de desconcertante luz artificial. Será como si se hiciera de día. Si es cierto que los Yokai tienen miedo a la luz, haremos que pasen un infierno.

—He de reconocer que tiene usted muy buenas ideas —sonrió la soldado Ferrara, que ocupó el asiento del piloto.

—Primero, compruebe que este trasto funciona —pidió él.

La soldado apretó el botón de encendido y el interior del vehículo se llenó de luz. Un pequeño y leve silbido eléctrico inundó la semidestruida bodega de la Ícaro. El motor parecía en perfectas condiciones.

—Encienda las luces frontales —ordenó Robert.

El frontal del vehículo blindado, diseñado para llevar a cabo misiones de exploración en condiciones muy adversas, disponía de tres filas completas de focos. Dos en la parte inferior del morro y otra montada en la parte superior, justo encima del parabrisas blindado. Además, alumbraba en un ángulo de más de ciento ochenta grados, ya que los focos de las esquinas estaban orientados hacia los laterales del vehículo.

La soldado Ferrara encendió las luces y Robert comprobó cómo su luz intensa alumbraba la salida de la bodega.

—¡Tenemos luz! —gritó Ferrara con entusiasmo.

—Hay un par de focos estropeados, pero sí, será más que suficiente.

—¿Quiere que lo saque de aquí, teniente? —preguntó ella.

—Sí, llevémoslo al claro —respondió—. Pero espere a que me monte.

Robert se subió por el otro lateral del vehículo. La salida de la bodega no estaba del todo desbloqueada, pero no era nada que el potente motor del vehículo no pudiera superar. La soldado desactivó el anclaje que mantenía al rover fijado al suelo de la Ícaro y pisó el acelerador. El vehículo comenzó a moverse y pronto notaron cómo se inclinaba hacia la izquierda. Necesitaron salvar un par de montículos de escombros y amasijos de metal para poder llegar a la rampa de salida.

Fue coser y cantar para la soldado Ferrara, y en breve atravesaron la salida de la bodega. La rampa no estaba en las mejores condiciones, pero aguantó su peso emitiendo apenas unos leves quejidos metálicos. Ferrara maniobró con habilidad para pasar el vehículo por el mismo lugar por el que habían transportado el módulo de supervivencia días atrás. El terreno, muy irregular y lleno de restos de árboles y planchas metálicas de lo que fuera el fuselaje de la nave, dificultó en gran medida el avance. Aun así, no tardaron ni cinco minutos en aparecer por detrás de la Ícaro. Los soldados que se encontraban preparando el terreno para la refriega, comenzaron a vitorear y a dar gritos de ánimo al ver que disponían de un vehículo blindado.

Ferrara se detuvo entre ambos puestos defensivos, con el frontal apuntando hacia el lugar por el que esperaban que aparecieran los Yokai. Luego se bajaron del vehículo mientras el capitán se acercaba a ellos.

—Buena idea, teniente —reconoció el capitán—. Esto sin duda es un magnífico plan B.

—Gracias, señor.

—Es una auténtica lástima que no dispongamos de los vehículos del arsenal —dijo Garth—. Aunque en ese caso, la batalla duraría muy poco. Esto nos va a permitir saborear mejor la

victoria.

—Sí, señor.

—Venga conmigo, teniente. Discutamos la estrategia. Tal y como estamos situados, no disponemos de ninguna ventaja táctica, sino más bien lo contrario —dijo—. Si esos cabrones tuvieran armas a distancia estaríamos bien jodidos.

—Por suerte, no parece ser el caso.

—Bien, distribuiremos a los soldados entre los dos puestos defensivos. Usted dirigirá el del sur y yo el del norte —ordenó—. Asegúrese de que esta vez nadie abre fuego antes de tiempo. Debemos dejar que se acerquen lo suficiente para que se confíen. Cuando hayan llegado a la mitad del claro, abrimos fuego, no antes. Coloque a su mejor tirador en la ametralladora.

—Entendido, señor.

—No es un gran plan, pero estamos tratando con criaturas salvajes, confío en que caigan en la trampa.

—Esperemos que así sea, por la cuenta que nos trae.

Por fin cayó la noche y una oscuridad total se apoderó del claro en el que se encontraban. Las conversaciones nerviosas de los soldados dieron paso a un silencio casi sepulcral. Robert dispuso a sus soldados en el espacio que le proporcionaban las defensas anti-amenazamiento. Ferrara se colocó en la ametralladora. El sargento Ortiz, que no destacaba por sus habilidades en el campo de batalla, haría las veces de operador para mantener la ametralladora siempre con munición. Colocó a un par de soldados en la retaguardia, para que vigilaran un posible ataque envolvente, y al resto los situó pegados a los parapetos, armados con sus propios fusiles de asalto.

—¿Ada? —llamó Robert, impaciente.

—Todavía no se ve actividad en la cueva —informó.

—Teniente Balakova, ¿me recibe? —preguntó.

—Alto y claro, teniente Beaufort.

—Quiero que mantengan los transportes con los motores encendidos y a punto para despegar —ordenó—. Si esto sale mal, tendremos que salir corriendo de aquí. Estén atentos a la radio y vigilen el perímetro.

—Recibido.

—Teniente Beaufort, ha aparecido una figura en la entrada de la cueva —interrumpió Ada.

—Muéstramelo en pantalla —pidió él.

Robert vio a través de la cámara infrarroja de la primera de las balizas una figura que agitaba la cabeza de manera compulsiva. Parecía su manera de escudriñar en la oscuridad. Estaba buscando algo y Robert sabía muy bien lo que era: a ellos.

Tras unos instantes, la figura volvió a desaparecer en el interior de la cueva. Acto seguido, un sinnúmero de criaturas comenzaron a salir por la abertura. Clavaban sus poderosas garras en la roca para descender por el talud sin precipitarse al suelo. Ya eran cientos, y seguían saliendo más y más. Era un ejército de demonios. No tardaron mucho en llegar al suelo, y en un abrir y cerrar de ojos, uno de ellos se acercó a la baliza y perdieron la señal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Robert.

—Hemos perdido la baliza, teniente —confirmó Ada—. Creo que la han destruido.

—¿Cómo sabían que allí había una baliza?

—No lo sé, teniente. Quizá conozcan el entorno y hayan detectado que ahí había algo que no pertenecía a él.

Robert meditó unos instantes, no demasiado convencido con la explicación de Ada.

—De acuerdo, de momento no es importante. Toma tiempos, quiero saber cuánto tardan en recorrer los diez kilómetros que hay hasta la siguiente baliza.

—Entendido —confirmó ella.

Casi treinta minutos después, Ada volvió a advertir a Robert.

—Teniente, estoy detectando movimiento en la segunda de las balizas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—Veintiocho minutos y medio.

—Eso nos da menos de hora y media hasta que lleguen aquí. ¿Qué velocidad llevan? ¿veinte kilómetros por hora?

—Veintiuno, teniente —corrigió.

—¿Hemos perdido la segunda baliza?

—No —respondió—. Esta vez no la han tocado.

—¿Y podemos hacernos una idea de cuántos son?

—Es difícil saberlo, la cámara está tapada por lo que no puedo ver cuántos individuos vienen —explicó Ada—. Pero podría asegurar que son más de mil.

—¿Mil?! —exclamó Robert, sorprendido.

—Sí, y puede que sean más, me temo.

—Bien. Avísame cuando lleguen a la siguiente baliza.

Robert contactó con el capitán en privado para informarle de la cantidad de individuos a la que podrían estar a punto de enfrentarse. El capitán no pudo ocultar su sorpresa, pero en ningún momento pareció denotar temor, más bien todo lo contrario.

—Tendremos una batalla épica, teniente —dijo con satisfacción—. Vaya preparando a sus hombres.

La tensión de los soldados por la espera se hacía ya muy notable. No se oía ni un murmullo. Estaban todos muy concentrados y expectantes. Tuvo que pasar otra media hora para que Ada volviera a informar a Robert.

—Acaban de llegar al punto medio, teniente —informó—. Aunque me temo que hemos perdido también esta baliza.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Parecen haber bajado un poco el ritmo —dijo ella—. Pero calculo que en una hora estarán en el claro.

Robert notó cómo la tensión también comenzaba a crecer en él. La larga espera no ayudaba en absoluto a templar los nervios. Se les estaba haciendo eterno.

—Apaguen todas las luces, pasamos a infrarrojos —ordenó por radio—. Y eviten utilizar la radio si no es estrictamente necesario.

Todos obedecieron y la oscuridad en el lugar fue total.

—¿Teniente Balakova?

—¿Sí, teniente Beaufort?

—Pasamos a silencio total por radio. Pero estén atentos, por lo que pueda pasar —advirtió.

—Recibido, teniente. Buena suerte.

—Gracias, la necesitaremos.

Pasaron otros treinta minutos hasta que Ada dio su informe de manera puntual:

—Teniente, acaban de llegar a la cuarta baliza. Están a escasos treinta minutos de su posición.

Robert respiró hondo e intentó calmar sus ánimos. Los Yokai no eran unos simples matones de barrio de su Marsella natal. Había llegado la hora de la verdad. De lo que iba a ocurrir en los siguientes minutos dependería el devenir de la colonia. Si vencían, puede que los Yokai dejaran de ser una amenaza. Si no lo hacían, el proyecto no solo perdería a un importante número de efectivos y material irremplazables, si no que se verían abocados a sobrevivir con la incertidumbre y la amenaza constante de una especie alienígena muy agresiva. Empezó a plantearse si todo esto había sido una buena idea. Quizá elegir otra localización más tranquila hubiera resultado más adecuado. Pero ya no había marcha atrás, se lo estaban jugando todo a una carta.

—Diez minutos —informó Ada.

—Diez minutos —repitió Robert por radio—. Recuerden, no abran fuego hasta que yo lo ordene. Y lo más importante: mantengan todos la calma.

Fueron los minutos más largos de la vida de Beaufort. Nadie emitía ni un solo sonido, pero la tensión era ya insoportable. Pronto empezaron a oírse gruñidos en la distancia. Ya estaban allí.

Observó con detenimiento los árboles más cercanos. Era imposible ver con nitidez lo que había entre los troncos. De repente, detectó movimiento. Primero decenas, moviéndose con rapidez entre la maleza; luego cientos. Eran demasiados.

—Ya llegan —susurró Robert—. Mantengan la calma. Aguanten.

Sin embargo, las criaturas se detuvieron en seco de pronto. Robert podía verlos en la distancia, bosque adentro, tras tres o cuatro filas de árboles. Se hizo un silencio muy perturbador, solo interrumpido por unos pocos sonidos guturales todavía más inquietantes que el propio silencio. Uno de aquellos malditos demonios se acercó al borde del bosque.

La criatura era bastante más menuda que la que habían visto ese mediodía. Pero, aun así, era evidente que tenía la capacidad de descuartizar a un ser humano en un abrir y cerrar de ojos. Salió al claro y avanzó unos pocos metros mientras giraba su cabeza en todas direcciones con rapidez. Los estaba buscando. Sus propios gruñidos denotaban que estaba teniendo éxito en su propósito. Se detuvo en seco a unos cuarenta metros de las dos posiciones defensivas y se irguió sobre sus cuartos traseros, mostrando por completo su pálido abdomen. Y, sin hacer nada más, se dio la vuelta y volvió a adentrarse en el bosque.

El resto de sus congéneres aguardaron unos instantes, sin emitir apenas sonidos.

—¿A qué están esperando? —oyó al capitán Garth decir por radio.

—No lo sé —respondió Robert.

—¿Por qué no nos atacan? —preguntó, desconcertado—. Estamos aquí, al descubierto.

—Creo que han descubierto la trampa —opinó Robert.

—Y entonces, ¿por qué se quedan quietos al borde del bosque?

—No lo sé —repitió.

Un único gruñido comenzó a escucharse con claridad dentro del bosque. Seguía siendo horrible, pero no era amenazador, no se parecía a los que habían oído hasta ese momento. Se asemejaba a algo de lo que Robert nunca habría creído capaces a esas criaturas. Se estaba riendo.

—¡Teniente Balakova! —gritó Robert—. ¡Despeguen! ¡Despeguen de inmediato!

—¡Recibido! —oyó por radio.

Robert pasó unos instantes de auténtico pánico. Si acababan con los transportes, estarían perdidos. Si los Yokai no los mataban, la falta de oxígeno podría hacerlo si no enviaban otro transporte a recogerlos. Les habían tendido una trampa.

—¡Dios mío! —escuchó Robert decir a la piloto—. Son cientos... miles... tal vez más —añadió, aterrorizada.

—¿Están ya en el aire? —preguntó Robert.

—Sí, teniente —dijo—. Estamos a salvo. Pero si no es por usted, no nos hubiera dado tiempo a reaccionar. Han aparecido de la nada y han acabado con las balizas del perímetro. Me temo que están rodeados. Tengan cuidado.

—Vengan hacia nuestra posición. Si esto se pone difícil, necesitaremos que nos alumbren con los focos de los transportes.

—Recibido.

—¿Capitán? —dijo Robert.

—Lo he oído, teniente. Reorganice las defensas, prepárense para contrarrestar un movimiento de pinza. Vendrán por todas direcciones.

Robert dispuso a sus soldados apuntando hacia los diferentes frentes que les brindaban los parapetos de las defensas. Dejó a la soldado Ferrara con el sargento Ortiz por el flanco principal y a un par de soldados para cubrir la ametralladora. Al resto los dispuso en los otros dos flancos. Le preocupaba sobre todo lo que podría llegar desde el sur. Todas las criaturas que volvían desde la posición de los transportes se les iban a echar encima.

Los dos transportes llegaron antes y se quedaron sobrevolando la zona. Al no disponer de armamento no podían hacer mucho más que esperar acontecimientos. El ataque fue rápido y coordinado. Miles de criaturas aparecieron por el claro y los rodearon por completo. Los planes del capitán se habían desmoronado antes de empezar la batalla, los Yokai eran demasiados y atacaban desde todas las direcciones.

—¡Fuego a discreción! —gritó Robert— ¡Defiendan la posición!

Los soldados comenzaron a disparar. Las criaturas estaban todavía lejos de los puestos defensivos, pero si continuaban apareciendo por centenares, pronto tendrían problemas para mantenerlos a raya.

Los soldados, a pesar de ser poco experimentados, estaban respondiendo bien. Robert se encargó de las zonas que quedaban más desatendidas. Disparaba pequeñas ráfagas a izquierda y derecha para acabar con las criaturas que el resto del pelotón no había eliminado. Aun así, no daban abasto, eran demasiados. Les estaban ganando terreno poco a poco.

La soldado Ferrara arrasó la parte frontal del puesto defensivo. La ametralladora, de mayor calibre y con una cadencia de tiro muy superior a los fusiles, estaba haciendo auténticos estragos

entre las huestes de los Yokai. Pero no permitía la agilidad de movimientos de un fusil, así que en poco tiempo los soldados que la custodiaban empezaron a tener problemas para repeler los flancos que desatendía la ametralladora.

—¡Necesitamos ayuda por aquí! —gritó la soldado Ferrara, desesperada.

Robert, aun viendo que el flanco sur estaba lejos de estar controlado, decidió moverse hacia el frontal para ayudar en lo posible. Dos criaturas que habían esquivado las ráfagas de la ametralladora estaban a punto de alcanzar la posición defensiva. Tomaron impulso y, con sus poderosos cuartos traseros, se elevaron más de dos metros por encima del suelo. Robert reaccionó a tiempo y los derribó en el aire, aunque se desplomaron sobre uno de los soldados que se encontraba a la derecha de la soldado Ferrara. El militar cayó de bruces con ambos cadáveres sobre él y comenzó a gritar presa del pánico.

Robert ocupó con celeridad su posición mientras nuevas criaturas se abrían paso a través del llano. No había tiempo para ayudar al joven soldado. Se dispuso a repelerlas, pero su fusil se quedó sin munición. Había estado tan pendiente del resto de los soldados que se había olvidado de comprobar su propia carga. Un error imperdonable para alguien de su rango. Recogió a toda prisa otro cargador del lateral de su traje y preparó el arma tan rápido como pudo. Pero ya era tarde, otras tres criaturas habían superado la brecha y se dirigían hacia él a gran velocidad. Apuntó a la primera y disparó dos balas. Éxito. Sin embargo, las otras dos estaban ya a escasos dos metros de distancia. Estaba perdido.

Cuando se preparaba para recibir el impacto, una potente ráfaga sobrevoló la zona y las dos criaturas cayeron al suelo desplazadas unos cuantos metros debido a la potencia de la ametralladora.

—¡Creo que tendrá que estar más atento la próxima vez, señor! —gritó la soldado Ferrara mientras giraba la ametralladora en la otra dirección y continuaba defendiendo la parte frontal.

—¡Ha estado cerca! —respondió Robert, perplejo—. Le debo una, soldado.

—Me conformaré con salir de aquí —dijo sin dejar de apretar el gatillo—. Aunque no le negaré una buena jarra de cerveza fresca.

—Delo por hecho —respondió un Robert que no tuvo tiempo para recuperarse. Los Yokai apretaban mucho en todos los flancos.

—¿Cómo llevan la situación, teniente? —preguntó el capitán Garth.

—No creo que aguantemos mucho más, capitán —reconoció Beaufort—. No disponemos de demasiada munición y cada vez están más cerca. Ya hemos tenido un par de sustos.

—Entendido. Creo que es el momento de pasar al plan B —ordenó el capitán.

—¡Teniente Balakova! —llamó Robert—. ¡Enciendan las luces! ¡Ahora!

—¡A la orden!

Los pilotos encendieron al unísono los potentes focos de las naves. Al instante, muchas de las criaturas se detuvieron en seco, sorprendidas por la repentina fuente de luz.

—¡Teniente, apunte con sus focos al rover! —pidió Robert—. ¡Necesito que me despeje el camino!

—Recibido —respondió la piloto mientras enfilaba la nave hacía el vehículo blindado.

Tal y como Robert pretendía, las criaturas comenzaron a abandonar la zona aledaña al vehículo. Pero, aun con luz, seguían avanzando por los puntos ciegos a los que los focos de los

transportes no alumbraban con tanta potencia.

Salió corriendo del perímetro defensivo y saltó por encima de los cadáveres apilados que había en su trayecto. Estaba a tan solo diez metros del vehículo. Se apresuró hasta él. Pero cuando ya lo tenía a su alcance, y a pesar de que la piloto alumbraba la zona con intensidad, una enorme figura saltó sobre el techo del rover. Tenía el labio inferior atravesado por una enorme cicatriz. Era el líder de los Yokai, y no parecía estar de buen humor.

Robert se detuvo. La criatura emitió un potente rugido y su cara, aunque sin ojos, parecía mirar directamente hacia él. De alguna forma sabía dónde estaba. Robert cogió su fusil pero, antes incluso de poder apuntar a la criatura, esta se abalanzó con rapidez sobre él. Soltó el arma por la fuerza del impacto y cayó de espaldas al suelo. La criatura, que quizá esperaba un contrincante más fornido, rodó por encima de su cabeza.

Ambos se levantaron con rapidez, pero habían intercambiado las posiciones y ahora era Robert el que estaba más cerca del rover. Decidió intentarlo. Corrió hacia la puerta del copiloto, pero su enemigo era mucho más rápido y ágil que él. Con un movimiento casi felino golpeó a Robert por la espalda y lo lanzó de cabeza contra el lateral del vehículo. El impacto fue tan fuerte que le costó unos valiosos instantes sobreponerse. Rodó por el suelo y se puso boca arriba. Pero la criatura seguía allí, justo encima de él. Se disponía a darle el golpe de gracia.

Se dio cuenta de que estaba junto a los bajos del vehículo. Accionó los propulsores del traje. La criatura acabó clavando sus garras en la tierra del suelo mientras Robert se desplazaba hacia el otro lado del vehículo gracias al impulso. Ahora sí, era su oportunidad para entrar y encender los focos del frontal. Tenía que aprovechar el desconcierto del líder enemigo. Se levantó del suelo y abrió la puerta tan rápido como pudo. Se encaramó al asiento del piloto y cerró la puerta blindada detrás de él.

La criatura apareció a su lado dando un brinco desde el otro extremo. Parecía un tanto sorprendida, no entendía muy bien cómo se le había escapado la presa. Robert aprovechó la confusión para encender el motor del rover y, acto seguido, las luces.

—¡Toma luz, bastardo! —bramó.

La criatura dio un respingo a su lado al recibir casi de forma directa la luz de los focos laterales, y emitió un gruñido desesperado. Corrió en dirección al bosque, como el resto de las criaturas que todavía seguían por allí.

Robert emitió un largo y sonoro suspiro al comprobar que el peligro había pasado.

—¡Por fin! —oyó a Ferrara por radio—. ¡Se marchan!

—¡Huid, malditos bastardos! —gritó eufórico el capitán.

Robert salió del vehículo con cautela. Al ver que todo estaba despejado, recogió su fusil y se dirigió al puesto defensivo.

—Informe de la situación, soldado Ferrara —pidió.

—Tenemos dos bajas, señor —dijo—. Justo antes de encender las luces del rover ha habido una oleada demasiado grande.

—Maldita sea —lamentó.

—Aunque esta vez me temo que no se han podido llevar a todos sus caídos —dijo la soldado Ferrara mientras señalaba la cantidad de bajas enemigas que había en el campo de batalla.

El capitán se acercó desde el otro puesto defensivo.

—Gran trabajo, teniente —dijo exultante.

—Hemos tenido dos bajas, capitán —respondió Robert, sin compartir el entusiasmo de su superior.

—Bueno, de eso trata la guerra, a veces hay bajas —dijo con frialdad—. Lo importante es que hemos ganado esta batalla en total inferioridad de condiciones.

Robert no añadió nada a las palabras del capitán. No podía alegrarse por lo que había pasado. Esa misma mañana había perdido a un hombre; esa noche, a otros dos. Tres buenos soldados que no sabrían jamás lo que significa volver a empezar. No podía estar contento. No quería estarlo.

8

La espera

5 de julio del año 0

Estación espacial Asimov

Emily pasó parte de la noche observando los avances del equipo militar en la distancia. Ella era una de las pocas personas en la estación que tenía privilegios suficientes para hacerlo. Así que no era de extrañar que a esa hora de la mañana bostezara como nunca a pesar del café bien cargado que se había tomado.

Incluso tras haber concluido la refriega tuvo dificultades para conciliar el sueño. Había seguido los acontecimientos con los nervios a flor de piel, sobre todo, cuando el líder de los Yokai se interpuso en el camino de Robert hacia el vehículo de exploración terrestre.

—Lo ocurrido ayer me hace pensar que debemos posponer los preparativos de la primera base —comentaba el director Patel en ese mismo instante.

Emily no estaba prestando demasiada atención. Parecía haber voces contrarias a la instalación de la primera de las bases en la localización cercana al accidente a pesar de que, según Ada, era la más prometedora.

—No podemos dilatar más esto, Suresh —opinó el subdirector.

—Utilicemos una de las localizaciones en el otro continente —insistió el director de ingeniería.

Emily seguía dándole vueltas al ataque de ayer. Le había quedado claro que los Yokai, además de salvajes, eran criaturas inteligentes.

—Pero aquí tenemos la oportunidad de contactar con una nueva civilización —apuntó el subdirector Green.

Ada había calculado a partir de las imágenes captadas por las cámaras de la baliza superviviente que más de cuatro mil Yokai habían participado en la escaramuza. Y aunque sus bajas se contaban por cientos, muchos habían huido de regreso a la cueva.

—Las otras localizaciones no son tan prometedoras —intervino Janice Jones, una de las adjuntas a la dirección, incapaz de callarse su opinión.

Muchos cadáveres Yokai se habían quedado en aquel claro, a pesar de que algunos de los supervivientes se arriesgaron al intentar recuperar los cuerpos de sus compañeros caídos. Parecía haber algún tipo de tradición cultural o algo similar que los empujaba a hacer tal cosa.

—Pero en ellas estaremos más seguros mientras aclaramos cómo de peligrosos son esas malditas criaturas —volvió a rebatir el director Patel.

—En una de las localizaciones hay un artefacto alienígena que esparce una molécula de la que todavía sabemos muy poco, Suresh —recordó el subdirector.

El equipo militar había regresado del lugar bien entrada la madrugada. Dejaron en tierra el vehículo, las barricadas y también algunas de las balizas. Querían comprobar si los Yokai volvían a la noche siguiente. Parecía buena idea. Además, les quedaba la baliza que colocaron a

unos diez kilómetros de la entrada de la cueva y que, por algún motivo, los Yokai no habían destruido.

—No sé por qué —se quejó el director Patel, preocupado—, pero parece que soy el único aquí que es consciente del peligro que corremos. Llámenme loco, pero no me gustaría arriesgar más vidas humanas por pretender jugar a los vaqueros en el viejo y salvaje Oeste.

—Nadie quiere arriesgar vidas, Suresh —repuso el subdirector—. Y créeme, entiendo muy bien tus objeciones. Pero nada nos hace pensar que los Yokai vayan a llegar hasta esa localización.

Las siguientes noches iban a resultar clave en el devenir de la colonia. Dependiendo de la reacción de los Yokai las garantías de éxito serían mayores o menores. Habían perdido muchos efectivos, pero todavía desconocían cómo de grande era su comunidad.

—Comandante Bauer —dijo el subdirector—. ¿Usted qué opina?

—Creo que es pronto para tomar una decisión en firme —respondió el aludido—. Han sido un día y una noche muy largas para todos. Pero todavía desconocemos demasiado sobre el comportamiento de los Yokai. Mis hombres me han asegurado que el golpe que les hemos asestado ha sido importante. Sin embargo, la cautela me impide recomendar todavía la instalación de ningún tipo de base permanente en esa localización concreta. De igual manera —añadió—, que tampoco puedo garantizar la seguridad en ningún otro lugar. Desconocemos demasiadas cosas.

En realidad, no había ningún indicio de que los Yokai pudieran desplazarse más allá del lugar del accidente. Pero tampoco nada les aseguraba que en cualquier sitio del planeta iban a estar a salvo de un ataque, bien de la colonia Yokai o de otra que pudiera existir.

—¿Tú qué opinas, Emily? —preguntó el subdirector.

Emily estaba distraída, perdida en sus propios pensamientos. Tuvo que recuperar de su memoria las últimas conversaciones para poder opinar.

—Nunca vamos a tener una garantía total de seguridad. Ni ahora, ni dentro de diez años —dijo—. Pero Ada cree que esa es la localización que con mayor probabilidad habría elegido la Galileo. Además, podríamos encontrarnos con otras amenazas en cualquier parte del planeta. Ahora bien, no soy quién para tomar una decisión de este calibre. Entiendo que no podemos poner en riesgo vidas humanas, ni tampoco el valioso material de la estación. Pero creo que se podría avanzar con la instalación de la base durante el día mientras observamos el comportamiento de los Yokai por la noche y decidir en unos días si es seguro o no que un pequeño equipo de personas se instale en la superficie.

—¿Le parece bien lo que propone la doctora Rhodes, director Patel? —preguntó el subdirector.

Patel meditó lo que se acababa de decir.

—De acuerdo, creo que puede ser un punto de encuentro entre ambas posturas —dijo—. Si de esa manera conseguimos no arriesgar vidas humanas, me doy por satisfecho.

—¡Perfecto! —aplaudió el subdirector—. Parece que tenemos un acuerdo, empezaremos mañana mismo a trasladar equipo y material para comenzar con los preparativos. Los equipos de ingeniería se trasladarán todas las mañanas a la zona y regresarán antes de caer la noche. ¿Podemos garantizar de alguna manera la seguridad durante el día, comandante?

—Sin problema —respondió—. Asignaré un destacamento para proteger a los ingenieros.

—Creo que es todo por ahora —dijo el subdirector, satisfecho con el resultado de la reunión—. Todos tenemos cosas que hacer y estamos a las puertas de volver a hacer historia.

En torno al mediodía Emily se acercó al comedor donde la esperaban el resto de sus compañeros. Estaban al tanto de los acontecimientos que habían ocurrido el día anterior, pero desconocían lo que había pasado durante la noche.

—¿Qué tal fue todo anoche, Emily? —preguntó Paula, preocupada.

—Bien. Bueno, no del todo. Supongo que es difícil responder esa pregunta con una sola palabra.

—¿Qué pasó? —insistió Taro.

—Los militares repelieron el ataque —explicó Emily—. Pero esas criaturas demostraron tener mucha inteligencia. Lo pasamos muy mal, son pavorosos. Y eran miles.

—¿Miles? —preguntó Paula aterrorizada.

—Sí, Ada contó al menos cuatro mil individuos —añadió bajando la voz—. Y eso teniendo en cuenta que los sensores no detectan con precisión lo que hay en la espesura del bosque, así que podrían ser muchos más.

—¡Qué horror! —exclamó Paula.

—¿Y los militares? —preguntó Gorka.

—Hemos sufrido dos bajas más.

Se hizo un pequeño silencio en la mesa. Solo de pensar en cómo lo debían de estar pasando sus amigos, que acababan de perder otros dos compañeros en combate, se les caía el alma al suelo.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer nosotros? —preguntó Chad— ¿Estaremos seguros en la base?

—Os mentiría si os dijera que todo es seguro —reconoció Emily—. Ojalá pudiera garantizaros algo.

—Estaremos bien —aseguró Taro.

Durante la comida eligieron temas triviales de conversación, evitando de manera consciente mencionar lo sucedido. El ambiente, en cualquier caso, era pesado y sombrío, especialmente entre los militares.

Emily buscó a Robert con la mirada, pero no vio a ninguno de sus compañeros. Al darse la vuelta se toparon de bruces con los tres militares.

—Hola —saludó Paula con voz suave—. ¿Qué tal estáis?

—Vivos, al menos —respondió la soldado Ferrara, resignada.

—Ya nos han puesto al día —dijo Chad—. Lo sentimos mucho. Si podemos hacer algo por vosotros...

—Te lo agradecemos enormemente —dijo el teniente Beaufort con un tono cortante—, pero solo necesitamos descansar y pasar el trago cuanto antes.

—Aun así, cualquier cosa que necesitéis, aquí nos tenéis —insistió Paula.

Emily no quiso añadir nada. Robert parecía bastante hundido. Le habría gustado animarlo, abrazarlo y ayudarlo a superar esta situación, pero estaba claro que no era el mejor momento.

Se pasó toda la tarde revisando informes y datos del planeta en su terminal. Era una tarea aburrida, pero la prefería a la tensión del día anterior.

—Emily, tienes un mensaje del teniente Beaufort —avisó Ada.

—¿Qué? —levantó la cabeza nerviosa.

Emily dejó de inmediato lo que estaba haciendo y leyó el mensaje en voz baja.

Hola, Emily. Quizá antes te haya parecido un tanto distante. La verdad es que me está costando digerir todo lo que ha ocurrido. Solo quería decirte que siento si te he parecido un maleducado. Toda esta situación, el riesgo constante, la pérdida de compañeros, me está resultando difícil de sobrellevar. Espero que las cosas vayan mejor a partir de ahora.

Robert

Emily se quedó un rato pensativa. Leyó el mensaje un par de veces más mientras pensaba en la respuesta adecuada. Luego empezó a escribir:

Hola, Robert. No es necesaria ninguna disculpa. Es comprensible que estés alterado, creo que, en mayor o menor medida, todos nosotros los estamos. Lo importante es que estemos juntos...

Sin embargo, la última frase no le pareció adecuada, así que la reescribió:

... Lo importante es que todos nosotros estemos unidos. Así que, si necesitas hablar sobre el tema, aquí me tienes.

Emily

Después de releer un par de veces más el mensaje, lo envió.

Pero ya no pudo concentrarse en la tarea que estaba haciendo. Cada dos minutos, comprobaba una y otra vez su bandeja de entrada en busca de un nuevo mensaje. Y, aunque tardó un buen rato, recibió una respuesta.

Gracias, Emily. Significa mucho para mí que tú, que todos vosotros, os preocupéis de esta manera. Y quizá te tome la palabra, no me vendría mal hablar de esto con alguien. Gracias de nuevo.

Robert

Emily volvió a responderle.

No hay de qué. Cuando necesites. Ya sabes dónde estoy.

Emily

Esta vez no esperó ninguna respuesta y, aunque volvió a comprobar sus mensajes de vez en cuando, consiguió avanzar algo en sus tareas. No hubo novedades durante el día desde la superficie del planeta, como era de esperar. Pero tenía mucha curiosidad por saber si los Yokai regresarían de nuevo al lugar de la reyerta. Habló con Ada para que la mantuviera informada de cualquier novedad.

—Ada, pon una alerta, quiero monitorizar la situación de los Yokai en cuanto anochezca en la zona del accidente. Avísame unos minutos antes de que lo haga.

El aviso de Ada llegó cuando volvía del comedor a su camarote tras cenar algo ligero.

—Tienes otro mensaje del teniente Beaufort, Emily —dijo en tono jocosos.

—Estás disfrutando con todo esto, ¿verdad? —sonrió ella.

—He de reconocer que por norma general me aburro un poco —dijo Ada—. Y las interacciones humanas me resultan de lo más interesante. Así que sí, creo que disfruto bastante.

—¡Menuda cotilla estás tú hecha! —la recriminó.

Emily entró en el baño y se cepilló los dientes mientras leía el mensaje en su terminal.

Hola Emily. Imagino que tú también querrás saber lo que ocurre en la superficie al anochecer. Había pensado que podríamos verlo juntos, si te parece bien. Salvo que tengas otras cosas que hacer o vayas a reunirse con la junta de dirección del arca. Bueno, me dices.

Robert

A Emily le dio un vuelco el corazón y esbozó una amplia sonrisa. Respondió:

¡Claro! Si quieres, podemos verlo desde una de las salas multiuso que hay cerca del comedor. El anochecer se producirá más o menos en torno a las ocho, ¿te parece si nos encontramos a las siete cuarenta y cinco en la zona?

Emily

Unos segundos después recibió la respuesta:

Perfecto. Allí nos vemos.

Robert

Llegó solo cinco minutos tarde esta vez. Por suerte, los últimos rayos de luz todavía persistían en esa zona del planeta.

—Hola —saludó Robert.

—Hola —le devolvió Emily—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mejor. Aunque supongo que tengo que asimilar muchas cosas todavía —reconoció resignado.

—Poco a poco lo irás viendo de otra manera —lo animó ella.

Ambos entraron en una de las salas que disponía de un buen proyector para poder revisar las imágenes del satélite y de las propias balizas.

—Ada, conecta todas las cámaras y sensores disponibles en pantalla —pidió Emily cuando se sentaron.

Ada les mostró un enorme mapa vía satélite con las localizaciones importantes marcadas en la pantalla. En cada una se superponían los datos e imágenes que llegaban desde los sensores: imágenes de la baliza situada a diez kilómetros de la cueva de los Yokai e imágenes y datos de los radares de las tres balizas que permanecían intactas en la zona del accidente, donde tuvo lugar la batalla.

—¿Ha pasado algo importante durante el día? —preguntó Robert.

—No, teniente —respondió Ada—. Salvo algún pequeño y extraño animal, no he registrado nada fuera de lo normal.

—¿Cuánto queda para que anochezca del todo? —preguntó Emily.

—Diecisiete minutos.

—Nos tocará esperar un rato —dijo Robert.

Ambos se quedaron callados, buscando un tema de conversación.

—¿Y bien? —dijo Emily, rompiendo el incómodo silencio—, ¿cómo te encuentras de verdad?

Robert agachó la mirada y suspiró con suavidad.

—No lo sé —reconoció—. Ayer no pegué ojo. Llevo todo el día dándole vueltas a lo que ha ocurrido desde que hemos llegado aquí. He perdido a cuatro hombres en menos de dos semanas. Y todo ello en las que han sido mis dos primeras misiones. —Hizo una pausa, era evidente que estaba sufriendo—. Eran apenas unos críos, Emily —continuó mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla—. El mayor tenía la edad de mi hermano pequeño. Solo de pensar en que a alguno de mis dos hermanos les pasara algo así, se me encoge el alma.

—Es normal que te sientas así, Robert —dijo Emily mientras le envolvía las manos con las suyas—. No puedo ni imaginar lo que debes de estar pasando ahora mismo.

—No pude hacer nada. Yo... supongo que me siento impotente —añadió.

—No podías haber hecho nada, Robert —intentó tranquilizarlo—. Eran demasiados, yo misma lo vi. La proporción era de ochenta a uno. De hecho, me parece un milagro que hayáis vuelto tantos. Visto en perspectiva, tengo la sensación de que fue una misión suicida.

—Probablemente lo era.

—Entonces deja de culparte. Tú hiciste todo lo posible por traerlos de vuelta, pero la situación era mucho más crítica de lo que podíais haber imaginado. De hecho, si no llegas a tener la idea de utilizar el rover, estoy casi segura de que habrían muerto muchos más. En lo que a mí respecta, eres un héroe.

Robert pareció calmarse un poco.

—Gracias Emily —dijo—. Supongo que no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones.

—Nadie, nunca antes, ha estado en estas circunstancias. Todos tenemos que acostumbrarnos —respondió con pragmatismo.

—Creo que ya me siento un poco mejor. No sé por qué, pero contigo me resulta muy sencillo soltarme.

Antes de que pudieran siquiera cruzarse las miradas, Ada les interrumpió:

—Ya ha anochecido —anunció—. Ayer a esta misma hora los Yokai salieron de la cueva en dirección al campamento base.

—¿Se ve algo por el satélite? —preguntó Emily, que soltó las manos de Robert, sobresaltada.

—No, ha oscurecido ya y las ópticas del satélite no son capaces de detectar la radiación infrarroja a tanta distancia. Y los láseres no son útiles para detectar objetos en movimiento.

—¿Significa eso que tendremos que esperar a que lleguen a la primera baliza? —preguntó Robert.

—Eso me temo, sí.

—¿Cuánto alcance tiene el radar de las balizas? —preguntó Emily.

—En espacio abierto podrían ser decenas de kilómetros pero al estar en un bosque el alcance dependerá mucho de los obstáculos que encuentre —dijo Ada—. De cualquier manera, no disponemos del radar en esa primera baliza.

—Vaya, ¿qué ha ocurrido con él? —preguntó Emily.

—Cuando lo colocó la soldado Ferrara ya estaba roto —respondió Robert, encogiéndose de hombros.

—¿Estaba ya roto?

—Sí, ¿pasa algo?

—No, nada. Es curioso, pero quizá no signifique nada.

—¿Cuánto tendríamos que esperar para que recorran la distancia hasta esa baliza?

—Ayer tardaron veintiocho minutos y medio —respondió Ada.

—Se nos va a hacer larga la espera —se resignó Emily.

No quiso volver a sacar el tema de la reyerta para no deprimir a un Robert que parecía ya más animado.

—¿Puedo hacerte una pregunta un tanto personal? —preguntó en cambio.

—Claro, dispara —dijo él sorprendido.

—Hace unos días, cuando tuvimos aquella disputa con el capitán Garth en el río, él te echó en cara que siempre te ponías del lado de los agresores. ¿Qué quería decir?

Robert agachó la cabeza, sabía muy bien a lo que se refería.

—Lo cierto es... que no estoy autorizado a contarte nada de eso —respondió tras una pausa—. Pero creo que, en cierta manera, mereces saberlo.

—¡Oh! No, perdona —se disculpó—. No pretendía ponerte en un aprieto.

—Tranquila, no pasa nada —siguió—. Creo que ya no importa demasiado que se sepa la verdad, aunque os voy a pedir que no salga de esta habitación —añadió mirando hacia arriba, esperando una reacción simpática por parte de Ada.

—Seré una tumba —cumplió la IA.

—Yo también, lo juro —dijo Emily sonriendo con la palma de la mano levantada.

—Digamos que los dos trabajadores fallecidos de la Copérnico no eran exactamente trabajadores.

—¿Cómo se supone que debo interpretar eso? —preguntó Emily.

—Eran dos de los terroristas.

—¿¿Qué?! —exclamó mucho más alto de lo que ella misma esperaba—. ¿Qué? —repitió, esta vez en voz baja.

Robert resumió lo que ocurrió aquel día y cómo, a la hora de la verdad, el capitán Garth acabó ejecutando a los dos hombres sin posibilidad de un juicio justo, ni tan siquiera de poder dar su versión de los hechos.

—Eso es horrible —murmuró Emily tapándose la boca.

—Sí, sí que lo es.

—Ahora entiendo muchas cosas —añadió.

—Debes prometerme que, pase lo que pase de aquí en adelante con el capitán, no mencionarás nada —dijo muy serio.

—Sí, tranquilo, te lo prometo.

—El alto mando decidió ocultarlo de la opinión pública para que no se desgastara más el

prestigio del proyecto. Ni siquiera sé si el subdirector Green está al tanto de lo que ocurrió. Creo que solo el capitán Garth y yo sabemos lo que pasó aquel día. Y ahora, también tú.

—Ejem —carraspeó Ada.

—Sí, tú también, Ada —sonrió.

—Si esas criaturas han llevado el mismo ritmo que ayer, deberían aparecer en breves momentos por delante de la baliza —informó Ada.

—Muéstranos las imágenes en la pantalla grande —pidió Emily.

Ada obedeció, pero la cámara de infrarrojos no mostraba nada. Estuvieron un buen rato observando la imagen casi sin pestañear, pero era poco menos que una imagen estática. Conforme pasaban los minutos iban perdiendo la esperanza de detectar movimiento. Pero, de repente, algo se movió en la distancia.

—¿Qué ha sido eso? —señaló Robert a la proyección.

—Creo que son ellos —Emily se levantó de la silla de un salto.

Eran muchos, varios cientos. Y estaban haciendo el mismo recorrido. Tardaron un buen rato en pasar todos por delante de la baliza.

—Ada, basándote en el tiempo que han tardado y la cantidad de individuos que estimaste ayer, ¿cuántos creen que son? —preguntó Emily.

—Algunos menos, pero no demasiados. Unos tres mil individuos.

—Cielo santo, siguen siendo muchísimos —murmuró ella.

Ambos se sentaron de nuevo en las sillas, derrotados. En su fuero interno habían albergado la esperanza de que la derrota de ayer hubiera minado de alguna manera la moral de las criaturas. Ver cómo volvían a buscar el enfrentamiento de manera incansable supondría un duro revés para el proyecto.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Emily.

—Tendremos que reducir su guarida a escombros —respondió Robert con resignación.

Ambos guardaron silencio. La situación no era la más idónea para hacer planes a largo plazo. Pasaron la siguiente hora discutiendo las diferentes posibilidades que tenía el proyecto, casi repitiendo todas y cada una de las diferentes opiniones que Emily había escuchado en la reunión de esa misma mañana. Había otras alternativas, pero ninguna tan prometedora como la tercera de las localizaciones. Estaban tan cerca, pero a la vez tan lejos, que se sentían frustrados. Por lo menos, la discusión se alargó lo suficiente como para que Ada tuviera que interrumpirles.

—Deberían estar a punto de aparecer dentro del rango de operación de los radares de la zona del accidente —informó.

Casi se sobresaltaron al ser conscientes de que había pasado más de una hora.

—Muéstranos en pantalla la información de las tres balizas —solicitó Emily.

Ada centró las imágenes y la representación del radar sobreimpresos encima de una imagen diurna y estática de la zona. De momento no se observaba nada. Pero, de la misma manera que les había ocurrido antes, el radar comenzó a colocar pequeños puntos rojos en el bosque. Se acercaban a toda velocidad. La presencia de los puntos fue corroborada por las imágenes infrarrojas de las balizas.

—Ya han llegado —certificó Robert.

La secuencia pareció seguir el mismo guion que la noche anterior. Las criaturas se detuvieron en seco. Una de ellas avanzó hasta el borde del bosque y se asomó al claro. Al cabo de unos minutos, volvió a adentrarse de nuevo entre la vegetación.

Pero esta vez, en lugar de esperar acontecimientos, tres criaturas salieron corriendo de la espesura. Cada una de ellas tomó una dirección diferente, directas a las balizas. En cuestión de segundos, una tras otra, perdieron las señales. Las últimas imágenes registradas eran de las criaturas a punto de destruirlas.

—¿Qué es lo que acabamos de presenciar? —preguntó Emily extrañada.

—Nos hemos quedado a ciegas —explicó Robert.

—Sí, lo sé, pero ¿por qué han destruido las balizas? —insistió—. ¿Por qué no han destruido todo lo que queda de la Ícaro? ¿Por qué han dejado intacto el rover?

—Quizá sepan que les observábamos.

—Sí, puede ser, pero puede que sea algo más sencillo que todo eso. ¿Ayer se colocaron balizas en el punto de aterrizaje?

—¿Te refieres a donde aterrizamos?, ¿a unos kilómetros del accidente? —preguntó Robert.

—Sí.

—Juraría que di la orden, es el procedimiento habitual —dijo tras pensarlo unos instantes.

—Sí —confirmó Ada—, se instalaron cuatro balizas.

—¿Y qué ocurrió con ellas?

—Que las destruyeron al llegar y ver que los transportes habían despegado —respondió Ada.

—¿Y cuántas se instalaron en el lugar del accidente? —preguntó de nuevo.

—Cuatro —confirmó Ada.

—Pero aquí solo hemos visto tres, ¿dónde estaba la cuarta?

—Destruída.

—¿En qué posición exacta se encontraba?

Ada mostró sobreimpresionada la localización de la cuarta baliza en la imagen del satélite.

—Justo lo que me imaginaba —dijo ella—. Está en la zona más cercana al bosque del que salió el grueso de los Yokai.

—Creo que no te sigo —reconoció Robert.

—¡El radar! —exclamó Emily triunfal—. Solo persiguen el radar.

—¿Qué? —preguntó todavía más confundido—. Ahora sí que me he perdido.

—Piénsalo. La primera de las balizas sigue intacta. ¿Por qué? Porque el radar no funciona. —Al ver que Robert seguía frunciendo el ceño, continuó—: Ada, ¿puedes explicarnos qué es un radar?

—Un radar es un sistema que utiliza ondas de radio para detectar, localizar y rastrear objetos en el espacio —explicó obediente.

—Bien, ondas de radio. También podríamos hablar de frecuencias de radio. En la Tierra, los radares funcionan con unas determinadas frecuencias que dependen del propósito del radar y del lugar donde se vayan a utilizar. ¿Me sigues?

—Sí, creo que sí.

—Uno de los factores a tener en cuenta a la hora de utilizar un radar es el impacto que estos pueden tener sobre la fauna de la zona. En la Tierra siempre se ha intentado evitar que los radares interfieran en la comunicación o geolocalización de animales como murciélagos o delfines. Por eso se configuran para que operen en unas frecuencias que no afecten a los hábitats animales.

—¡Estábamos molestándolos! —exclamó con los ojos abiertos.

—¡Exacto! —dijo Emily eufórica—. Si lo piensas, tiene todo el sentido del mundo. Su manera de localizarnos, su ausencia de órganos oculares. Incluso diría que fuimos nosotros mismos quienes los atrajimos a nuestra posición tras el accidente —añadió.

Robert se llevó las manos a la cabeza. Todo cuadraba. Tenía que ser eso.

—Eres un genio —admitió él.

—Tengo que avisar al subdirector —dijo Emily—. Ada, ¿sabes si está despierto?

—Sí, el comandante Bauer y el subdirector están haciendo justo lo mismo que vosotros —dijo Ada.

—Ponme con él.

—Dime, Emily —oyó al subdirector al otro lado.

—¿Acabas de ver lo mismo que nosotros? —preguntó.

—Sí, que nos hemos quedado a ciegas —se encogió de hombros.

—Pero sé por qué —dijo exultante—. Es por el radar.

9

La primera base

8 de julio del año 0

Estación espacial Asimov

Los preparativos para instalar la primera base en el planeta habían comenzado días atrás. Tras el descubrimiento de que el radar era la causa de que los Yokai los atacaran, hubo consenso para comenzar con la colonización del planeta. Emily y sus compañeros utilizaron un transporte para ir a comprobar el avance de las obras.

—Tengo ganas de ver nuestra nueva casa —dijo Chad emocionado.

—Querrás decir el laboratorio de nuestra nueva casa —bromeó Gorka—. Todos sabemos que vas a dormir al lado del microscopio atómico.

—¿Qué culpa tengo yo de que disfrute con mi trabajo? —se defendió el biólogo.

—Deberías buscarte un hobby —se burló Gorka.

—Pues yo tengo ganas de ver las vistas —dijo Paula—. Los amaneceres tienen que ser preciosos.

—Lo son —confirmó Emily.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Paula, sorprendida.

—Yo... bueno... Uno de los días me tocó la última guardia —se defendió nerviosa.

Paula soltó una risita al ver la reacción de Emily que, aun estando dentro del traje, pudo notar cómo se ponía roja como un tomate.

—Yo estoy nervioso por todo —reconoció uno de los dos novatos.

—Tranquilo, Kostas —sonrió Emily—. Ya verás que es un ecosistema de lo más apacible.

—Ya, no es precisamente la fauna y la flora lo que más me preocupa —añadió.

—Estaremos bien, de verdad —volvió a tranquilizarlo Emily—. No hemos vuelto a saber nada de los Yokai desde que destruyeron los radares. Además, alrededor de la base se han colocado balizas con detección de movimiento que no utilizan ningún tipo de radar. Y se han instalado también en diferentes puntos entre la cueva y la base. Si se acercan lo más mínimo, podremos actuar antes de que lleguen a nuestra posición.

—Y estaremos protegidos por los sistemas de defensa —apuntó Chad.

—Y tendremos apoyo militar —añadió Paula.

—No, si todo eso ya lo sé —reconoció—. Pero después de oír las cosas por las que habéis tenido que pasar vosotros... pues muy tranquilo no me quedo. Da la impresión de que este planeta atrae la mala suerte.

Kostas Angelopoulos era la nueva incorporación del equipo. Emily lo había conocido hacía unos meses, cuando se aventuró por la zona de los invernaderos. Era uno de los técnicos encargados de gestionar los cultivos hidropónicos de la nave. Tanto el director Patel como ella misma habían considerado interesante incluir un ingeniero agrónomo en el primer asentamiento

del planeta. Era de vital importancia para la colonia comenzar a evaluar cómo podrían desarrollarse los cultivos de la Tierra bajo las condiciones de Kepler-442b.

El otro novato de la expedición permanecía callado en una de las esquinas del transbordador que les estaba llevando hasta la base. Era Jonathan Wiśniewski, el autor confeso del sabotaje del arca Asimov. Tan solo Emily lo sabía, y había preferido no compartirlo con sus compañeros por el momento. El subdirector y ella habían acordado comenzar con su reinserción dentro de la colonia, y al tratarse de un técnico soldador se le asignó el cargo de responsable del mantenimiento general de la base.

—¿Te encuentras bien, Jonathan? —preguntó Emily—. No has dicho una palabra desde que nos hemos sentado.

—Sí, sí —respondió de forma escueta.

—¿Tú no estás nervioso? —le preguntó Chad—. Yo recuerdo mi primer día en el planeta y estaba tan nervioso que casi vomito dentro del traje.

—Yo... supongo que estoy bien —dijo Jonathan con timidez.

—Tranquilo, Chad podría vomitar hasta cogiendo un aerotaxi —bromeó Gorka.

El transporte atravesó la atmósfera del planeta y se dispuso a llevar a cabo la maniobra de aterrizaje. En un abrir y cerrar de ojos habían llegado a la localización donde ya casi habían acabado con los trabajos de ensamblado de los módulos de la base. Salieron del vehículo y una fina lluvia les dio la bienvenida. El cielo estaba oscuro y la amenaza de tormenta no estaba descartada. Comprobaron de primera mano cómo era el lugar elegido para albergar el edificio que haría las veces de residencia y lugar de trabajo.

Los ingenieros habían decidido montar las estructuras en una amplia zona sin árboles rodeada de arbustos y vegetación que harían las veces de parapeto natural. De alguna manera habían conseguido ocultarla y los módulos solo eran visibles si se aproximaban desde el oeste. La propia vegetación disimulaba casi por completo los edificios desde el resto de ángulos. El espacio tenía una extensión de unos cincuenta metros de ancho por otros tantos de largo.

Varios de los ingenieros realizaban todavía los últimos retoques en el techo de la estructura, donde estaban instalando unos paneles solares. Por allí se veía todavía la maquinaria pesada con la que se habían realizado las excavaciones y el nivelado del terreno. Una figura un tanto rechoncha, ataviada con un exotraje con la banda naranja de ingeniería, los saludó desde la zona de acceso a las instalaciones.

—¡Hola a todos! —saludó el director Patel con alegría—. ¡Bienvenidos!

—¡Hola, director! —dijo Paula mientras le daba un metálico, pero efusivo abrazo.

El director de la sección de ingeniería era muy querido por todos por su amabilidad. No había nadie en toda la expedición que no tuviera buenas palabras cuando se refería a él.

—¡Qué buen aspecto tiene todo! —exclamó Emily al saludar al director.

—Esto ya está cogiendo buena forma —reconoció Patel—. Me estáis empezando a dar envidia —añadió.

—Quédense con nosotros, director —sugirió Paula.

—¡Uy! Eso me gustaría mucho —respondió él—. Pero me temo que primero tendría que retomar mis ejercicios si no quiero que la gravedad del planeta me pase factura —rio mientras se agarraba la barriga—. Pero dejemos mis gorduras a un lado. Venid, os voy a enseñar las instalaciones. Acabamos de sellar y comprobar la habitabilidad. Vais a ser los primeros en verlo.

Las instalaciones estaban formadas por dos distribuidores con un pasillo que los unía y cinco módulos de diferentes usos. La única entrada se encontraba en el primero de los distribuidores, una estructura de forma cuadrangular que hacía las veces de módulo de descontaminación. El director Patel se dirigió a la entrada, donde oyeron ruidos de descompresión que llegaban desde el interior.

—La espera es porque la cámara de descontaminación está vaciándose —explicó—. Es completamente automática, detecta quién entra, quién sale, y gestiona de forma segura todo el proceso para el cambio entre estancias. No podríais salir sin el traje, aunque lo intentarais.

Las dos enormes puertas se abrieron hacia ambos lados, mostrando el interior del primer distribuidor, una estancia de unos diez metros de lado y casi cuatro de altura. Una vez estuvieron todos dentro, las puertas se cerraron y, tras escuchar los ya clásicos sonidos propios de un sistema de descontaminación, las parpadeantes luces rojas dieron paso a una más tranquilizadora luz verde.

—Ahora ya es seguro quitarse el traje —anunció el director mientras se libraba del casco.

Todos lo imitaron y se quitaron el suyo.

—Huele medio a cerrado, medio a nuevo —Chad husmeó en el ambiente.

—Sí, los primeros días quizá os huela un tanto extraño cuando os quitéis los trajes —dijo el director—, pero os acostumbrareis enseguida. Todo el lugar utiliza aire del exterior como materia prima —presumió—. Se han instalado diferentes filtros y debajo del suelo que estamos pisando ahora mismo se han colocado generadores de aire respirable alimentados con el aire de fuera. Así que, aunque por seguridad disponéis de un pequeño depósito de oxígeno, la instalación es autosuficiente.

—¿Y qué hay del resto del soporte vital? —preguntó Gorka.

—Tenemos placas solares y acumuladores en los techos de todas las estancias para generar la electricidad necesaria y un pequeño reactor de fusión para complementarlas —explicó—. En el tema energético me temo que tendremos que hacer alguna mejora de cara al futuro para que todo sea más eficiente, todavía no tenemos claro qué rendimiento obtendremos de la estrella del planeta; y en cuanto al agua, de momento tenemos los depósitos encima del otro distribuidor, al que accederemos luego.

—Entendido —asintió Gorka, satisfecho con las explicaciones.

—A ambos lados tenemos dos estancias —continuó—, a la izquierda según hemos entrado se encuentra el laboratorio.

El director se dirigió hacia las puertas de entrada del mismo, que se abrieron a su paso. Pudieron contemplar una estancia diáfana, de unos doscientos metros cuadrados, a la que todavía le faltaba el material necesario para convertirse en un laboratorio funcional.

—Todas las estancias son del mismo tamaño —dijo el director—. Aquí se instalarán los juguetes que los doctores Williams y Murakami han considerado necesarios. También habrá espacio para algún pequeño despacho, zonas de trabajo y salas de reuniones.

—Es impresionante —murmuró Taro.

—¡Es fantástico! —dijo Chad entusiasmado.

—Me alegro de que os guste —agradeció el director—. Aquí, en la otra —continuó, entrando en la de la derecha de la entrada—, tendremos el almacén.

La puerta se abrió de igual manera, dejando a la vista el material y herramientas que los

ingenieros estaban utilizando para la instalación.

—No lo he dicho pero, si os fijáis, tenemos claraboyas en el techo de todas las estancias que os permitirán disponer de algo de luz natural —continuó el director mientras señalaba el techo del almacén—. Como es lógico, tienen un tratamiento ultravioleta para evitar que os afecte la radiación de la estrella. Aunque tendremos que complementarlo con luz artificial ya que, por desgracia, en este planeta hay algo menos de luz que en nuestra querida Tierra.

—Vaya, pensaba que era solo yo —bromeó Kostas.

—La idea es instalar aquí una impresora de aleaciones y polímeros para que podáis imprimir todo aquello que se necesite en el futuro —dijo el director, dirigiéndose a Gorka y Jonathan.

—Suenan bien —afirmó Gorka.

El director salió del almacén y cruzó la puerta frente a la entrada, que daba a un largo pasillo con multitud de armarios a un lado y terminales de conexión para exotrajistas en el otro.

—Como podéis ver, aquí tendréis vuestras taquillas y suficiente espacio de almacenamiento para las veinticinco personas que es capaz de albergar esta instalación —explicó—. Todavía no tenemos conectados los suministros a las tomas de carga de los trajes pero, si queréis, podemos dejarlos aquí, aunque sea solo para experimentar un poco la gravedad real, sin asistencias.

El director y el resto del equipo se colocaron cada uno en una de las terminales y dejaron sus trajes allí mismo. Atravesaron la puerta del final del pasillo y llegaron a un distribuidor similar al de la entrada, esta vez sin ningún sistema de descontaminación.

—Bien. Al frente tenemos los dormitorios —indicó el director—, a la izquierda están los espacios comunes: cocina, comedor y sala de esparcimiento. A la derecha, los aseos, duchas, la enfermería y también un pequeño gimnasio para que vuestros cuerpos vayan habituándose a la gravedad del planeta.

—Desde luego, es bastante mejor que mi casa de la Tierra —se sorprendió Kostas.

—Sí, lástima que no haya una buena hamburguesería cerca... —opinó Chad.

—Vais a tener una cocina tradicional, así que podrás prepararte la comida como quieras, Chad —respondió el director Patel—. Vamos a ver la zona del comedor. Imagino que mis chicos estarán todavía dentro.

El director cruzó la puerta de la zona común de la instalación y tal y como había anunciado, allí había tres personas ocupadas en completar la instalación de una impresora alimentaria.

—Hola —saludó a los tres ingenieros. Los técnicos saludaron con un tímido gesto con la mano y el director continuó con las explicaciones—. Tendréis la cocina aquí, al inicio de la estancia, el comedor en medio y una pequeña sala común al final —explicó.

—Siento como si me estuvieran dando las llaves de una casa nueva —bromeó Paula.

—Es comprensible —sonrió el director—. En cierta manera, así es. Vamos a ver los dormitorios.

Regresaron al segundo distribuidor y cruzaron la puerta de enfrente del pasillo. Aquella estancia estaba dividida en dos por un tabique de separación. De momento no se veían camas por ninguna parte.

—Hemos creído interesante separarlos en dos habitáculos, por aquello de la segregación clásica por sexo de nacimiento, pero pueden usarlos como les vengan en gana.

—Está genial —dijo Emily.

—Muy bien y, por último, pero no por ello menos importante, vamos a ver la zona de los aseos, enfermería y la zona de entrenamiento.

Avanzaron hacia la última de las estancias.

—Aquí tenéis un par de vestuarios y más al fondo os prepararemos un gimnasio funcional para que podáis estar en forma y empezar a ejercitar vuestro cuerpo y que se acostumbre a las condiciones del planeta —concluyó el director—. Vais a estar controlados y monitorizados de manera constante mientras permanezcáis aquí. Y aunque no esté ahora, la enfermera Brown se ha ofrecido voluntaria para formar parte de la colonia y se unirá a vosotros cuando acabemos con los trabajos pendientes. Así que también colocaremos aquí mismo una pequeña enfermería. Trasladaremos a partir de pasado mañana todo el equipamiento necesario desde la estación.

A Emily, que se acababa de enterar de ese detalle, le alegró mucho saber que Evelyn sería la sanitaria a cargo de las instalaciones.

—Han hecho un gran trabajo —apuntó Gorka—. Tiene todo una pinta estupenda.

—Gracias. ¡Ah! Se me olvidaba —dijo, volviendo al distribuidor—. Aquí debajo tenemos el reactor principal.

El director tiró de una pequeña argolla que había en una de las losetas del suelo y pudieron ver unas escaleras que bajaban en vertical hacia el subsuelo.

—El generador de repuesto se encuentra debajo del almacén —añadió—. Aunque estos pequeños detalles ya los pondremos en común en alguna reunión específica antes del traslado. Hoy solo quería enseñaros la situación de las obras, que siempre es más interesante que una simple y aburrida reunión.

—¿Y si hubiera una tormenta como la que tuvimos hace unas semanas? —preguntó Chad.

—Hemos instalado un pararrayos enorme en el exterior. Quizá no os hayáis fijado al entrar porque está algo separado de las instalaciones. En teoría es capaz de aguantar la tremenda potencia eléctrica de la tormenta que os cruzasteis hace unos días. Quizá en un futuro —añadió—, podamos aprovechar esa electricidad como ya se hacía en la Tierra. De momento, no hemos querido sobrecargar el circuito de la base hasta hacer algunas pruebas. Estudiaremos las posibilidades cuando los sensores del pararrayos nos den más información.

Gorka asintió conforme.

—Y por supuesto, y aunque no hay acceso desde el interior —añadió—, justo aquí encima tenemos un pequeño depósito de cinco mil litros de agua potable y otro igual para recoger y filtrar el agua de lluvia y utilizarla con otros propósitos.

—¿Para regar? —preguntó Kostas.

—Sí, por ejemplo —asintió el director—. O para limpieza de utensilios.

El director hizo una pausa, dando a entender que la visita había terminado.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Chad.

—A finales de esta semana lo tendremos ya todo a punto para que podáis instalaros. El comandante va a hacer que preparen las defensas mañana mismo, así que contaréis con ciertas garantías de que cualquier amenaza será repelida —les aseguró.

—Gracias, director —dijo Emily—. Le agradecemos enormemente el esfuerzo de su equipo para hacer todo esto posible en un tiempo récord. Además, está quedando muy acogedor. Va a ser todo muy emocionante.

—Sí —coincidió Paula—. Muchísimas gracias, director. Dan ganas de quedarse ya a pasar la noche aquí.

—Me alegro de que os guste. Y por supuesto, si tenéis alguna sugerencia, mejora o algo que queráis que os instalemos, intentaremos llevarlo a cabo.

—Lo tendremos en cuenta, director —sonrió Emily.

Volvieron a enfundarse sus trajes y salieron de las instalaciones. Desde fuera pudieron observar todo lo que el director les había explicado: las placas solares, los depósitos de agua, incluso Chad pudo localizar el enorme pararrayos que había en uno de los huecos entre dos de las estancias. La lluvia había cesado, pero daba la impresión de que en cualquier momento pudiera estallar una tormenta. Kostas se adelantó unos metros y se detuvo a observar el terreno que había delante de la entrada a las instalaciones.

—¿Qué haces, Kostas? —preguntó Emily—. ¿Pensando ya en dónde vas a instalar tus invernaderos?

—La verdad es que sí —confirmó—. Este parece un buen lugar para mis experimentos.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó curiosa.

—Bueno, quiero probar los cultivos principales en el planeta, trigo, avena y cebada —enumeró—. Pero también todo tipo de verduras y hortalizas: espinacas, guisantes, tomates, patatas...

—Son muchas cosas.

—Sí, pero es necesario. Además, pretendo cultivarlas por triplicado.

—¿Por triplicado?

—Sí. Mi idea es tener una pequeña huerta a la intemperie y dos invernaderos —explicó. Uno de ellos tendrá iluminación artificial extra para complementar lo que se recibe desde la estrella del planeta.

—Entiendo. Quieres probar diferentes condiciones de cultivo para ver cómo se comportan los vegetales de la Tierra en cada una de ellas.

—Eso es. Sin embargo, todavía no podremos comer nada de lo que cultivemos.

—Me imagino, hasta que no sepamos cómo afecta la existencia de la molécula alienígena al desarrollo de las plantas.

—Entre otras cosas, sí —respondió—. Pero también tenemos que estudiar la composición del terreno. Dependiendo de lo que nos encontremos, los vegetales podrían resultar incluso tóxicos.

—Vaya, eso no suena bien.

—No. Pero bueno, encontraremos soluciones —dijo Kostas—. Eso será buena parte de nuestro trabajo aquí. Una vez comprobado que las condiciones del planeta son lo suficientemente aceptables, conseguir que la agricultura terrestre funcione aquí será solo cuestión de tiempo.

De repente, un resplandor recorrió el cielo en la lejanía y asustó a los presentes. El estruendo que lo siguió vino acompañado de otro resplandor. Los recuerdos de la última tormenta recorrieron sus mentes y temieron que alguno de aquellos rayos impactara en las todavía inacabadas instalaciones.

—Parece que vamos a estrenar el pararrayos —apuntó Gorka.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Chad asustado—. No quiero estar aquí cuando esa tormenta se acerque a la base.

10

Los colonos

4 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

—¡Hogar, dulce hogar! —dijo Chad nada más quitarse el casco del exotraje.

Habían pasado varios días desde su anterior visita y la primera de las bases científicas del proyecto ya estaba del todo operativa y aprovisionada. Trece personas iban a formar parte de la primera colonia humana en Kepler-442b. Trece colonos en territorio hostil.

—¡Toca deshacer las maletas! —celebró Kostas.

—Nos han asignado taquillas en el pasillo —observó Paula cuando atravesaron la primera de las puertas.

Cada uno dejó su exotraje frente a la suya.

—Ese es mi sitio —dijo Gorka—. El tuyo es este de aquí.

—Oh, cierto —respondió Taro—. Disculpa, no me había dado cuenta de que era el tuyo.

Todos parecían entusiasmados con la nueva base. Guardaron con rapidez el contenido de sus maletas en las taquillas y siguieron comprobando el estado final de las instalaciones.

—Yo voy a ir a cambiarme de ropa —dijo Emily ilusionada.

—Sí, no es mala idea —coincidió la soldado Ferrara—. Hay que reconocer que este dichoso mono es cómodo, pero se hace molesto cuando llevas ya algún tiempo con él.

Emily entró en el vestuario del ala derecha. Todo tenía un olor a nuevo, a recién instalado, no era muy agradable, pero supuso que se acabarían acostumbrando. Se puso su habitual uniforme de ingeniería y volvió a la taquilla para guardar el mono negro.

El resto de sus compañeros estaban ya desperdigados por la base, todos emocionados por algún nuevo descubrimiento que se encontraban en las diferentes estancias. Decidió entrar en los dormitorios, donde el sargento Ortiz y la soldado Ferrara hablaban sobre cómo organizarse.

—Hay quince camas en cada habitación —decía el sargento Ortiz—. ¿Cómo vamos a dormir?

—Me da un poco igual, la verdad —respondió Ferrara.

Emily se sentó en una de las camas para probar el colchón. Parecían cómodos, era de esperar que fueran similares a los que tenían en el arca.

—Yo había pensado en quedarnos todos en el mismo sitio —les dijo—. Ya sabéis, por aquello de hacer piña.

—¿Eres consciente de que algunos de los que van a dormir aquí pueden roncar como un oso? —sonrió el sargento Ortiz.

—Bueno, Ada puede cancelar el ruido para que nadie oiga los ronquidos.

Los militares se miraron el uno al otro, sorprendidos.

—¿Ada puede hacer eso? —preguntaron.

—Claro —los miró divertida—. ¿No lo sabíais?

—Puedo hacer eso y muchas cosas más —presumió Ada—. Ruidos blancos, música relajante, sonidos del mar, todo lo que necesitéis para dormir plácidamente.

—¿Me estás diciendo que llevamos todos estos meses aguantando ronquidos ajenos sin que hagas nada? —se quejó la soldado Ferrara.

—No suelo entrometerme en los asuntos humanos, pero si me lo pedís, lo haré con gusto.

—Bueno, al menos podré olvidarme de los tapones —dijo el sargento Ortiz encogiéndose de hombros.

Emily les dejó discutiendo sobre qué habitación era la mejor. Al salir se cruzó con la sargento Cameron en el distribuidor.

—Quería hablar con usted, doctora Rhodes —dijo la sargento en tono bastante seco y cortante.

—Claro, dígame.

La sargento se aseguró de que no hubiera nadie.

—¿Qué demonios hace él aquí? —preguntó de malas formas.

—¿Quién?

—Sabe perfectamente a quién me refiero.

—Ha cumplido su condena —explicó al comprender que se estaba refiriendo a Jonathan Wiśniewski—. Es un hombre arrepentido. No veo por qué no...

—¡Casi nos mata a todos! —la interrumpió, susurrando a gritos—. Debería estar en una celda pudriéndose el resto de su vida.

—Primero: una jueza determinó su condena y ya la ha cumplido —puntualizó Emily, molesta con las formas de la sargento—; segundo: Jonathan Wiśniewski puede ser de gran ayuda para el proyecto; y tercero: si no le gustan las decisiones que tomo, puede volverse a la Asimov cuando le dé la gana. ¿Lo ha entendido, sargento?

La sargento se marchó airada y haciendo aspavientos hacia los vestuarios sin siquiera intentar replicar lo que Emily le acababa de decir. Pero, aun habiendo salido victoriosa de ese encontronazo, tuvo que calmarse un poco antes de poder continuar revisando las instalaciones. No le había sentado nada bien el tono de la sargento. Jonathan Wiśniewski era un hombre arrepentido y, si en circunstancias en las que todos empezaban de nuevo no se creía en las segundas oportunidades, ¿cuándo iba la humanidad a hacerlo? De cualquier manera, la sargento había conseguido arruinarle el día.

Emily tomó el pasillo hacia la salida y volvió de nuevo a enfundarse primero el mono y después el exotraje.

—¿Vas a salir? —preguntó Robert, que volvía del almacén.

—Sí, necesito despejarme —respondió de mal humor.

—De acuerdo. —No quiso ahondar en su visible enfado—. Pero no te alejes demasiado, todavía no tenemos el perímetro del campamento asegurado del todo.

Emily salió de las instalaciones. Allí fuera, la tenue luz solar bañaba la zona. Todavía no se había acostumbrado a esa tonalidad anaranjada del cielo y de la propia luz. Ese día, además,

había abundantes nubes, alguna incluso parecía amenazar con lluvia.

A pocos metros de la entrada a la base se encontraba aparcado el aerotransporte que los había llevado. La piloto Balakova se afanaba en realizar las tareas de mantenimiento del aparato. Estaba inclinada sobre la toma eléctrica que le permitía mantenerlo cargado, por lo que pudiera pasar. A su lado se encontraba el rover de la Ícaro que el equipo del comandante había recuperado de la zona del accidente.

Al comprobar que el radar era el verdadero problema con los Yokai, un pequeño grupo formado por militares e ingenieros se habían desplazado de nuevo al fatídico lugar. Les sorprendió comprobar que los Yokai se habían llevado a sus caídos. Emily estaba convencida de que eso obedecía a algún tipo de ritual o costumbre. El caso es que la expedición se había encargado de recuperar el material que todavía podía resultar de utilidad y de paso habían desmontado parte de la Ícaro. El subdirector pretendía volver a ensamblarla algún día.

Emily decidió dar un pequeño paseo por los alrededores mientras se le pasaba el enfado. Giró en dirección noreste, hacia la derecha según salió de la base. Quería ver cómo de lejos se encontraba el río en esa dirección. Si miraba hacia el noroeste, en el horizonte se veía una extensa cordillera. Parecía bastante escarpada y peligrosa. Los picos más altos mantenían el inconfundible color blanquecino de la nieve.

—¿Qué altura tienen esas cordilleras, Ada? —preguntó Emily.

—Cuatro mil setecientos metros, según las mediciones láser del satélite.

—Vaya —murmuró Emily—, eso es mucha altura.

—Sí, hay una cordillera que se extiende cientos de kilómetros y que atraviesa la zona de este a oeste —aclaró—. Aunque resulta interesante que parece trazar un círculo cerrado, como si se tratara de un cráter. Desde luego, es una formación de lo más curiosa.

—¿Un cráter? —preguntó Emily casi parándose en seco—. ¿No decías que no había actividad volcánica en la zona?

—Y no la hay, tranquila, no he dicho que sea volcánico. Puede ser un cráter formado hace millones de años por el impacto de un meteorito. Y aunque en geología todo puede ser, da la impresión de haberse formado hace muchísimo tiempo. No puedo darte más datos sin estudiar la composición y la antigüedad del terreno.

—¿Un meteorito? —preguntó asustada.

—Sí. Aunque entiendo que te asuste, es normal en astronomía —la tranquilizó la inteligencia artificial—. Las probabilidades de que ocurra lo mismo que en la Tierra, son casi nulas.

—Esperemos que tengas razón —suspiró—. ¿A cuánta distancia está la cordillera de aquí?

—La base y los primeros desniveles se encuentra a unos treinta kilómetros.

—Eso es bastante lejos para una primera excursión.

—Sí, sobre todo si vas tú sola, como ahora. ¿Puedo recomendarte que no te alejes demasiado de la base?

—Que obsesión tenéis todos con la seguridad —dijo con resignación—. Es de día y solo quiero llegar al río.

—Te marcaré la ruta más corta en el visor de tu casco.

Emily siguió el camino, libre de vegetación y accidentes geográficos, que Ada le había preparado. Unos pocos minutos después comenzó a oír el inconfundible rumor del agua. Tuvo

que buscar un acceso cómodo a la zona del valle más deprimida en la que se encontraba el lecho del río. Y allí, en una gran roca, se sentó a contemplar la fuerza del agua.

La zona tenía algo de inclinación y el lecho del río estaba formado por grandes rocas que provocaban que al agua tuviera que abrirse paso con gran estruendo. A esa altura, el río era todavía demasiado ancho y la fuerza con la que bajaban las aguas hacían poco recomendable el vadeo en ese tramo.

—¿Cuánto hay hasta la otra orilla?

—Sesenta y cinco metros desde donde te encuentras.

—¿Hay alguna zona a lo largo del cauce que parezca más sencilla de atravesar?

—Veo ciertas localizaciones en las que podría instalarse algún tipo de puente. En la Asimov hay maquinaria preparada para tenderlos de hasta cien metros de longitud en cuestión de minutos —dijo Ada—. Pero si te refieres a hacerlo a pie, me temo que el río es demasiado ancho en todo su cauce como para poder atravesarlo sin ayuda. Ahora bien, las zonas tranquilas del río quizá puedan atravesarse con el traje.

—¿Ni siquiera en el nacimiento del río?

—El nacimiento del río diría que es una enorme cascada que hay a unos treinta y cinco kilómetros de la base, en plena montaña. Y desde ese mismo punto el caudal es lo suficientemente importante como para desaconsejar que intentes vadearlo.

Emily se relajó durante un buen rato observando las aguas. El ruido de los rápidos camuflaba cualquier otro sonido proveniente de los abundantes árboles que protegían la zona, pero ese lugar rebosaba paz por los cuatro costados. En poco tiempo logró olvidarse de todos los problemas, de la sargento Cameron, de los objetivos de la expedición. Allí solo estaban ella y el río, nada más.

De repente, un ave agitó sus alas en un árbol de la otra orilla, cogió altura y planeó por encima del cauce. Parecía estar buscando alguna presa que llevarse a la boca. Se trataba de un ave de cierta envergadura. No pareció encontrar lo que buscaba así que se posó en la roca de al lado. Emily la observó maravillada. Tendría el tamaño de una gaviota, pero no tenía plumas. Su cuerpo estaba cubierto de una fina pelusilla gris oscuro. Tampoco tenía pico, tan solo un hocico afilado y dos enormes ojos negros que la miraban con curiosidad. Lo que más le llamó la atención fueron las dos protuberancias en forma de antenas que salían de su cabeza y que el animal mantenía erguidas hasta llegar a la altura de su cola. Tanto la cola como ambas protuberancias eran de un color azulado muy llamativo.

El animal la observó con atención. Parecía evaluar si aquella figura metálica que lo contemplaba era peligrosa o si se la podría llevar a la boca. De repente, abrió el peculiar hocico y comenzó a graznar. Era un sonido curioso, casi divertido. Emily vio cómo asomaban sus pequeños pero afilados dientes al emitir el sonido. Un mordisco con aquella dentadura resultaría peligroso, pensó, pero por suerte llevaba puesto el exotraje. Y, sin venir a cuento, comenzó a acicalarse. Levantó una de sus enormes alas y empezó a pasar su hocico por la zona. El gesto le resultó muy familiar a Emily. Al fin y al cabo, muchos animales tenían rituales parecidos en la Tierra. Quizá estuviera buscando algún tipo de parásito, o simplemente limpiándose esa pelusilla que tenía por todo el cuerpo, como hacían los gatos.

Tras aguantar un buen rato en la roca vecina, el ave pareció cansarse de estar allí y con un grácil y rápido movimiento echó de nuevo a volar. Sobrevoló otra vez los rápidos, para asegurarse de que allí no había nada interesante y tras otro par de vuelos rasantes desapareció río abajo, hacia algún paraje en el que buscar algo con lo que alimentarse.

Emily, mucho más relajada y tranquila, se levantó de la roca y decidió volver poco a poco hacía las instalaciones.

—Ada, llévame por otro camino, aunque sea algo más largo.

Le indicó una ruta que bordeaba el río durante un par de kilómetros y luego volvía a introducirse en el interior para acabar rodeando la base y acercarse a ella desde el sur. Emily caminó unos minutos sorteando vegetación y alguna que otra roca de grandes proporciones. Acabó por llegar a un lugar de aguas tranquilas donde el río se hacía aún más ancho. Unos metros más abajo, algo llamó su atención. El río parecía estar embalsado.

—Ada, esa disposición de las rocas no es natural, ¿verdad?

—No. Por la similitud de las rocas y su distribución, diría que han sido puestas así de manera deliberada.

Observó bien a su alrededor, como si sospechara que alguien la estuviera observando, pero no vio nada, tan solo árboles rojizos, agua y aquellas enormes piedras. Eran todas rectangulares, casi perfectas. Estaban dispuestas formando una línea con una ligera curva en el centro. Con la parte más ancha de las rocas en paralelo al propio cauce, parecía haber sido algún tipo de pasarela en el pasado, o quizá formaron una presa para ralentizar las aguas en ese tramo del río. Entre una piedra y otra había unos tres metros, una distancia salvable.

—Esto parece una de las pruebas de entrenamiento con exotraje —susurró Emily.

—Si estás pensando en pasar al otro lado, permíteme antes que te lo desaconseje —advirtió Ada—. Cruzar a la otra orilla parece factible, pero no sabemos qué puede haber allí. Y te recuerdo que vas desarmada y sola.

—Ada —respondió Emily—, a veces es necesario aprender a correr antes de saber andar.

Y de un salto asistido por los propulsores del traje, aterrizó sobre la primera de las rocas. Parecía estable. Tenía la superficie cubierta de restos resecaos de algún musgo o alga de color rojizo.

«Seguramente, el deshielo de la cordillera que hay al norte provoque crecidas, y entonces estas rocas quedarán sumergidas durante parte del año», pensó.

Se colocó en posición y saltó a la siguiente sin más problema. Y después a la tercera, la cuarta y la quinta. Miró hacia atrás para ver cuánto había avanzado pero se arrepintió de inmediato. Ver lo que había dejado a sus espaldas la hizo experimentar una ligera sensación de vértigo. Aun así, decidió continuar. Calculó mal el salto a la siguiente piedra y aterrizó con las puntas de los pies en el borde de la misma. Si no hubiera echado los brazos hacia atrás y accionado los propulsores, habría acabado cayéndose al agua. Por suerte, pudo reaccionar a tiempo.

Tuvo algo más de cuidado con el resto de piedras, que pudo comprobar de primera mano que eran de dimensiones exactas las unas de las otras. Tras unos cuantos saltos más, llegó a la otra orilla. Se sintió orgullosa de haberlo conseguido. Delante, la maleza había reclamado el terreno de lo que parecía un antiguo sendero que cruzaba el frondoso bosque de enormes árboles rojizos.

—Hace muchísimos años que nadie viene por aquí —dijo en alto.

Avanzó a duras penas, zigzagueando y abriéndose paso entre la abundante vegetación. Entonces vio algo que le llamó la atención: allí había una casa de madera, o más bien lo que quedaba de ella. Casi derruida por completo, la carcama parecía haber acabado con lo poco que estaba aún en pie. Tenía aspecto de llevar años abandonada, aunque tal vez allí la degradación de

los materiales fuera a otra velocidad. La habían levantado alrededor de un grueso tronco de árbol y habían utilizado las ramas más bajas para asentar una segunda planta de la que apenas quedaba algún madero.

Miró a su alrededor, hacia el resto de los árboles colindantes. En el de al lado había otra estructura, en peor estado si cabe que la primera. Parecía mucho más pequeña y con tan solo una planta. Quizá fuera un pequeño cobertizo o un granero auxiliar. Si esto era obra de los keplerianos, desde luego eso explicaría por qué las imágenes por satélite no habían mostrado ningún tipo de asentamiento en la zona. Parecían vivir en los bosques, al resguardo de los árboles.

—Ada, memoriza esta localización. Puede que haya más estructuras cerca.

—Hecho —la oyó decir—. Por favor, ten mucho cuidado.

Siguió avanzando con mucha cautela. Cualquier sonido animal hacía que se pusiera tensa y recta como un junco. No pocas veces se detuvo en seco para intentar localizar la fuente del sonido, en especial cuando oía que algún animal se movía entre los arbustos.

—¿Detectas algo, Ada? —preguntó para calmar los nervios.

—No, nada fuera de lo normal al menos —respondió—. Parece haber bastantes aves y pequeños animales por ahí.

Emily atravesó un claro. Se sentía insegura por no llevar consigo ningún arma. Empezaba a pensar que había sido una mala idea llegar tan lejos, al menos sola. ¿Qué pasaría si era atacada por los keplerianos? Realmente sabían muy poco de ellos. ¿O si algún otro tipo de criatura, como las que atacaron a los militares, hacía acto de presencia?

Intentó eliminar de la cabeza esos pensamientos y un sorprendente autocontrol surgió del fondo de sus entrañas para ayudarla a mantener la calma. Volvió a adentrarse entre los árboles. Algo había llamado su atención. Detectó una zona desde el claro en la que el bosque parecía tener menos maleza. Además, los árboles estaban alineados a la perfección, formando una recta y artificial avenida.

«Esto no puede ser casual», pensó mientras se adentraba entre ellos.

La zona, aunque cubierta de un manto de hojarasca, no tenía el mismo aspecto salvaje y caótico que brinda siempre la naturaleza. Los árboles eran algo más jóvenes allí y alguien parecía haberse tomado la molestia de distribuirlos de manera equidistante. Se había alejado ya, casi sin querer, un par de kilómetros del río.

Mientras iba contemplando lo curioso de la distribución, se dio de bruces con una criatura. Erguida sobre sus dos patas, con la piel de color azabache y cierta tonalidad rojiza y un metro y cuarenta centímetros de altura.

Ambos se quedaron paralizados, observándose mutuamente a tan solo diez metros el uno del otro. Sus grandes ojos oscuros parecían a punto de salirse de sus cuencas. Su enorme boca, abierta de par en par, dejaba al descubierto una larga hilera de lo que parecían dientes, aunque Emily solo pudo contar dos alargadas piezas que recorrían la boca de lado a lado con una mínima división en el centro. Llevaba algo dentro de ella, pero acabó por caer al suelo de la propia impresión. Emily vio que tenía algo en su pequeña garra izquierda. Parecía comida. Fuera lo que fuera, se le había caído un trozo de la boca. Se trataba de un joven kepleriano, podría ser un adolescente o quizá solo un niño.

Iba descalzo, pero llevaba puesto un desgastado jubón de tela de un bonito, aunque

descolorido, tono azulado y unos pantalones de color oscuro algo roídos. Emily estaba convencida de que no se trataba de una de las dos criaturas que vieron desde el otro lado del río cuando se dirigían al punto de extracción.

Intentó recordar todo lo rápido que pudo el protocolo de actuación para el primer contacto con extraterrestres. Pero se había quedado en blanco. Así que optó por aplicar el sentido común, levantó las palmas de ambas manos en dirección a la criatura para intentar demostrarle que no quería hacerle nada malo y dijo:

—¡Hola! Me llamo Emily.

La criatura, que se asustó un poco cuando Emily movió sus brazos, aguardó al final de la frase, pero acabó por salir corriendo despavorida en dirección contraria.

—¡*Wiinishti!* —gritaba—. ¡*Wiinishti!* —repitió mientras se alejaba como alma que lleva el diablo.

Emily se quedó paralizada por la reacción del chiquillo, aunque lo cierto es que fue un tanto cómica. Reaccionó al darse cuenta de que la criatura había soltado lo que llevaba en la mano. Se acercó y lo recogió del suelo.

«¡Es pan!», gritó para sus adentros. «Pan integral, para más señas».

Decidió que había llegado la hora de regresar a la base. No quería estar allí cuando aquel niño kepleriano volviera con un grupo de adultos malhumorados por asustar a uno de sus alevines. Guardó el trozo de pan para analizarlo. Las implicaciones que podía tener ese descubrimiento eran enormes. Se obligó a no correr mientras volvía sobre sus pasos y cruzaba de nuevo el río. Esta vez sin más sobresaltos.

11

El primer contacto

4 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily entró en las instalaciones nerviosa y sudorosa. Habían pasado tres horas desde que salió de allí para intentar relajarse. No podía dejar de pensar en las implicaciones que tenía lo que acaba de ocurrir. Se quitó el casco y entró en el laboratorio. Allí, como era de esperar, Taro y Chad revisaban todo el material del que disponían.

—¡Chicos! —gritó emocionada—. Traigo algo que quiero que analicéis.

Los dos se sorprendieron con la repentina emoción de Emily.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Taro con curiosidad.

Les explicó lo que había ocurrido, a dónde había ido y qué se había encontrado.

—No deberías de haber ido sola —la abroncó Taro.

—De acuerdo, sí —intentó esquivar la crítica—. Pero ya está hecho, eso no importa ahora.

—Podía haberte pasado algo —le recriminó Chad—. No podemos aventurarnos solos por ahí. Ya has visto el tipo de criaturas que hay en este planeta.

—Tenéis razón, lo capto —dijo ella intentando zanjar el asunto.

—Bien —aceptó Taro—. ¿Qué nos traes?

—Pan.

—¿Pan? —preguntaron ambos torciendo el gesto.

—Sí, la criatura que me encontré estaba comiéndolo y lo soltó cuando se fue corriendo.

—Déjalo aquí, rápido —dijo Chad, acercándole un pequeño recipiente blanco—. Con estas cosas hay que tener mucho cuidado, podríamos contaminar la base.

—He pasado por descontaminación —objetó Emily.

—Sí, pero el proceso es solo superficial —explicó Chad—. Cualquier cosa de origen no humano debe introducirse en su correspondiente recipiente estanco.

—Entendido —dijo ella mientras dejaba el pequeño pedazo de pan en el recipiente.

—Sí que parece pan —comentó Taro—. Y si es pan kepleriano, significa que dominan la agricultura.

—¿Podéis analizarlo para saber de qué está compuesto o a partir de qué cereal se ha hecho?

—Claro —afirmó Chad—. Aunque ya te adelanto que serán cereales diferentes a los nuestros. Lo interesante de este pan sería estudiar el tipo de levadura que se haya utilizado en el proceso. Pero por desgracia, las levaduras mueren durante el horneado, así que no podremos sacar gran cosa.

—Vaya —bufó Emily decepcionada.

—Pero no te desilusiones —siguió Taro—, las implicaciones de lo que has descubierto son

enormes. En primer lugar, podemos deducir que conocen la agricultura. Aunque en la Tierra los cereales también crecían de forma silvestre, la cantidad de grano necesaria para hacer pan nos indica que son capaces de cultivar su propio cereal. En segundo lugar, sabemos que dominan el fuego y que tienen hornos. Y, por último, saben lo que es una levadura, o algún microorganismo que realiza una tarea similar.

—¿La levadura es un microorganismo? —preguntó Emily, sorprendida—. La biología no es uno de mis puntos fuertes.

—Sí, y al mezclarla con agua y harina se alimenta de los azúcares naturales del cereal y produce alcohol y dióxido de carbono —explicó Chad—. Ese dióxido de carbono que se genera formando pequeñas burbujas es el que hace que la masa se expanda y luego le da esa textura esponjosa al pan.

—Entiendo —dijo Emily—. Pero entonces, analizar ese pedazo de pan no nos aportará gran cosa.

—¡Oh, sí! —exclamó Chad—. Si tenemos suerte es posible que podamos extraer suficiente material genético del cereal utilizado. A pesar de las altas temperaturas que casi seguro ha experimentado la masa al ser horneada, es probable que quede algo con lo que podamos reconstruir el ADN del cereal. El ADN comienza a desnaturalizarse en torno a los ciento treinta grados Celsius. Dependiendo de la temperatura interna que alcanzara el pan, quizá podamos mapear su ADN.

—Bueno, algo es algo.

—Sí, es mucho, de hecho —confirmó Chad—. Y estoy seguro de que a Kostas le interesará muchísimo. Si los cultivos que va a realizar no llegan a germinar, podríamos modificar genéticamente los cereales terrestres para adaptarlos mejor a las condiciones del planeta. Podría suponer un gran hito en la supervivencia de la colonia. Sobre todo, teniendo en cuenta que los cereales cultivados mediante tecnología hidropónica tienen un rendimiento muy escaso.

—Bueno, me alegro de que esto pueda ser de ayuda —respondió ella satisfecha.

—Pero no puedes arriesgarte de esa manera, Emily —insistió Taro.

—Sí, ya me ha quedado claro —aceptó mientras se iba.

Justo cuando Emily se estaba quitando el exotraje aparecieron Robert y la soldado Ferrara por el pasillo. Ambos se dirigían a hacer el inventario del material militar que había en el almacén.

—¿Has estado fuera hasta ahora? —preguntó Robert sorprendido.

—Sí.

—Pero ¿dónde has estado tanto tiempo?

—Bueno, supongo que os enterareis tarde o temprano, así que me llevaré otra regañina más...

Les contó lo mismo que acababa de decirles a Taro y a Chad hacía unos momentos. El río, las piedras, la cabaña, el bosque y, por último, lo del joven kepleriano con el pan.

—¿Estás mal de la cabeza? —exclamó Robert.

—Podía haberte pasado algo —añadió la soldado Ferrara.

—No puedes irte por ahí tú sola —volvió a abroncarla Robert.

—Esto no es Orlando, Emily.

—No me digáis más —intentó bromear ella—, estoy castigada.

—No es algo que debas tomarte a guasa —dijo Robert muy serio—. Si aceptamos venir aquí fue para trabajar en equipo, no para que cada uno hagamos lo que nos dé la gana. ¡Y podía haberte pasado cualquier cosa! ¿Tengo que enseñarte las imágenes de cómo aquellas dos criaturas dejaron al soldado Anderson? —añadió en referencia al soldado muerto en el ataque.

—Perdón. —Emily se arrepintió en el acto de su broma—. Tenéis razón, he cometido una estupidez. Os prometo que no lo volveré a hacer.

—Por supuesto que no lo vas a volver a hacer —dijo Robert, que se marchó enfadado en dirección al almacén.

—No te preocupes, se le pasará —le dijo la soldado Ferrara—. Pero tienes que entender que acabamos de llegar y este maldito planeta ya se ha cargado a tres personas. No nos podemos permitir el lujo de perder a alguien más, y menos a alguien tan importante como tú, Emily.

Emily se sintió muy mal de repente. Empezaba ahora a ser consciente de la tremenda estupidez que acababa de cometer, y más teniendo en cuenta el estado anímico de Robert y del resto de los militares de la expedición. Había sido temerario y, lo que es peor, parecía la absurda rebeldía de una chiquilla malcriada que no había pensado lo suficiente en las consecuencias que sus actos podían tener.

—Date una buena ducha, te sentirás mejor —la animó Ferrara antes de cruzar la puerta del pasillo.

Decidió hacerle caso. Se dirigió a los vestuarios, por suerte desiertos en ese momento, y se dio una larga ducha para relajarse. No podía dejar de pensar en lo que acababa de pasar. Pero Ferrara tenía razón, se sintió algo mejor cuando acabó de ducharse.

Se secó el pelo y se volvió a vestir. Ada la informó de que el subdirector había intentado hablar con ella mientras estaba en la ducha.

«Genial, por si no tenía ya suficientes reprimendas...», pensó. Aun así, acordó llamarlo en veinte minutos.

Decidió que las aguas debían volver a su cauce así que se dirigió hacia la zona de entrada. Cruzó la puerta del almacén, donde los dos militares seguían con el inventario.

—Ferrara, ¿podrías dejarnos a solas un momento? —preguntó Emily, todavía con el pelo húmedo.

La soldado se giró hacia su teniente y, tras asentir este con la cabeza, respondió:

—Claro, sin problema. Volveré en cinco minutos, teniente.

—Gracias, soldado —dijo él.

Emily agradeció el gesto de la soldado con una tímida sonrisa.

—Yo... quería disculparme —comenzó Emily—. Lo que he hecho antes no ha estado bien. He sido temeraria y he puesto en peligro, no ya mi propia vida, sino también la misión. Pero lo que más me duele —continuó—, es que incluso sabiendo todo lo que te ha pasado desde que llegamos al planeta, no me he parado a pensar en lo que tú... y en lo que todos vosotros podríais llegar a sufrir si me ocurriera algo. De veras que lo siento, Robert. Me he comportado como una niña egoísta que no piensa en nadie más que en ella misma. Y supongo que tengo que trabajar más en interiorizar que ahora formo parte de un grupo y que no puedo tomar las decisiones a la ligera.

Robert guardó silencio.

—Por favor, di algo —suplicó Emily, a la que el silencio de Robert le hizo sentir todavía peor.

—¿Qué quieres que te diga, Emily? —dijo molesto—. Te he confiado cosas que no he contado a nadie. He creído que viniendo aquí podríamos formar no ya un grupo de personas con objetivos comunes, si no una familia. Y luego resulta que tú no pareces tener en cuenta a los demás, o que prefieres hacer lo que te apetezca. Lo cierto es que me he preocupado mucho por lo que pudiera haberte ocurrido. Aunque en realidad creo que lo peor de todo es que estoy algo decepcionado, pensaba que teníamos la suficiente confianza como para poder contar el uno con el otro. Ya no sé qué pensar.

—Puedes confiar en mí —le aseguró Emily con las lágrimas al borde de sus ojos.

—¿De verdad? —respondió él—. Lo que has hecho hoy no parece decir lo mismo.

Emily guardó silencio. No sabía muy bien qué decir. Cuando se imaginó la conversación no había contado con que Robert estuviera tan decepcionado.

—Emily, te voy a ser sincero —añadió muy serio—. Ahora mismo, la confianza que tenía contigo se ha resentido un poco. Se me pasará, estoy seguro, pero en estos momentos no me apetece hablar más del tema. Lo único que quiero oírte decir es que no volverás a alejarte de la base de esa manera. Y no te lo pido como el responsable de la seguridad de estas instalaciones, te lo pido como Robert.

—Sí, claro —asintió—. No volverá a ocurrir. Te lo prometo.

Emily salió hundida del almacén. Lo que más le dolía de todo era saber que tenían razón, que su actitud había dejado mucho que desear. Alguien que se presupone que debe liderar un equipo no puede realizar este tipo de acciones individualistas. Supo que tendría que mejorar mucho ese aspecto, pero en ese momento todos sus esfuerzos se centraban en evitar echarse a llorar en medio del distribuidor.

Respiró profundamente, intentó ordenar sus pensamientos y decidió entrar en el laboratorio. Una vez dentro, se metió en una de las pequeñas salas y se dispuso a llamar al subdirector, pero antes se aseguró de templar bien sus nervios.

—¡Hola, Emily! —oyó al subdirector al otro lado.

—Hola, David —respondió, aparentando normalidad.

—¿Qué tal el chalet? —bromeó.

—Bien, muy bien. Lo cierto es que ha quedado todo estupendo. El director Patel y sus chicos han hecho un trabajo fabuloso.

—Sí, eso me han dicho. Tengo ganas de acercarme un día de estos.

—Eso estaría genial —afirmó Emily con entusiasmo—. Ya va siendo hora de que salgas de esa lata.

—Sí, tengo ganas de ver en vivo cómo es el planeta. Y qué mejor excusa que hacer una visita oficial a la primera de las bases humanas en Kepler-442b.

—Ya sabes que te recibiremos con los brazos abiertos.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Pero bueno, cuéntame cómo está yendo el día.

Emily agachó la cabeza pero, aun con todo lo que acababa de pasar, decidió decirle la verdad al subdirector.

—Lo cierto es que me gustaría contarte algo —comenzó—. Pero antes de hacerlo, quiero

decirte que estoy muy decepcionada conmigo misma y que no volverá a ocurrir.

—Vaya, eso no es que suene muy bien —frunció el ceño—. ¿Todo en orden por ahí abajo?

—Sí, sí, va todo bien. Digamos que he cometido una estupidez muy grande.

Emily explicó por tercera vez lo que ya les había contado a sus compañeros. Narró su pequeña rencilla con la sargento Cameron, su enfado, su pequeño paseo y cómo encontró el paso hacia la otra orilla. Y por supuesto, le contó también el encontronazo con el joven kepleriano. El subdirector la escuchó atentamente, mientras Emily era consciente de que a cada palabra su expresión facial se iba tornando más y más seria. Así que, cuando concluyó la historia, añadió:

—Y antes de que me digas nada y me regañes —intentó preparar el golpe—. Todo el mundo aquí me ha hecho ver la temeridad que he cometido, así que no estoy pasando por el mejor de mis momentos.

El subdirector rebajó un poco su enfado al ser consciente de la situación.

—Emily —dijo con voz suave, pero seria—, no pretendo darte lecciones de nada a estas alturas de la vida. Además, sé que tú misma sacarás las conclusiones correctas de todo lo que ha ocurrido. Pero tendrás que aprender a tomar las decisiones con la cabeza más fría, a analizar de manera más crítica las cosas. Llegará con total seguridad un día en el que tendrás que tomar decisiones que puedan suponer la vida o la muerte de alguien. Y estoy del todo convencido de que tomarás las apropiadas, te lo puedo garantizar. Así que solo te diré que consideres esto como un aprendizaje.

Emily escuchó con atención las palabras del subdirector. David siempre le había dado muy buenos consejos, pero este en concreto había conseguido que se le erizara la piel de la nuca. La fe que tenía depositada en ella era total y, a pesar de lo ocurrido, parecía seguir creyendo en ella con confianza ciega. Eso sin duda la reconfortó, pero oírle hablar de decisiones capitales la hizo ser todavía más consciente de lo que suponía tener una responsabilidad como la que ella tenía en aquel momento: con la colonia, con sus compañeros, pero sobre todo con sus amigos.

—Gracias, David —dijo—. No te imaginas lo que me reconforta oírte decir eso.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —dijo—. No hay por qué precipitarse. Tenemos toda la vida por delante para contactar con las otras civilizaciones del planeta, pero solo tenemos una Emily Rhodes y no me gustaría perderla.

—Lo capto.

—Dicho esto, ¿qué piensas hacer ahora que ya has tenido el primer contacto? —preguntó él, pragmático.

—No lo tengo muy claro —se sinceró—. Supongo que presentarnos varios de nosotros armados hasta los dientes en el poblado kepleriano no sería interpretado como un gesto de paz y concordia. Así que entiendo que lo más lógico sería mandar algún dron para intentar investigar un poco más.

—Eso parece bastante inteligente —aceptó el subdirector.

—Tomaremos decisiones en función de lo que veamos, pero ahora mismo necesitamos saber más acerca de ellos.

—Por si acaso, que Ada extreme la precaución. Todavía no sabemos si los keplerianos son amistosos. Si han sobrevivido compartiendo espacio con los Yokai, puede que no sean lo que parecen.

—Cierto —asintió Emily—. Tendremos que estar vigilantes.

—Mantenme informado con cualquier cosa que ocurra, por nimia que esta sea. Estas primeras noches serán cruciales.

—Lo haré, David.

—Hablaemos mañana.

Emily cortó la comunicación y se sintió mucho mejor. Pero el subdirector tenía mucha razón, debía aprender a ser más cauta, a contar con el equipo y, sobre todo, a pensar como una líder. Ya más tranquila, revisó las imágenes por satélite de la zona en la que se había encontrado con su pequeño amigo. Ada le enseñó vistas en tiempo real del lugar. El día había cambiado un poco y en la imagen había bastante nubosidad que impedía apreciar del todo la zona.

—¿Tienes alguna de esta mañana sin nubes? —preguntó Emily.

—Claro, ¿quieres video o una simple imagen estática te vale?

—Con una imagen me vale.

Ada mostró unas fotografías más limpias de esa misma mañana y Emily observó con gran detalle la vasta extensión de bosque rojizo que había en la zona. Fue moviendo la imagen a medida que revisaba los diferentes sectores de terreno situados al norte del río. Localizó el claro que atravesó, y revisó con la ayuda de Ada la zona que había visitado al cruzar esa extraña avenida dentro del bosque, donde se había encontrado con la criatura. Un poco más al norte distinguió varios claros. No seguían un patrón concreto, pero había algo extraño en ellos.

—Amplíame alguno de esos claros.

Ada hizo lo que le pedía Emily, que casi se cae de la silla al ver lo que había allí.

—Ada, avisa al teniente Beaufort, que venga aquí de inmediato —pidió—. Y cuando esté aquí, llama también al subdirector.

—De acuerdo.

Se sentó de nuevo en la silla y observó la imagen con atención. Era sin duda lo que parecía ser, no había otra interpretación posible.

Robert llegó al cabo de un par de minutos y pronto pudieron escuchar la voz del subdirector.

—¿Qué ocurre, Emily?

—He estado revisando las imágenes por satélite de la zona que he visitado en mi pequeña excursión de esta mañana —comenzó—. Y dejando a un lado mi propia estupidez, he encontrado algo que quiero enseñaros.

—Bien, soy todo oídos —dijo el subdirector.

—Ada, muéstrales las imágenes.

La IA mostró a ambos la misma imagen estática que había revisado con Emily y el subdirector no pudo contener un pequeño grito.

—¡Dios mío! ¿Es eso lo que creo que es? —preguntó.

—¡Son cultivos! —exclamó Robert.

—¡Sí! —dijo Emily emocionada—. Acabamos de encontrar las huertas de los keplerianos.

—Es una noticia impresionante —admitió el subdirector.

—Sí, lo es —admitió Robert—. Y me atrevería a decir que el asentamiento no debería estar muy lejos.

—Correcto, la lógica me dice que los asentamientos pueden estar alrededor de estos claros —

Emily señaló las zonas boscosas alrededor de las decenas de pequeños claros que había en ese sector.

—¿Qué cultivan? —preguntó el subdirector Green.

—Es difícil saberlo —respondió Emily—. Pero cada uno parece diferente. Este de aquí, por la distribución, me recuerda al grano. Y en este otro de aquí, si os fijáis, se ven surcos y unas pequeñas plantas de color rojo.

—Cómo no, todo es de color rojo en este planeta —comentó Robert.

—Quizá debamos mandar un dron a la zona para ver si vemos algo más —propuso el subdirector.

—Debemos pensarlo con detenimiento —sopesó Emily—. Si nos descubren, quizá lo interpreten como un acto de agresión. Debemos ser muy cautos con eso.

—Bien —aceptó el subdirector complacido—. Lo dejo en vuestras manos, confío en vuestro buen criterio.

—Gracias, subdirector.

—Mantenedme informado. ¡Ah! y buen trabajo a ambos —dijo justo antes de cortar la comunicación.

Emily y Robert guardaron un incómodo silencio.

—Yo... siento si antes he estado demasiado duro contigo —comenzó Robert.

—No, tenías razón —respondió ella con una inusitada seguridad en sí misma—. Todos me habéis hecho darme cuenta de lo que de verdad significa liderar un equipo. No debo tomar decisiones a la ligera y tengo que aprender a pensar con más frialdad lo que hago. He sido egoísta y no he pensado en absoluto en las consecuencias que mis actos pueden tener sobre el resto de vosotros. Te pido disculpas por ello y te aseguro que no volverá a ocurrir.

—Bueno, por mi parte no tengo nada que disculpar. Creo que puedo entender lo que te llevó a investigar más allá del río y admito que el afán de aventura nos pase a todos factura.

—Sí, pero no debí haberlo hecho. Creo que he aprendido la lección.

—Ada, ¿has grabado eso? —bromeó él.

—Yo lo grabo todo, teniente Beaufort.

Pasaron la tarde dentro de las instalaciones porque fuera llovía sin parar. La lluvia del planeta parecía siempre mucho más fina que la de la Tierra; las altas presiones de la atmósfera hacían que las gotas de agua fueran minúsculas. Aun así, estaba cayendo un auténtico aguacero que ya había formado algún que otro charco en el suelo. Ada decía que la borrasca se había generado en pocas horas y que se trataba de una tormenta veraniega. Por suerte para todos, solo cayeron unos pocos rayos en la lejanía.

Esa misma noche, Chad les había prometido a todos que haría hamburguesas para cenar. Había configurado con mucha atención la impresora alimenticia para obtener los ingredientes perfectos. Luego horneó pan a partir de la masa que había imprimido. Tenía un sucedáneo de queso Cheddar y por supuesto pepinillos y lechugas traídas desde la propia estación.

—Chad —dijo Ferrara al oler el pan—. Esto huele de miedo.

—Pues espera a probarlo todo junto —respondió.

—La mía sin queso, por favor —pidió Evelyn—. No soy muy fan.

—¿No? —la miró como si fuera una extraterrestre—. Pensaba que a todo el mundo le gustaba el queso.

—No me hace mucha gracia —repitió encogiéndose de hombros.

—Muy bien, apunto una sin queso.

Chad calentó la pequeña plancha que él mismo había solicitado instalar en la base y agregó un poco de mantequilla, que se derritió con rapidez. Cogió un par de las casi perfectas bolas de carne artificial que con mucho mimo había dispuesto en la encimera de la cocina y las aplastó contra la plancha. El delgado disco de carne quedó cocinándose contra el calor del metal.

Repitió el proceso con el resto de la carne hasta llenar la plancha. Y cuando consideró que ya estaban lo bastante hechas les dio la vuelta una a una para que se hicieran por el lado contrario. Además, les añadió un par de lonchas de queso, excepto a la de Evelyn.

El resto del equipo fue llegando en un constante goteo y quedaron impresionados por el aroma que impregnaba la cocina y el comedor.

—¡Vaya! ¡Qué bien huele! —celebró el teniente Beaufort.

—Creo que voy a empezar a salivar —confesó el sargento Ortiz cuando se acercó a la cocina para ver cómo preparaba las hamburguesas.

Chad pasó también durante unos segundos el pan recién horneado por la plancha para que este cogiera el sabor de la carne. En cuanto todo estuvo en su punto se dispuso a emplatar las hamburguesas: pan, doble hamburguesa, doble de queso, pepinillos, lechuga y una salsa especial que él mismo se había encargado de elaborar.

—Madre mía, Chad —exclamó Kostas—, desconocía esta faceta tuya de chef. ¡Pareces un profesional!

—Ya lo creo —coincidió Emily—. Nos tenías engañados a todos, tú no eres biólogo.

—Digamos que es una de mis profesiones frustradas —sonrió.

De manera ceremoniosa, Chad fue sirviendo a todos sus compañeros un plato con su hamburguesa y luego se sentó a la mesa con ellos.

—Espero que os guste —dijo.

—Tiene una pinta estupenda —aseguró Paula—. Parece que estamos de vuelta en la Tierra.

—Me gustaría proponer un brindis. —Emily se levantó de la silla antes de que Gorka cerrara su mandíbula sobre su hamburguesa.

—Buena idea —secundó Robert.

—Sé que en la Tierra todos teníamos nuestras vidas —comenzó—. Puede que perteneciéramos a comunidades diferentes, incluso a distintos países. Puede que nuestros mundos fueran distintos allí. Puede que tuviéramos problemas, que en otras circunstancias no hubiéramos podido convivir, o ni siquiera conocernos. Puede que podamos tener nuestras diferencias, que haya disputas. Pero ahora todo eso da igual, solo importa el presente pero, sobre todo, importa el futuro. Lo que estamos consiguiendo aquí pasará a la historia. Y no se me ocurre mejor compañía para pasar el resto de mi vida que con todos y cada uno de vosotros y vosotras. Quiero que brindemos por la familia, esa palabra con un significado tan amplio y personal, pero que a la vez nos une a todos alrededor de esta mesa.

—¡Por la familia! —brindaron todos.

Por fin probaron las magníficas hamburguesas que el bueno de Chad había preparado con tanto cariño para sus compañeros. Durante esa cena, que todos recordarían el resto de sus vidas, fueron felices y disfrutaron de nuevo de la calidez que les proporcionaba el sentirse parte de un grupo de personas por las que muchos de ellos serían capaces de dar su propia vida.

Cenaron en familia.

12

La visita

5 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

La alarma de Ada los despertó a todos. Habían decidido compartir la habitación y también los horarios, así que comenzaron casi a la vez a desperezarse en sus camas, estirando brazos y espalda para desentumecer el cuerpo.

—Gorka y Evelyn roncan como osos —bromeó Chad—, menos mal que le dijimos a Ada que cancelara el ruido o no habría podido pegar ojo.

Emily sonrió con el comentario del biólogo. Los ronquidos de ambos fueron notables cuando Ada dejó de facilitar el sueño. Observó que Robert no estaba allí.

«¿Se habrá levantado antes para hacer algo de ejercicio o habrá pasado algo?», se preguntó.

La noche anterior decidieron no hacer guardias. La cantidad y amplia distribución de sensores y balizas era tal que creyeron que sería suficiente para poder descansar tranquilos. Además, Ada se encargaría de avisarles de inmediato si detectaba algo extraño, fuera en los alrededores de la base o en la baliza que quedaba cerca de la cueva de los Yokai.

—Buenos días equipo —saludó Paula—. ¿Qué tal habéis dormido?

—Como un tronco —respondió Kostas—. No me he enterado de nada.

Emily salió del dormitorio.

—¿Dónde está el teniente? —le preguntó a Ada.

—En una de las salas del laboratorio. Hace un par de horas detecté movimiento cerca de uno de los sensores y cuando eso ocurre debo avisar al militar de mayor rango. Resultó ser una falsa alarma, pero ha decidido quedarse despierto para monitorizarlo todo.

—Entiendo —dijo más tranquila.

Emily cruzó el pasillo de separación entre ambos distribuidores y entró en el laboratorio. Robert se encontraba en la misma sala donde ayer encontraron los cultivos. Entró en la estancia y lo vio concentrado en los claros que había entre la inmensidad de los bosques.

—¿No podías dormir? —preguntó desde el umbral de la puerta.

—Buenos días —saludó él—. No, Ada me ha alertado de un posible movimiento en una de las balizas del suroeste y como ya no tenía mucho sueño, he decidido quedarme por aquí.

—¿Falsa alarma?

—Sí, solo era una especie de animal subterráneo que se ha quedado prendado de la baliza y no podía apartarse de ella —explicó.

—¿Un topo?

—Algo parecido a un topo, pero con un aspecto bastante inquietante.

—Vaya, ¿y qué estas mirando ahora? —preguntó ella.

—Le he pedido a Ada que busque en las zonas colindantes algún tipo de distribución de claros que se asemeje a la que encontraste ayer —respondió el militar.

—¿Y?

—Ha encontrado otras dos zonas similares, una de ellas mucho más grande que las demás. Con diferentes cultivos, pero de idéntica apariencia a las que vimos ayer.

—¿Crees que puede haber más asentamientos?

—Sí, al menos dos más —respondió—. Y uno de ellos muy grande.

—Pero ¿dónde? —se interesó Emily.

Robert alejó la imagen que estaba revisando en el terminal y señaló un par de puntos varios kilómetros al este de los cultivos que encontraron el día anterior.

—¿A qué distancia están del primer asentamiento?

—Este, que está más al sur, a unos veinticinco kilómetros. El del norte algo más lejos, unos treinta y cinco.

—Vaya, es increíble. Ayer no teníamos nada y hoy resulta que hemos localizado tres asentamientos keplerianos.

—Estamos dando por hecho de que son ellos los que cultivan la tierra —objetó Robert.

—Tienen que serlo, estoy segura —afirmó ella.

—Estoy dándole vueltas a cómo investigar en profundidad todas estas zonas —dijo—. Y creo que ayer tenías razón, no podemos hacerlo a la ligera. No conocemos en absoluto a estos seres, quizá enviar drones sea interpretado como un acto de agresión. Tendremos que pensar en alguna manera de acercarnos a ellos sin provocar un enfrentamiento.

—Sí, debemos ser cautos en ese aspecto —asintió Emily.

—Ese será nuestro primer cometido aquí.

—Quizá debamos hacer alguna pequeña excursión para ver si nos encontramos con mi nuevo amigo.

—Puede, pero no me gustaría caer en una emboscada, preferiría tener más información sobre el lugar y, si fuera posible, también de los propios keplerianos.

—Sin poder atravesar las copas de los árboles desde el satélite va a ser complicado.

—Lo sé. Ese es el reto —respondió—. ¿Habéis desayunado ya?

—Todavía no.

—Pues vamos, necesito comer algo —dijo Robert—. Empiezo a notar el cansancio por la gravedad extra.

Mientras unos se daban una ducha y se preparaban para afrontar el nuevo día, otros desayunaban en el comedor. El menú era muy similar al que tenían en la estación espacial. La impresora alimenticia, que podía imitar una gran variedad de sabores, se encargaba de todo. Tan solo había que recargar de vez en cuando los depósitos de las diferentes materias primas que necesitaba.

En el comedor encontraron a la sargento Cameron, Paula, Gorka y la piloto Balakova. Jonathan, todavía algo somnoliento, recogió su desayuno de la máquina y se sentó en una esquina de la habitación, separado del resto. A Emily no le gustó nada ver cómo el soldador se

aislaba de los demás, así que cuando ella se sentó a la mesa, le instó a acercarse:

—Siéntate con nosotros, no mordemos —le dijo.

El soldador dudó unos instantes, pero después de pensarlo abandonó su esquina y se sentó con el resto. En ese mismo instante, la sargento Cameron se levantó algo airada de su propio sitio.

—Se me han quitado las ganas de comer —bufó mientras tiraba a la basura el resto de su desayuno. Después abandonó el comedor.

—Y a esta, ¿qué mosca le ha picado? —preguntó Gorka.

—No tengo ni idea —repuso Paula—. Pero desde que hemos llegado parece que tiene un palo de escoba metido por el culo. No se ofenda, teniente —añadió al darse cuenta de que su superior estaba presente.

—No sé qué es lo que le pasa —dijo él, también extrañado—. Hablaré con ella.

—Yo te ayudo con eso —dijo Emily, que sabía de sobra lo que ocurría.

Jonathan acabó de desayunar en silencio, sin levantar la mirada. Y a pesar de los intentos de Emily de meterle en las conversaciones, solo participó con monosílabos. Integrarle dentro del equipo iba a resultar ser un trabajo largo y tedioso. Aunque entendía bien al soldador, se sentía culpable por lo que había hecho y esa era una sensación difícil de eliminar si tenías que compartir tus días con las personas a las que habías intentado matar.

Tras acabar su desayuno, Emily decidió abordar a Robert.

—¿Tienes un segundo?

—Sí, claro —respondió él.

—Mejor en privado.

Ambos entraron de nuevo a la sala multiusos del laboratorio para poder tener algo de privacidad.

—Dime —dijo Robert intrigado.

—Verás, es sobre la sargento Cameron.

—Sí, tengo pensado hablar con ella —aseguró—, no sé qué mosca le habrá picado.

—Verás, yo sé lo que le pasa.

—¿Sí? —preguntó incrédulo.

—Hace poco, tú me confiaste un secreto sobre lo que ocurrió en la Copérnico —empezó Emily—. Así que creo que es justo que yo te cuente otro secreto.

Robert la miró un tanto sorprendido, pero de algún modo complacido por la confianza mutua que ese intercambio de información suponía.

—¿Recuerdas el evento del agujero negro que os conté cuando aterrizamos en el planeta por primera vez? —preguntó.

—Claro, cómo voy a olvidarlo. Estuvimos todos a punto de morir y nos hemos quedado sin gran parte del material del proyecto.

—No os conté la historia completa —continuó—. El caso es que fue un sabotaje.

Los ojos de Robert se abrieron de par en par al escucharla.

—¿Sabotaje?, ¿de quién? —preguntó alarmado.

—Aparentemente, del grupo terrorista Justicia Global —explicó Emily—. Los mismos que atentaron contra la Copérnico.

—Pero ¿cómo han conseguido infiltrarse en la estación espacial? —preguntó incrédulo—. Se suponía que era totalmente secreta.

—Eso no lo tenemos nada claro, tan solo sabemos que infiltraron a un peón —explicó Emily—. Él llevó a cabo el sabotaje gracias a unas precisas instrucciones que le entregaron. Pero lo cierto es que ni siquiera él conocía a los terroristas.

Emily le contó todo lo que ocurrió de verdad durante esos intensos días de hacía ya unos cuantos meses. Aun así, omitió deliberadamente el nombre del saboteador hasta que Robert tuvo muy claro lo que ocurrió en el juicio.

—Y ahora que tienes la información, solo me queda decirte quién era el saboteador.

—Wiśniewski —adivinó Robert.

Emily asintió sin añadir ni una palabra más. Robert ya era consciente de por qué la sargento Cameron estaba actuando de aquella manera. Y también se imaginaba lo que esto podría suponer para que esa pequeña comunidad de colonos pudiera funcionar como una máquina bien engrasada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó nerviosa al ver que Robert no decía nada.

—En cómo abordar la situación con la sargento.

—¿A ti no te preocupa que el saboteador esté aquí con nosotros? —quiso saber.

—Bueno, tú misma has dicho que ya ha cumplido su condena —dijo él—. Además, entiendo los motivos por los que la jueza tomó esa decisión. Nos será muy útil aquí abajo. Así que también tengo claro por qué el subdirector y tú habéis decidido incluirlo en el equipo.

Emily soltó un suspiro de alivio al oír al militar y ser consciente de que ambos estaban alineados.

—Debería de habértelo contado cuando tomamos la decisión. O mejor aún, deberías haber participado en la discusión. Perdóname.

—No pasa nada —la tranquilizó Robert—. Cuanta menos gente lo sepa, al menos por ahora, mejor. ¿Quiénes están al tanto de esto?

—La sargento Cameron, Evelyn, que también declaró en el juicio, y nosotros dos —respondió Emily.

—Bien, intentaré calmar los ánimos con la sargento —dijo él.

—Gracias Robert, creo que es lo correcto.

Tras darse una buena ducha, Emily los reunió a todos en el distribuidor del interior de las instalaciones para planificar el trabajo diario que se iba a llevar a cabo en la base. La tormenta del día anterior ya había pasado de largo y el sol lucía con su habitual tonalidad anaranjada en un cielo despejado. Así que iban a poder comenzar los trabajos en el exterior.

—Nos acostumbraremos a reunirnos quince minutos de pie todos los días para organizar el trabajo —comenzó Emily—. Cada uno explicará de forma breve lo que va a hacer durante la jornada y si tenemos algún problema urgente que necesitemos solucionar con la ayuda del resto del equipo. Si os parece, empiezo yo y vamos hablando en orden, según estamos colocados en

circulo.

—¿Por qué lo hacemos de pie? —preguntó Chad.

—Porque así no nos pasaremos dos horas hablando —respondió Emily—. Tiene que ser dinámico y que nos permita a todos saber lo que está pasando en la base, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintieron todos.

—Bien, pues empiezo. Ayer encontramos gracias al satélite algunas zonas de cultivo. Creemos que son de los keplerianos, ya que se encuentran en una zona boscosa cercana al lugar donde me crucé con uno de ellos. Tenemos que trazar una estrategia para poder establecer contacto y extraer más información. Así que me marcaré esa tarea como objetivo para el día de hoy.

—¿Hemos detectado cultivos alienígenas? —preguntó Kostas, interesado.

—Sí, luego te los enseño si tienes curiosidad y también a quien esté interesado —añadió Emily antes de hacerle un gesto a Taro, que era el siguiente.

—Yo continuaré con lo que empezamos ayer, estoy analizando parte de las muestras que sacamos de nuestra primera visita al planeta.

—Yo voy a empezar a trazar unos modelos de simulación de la molécula artificial que hemos encontrado en el planeta —intervino Chad.

—La sargento Cameron y yo —comenzó el sargento Ortiz— haremos la primera guardia en el exterior para que Kostas, o cualquiera de vosotros, pueda trabajar fuera con tranquilidad.

—La soldado Ferrara y yo revisaremos una de las balizas que ha dejado de funcionar bien —informó Robert—. Es posible que la lluvia la haya fastidiado, quizá su estancamiento no fuera perfecto. Por la tarde daremos el relevo a Ortiz y Cameron.

—Yo organizaré la enfermería —explicó Evelyn—, tengo mucho material, pero está todo embalado.

—Por mi parte —le tocó a Paula— revisaré el módulo de telecomunicaciones en el tejado, quiero saber cómo lo han instalado.

—Pues yo voy a empezar a roturar las tres zonas donde pretendo cultivar diferentes plantas —dijo Kostas—. Así que, si alguien se aburre, tengo trabajo de sobra.

La piloto Balakova revisaría el rover y la nave para mantenerlos en perfecto estado, y se ofreció a ayudar a cualquiera cuando terminara. Finalmente, Wiśniewski y Gorka continuarían con la revisión general de todas las instalaciones.

—Supongo que nos llevará todo el día —concluyó Gorka—, pero a partir de mañana, si no se estropea nada, podremos ayudar a otros también.

—Muy bien —dijo Emily, satisfecha por la rapidez con la que todos habían entendido la dinámica de las reuniones matutinas—. Si surge cualquier problema o alguien necesita ayuda urgente para acometer alguna de sus tareas, que lo diga. ¡A trabajar!

Todos se dispersaron para comenzar con su trabajo. Sin embargo, Kostas se quedó allí con Emily.

—¿Me enseñas lo que habéis encontrado? —preguntó.

—Claro —respondió ella—. Creo que te resultará muy interesante.

Kostas la siguió y ambos entraron en la sala del laboratorio.

—Ada, muéstranos las imágenes del satélite.

Ada reprodujo las imágenes en tiempo real y Kostas las revisó con atención.

—Ahí parece que hay alguien. —Señaló uno de los claros.

—Es verdad —coincidió Emily—. ¿Qué está haciendo?

—Parece que lleva algún tipo de utensilio —observó Kostas—. Creo que está arando una zona del claro.

—Ada, ¿podrías monitorizar en tiempo real todas las zonas y avisarnos si ves actividad en alguna? —preguntó Emily.

—Por supuesto —dijo—. De hecho, no es el único claro en el que hay actividad ahora mismo.

Ada cambió las imágenes y los llevó a uno de los del asentamiento que había más al este. Allí, un kepleriano parecía conducir dos voluminosos animales de tiro que le ayudaban a trabajar la tierra. Estaba claro que apenas acababa de empezar su jornada, ya que solo se veía un único surco que recorría el claro.

—Parece que hay actividad similar en varios lugares —informó Ada—. Veo al menos doce individuos haciendo diversas tareas.

—Vaya —exclamó Kostas impresionado—. Esto es un tanto abrumador.

—Sí —asintió Emily—, sí que lo es. Estamos observando a una sociedad de campesinos, es como viajar al pasado.

—Las implicaciones de lo que estamos viendo son enormes. Me gustaría mucho conversar sobre sus costumbres agrícolas con ellos. Nos vendría muy bien tener acceso a sus cultivos, podríamos intentar hacer injertos con los nuestros. Quizá eso pueda ser la clave para poder cultivar algo comestible en este planeta.

—Desde luego. Yo también estoy deseando establecer contacto con ellos.

—¿No te da miedo? —preguntó él—. ¿Y si no son amistosos?

—Supongo que la curiosidad por conocer una sociedad alienígena supera el miedo que me puedan provocar —dijo Emily—. Desde luego, da la impresión de que forman una sociedad civilizada. Está claro que no tienen nada que ver con los Yokai.

Tras revisar por encima a los individuos que trabajaban la tierra, Kostas decidió ponerse manos a la obra. Pero este nuevo descubrimiento añadía algo más de interés, si cabe, en acelerar las operaciones para establecer un contacto con los keplerianos.

Así que mientras parte del equipo había salido ya al exterior, bien para hacer una pequeña patrulla, sustituir la baliza estropeada o para preparar los terrenos destinados al cultivo, Emily se dedicó a dar vueltas por la base mientras pensaba en cómo abordar el problema.

Había descartado el envío de drones, pero ¿y si lo hacían de noche? Los drones eran lo bastante silenciosos como para pasar desapercibidos.

«No sabemos de qué tipo de tecnología disponen», pensó. «Aunque utilicen tracción animal para trabajar la tierra, eso no significa que estén a ciegas por las noches. Es más, quizá sus propios órganos oculares estén adaptados a la visión nocturna y puedan ver tal y como lo hacemos nosotros gracias a nuestra tecnología».

Se pasó un buen rato paseando, mientras le daba vueltas a todo. Tenía previsto hablar con el subdirector a lo largo de la mañana, y como no acababa de ocurrírsele una manera sencilla de

conseguir acercarse a ellos, decidió adelantar la llamada, al menos para informarle de todo lo que habían descubierto en las últimas horas.

Se dirigía hacia la sala cuando Kostas la interrumpió por radio:

—¿Emily?

—Sí, dime Kostas —respondió ella.

—No te lo vas a creer —dijo él—. Pero me temo que tienes visita.

—¿Eh? —dijo extrañada—. ¿El subdirector está aquí?

—No, ni remotamente —respondió él—. Creo que es tu pequeño amigo. No sé cómo nos ha encontrado, pero está ahí plantado, a unos cuantos metros de donde estoy yo ahora mismo, esperando a que alguien se le acerque.

13

El nuevo amigo

5 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily corrió hacia el comedor, manipuló la impresora alimentaria y seleccionó un bizcocho de chocolate. En poco tiempo la máquina le preparó una jugosa porción que envolvió con unas servilletas de papel.

—Si pudiera comérmelo, imprimiría dos —murmuró al ver la buena pinta que tenía.

Siguió a la carrera hasta el terminal en el que estaba su exotraje. Posó el bizcocho con sumo cuidado en el suelo para que no se rompiera y se colocó todo el equipamiento, incluido el casco. Salió del complejo y miró en la dirección a la que miraban tanto Kostas como los cuatro militares. Todos aguardaban expectantes algún movimiento de la pequeña figura kepleriana que se había detenido a unos cuantos metros de allí.

—¿Ha hecho algo más? —preguntó Emily.

—No —respondió Kostas—. Desde que ha llegado se ha quedado ahí, sentado en el suelo. Parece que está esperando que hagamos algo.

—Creo que podéis bajar las armas —pidió Emily al notar la tensión de los cuatro soldados—, parece inofensivo.

—De acuerdo —dijo Robert—, pero si te vas a acercar a él me gustaría por lo menos tener a alguien oculto cubriéndote desde la distancia, solo por si acaso. Ha llegado hasta ahí sin que saltara ninguno de los sensores. Tendremos que revisar el perímetro, pero parece que es una criatura muy esquivia, y podría haber más escondidos.

—De acuerdo —concedió Emily—, pero intentad no asustarlo. Establecer contacto puede ayudarnos a responder muchas de las cuestiones que todavía tenemos sin resolver.

—Ferrara, busque una posición elevada e intente ocultarse de la vista —ordenó el teniente.

—A la orden —respondió ella, y se alejó en dirección al complejo.

—Espera a que Ferrara esté en posición para acercarte —le pidió Robert a Emily.

—Entendido.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Kostas.

—Un bizcocho de chocolate. Creo que es solo un crio, y si le gusta la mitad que a un niño humano, tenemos el éxito garantizado. Además, sabemos que conocen el pan, así que esto le resultará familiar.

—Buena idea —respondió Kostas—. A mí ya me habrías ganado, pero esperemos que los keplerianos no enseñen a sus jóvenes aquello de no aceptar comida de desconocidos.

—Sí, cruzad los dedos —dijo Emily.

—En posición —oyeron a Ferrara por radio.

—Cortamos las comunicaciones. Deseadme suerte —dijo Emily, nerviosa.

Recorrió con cautela los metros que los separaban. Sin embargo, a medida que se iba acercando al joven kepleriano disminuyó deliberadamente el ritmo. Ante todo, no quería ahuyentarlo. La criatura la esperaba sentado con las piernas cruzadas. Si no fuera por el inconfundible aspecto alienígena habría dicho que esa postura era típica de un niño humano.

Pensó muy bien qué decir, cómo actuar. Pensó en lo que pasaría por la cabeza de un joven humano si un alienígena imbuido en un traje metálico se le acercará de esa manera. El joven la observaba con atención. Cuando ya había recorrido algo más de la mitad de la distancia, el joven kepleriano se levantó del suelo. Emily se detuvo de inmediato, no quería asustarlo, así que sujeto el bizcocho en una de sus palmas y levantó la otra para transmitirle calma. El joven pareció dudar.

—Yo también dudaría en tu situación —murmuró Emily—. Ahora te toca a ti acercarte.

Sus ropajes eran sencillos y bastante parecidos a los que la humanidad vistió unos cuantos siglos atrás. Por su aspecto general se podría deducir que formaba parte de una familia de campesinos. El mismo tosco jubón de tela gris con tonos azulados que llevaba el día anterior y unos pantalones cortos descosidos que le llegaban a las rodillas y que saltaba a la vista que no eran de su talla. Una pequeña cuerda hacía las veces de cinturón. También llevaba un pequeño y viejo zurrón de cuero negro colgado del hombro y que cruzaba su torso de derecha a izquierda.

Emily avanzó unos pocos metros más con un ritmo mucho más pausado. Quería evaluar su nivel de desconfianza. Mantuvo la mano levantada para que la viera en todo momento. Cuando ya estimó que la distancia era lo bastante cercana como para mantener una conversación, pero no demasiado como para asustarlo, se detuvo. Cogió una voluminosa roca plana que vio a su lado y la colocó sobre la hierba. Todavía les separaban unos veinte metros. Dejó el bizcocho sobre la roca, dio unos cuantos pasos atrás con las palmas de ambas manos visibles y se sentó en el suelo, en la misma postura en la que él había estado.

—Acércate —le dijo Emily a la vez que hacía gestos con ambas manos indicándole que se aproximara.

El joven la miraba con asombro y fascinación, daba la impresión de que en su interior la curiosidad estaba venciendo la batalla a la precaución. Muy despacio, comenzó a acercarse hacia ella. Primero un paso, luego otro y después otro más. Cuando el bizcocho quedaba más o menos a la misma distancia de ambos, volvió a detenerse. Miró el pastel, de color oscuro y con una cobertura de crema blanca en la parte superior, y volvió a mirar a Emily. Parecía estar esperando instrucciones.

Emily, con gestos simples, trató de comunicar su intención de compartir con él ese regalo. Señaló el pedazo de bizcocho y luego señaló su propia boca, intentando establecer una conexión entre la necesidad de alimentarse y la delicia que tenían delante de ellos. Luego lo señaló a él y esperó a que hiciera lo mismo.

El joven alienígena observaba con atención los gestos de Emily y, tal y como esta esperaba, comenzó a imitarla. Señaló el bizcocho y luego, con timidez, señaló su propia boca.

—*Jitov am* —pronunció el joven casi en un susurro.

—¿Qué ha dicho, Ada? —preguntó Emily por lo bajo.

—Intuyo que está nombrando lo que cree que es el bizcocho o la propia acción de comer —respondió Ada—. Lo he anotado de momento como algo referente a la comida. Aunque no sea lo ideal, y a falta de un traductor kepleriano-humano intentaré anotar todo por contexto. Necesito que hable todo lo posible para ampliar nuestro diccionario. Te recomiendo que utilices gestos y

frases simples.

Emily volvió a realizar el mismo gesto, pero esta vez trazó además un círculo sobre su estómago. No sabían nada sobre la anatomía kepleriana, pero a juzgar por el aspecto exterior y a sabiendas de que tendrían que convertir los alimentos en energía en algún lugar de su cuerpo, apostó por la similitud entre ambas especies.

—*Wii vi jitov am* —dijo el joven mientras hacía uno por uno, y en el mismo orden, los tres gestos que Emily acababa de hacer.

—Parece una frase más compleja, pero continúa refiriéndose a la comida —dijo Ada.

Emily volvió a hacerle el gesto para que se acercará, señaló el bizcocho y luego lo señaló a él.

—Sí, es para ti —dijo.

«Vamos pequeño, seguro que te encanta», pensó.

El joven se aproximó un poco más a la comida y cuando estuvo a su altura, en un rápido movimiento que sorprendió incluso a Emily, extendió su mano y recogió el bizcocho. Aun así, retrocedió de inmediato unos pocos pasos para poder examinarlo con tranquilidad. Lo observó mientras lo agarraba con sus pequeñas pero afiladas garras. Pareció olerlo por medio de los orificios que se intuían por encima de sus alargados labios.

Emily no pudo evitar soltar una risita cuando su nuevo amigo se dio cuenta de que la crema blanquecina le había manchado su mano. El kepleriano se miró la palma de su garra contrariado y comenzó a olerla mientras sujetaba, esta vez con más cuidado, el bizcocho con la otra mano. Tras comprobar que el olor no le desagradaba, lamió con delicadeza su mano. Casi de inmediato, sus ojos se abrieron de par en par.

—*¡Vi wii difotshya!* —exclamó entrecerrando sus enormes ojos oscuros en señal de aprobación. Emily incluso creyó ver una sonrisa dibujándose en su cara.

—*Difotshya* —repitió Emily a su manera para intentar entablar conversación.

—*Biif, difotshya* —volvió a repetir él, agitando triunfal sus brazos.

Emily respiró un poco más tranquila. A pesar de que parecía tratarse de un individuo joven sus extremidades parecían mucho más desarrolladas que las de los humanos. Y con esas afiladas garras podría causarle un serio problema a Emily si se enfadaba.

«Parece que le gusta», pensó aliviada.

Ahora que ya parecían llevarse bien, se fijó mejor en el aspecto de la criatura. No llegaría al metro cincuenta; en comparación con una persona, era de talla baja. Sin embargo, sus músculos eran mucho más gruesos que los de un humano adulto medio. Además, estaban bastante definidos, tenía pinta de ser bastante fuerte. Su piel parecía muy gruesa y resistente. Salvando las distancias, recordaba a la de un elefante, aunque esta era algo más oscura y tenía una curiosa tonalidad rojiza.

Sus ojos eran muy grandes y oscuros, pero a pesar de esa oscuridad Emily era capaz de ver cómo algo se movía dentro de ellos cuando fijaba la vista en algún sitio. Tenía párpados, y casi podía asegurar que eran dobles, similares a las de algunas especies de anfibios o reptiles de la Tierra. Pero lo que más le llamó la atención fue la protuberancia ósea de su cabeza, que provocaba que su cráneo no fuera del todo redondo. Nacía en la frente y se extendía hacia ambos lados de su cabeza, más o menos hasta encima de las diminutas y graciosas orejas. No era descabellado pensar que quizá esas protuberancias les crecían con los años, e incluso pudiera indicar algún tipo de estatus social entre sus semejantes.

El joven kepleriano, espoleado por el buen sabor de la crema, decidió probar el resto del bizcocho. Primero lo olió con cuidado, pero al instante abrió la boca y le dio un buen mordisco. Emily se quedó sorprendida con el tamaño de su boca y la peculiaridad de sus dientes; parecían ser solo cuatro piezas, tan alargadas que cubrían todo el ancho de la boca. Sin embargo, el que estaba sorprendido de verdad era el propio kepleriano, que volvió a abrir los ojos de par en par y no dudó ni un instante en asestar otra dentellada al ya diezmado trozo de bizcocho.

—*¡Vi wii laaj waii!* —dijo de nuevo, sonriente.

—*Laaj waii* —repitió a su vez Emily.

El joven entrecerró los ojos en señal de afirmación y continuó con el festín. Emily dejó que lo acabará sin interrumpirlo, daba gusto verlo comer. Luego se lamió las garras para no dejarse ni una miga.

Cuando ya parecía satisfecho, Emily le hizo un gesto para que se acercara y se sentara como ella. El joven, mucho más confiado después de llenar el estómago, obedeció y se sentó un poco más cerca. A esa distancia Emily habría podido hasta olerlo, de no ser porque el traje se lo impedía.

—Emily —dijo, tocándose el pectoral del traje con ambas manos.

Justo después, las dirigió hacia él esperando una respuesta por su parte. Al ver que no la obtenía, volvió a hacer el mismo gesto de nuevo.

—Emily —repitió.

El joven se quedó un rato pensativo, pero de repente abrió los ojos más de lo normal.

—Shildii —dijo mientras se señalaba a sí mismo.

«Muy bien, Shildii, encantada de conocerte», pensó Emily.

Y para asegurarse de que había entendido bien, volvió a hacerlo una última vez.

—Emily —dijo, señalándose a sí misma—. Shildii —dijo apuntándolo a él.

—Solo tenemos que saber si se refiere a él o a su especie —dijo Ada.

«Vaya, tiene razón», pensó. «Puede que piense que la raza humana se llama Emily».

—Shildii —respondió él, mientras se señalaba a si mismo—. Emily —dijo con un extraño acento señalándola ella.

Acto seguido, el joven kepleriano entrecerró los ojos como si estuviera contento y entrelazó las cuatro garras de sus manos en un gesto que a buen seguro tendría algún significado para él. Emily decidió imitar su gesto, algo que Shildii pareció agradecer con su expresión facial.

«Bien, una vez hechas las presentaciones, pasemos a lo básico», pensó.

—Uno —dijo al desplegar el dedo índice de la mano derecha—, dos —levantó también su dedo corazón—, tres —continuó con el anular.

Uno por uno, extendió todos los dedos de sus dos manos y contó hasta diez. Una vez llegado al final de la cuenta, le hizo un gesto para que él hiciera lo mismo. El joven achinó los ojos de inmediato en señal de aprobación, parecía haber entendido lo que Emily le estaba pidiendo.

—*Wu* —comenzó—, *shish* —siguió—, *shu, shyov, ziid, la, shyaw, woj*.

El joven kepleriano parecía disfrutar con este juego y de nuevo entrecerró los ojos y mostró esa curiosa sonrisa.

«Solo ha contado hasta ocho, pero claro, solo tiene ocho dedos, así que tiene todo el sentido

del mundo. Supongo que utilizarán un sistema numérico basado en el número ocho en lugar de en el número diez como nosotros», pensó.

Emily desplegó dos dedos de su mano derecha y uno de su mano izquierda.

—*Shish, wu* —dijo mientras juntaba ambas manos para indicar que iba a realizar una suma—. ¡*Shu!* —levantó un poco el tono y le mostró tres dedos extendidos en su mano derecha mientras mantenía cerrada la izquierda.

El joven reaccionó con cierta excitación e hizo de nuevo el gesto de entrelazar sus garras mientras volvía a entrecerrar los ojos. Emily no tenía claro si entendía qué era lo que había intentado hacer. Así que volvió a hacerlo de nuevo. Esta vez extendió tres dedos en su mano derecha y uno en su mano izquierda.

—*Shu, wu* —pronunció mientras volvía a hacer el gesto de juntar las manos. Pero esta vez, en vez de decir ella misma el resultado, lo señaló a él para que acabara la operación.

—¡*Shyov!* —dijo emocionado.

«Eso es cuatro. Muy bien, está claro que conoces las operaciones matemáticas sencillas», pensó. «Esto es muy emocionante, puede que dispongan de algún tipo de sistema educacional básico».

Realizó el mismo ejercicio con la operación de resta. Esta vez mostró cuatro dedos en su mano derecha.

—*Shyov* —dijo él, aplicado.

Y acto seguido separó ambas manos cerrando la derecha y mostrando tan solo dos dedos en su mano izquierda. Le señaló con su mano cerrada y esperó a ver si entendía lo que eso quería indicar.

—¡*Shish!* —exclamó entusiasmado.

«Dos, correcto», pensó. «El resto de las operaciones matemáticas son demasiado complejas para realizarlas con las manos y con el escaso lenguaje que conocemos, así que pasaremos a conceptos y objetos».

Emily manipuló el terminal de su traje desde su brazo izquierdo y este proyectó un holograma en el que se veía un árbol con hojas rojizas muy similar a los que había por todo el planeta.

El joven kepleriano emitió un breve pero intenso sonido de admiración y abrió los ojos de par en par al ver aquel holograma que parecía salir de la nada.

—Árbol —dijo Emily mientras le hacía el gesto para que hablara él.

—*Chon* —exclamó a pesar de su más que evidente gesto de sorpresa. Aunque no tardó en entrelazar sus garras de nuevo.

«Parece que ese gesto indica que nos estamos entendiendo», dedujo.

Emily repitió el gesto y mostró otra imagen en el visor.

—Roca —dijo Emily.

—*Lirkij* —respondió él.

A la roca le siguieron la hierba, las plantas, el río, el pájaro con el que Emily se había cruzado en el río, la montaña que había al norte, el cielo, las estrellas, la lluvia, un rayo y un sinfín de cosas más. Una por una, el kepleriano fue poniendo nombres a todas las imágenes que Emily le mostraba. Tan solo no obtuvo respuesta en una de ellas, así que Emily supuso que Shildii no

había visto jamás el mar.

«Eso descarta que tengan una tecnología que les permita visualizar imágenes o mostrar conceptos de la manera que nosotros lo hacemos con nuestros terminales», pensó Emily.

Le mostró una imagen de la estrella que iluminaba el planeta. Pero al ver que no le resultaba reveladora, buscó el sol sobre sus cabezas y lo señaló.

—Sol —dijo Emily.

—¡U! —exclamó Shildii.

«Ya hemos recorrido las cosas más cotidianas en su día a día, vamos ahora con algo más interesante», pensó.

Le mostró en el holograma una imagen renderizada de un militar y una civil humanos ataviados cada uno de ellos con sus exotrajés de diferentes colores.

—Humanos —dijo Emily.

—Hu-ma-nos —trató de imitar Shildii, que no tenía una palabra para referirse a ellos.

Emily manipuló el terminal y las armaduras de los trajes desaparecieron de la imagen, dejando ver a las dos personas que se encontraban dentro.

—Humanos —volvió a repetir Emily.

—Hu-ma-nos *am* —repitió Shildii. No parecía demasiado convencido.

«O no entiende que los trajes son solo una armadura externa, o le cuesta creer que dentro de esa armadura haya una persona blandita», pensó al ver el gesto dubitativo del kepleriano.

Emily decidió mostrarle una foto suya.

—Emily —dijo.

El joven pareció dudar unos momentos, pero al final apuntó hacia la foto y dijo con poca convicción:

—Emily *am*.

—Ada, ¿qué puede ser esa coletilla que dice a veces, *am*?

—Puede que signifique duda, o que sea su manera de preguntar. Si te fijas, casi no ha modificado la tonalidad de su habla, solo ha elevado la voz cuando quería indicar que está a gusto o de acuerdo con lo que le dices.

—Creo que necesito saber qué palabras denotan el sí y el no en su lenguaje —le dijo a Ada—. Sabiendo eso, preguntar y responder será mucho más fácil.

Emily le mostró una imagen ampliada de los dos keplerianos que encontraron en el río hacía unas semanas. Decidió preguntarle si él era alguno de ellos. Las probabilidades eran escasas, así que por lo menos descubriría qué vocablo era el no.

—Shildii *am* —dijo Emily, esperando con atención su reacción.

La criatura se quedó mirando la imagen, pensativo.

—Ju —frunció el ceño como no había hecho hasta el momento.

«Bueno, parece que tenemos un no por respuesta», pensó Emily. «Además, eso significa que él se llama Shildii, y no su especie».

Lo siguiente era conseguir una respuesta afirmativa. Así que le mostró una imagen suya de hace unos instantes.

—Shildii *am* —volvió a decirle.

—¡*Biif!* —respondió entusiasmo.

«Bien, esto parece que funciona a la perfección, vamos ahora con algo de anatomía», pensó mientras operaba en su terminal.

Le mostró a la vez las partes del cuerpo humano y el cuerpo kepleriano. Una por una, Shildii fue nombrando las palabras que utilizaban para la cabeza, ojos, boca, dientes, manos, brazos y un largo etcétera. Fue interesante verle reaccionar al ver el pelo de los humanos que, en contraposición con su protuberancia ósea, provocó una reacción en él de lo más curiosa y que Emily catalogó de graciosa. Aun así, el joven no dudó en decir cómo ellos llamaban a esa parte del cuerpo.

—*Loaa* —dijo.

«Ya tenemos lo más básico, ahora vamos a ver si eres capaz de resolvernos alguna de las dudas que tenemos».

Emily le enseñó una imagen del obelisco alienígena que habían encontrado en el otro continente. Pero esta vez no hubo suerte y el pequeño kepleriano hizo un gesto que Emily interpretó como encogerse de hombros.

—*Lu a pi liik tumbi li wid* —dijo.

«Bien, pasemos a algo más perturbador», pensó Emily, sabiendo que estaba asumiendo cierto riesgo. Le enseñó una imagen de los Yokai atacando el campamento.

De pronto, los ojos de Shildii se abrieron como platos y sin esperar siquiera a que Emily formulara una pregunta se levantó del suelo y salió huyendo despavorido.

—¡*Wiihof jikhaashyush! ¡Wiihof jikhaashyush!* —gritaba mientras se alejaba como alma que lleva el diablo.

—¡Sujeto huyendo! —oyó gritar a la soldado Ferrara por radio—. ¿Es necesario abatirlo?

—No, Ferrara —respondió Emily, que se levantó y se dio la vuelta con rapidez—. No dispares, creo que solo lo he asustado.

Emily recogió la servilleta del bizcocho y se dirigió de vuelta a donde Kostas y el resto de los militares habían esperado vigilantes.

—¿Qué ha ocurrido al final? —preguntó Robert—. Parecía ir todo muy bien.

—Sí, creo que he sido algo imprudente —reconoció Emily—. Le he mostrado una imagen de los Yokai y se ha asustado. Espero que eso no haga que no vuelva a acercarse, tan solo en este rato hemos podido sacar información muy valiosa para futuros contactos.

—Esperemos que mañana vuelva a por más bizcocho —opinó el sargento Ortiz.

—Ada, intenta seguir su trayectoria para ver por dónde ha atravesado nuestro perímetro sin que lo detectemos —pidió Robert.

—Entendido, teniente —respondió.

—Entremos —dijo Emily—. Tengo mucho en lo que pensar y casi se nos ha pasado la hora de comer.

—Pues sí, y lo cierto es que tengo bastante hambre —reconoció Kostas mientras todos seguían a Emily hacia el interior de las instalaciones.

Justo antes de entrar Ada interrumpió a Emily:

—La criatura se ha encaramado a un árbol —dijo.

—¿Qué? —preguntó extrañada—. Muéstrame las imágenes.

Tal y como había dicho la IA, aquel joven kepleriano se había subido a uno de los árboles del perímetro. Desde allí parecía observarles en la distancia. Su gesto no parecía amable, tampoco asustado, sino adusto y poco amigable. La sombra de la duda cruzó la mente de Emily, que se planteó si aquello había sido una buena idea.

Oscuros secretos

7 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Todavía seguía dándole vueltas a la imprudencia que había cometido hacía un par de días. Enseñarle al kepleriano una foto de los Yokai había sido mala idea. Todos habían convenido que para ser un primer contacto había ido todo muy bien, sobre todo teniendo en cuenta lo diferente que fue con los Yokai.

Sin embargo, Shildii no había vuelto al día siguiente y Emily estaba muy preocupada. Había vuelto a cometer una imprudencia por no pensar en las consecuencias de sus actos. Tenía que trabajar más ese aspecto si quería convertirse en una buena líder.

Esa misma mañana recibirían la primera visita oficial en la base y, a pesar de que estaba emocionada por enseñársela al subdirector, tenía la cabeza más ocupada con el joven kepleriano que con cualquier otra cosa. Además, tendría que viajar esa misma tarde a la estación espacial para asistir a una reunión importante de la dirección del proyecto a la que el propio subdirector la había convocado. Debía de ser algo crucial para necesitar sacarla unas horas del planeta.

—¿En qué piensas? —la interrumpió Paula—. Pareces distraída.

—Perdona, no estoy muy habladora —respondió—. No hago más que darle vueltas a lo que pasó anteayer.

—Pensaba que estarías nerviosa por la visita de hoy —dijo Paula.

—Debería, pero la verdad es que casi no he pensado en ello. —Dio un sorbo de café.

—Y luego vuelves a la estación, ¿verdad? —se interesó Evelyn, que también se encontraba en el comedor.

—Sí, parece que hay algún asunto urgente que tratar.

—Por lo menos el viaje no es demasiado largo —positivizó Paula.

—No, pero es posible que tenga que pasar la noche allí si la reunión se alarga.

—Qué rollo —bufó Evelyn—, aunque por lo menos dormirías en una habitación para ti sola.

—¿Y qué hacemos si aparece tu nuevo amigo? —preguntó Gorka.

—Pues no lo sé, la verdad —dijo Emily—. Ada podría modular mi voz para que cualquiera de vosotros pudiera suplantarme, pero tengo miedo de que se dé cuenta del cambio y luego desconfíe. Aunque preferiría que viniera cuando esté yo, lo cierto es que cualquiera de vosotros podría ganarse su confianza también.

—Esperemos que no aparezca justo hoy —dijo Evelyn—. Yo estoy segura de que me quedaría bloqueada, sin saber qué decir.

—Y si le mandamos a Chad igual se aburre con todo lo que habla cuando se pone nervioso —bromeó Gorka.

—¡Eh! —se quejó el biólogo—. Que esta vez no había dicho nada.

Emily acabó de desayunar y se dispuso a esperar la llegada del subdirector. Iba a ser la primera vez que David Green pisara Kepler-442b, suponía que para él sería algo especial. No tanto por el hecho de pisar otro planeta, ya que él y su padre habían estado en la Luna y en Marte, sino más bien porque suponía el culmen de incontables años de esfuerzos y sacrificios realizados para poder sacar adelante el proyecto.

Salió al exterior a esperarlo. El día había amanecido algo nublado, lo que impediría ver la aproximación del transporte que traería al subdirector. Recorrió el camino que separaba la entrada a la base de los trabajos que había estado haciendo Kostas durante esos últimos días. Le pareció que todo estaba bastante avanzado. Había arado la tierra en tres zonas diferenciadas y dispuesto los sistemas de regadío automatizados en ellas. También tenía apilados en una esquina los armazones con los que cubriría dos terceras partes de la superficie cultivable con dos invernaderos.

—A ver qué es lo que sale de aquí —murmuró curiosa.

Esperaban al subdirector en torno a las nueve de la mañana. Ya habían pasado quince minutos de la hora y los únicos que habían aparecido eran Kostas, para continuar con su trabajo, y Jonathan, que iba a ayudarle a montar las estructuras de los invernaderos. Los militares se disponían a hacer sus habituales rondas matutinas.

Se entretuvo observando un curioso insecto de cuatro alargadas patas y un cuerpo fino que se ensanchaba algo en el centro y que caminaba cerca de uno de los huertos. Fue entonces cuando escuchó el ruido inconfundible de unos motores en la distancia. Miró al cielo e intentó dar con la fuente del sonido. Tardó un rato en localizarlo, ya que las nubes le impedían ver nada más allá de unos cuantos metros de altura.

El transporte del subdirector se aproximó a la base y aterrizó cerca de donde descansaba la nave de Balakova. Emily se acercó al lugar y esperó a que el portón trasero se abriera por completo. De su interior salieron dos personas. Una de ellas arrastraba una maleta. Detrás bajó una mula autónoma con algo voluminoso encima que Emily no supo distinguir.

—¡Emily! —saludó el subdirector.

—Hola, David.

—¡Guau! Esto es mucho más impresionante en vivo. —Observó alrededor.

—Sí que lo es. Yo todavía no me he acostumbrado al nuevo paisaje —reconoció Emily.

—Te presento al doctor Rakesh Kumar. —El subdirector señaló a la persona que arrastraba la maleta a su lado y que estaba demasiado impresionada con el entorno como para reaccionar a la introducción que el subdirector acababa de hacer.

—Ya nos conocemos —dijo Emily.

—Ah, ¿sí? —preguntó incrédulo.

—Sí, nos conocimos en el comedor de la estación hace unos meses, tuvimos una más que agradable charla —confirmó el doctor sin apartar la vista del planeta.

—Entonces, imagino que sobran las presentaciones —dijo Green—. El doctor se unirá a vuestro pequeño destacamento. Creo que os será de utilidad tener un antropólogo en el grupo ahora que parece que hemos establecido contacto con la raza alienígena. Y, además, también es teólogo, será de utilidad para estudiar las creencias de los keplerianos.

—Desde luego —celebró Emily—, nos vendrán muy bien sus conocimientos aquí.

Sin embargo, el doctor seguía fascinado por el aspecto rojizo del planeta.

—Creo que este es sin duda el lugar más extraño en el que he estado nunca —afirmó.

—Sí, yo también —rio el subdirector.

—Y de momento mantienes el récord de planetas visitados —bromeó Emily.

—Cierto —sonrió—. Os he traído un pequeño regalito —señaló el plástico oscuro que tapaba lo que la mula llevaba a sus espaldas.

—¡Oh! ¿qué es? —quiso saber Emily.

—Todo a su debido tiempo —respondió él—. Pero antes, entremos, tengo ganas de ver las instalaciones.

Los tres accedieron a la base mientras Emily avisaba al resto de sus compañeros para que volvieran. Una vez allí, se quitaron los exotrajados y aunque mantuvieron los monos, al menos se quitaron el gorro. Emily les hizo un tour rápido por el lugar y presentó a todos a los que se iba encontrando al nuevo miembro del equipo.

Por último, llegaron al comedor, donde les esperaba ya el resto del equipo sentado en la zona común que había al fondo.

—Buenos días a todos —saludó el subdirector—, ¿qué tal estáis?

—Bien —respondieron a coro.

—Estupendo —dijo—. Como sabréis, esta es la primera visita oficial al planeta, espero que de muchas más. Lo cierto es que este sitio es muy acogedor, os confieso que os tengo cierta envidia, me hace recordar mis años de juventud en misiones espaciales.

—Podrías quedarte a pasar unos días —le propuso Emily.

—No lo descartes —rio el subdirector—. Pero de momento esta misión tan importante recae sobre vuestros hombros, no estaría bien que un viejo cascarrabias como yo venga a molestaros con antiguas batallitas del pleistoceno.

Todos sonrieron al descubrir la sinceridad y cercanía del subdirector. Muchos solo conocían su faceta más institucional, que en cierta manera podía llegar a ser abrumadora. Para la mayoría esta era la primera vez que coincidían con él de una manera distendida.

—Aunque me temo que hoy no vengo a soltaros el típico discurso de ánimo en vuestra misión, repitiendo los tópicos de que la humanidad confía en vosotros y ese tipo de palabrería —continuó—. Me gustaría que fuera una visita más informal, solo quiero pasar un rato agradable con todos vosotros. ¡Ah! Y aunque Emily os lo ha presentado ya a algunos, este es el doctor Rakesh Kumar. Es antropólogo y teólogo, por lo que nos será de gran utilidad a la hora de estudiar a los keplerianos y sus costumbres. ¿Quieres añadir algo, Rakesh?

—Que me hago cargo de que seré la persona de más edad de la base, así que supongo que me corresponderá a mí la labor de contaros las batallitas del pleistoceno.

El comentario provocó las risas de todos.

—Bromas aparte, me alegro mucho de formar parte de todo esto —continuó—. Y si me lo permitís, a mí sí que me gustaría remarcar que estamos haciendo historia y que la humanidad confía en lo que se está haciendo y lo que se va a realizar aquí —añadió—. Y estoy ansioso por empezar a trabajar con todos vosotros.

—Gracias, doctor Kumar —tomó de nuevo la palabra el subdirector—. Creo que es un buen momento para desvelar lo que, como habréis podido observar, hemos traído del arca.

El subdirector quitó con cuidado el plástico que tapaba la mercancía de la mula.

—¡No puede ser! —exclamó Ferrara.

—¿Eso es lo que parece que es? —preguntó Gorka, incrédulo.

—¿Cuánto hay ahí? —quiso saber Chad.

—Dos barriles de veinticinco litros cada uno de la mejor cerveza terrestre —anunció el subdirector mientras todos exclamaban con alboroto—. Ha sido transportada desde la Tierra a temperatura de cero absoluto para que no pierda ninguna de sus propiedades. Y para los que no les guste la cerveza, hemos traído también seis botellas de vino y otras tantas de champán y de agua de la Tierra, así que tenéis para elegir.

—Creo que soy el hombre más feliz sobre la faz de Kepler-442b —bromeó Gorka.

—Pero no os quedéis como pasmarotes —espoleó el subdirector—. Tenéis ahí el tirador, y a pesar de que todavía es temprano, me gustaría probar esa cerveza.

La soldado Ferrara y Gorka, los más entusiastas del grupo, se levantaron a toda prisa y descargaron los pesados barriles de la mula. En un periquete ya tenían el tirador refrigerado instalado con el barril. Una por una, fueron sirviendo las cervezas en vasos que se iban distribuyendo entre los presentes. Taro, Chad, Evelyn y el recién incorporado doctor Kumar prefirieron una copa de vino.

El subdirector esperó a que todos tuvieran su copa llena para proponer un brindis.

—Porque todo lo que nos propongamos en la vida sea un éxito para la humanidad —dijo.

—¡Chinchín! —brindaron.

—Esto es una maravilla —suspiró la soldado Ferrara tras el primer trago.

—Creo que voy a llorar —dijo Chad con su copa de vino en la mano.

Aunque Emily no era muy aficionada a la cerveza, tuvo que reconocer que, fresca como estaba, le supo a gloria. Después de acabar con sus vasos y de repetir de nuevo, todos volvieron a sus tareas.

Emily, el doctor Kumar y el subdirector repasaron cada detalle del encuentro con el joven kepleriano desde una sala de reuniones. Ambos comentaron, para alivio de Emily, que ellos en esa situación habrían actuado de la misma manera.

—Era relevante mostrarle a los Yokai —dijo el subdirector.

—Y es evidente el terror de su cara —añadió el doctor Kumar—. No tengo dudas de que ambas especies se conocen y han interactuado entre ellas.

—Pero ahora me queda la duda de si volverá a aparecer o si hemos perdido esa oportunidad para poder acercarnos a ellos.

—Volverá —afirmó el doctor.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó ella.

—Arriesgó su vida viniendo hasta aquí sin saber si somos peligrosos. Era más que notable el temor que sintió la primera vez que se cruzó contigo. Pero, aun así, la curiosidad le pudo como para venir a buscarte.

—Puede que tengáis razón —reconoció Emily.

—Es más, puede que compartiera su encuentro con alguien y no le creyeran —añadió el doctor—. En la Tierra, desde hacía muchos siglos eran normales los casos de gente que creía haber tenido encuentros con extraterrestres o incluso los que aseveraban que habían sido

abducidos por ellos. No sería de extrañar un comportamiento similar en otras civilizaciones inteligentes.

Emily pensó en lo que acababa de decir el doctor Kumar. La situación se asemejaba bastante a la de una raza alienígena superior que visitaba la Tierra en plena Edad Media. Las connotaciones que habría tenido un acontecimiento similar serían muy interesantes desde el punto de vista social y antropológico. Los paralelismos entre ambos casos eran innegables.

Tras una interesante conversación, comieron con el resto del equipo. Sin ser un festín, pudieron volver a disfrutar de los regalos del subdirector y pasar un rato distendido. Más tarde, Emily hizo una pequeña mochila con ropa para tal vez pasar de nuevo una noche en su antiguo camarote del arca Asimov.

La sensación de ingravidez primero y de una gravedad más ligera y artificial después mareó a Emily, pero se sobrepuso sin problemas. La reunión de la plana mayor empezaría poco después, así que solo le dio tiempo a dejar la mochila en su camarote y dirigirse al puesto de mando de la estación.

Allí, como de costumbre, esperaban parte de los habituales conversando entre ellos. Saludó al director Patel y al comandante. El capitán Garth solo le dedicó una ligera mirada de desdén cuando entró en la sala. Esta vez no llegó la última; el subdirector todavía no estaba allí.

—¿Qué tal va todo por allí abajo? —se interesó el director Patel.

—Muy bien, gracias —respondió Emily—. Las instalaciones están funcionando a las mil maravillas.

—Me alegra oír eso —celebró él.

—La verdad es que todos han hecho un trabajo estupendo —agradeció Emily.

El subdirector Green entró en la junta con el semblante más serio de lo normal. Emily había notado un evidente cambio en su comportamiento en cuanto terminaron de comer. Algo le preocupaba y estaba claro que esta reunión tenía algo que ver con ello.

—Buenas tardes a todos —saludó—. Lamento la espera. Acabamos de llegar del planeta y tenía un tema urgente que atender.

Le devolvieron el saludo con educación, pero se notaba en el ambiente que aquella reunión no era ordinaria.

—Lo que se va a tratar aquí, como tantas otras veces, es estrictamente confidencial. Por lo tanto, no habrá registros de nada de lo que se diga —comenzó el subdirector en un tono muy serio—. Como todos ustedes sabrán, este proyecto fue concebido como una salida alternativa para la humanidad tras el desastre provocado por el asteroide Belial. Y digo alternativa, porque la principal baza de la humanidad continuaba siendo el Proyecto Atlas.

El subdirector hizo una pausa. Emily nunca lo había visto así de preocupado.

—El Proyecto Orfeo fue financiado de manera directa o indirecta, en mayor o menor medida, por la inmensa mayoría de los gobiernos del planeta. Sin embargo, el Proyecto Atlas, al tratarse del plan más importante, pronto acaparó la mayoría de todos esos fondos. No voy a entrar a valorar nada sobre ese tema, tan solo estoy exponiendo los hechos.

Hizo otra pausa mucho más larga que la anterior y continuó:

—El compromiso de colaboración de los gobiernos llegaba hasta la construcción del arca Copérnico. Sobra decir que el coste del proyecto superó cualquier cosa que el ser humano hubiera construido hasta la fecha, si obviamos al propio Proyecto Atlas, claro está. Este hecho

supuso un reto de grandes proporciones. Es por ello, que tanto el director Rhodes como yo mismo comenzamos a buscar en otros lugares la financiación necesaria para costear la construcción del arca Asimov.

Un leve murmullo se levantó en la sala. Los presentes parecían tener muchas preguntas al respecto.

—Pero entonces, ¿quiénes han financiado todo esto? —preguntó el segundo oficial.

—Mecenas privados, empresas tecnológicas, fundaciones... —explicó el subdirector—. Gente con mucho dinero que estaba muy interesada en financiar el proyecto.

—¿Y por qué iban a estar interesados en algo que no estaba pensado para salvar sus vidas? —preguntó el oficial de seguridad Barrios.

—Ese es el verdadero motivo de esta reunión —desveló el subdirector—. Lo que recibían a cambio de la financiación era un pasaje en el arca.

—¿Qué?! —exclamaron varias personas.

—¿Está diciendo que un grupo de ricachones ha pagado por poder venir en una expedición que supuestamente estaba concebida como justa e igualitaria? —preguntó a voces el capitán Garth fuera de sí.

—No, estoy diciendo que todos los que estamos aquí, científicos, sanitarios, técnicos, material y equipos militares —remarcó esta última parte sin cambiar su expresión facial ni un ápice—, lo estamos gracias a un grupo de mecenas privados que financiaron todo esto.

—¡No me venga con subterfugios y populismo barato! —respondió el capitán Garth de malas maneras.

—El hecho de que la financiación fuera privada no le quita ni un ápice de valor al proyecto, ni le resta un mínimo de rigor en los procesos de selección del personal de esta estación —dijo el subdirector con firmeza—. Simplemente, había menos plazas disponibles en el arca.

—¿De cuántas plazas estamos hablando? —preguntó una de las adjuntas a dirección.

—De la mitad del arca, unas diez mil personas —dijo el subdirector.

El capitán Garth dio un fuerte golpe en la mesa que los sorprendió a todos.

—¡Esto es inadmisible! —gritó— ¿Cómo demonios pretende que confiemos en el proyecto si ya de por sí nació de mentiras y engaños?

—Este proyecto tenía la intención de embarcar a cincuenta mil personas de diferentes etnias y estratos sociales para poder dar a la humanidad una segunda oportunidad. Creo con total sinceridad que diez mil pasajeros adicionales era un precio asumible para maximizar las posibilidades de supervivencia de la especie.

—Y lo que tenemos ahora son diez mil esnobs a los que habrá que alimentar y limpiarles la mierda de sus delicados culos —respondió el capitán con vehemencia—. No cuenten conmigo para tal cosa —añadió mientras salía de la sala hecho una furia.

—¡Capitán Garth! —gritó el comandante Bauer sin demasiada convicción.

—Déjelo, comandante; en cierta manera tiene razón —dijo el subdirector—. Sé que las cosas no han salido ni mucho menos como esperábamos. Primero perdimos la Copérnico, después la Galileo y ahora les revelo esto. Creo que es lícito el enfado del capitán o de cualquiera de ustedes. No hemos sido sinceros, no hemos jugado limpio y puede que hayamos manchado el buen nombre del proyecto. Pero les juro a todos por mi vida que lo hicimos para tener más

posibilidades de éxito. Y por suerte, vistos los acontecimientos, si no hubiéramos tomado la decisión de construir una tercera arca, ahora mismo las esperanzas de la humanidad estarían puestas tan solo en el planeta Tierra y en el Proyecto Atlas.

—Siempre creí que trabajaba por un mundo más justo, mejor —dijo con tristeza el segundo oficial Kuijpers.

—Y podemos conseguirlo. Esto no cambia un ápice el propósito fundacional del proyecto. Se trata de la supervivencia del ser humano —dijo el subdirector Green.

—Pero este proyecto se basaba en la justicia, en la confianza mutua, en la concordia entre los diferentes pueblos. Resulta que al final tendremos que construir esta nueva civilización sobre los errores e injusticias de la anterior —añadió decepcionado el oficial de seguridad.

—Entiendo a la perfección todas sus reticencias, de verdad que las entiendo. Y no les pido que compartan los métodos que nos han traído hasta aquí, ni siquiera que me disculpen. Solo les pido que entiendan las motivaciones.

—Y usted, capitana Mei ¿conocía la existencia de estos pasajeros? —preguntó el oficial Barrios.

—Un buen capitán tiene que estar al tanto de todos y cada uno de los pasajeros de su nave —respondió.

—¿Y qué se supone que van a hacer ellos aquí? —preguntó una de las adjuntas— En esta nave hay mentes muy brillantes, trabajadores expertos en sus materias. Hasta teníamos un premio Nobel en la Galileo. La mayoría serán personas de negocios acostumbrados a una vida de lujos y rentas fáciles.

—Ada dispone del historial de todos los pasajeros y realizará un estudio de las aptitudes de cada uno de ellos. Se les asignará un equipo y un propósito.

—Pero costará que muchos de ellos colaboren. No creo que el director general de una empresa de éxito acate de buena gana las órdenes de cualquiera de los que estamos aquí —dijo el segundo oficial.

—No creo que tengan otra opción —rebatía Emily, que intentaba ayudar al subdirector.

—¿No? ¿Y por qué no tendrán otra opción? —preguntó el segundo oficial.

—Porqué aquí no tienen nada, su dinero solo les ha permitido comprar un pasaje, nada más —esgrimió—. Por el momento no tenemos moneda ni comercio, así que ellos no tienen nada.

—Tú ya lo sabías ¿verdad? —preguntó—. Y seguro que estás de acuerdo.

—No, yo no estaba al tanto de nada de esto —rebatía—. Y no comparto estos métodos pero, como ha dicho el subdirector, sí que soy capaz de entender las motivaciones que los llevaron a tomar esa decisión. Puede que no les guste nada la situación, puede que ni siquiera un poco, pero tengan por seguro que, si no fuera por esa decisión, ninguno de nosotros estaríamos aquí ahora. Y por desgracia, puede que la humanidad tampoco.

»Y también les digo que ahora tenemos dos opciones —añadió—: pelearnos entre nosotros y caer en los mismos errores del pasado, o aceptar la realidad e intentar remar todos en la misma dirección.

Guardaron silencio, conscientes de la verdad que había en esas palabras.

—¿Y podemos saber cuál es el motivo para hacerlo público ahora? —preguntó el oficial de seguridad.

—Tenemos la intención de ampliar la base Magallanes con otro módulo similar al actual —explicó el subdirector—. Y por supuesto, también tenemos en el medio plazo la idea de crear una segunda base, seguramente más al norte que la actual.

—¿Está insinuando que va a empezar a despertar a esos pasajeros? —preguntó el segundo oficial Kuijpers.

—Sí, eso es lo que va a ocurrir —confirmó el subdirector—. Se les asignarán una serie de tareas acordes a sus competencias y se intentarán incorporar a la vida del proyecto con los mismos derechos y obligaciones que cualquier otra persona de la tripulación.

La reunión acabó derivando en otros temas, pero tanto Emily como el propio subdirector notaron una resistencia permanente en el resto de puntos del día. Lo que en circunstancias normales habría sido una reunión tranquila, se convirtió en una constante batalla de opiniones y quejas.

El subdirector abordó a Emily antes de que esta se retirara a cenar algo y a descansar.

—Gracias —le dijo—. Sé que habrá sido muy difícil para ti enterarte de esto.

—Mentiría si te dijera que me ha resultado fácil —respondió ella—. Pero confío del todo en vuestro buen juicio. Sé que sería una decisión muy difícil y que la tomaríais por el bien del proyecto. Así que no tengo nada más que objetar.

—Así es. No fue una decisión sencilla. Y te aseguro que ya no habrá más sorpresas.

—Me alegra oír eso —dijo—. Aunque ahora tendremos que pensar en cómo incorporar a todas esas personas menos preparadas para la vida científica.

15

La pionera

8 de agosto del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Aquella mañana madrugó más de lo normal. Quería volver cuanto antes a la base por si volvía a aparecer Shildii. El piloto del transporte regresó a la estación en cuanto la dejó en tierra. El día comenzaba y el suelo se veía mojado a pesar de ser la época estival, obra del rocío. Observó que las estructuras de los invernaderos estaban ya casi acabadas, tan solo faltaba ponerles el tejido translúcido que dejaría pasar la luz solar y permitiría mantener una temperatura constante y óptima para que los vegetales pudieran crecer y desarrollarse.

Entró dentro la base, donde ya se notaba el habitual ajeteo de las mañanas. Saludó a todos y preguntó por la tarde anterior. No había ocurrido nada digno de mención. Una tarde tranquila, aunque Chad afirmó que había encontrado varias especies de insectos de lo más curiosas.

—Esta vez he dado con una pequeña especie de libélula con una sorprendente cola que ¿a qué no lo adivinas? —adornó la historia— Emite pequeñas descargas eléctricas para aturdir a sus presas.

—Vaya —Emily frunció el ceño—, eso suena un tanto siniestro.

—Sí, pero resulta de lo más interesante —continuó el biólogo—. En la Tierra solo había catalogadas unas pocas especies marinas con ese tipo de adaptación fisiológica. Es la primera vez que se descubre algo así fuera del agua.

—Lo que tienes que pensar es en otro nombre para ese bicho —se burló Kostas.

—¿Cómo lo has llamado? —preguntó Emily.

—Chispabicho —respondió Chad, orgulloso de su ocurrencia y ajeno a las risas de sus compañeros.

—No suena muy científico —reconoció Emily con una amplia sonrisa en la boca.

Agradeció mucho estos momentos distendidos, ya que la noche anterior había sido un tanto dura. Había dormido a saltos, despertándose de pronto sin motivo aparente. Nunca había tenido problemas para conciliar el sueño, pero desde que llegaron a aquel planeta le costaba descansar con normalidad. Y todavía tenía que buscar una manera de contarles a sus compañeros el motivo de la reunión del día anterior.

Fue unos minutos más tarde, en el encuentro de coordinación diario. Emily decidió tomar la palabra cuando el resto hubo finalizado sus explicaciones.

—Antes de que volváis a vuestros quehaceres —comenzó—, me gustaría comentaros lo que se habló ayer en la reunión de la junta.

Emily hizo una pausa, tenía el total beneplácito del subdirector para hacerlo público, pero aun así no sabía muy bien por dónde empezar ni sabía cómo encajarían lo que iba a decirles.

—Como sabréis, la Copérnico fue destruida por un grupo terrorista, y si no hubiera sido por la existencia de la tercera arca, ninguno de nosotros estaríamos hoy aquí —les dijo—. Y si a eso

le añadimos la desaparición de la Galileo, de no haber sido por la Asimov quizá la raza humana hubiera estado avocada a la extinción.

—Estás empezando a asustarnos —dijo Chad.

—Tranquilos, no es que pase algo malo —aclaró Emily—. Es tan solo que ayer nos enteramos de que debido a que la financiación pública se acabó con la construcción de la segunda de las arcas, la tercera se financió con capital privado.

—¿Y eso cómo nos afecta a nosotros? —preguntó Paula.

—Espero que no demasiado —dijo Emily—. Pero esa financiación privada vino a cambio de conseguir pasajes en el arca para los que aportaron su dinero.

—¿Qué?! —exclamó Paula—. Eso es horrible.

—Eso va en contra de la propia esencia del proyecto —respaldó la sargento Cameron, contrariada.

—Lo sé, sé que va en contra de los principios de igualdad y libertad que el propio proyecto proclamó a los cuatro vientos.

—¿Tú estás de acuerdo con todo esto? —preguntó Taro.

—No —dijo tajante—. No estoy de acuerdo. Pero también soy consciente de que, de no ser por ello, no estaríamos aquí ahora mismo teniendo esta conversación. Me consta que fue una decisión muy meditada, y también difícil. Pero tanto el director como el subdirector querían sumar al proyecto el mayor número de personas cualificadas posible. Y esta era la única manera de conseguir que otros muchos científicos y personas de gran valor pudieran acompañarnos hoy aquí para crear una nueva civilización.

—¿Confías en las explicaciones del subdirector? —preguntó Gorka.

—Sí, al cien por cien.

—Pues para mí no hay más que hablar —zanjó Gorka—. Estamos contigo hasta el final.

—Exacto —añadió Chad—. Bien dicho.

—Estamos contigo, Emily —dijo Taro.

—Por nuestra parte no hay nada que añadir —dijo Robert.

Emily comprobó aliviada cómo todos los miembros de la expedición hacían piña con ella, todos, menos una persona. La sargento Cameron no cambió su semblante serio ni un ápice. Se notaba que su opinión no era la misma que la del resto. Y quizá porque Robert había hablado ya con ella sobre su animadversión hacia Jonathan, o tal vez por verse en minoría, no quiso llevar la contraria de manera pública.

Todos regresaron a sus tareas mientras Emily poco menos que se dedicó a esperar noticias de Shildii, el joven kepleriano. Lo cierto es que no tardó mucho tiempo en descubrirlo. Unos minutos después, Ada le dijo:

—Emily, creo que tu pequeño amigo se está aproximando.

Ada le enseñó las imágenes extraídas desde una de las nuevas balizas que se habían colocado en la zona por la que se coló la última vez. Esta vez parecía que tenían mejor controlado el perímetro. Emily dio un suspiro de alivio al ver que Shildii volvía para encontrarse con ella. Pero de nuevo la asaltaron las prisas.

«Tengo que preparar todo para no hacerle esperar». Se levantó de la silla y corrió hacia el comedor.

Esta vez, además de preparar un pedazo de bizcocho similar al de la vez anterior, también preparó un croissant. Quería enseñarle que tenían una gran variedad de comida. Para cuando se puso el traje, Shildii ya estaba esperándola sentado al lado de la piedra que Emily había colocado un par de días atrás.

—Ada, voy a necesitar que empieces a traducir lo que diga a su lengua, al menos con las palabras que ya conocemos y viceversa —pidió Emily.

—Por supuesto, Emily —respondió diligente—. Dalo por hecho.

Se acercó hasta el lugar con mucha cautela, no quería asustarlo de nuevo. Cuando estuvo a una distancia prudencial, se sentó en el suelo, delante de él. Llevaba envueltas en servilletas con sumo cuidado las dos piezas de repostería, y cuando se dispuso a colocarlas encima de la piedra como había hecho la otra vez, Emily observó que el propio Shildii se había adelantado. Sobre la piedra descansaba una pequeña hogaza de pan de un color grisáceo que a simple vista parecía bastante apetecible. Emily colocó sus dos piezas sobre la piedra, al lado de la hogaza de pan, y le hizo una señal que indicaba que eran para él.

—Bizcocho y croissant —señaló ambos dulces.

—¿Biz-co...? —preguntó él, centrándose en el primero de los dos.

—Es para Shildii —siguió Emily sin que Ada pudiera traducir nada.

—¿Es esto *thii yii*? —tradujo de vuelta algo de lo que dijo el joven kepleriano.

—Sí, es para Shildii —le señaló.

—Esto es para Emily —dijo Shildii, haciendo el mismo gesto.

Ella entornó los ojos de una manera similar a la que había observado en él cuando estaba complacido y recogió el pan mientras Shildii empezaba a dar buena cuenta del bizcocho. Parecía disfrutar mucho mientras lo comía, se le escapó algún suave sonido de placer. Además, había aprendido la lección y esta vez no se manchó las manos al cogerlo.

Cuando acabó el bizcocho reparó en que Emily no había probado el trozo de pan. Solo se había dedicado a examinarlo y comprobar su forma y peso. El joven se llevó su mano a la boca y después hizo lo mismo en el estómago.

—¿Emily *thiivaak* no *jobb*? —preguntó.

Emily interpretó que le estaba preguntando por qué no se comía el pan, así que le mostró unas imágenes a través de su terminal para explicarle que los humanos solo podían comer desde dentro del traje. Apoyó las imágenes golpeando su pan contra el casco del traje y encogiéndose de hombros. Shildii se quedó un tanto decepcionado, pero pareció entenderlo. Además, se le olvidó el problema en cuanto vio el croissant encima de la piedra.

—El croissant también es para Shildii —dijo ella.

—¿Cro-iss-ant? —repitió el kepleriano con dificultad.

—Sí, croissant.

De nuevo lo cogió con cuidado para no mancharse con algún tipo de crema. Lo miró y lo olió con detenimiento. Tras pasar algún tipo de prueba de aceptación, le dio un mordisco. Sus ojos mostraron a Emily que, a pesar de ser de su agrado, no había llegado al nivel del bizcocho.

«Anotado», pensó Emily.

—¿Bizcocho o croissant? —preguntó.

—Yo *wuch* biz-co-cho *wod* —respondió él.

Emily le hizo el gesto de entrelazar sus dedos como señal de entendimiento entre ambos y el joven kepleriano pareció apoyarlo por completo y volvió a repetirlo mientras entrecerraba los ojos con entusiasmo.

«Vamos a empezar nuestro aprendizaje de hoy con algunas cosas sencillas», pensó Emily, «veamos cómo te defiendes con los colores»

Emily mostró diferentes colores, uno detrás de otro a través de su terminal.

—*Pashy, laab, azeii, wik, g'rii, nou, thatmi* —dijo contento Shildii mientras enumeraba los colores que iba viendo.

Llegó un momento en el que el kepleriano no distinguía entre diferentes tonalidades, así que solía repetir los mismos colores, algo habitual también en individuos humanos. Pero desde luego, demostró que eran capaces de diferenciar los colores primarios. A Emily le quedó la duda de si podrían ver otras longitudes de onda más allá de las que ve el ser humano, como los infrarrojos o los ultravioletas, pero el terminal del traje no estaba preparado para emitir colores en el espectro no visible para el ojo humano.

«Vamos a necesitar conocer otras palabras que nos aporten más información, adjetivos, pronombres, preposiciones, adverbios...».

Emily mostró una piedra en la terminal.

—Piedra —dijo Shildii, pero puso una expresión un tanto extraña, consciente de que ya había respondido a esa pregunta hacía un par de días.

Sin embargo, Emily le mostró enseguida la misma piedra repetida cientos de veces.

—*Lamrishy* piedras —dijo con dudas.

Acto seguido, Emily mostró una infografía con un modelo en tres dimensiones de un kepleriano.

—Kepleriano —dijo Shildii, esta vez sin dudar.

En la infografía apareció un árbol, mucho más alto que el kepleriano.

—Árbol —dijo.

Después apareció otro árbol, mucho más grande que el anterior y que hizo que el kepleriano pareciera diminuto. Su expresión cambió cuando empezó a entender la naturaleza del juego.

—*Wod chaz* árbol —respondió.

Emily repitió el ejercicio, pero esta vez el árbol era más pequeño.

—*Ghak* árbol —dijo sin dudar.

Volvió a hacer lo mismo, pero esta vez alejó el árbol del kepleriano.

—Árbol está *jaw chii* —dijo.

Shildii sonrió al ver que había acertado y que la siguiente prueba consistía en acercar el árbol:

—Árbol está *thaakhi* —entrelazó los dedos—. Gustar *khoshy* —añadió al final.

Ahora Emily le mostró una gran roca, pero Shildii pareció esperar a que apareciera algo más:

—Roca —respondió.

Volvió a aparecer el kepleriano virtual, pero esta vez estaba encima de la roca.

—Kepleriano *ghij* roca —dijo. Y cuando la roca pasó a estar sobre el kepleriano, añadió: —Kepleriano *tab* roca.

Poco a poco y con sencillos ejercicios similares, Emily fue aprendiendo las palabras que los keplerianos utilizaban para referirse a conceptos menos tangibles. Lo cierto es que estaba siendo una mañana de lo más productiva. Cuando ya tuvo suficiente cantidad de palabras, decidió cambiar de materia. Le mostró a Shildii un círculo negro sobre fondo blanco.

—*Laazaav* —respondió.

Después vino un triángulo.

—*Laash* —dijo.

«Estupendo, conocen la geometría», pensó Emily. «Esto se pone interesante».

Tras definir diferentes formas geométricas sencillas, probó a mostrarle un escrito. En la imagen del terminal podía verse unas palabras que se iban escribiendo poco a poco, como en una clase de escritura para niños pequeños.

—Eso es *fid* —dudó.

—¿Shildii sabe escribir? —preguntó Emily.

—Sí —dijo Shildii—. Pero no *jaa* eso.

Emily supuso que se refería a que sus grafías no se parecían en nada a la escritura humana que estaban viendo, pero parecía que los keplerianos conocían la escritura. Emily escribió un par de palabras con su propio dedo en el visor holográfico del terminal e instó a Shildii a hacer lo mismo en su idioma:

—¿Puede Shildii mostrar a Emily? —dijo.

El muchacho dudó un momento, pero se levantó del suelo y se acercó a ella. Nunca hasta ahora habían estado tan cerca el uno del otro. Sin darse cuenta, el joven kepleriano se había sentado junto a su brazo y ya manipulaba el terminal con sus dedos. Emily pudo sentir su respiración, cómo su torso aumentaba y disminuía de volumen en un continuo bucle.

«Tienen pulmones, o algo similar a lo que tenemos nosotros para respirar», pensó fascinada.

Al ver que cuando él interactuaba con el terminal holográfico pasaban cosas, Shildii soltó un sonido de sorpresa y satisfacción. Le gustaba. Y no le costó mucho acostumbrarse a la interfaz, no se diferenciaba mucho de un niño humano a ese respecto. En poco tiempo estaba escribiendo algo en su lengua. Quedaba claro que, a pesar de que los sonidos que emitía eran reproducibles y audibles por los humanos, las grafías de su lenguaje eran muy diferentes. Por norma general tenían formas mucho más rectas, como si las hiciera únicamente con trazos que se entrecruzaban. Recordaban algo a los *kanjis* o caracteres japoneses, pero eran bastante más sencillos y no representaban conceptos, sino sonidos. Estaba convencida de que tenían un alfabeto propio.

«Que los keplerianos conozcan la escritura es muy importante, desde luego, pero que una persona sencilla, como parece ser Shildii, la conozca, es una clara señal de que en su sociedad la educación es una parte fundamental», pensó. «Indica que cualquiera puede tener acceso a ella, incluso los más desfavorecidos».

Shildii invirtió un buen rato más en la escritura, pero después cayó en la cuenta de lo cerca que estaba de Emily y dio un pequeño respingo. Lejos de volver a su sitio, comenzó a observar el exotraje. Palpó el brazo con las yemas de sus dedos, sus afiladas garras emitieron el característico sonido al chocar contra el metal. Luego reparó en el torso, en las piernas y por último en el casco. Miró a través de la abertura del casco, con curiosidad. Emily mantuvo la compostura, pero aquello era tan emocionante que su corazón parecía que iba a salirse del pecho.

—¿Va todo bien, Emily? —preguntó la soldado Ferrara por radio.

—Sí, todo bien —susurró. Supuso que, al igual que el otro día, no habían perdido de vista a Shildii desde que llegó al claro de la base.

Emily pudo observarle también a él mientras ambos se miraban a los ojos. Cuando su curiosidad fue satisfecha, el kepleriano se levantó del suelo y pasó por detrás de Emily, que seguía sentada. Estaba observando con gran interés cada uno de los pequeños detalles del traje.

—Daría un montón de dinero por saber qué piensas ahora mismo —murmuró Emily.

Al cabo de un rato, pareció perder el interés y se volvió a sentar en el mismo sitio. Esperaba a que su particular sesión de juegos continuara. Emily complació las ansias de Shildii y comenzaron una nueva ronda. Esta vez trabajaron posesivos, pronombres y adverbios. Fue bastante arduo, pero pudo extraer información de utilidad para el particular diccionario de palabras keplerianas.

«Veamos cómo es una familia kepleriana», decidió Emily cuando ya tuvo suficiente.

Para ello preparó unas infografías con personajes humanos. Todavía no sabían si los keplerianos tenían dos sexos como los humanos, ni mucho menos cómo eran sus ciclos reproductivos. Así que Emily creyó que la mejor manera de poder encontrar las palabras que denotaban los parentescos sería mediante imágenes del ser humano.

Así pues, Emily le mostró a Shildii fotografías de hombres acompañando a mujeres, luego mujeres embarazadas, y también bebés y niños. No entró en detalles sobre la reproducción; en la Tierra, ese tema fue tabú en muchas sociedades durante muchísimo tiempo, y lo último que quería era que Shildii saliera corriendo como la última vez.

Se sorprendió al comprobar que el joven pareció entender a la perfección de qué trataba este nuevo juego.

—¡Shaz! —exclamó con los ojos entrecerrados cuando Emily le señaló al padre de un bebé —. ¡Wij! —dijo cuando señaló a la madre.

«Genial, tienen muchas similitudes con nuestras estructuras sociales», pensó Emily para sus adentros. «Supongo que eso facilitará un montón el entendimiento y empatía mutuos».

Gracias a este ejercicio, Emily obtuvo la mayoría de los sustantivos relativos a los lazos familiares. Pero entonces algo cambió en la expresión de Shildii, que señaló el sol con cierta pena. Lo cierto es que se les había pasado casi toda la mañana y el sol se encontraba en el punto más álgido de su órbita.

—Yo *zaan* que volver —dijo.

Se tenía que marchar. Emily supuso que o bien le esperaban para comer, o bien no debía estar allí y se había escapado de sus quehaceres.

«Espero que no te busques ningún problema», pensó Emily. «Pero me resulta muy agradable hablar contigo».

La única pega era que no sabía cómo preguntarle si iba a volver. Así que lo intentó con otras palabras.

—¿Shildii quiere jugar con Emily cuando el sol esté allí? —preguntó Emily, señalando la posición de la estrella por las mañanas.

—Sí —respondió Shildii con la alegría habitual de sus ojos y haciendo el gesto con sus manos.

—¡Adiós! —se despidió Emily.

—¡*Shyaap*! —dijo él.

Emily observó cómo se alejaba mientras repasaba todo lo que habían avanzado esa mañana. Estaba muy contenta, no solo habían conseguido ampliar muchísimo el diccionario de Ada sino que, además, sabía que mañana volvería. Vio cómo Ferrara se levantaba de su escondrijo en la azotea del edificio principal.

—Parece que ha ido mejor que el otro día, ¿no? —preguntó.

—La verdad es que sí —respondió sonriente—. Estoy muy contenta, y además ha dicho que va a volver mañana.

Todos los que estaban fuera de la base decidieron hacer una pausa para comer. Pero justo antes de entrar dentro del edificio, Emily recordó el pan grisáceo que Shildii le había dejado en la piedra y volvió a por él. Recordó el protocolo de introducción de agentes externos en la base que Chad le había recordado hacía unos días.

—Me temo que vas a tener que vestirme un momento y salir a empaquetar una muestra para analizar —le pidió Emily.

—¿De qué se trata? —preguntó el biólogo.

—De una especie de hogaza de pan grisáceo —anunció Emily—. Y he de admitir que aparte del color extraño, no tiene mala pinta.

—Bien, ahora salgo —dijo Chad—. De hecho, me gustaría hablar contigo más tarde, hemos hecho algunos avances.

Tras una pausa para comer, Emily se acercó al laboratorio donde, como de costumbre, se encontraban Taro y Chad, que pasaban casi todo el día allí recluidos y solo lo abandonaban para hacer pequeñas excursiones y encontrar nuevas especies animales y minerales.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó.

—Que la molécula alienígena es simple y llanamente lo más fascinante que hemos visto nunca —dijo Taro.

—De hecho —añadió Chad—, resulta que no hay solo un tipo de molécula. Hemos aislado ya al menos cuatro tipos diferentes. Y aunque todavía es pronto para sacar conclusiones, cada una de ellas parece tener más de un propósito.

—¿Distintos propósitos?

—Sí, parecen auténticas navajas suizas moleculares —dijo Chad—. Hemos probado a exponerlas a diferentes compuestos y pequeños organismos, y ha provocado algún tipo de cambio o reacción en casi todos ellos.

—Supongo que eso no es normal —dijo ella.

—No, no lo es —dijo Taro—. Pero esa no es la parte más extraña.

—Ah, ¿no?

—No —dijo Chad—. Lo que de verdad nos asusta es que las propias moléculas son capaces de controlar e incluso detener por completo esos cambios sin que se provoque la destrucción de las células. Nunca había visto nada parecido.

—¿Significa eso que son peligrosa?

—No estamos seguros —reconoció Chad con cara de preocupación—. Pero de alguna

manera parecen favorecer la mutación celular.

—Eso suena a peligroso.

—Sí, sin control lo sería, pero estas moléculas son capaces de detener esos cambios antes de que ocurra algo peligroso de verdad. Seguiremos trabajando en ellas, pero de momento, yo no pensaría en quitarme el traje fuera de la base.

16

La niebla

1 de septiembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

—Rakesh, ¿te gustaría acompañarme esta mañana y conocer al kepleriano? —le preguntó Emily al antropólogo durante el desayuno.

—Por supuesto —respondió él, encantado—, será un placer acompañarte. He revisado varias veces las imágenes de los encuentros con esa criatura, Sil... ¿cómo se llamaba?

—Shildii.

—Eso, Shildii. Me hace mucha ilusión tener la oportunidad de conocerlo.

—Creo que puede ser interesante que tenga contacto con alguien más de entre nosotros, aunque apenas nos distinga a través de los trajes. Además, así podrá comprobar las diferencias que hay entre hombres y mujeres y que dentro de la especie humana hay mucha diversidad étnica.

—Lo cierto es que la mera idea de conocer a un alienígena hace que se me ponga la piel de gallina, mira —le mostró el vello de su brazo.

—Lo imagino —afirmó Emily—, yo todavía no acabo de ser consciente de lo que esto supone.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó él.

—Mentiría si te dijera que me he preparado algo los encuentros —confesó ella—. Lo cierto es que voy improvisando según la situación. Si se te ocurre algún tema de conversación, bienvenido sea.

—No, aunque los protocolos indican que deberíamos intentar contactar con los líderes de las comunidades alienígenas —apuntó él.

—Así es —confirmó ella—. Espero que Shildii pueda ayudarnos de alguna manera con eso.

—Pero antes, entiendo que debemos mejorar nuestro diccionario kepleriano.

—Esa es la idea, y él es muy importante para lograrlo —dijo—, lo que me recuerda que tengo que preparar algo para que coma, imagino que estará a punto de llegar.

Como era de esperar, poco después Ada detectó movimiento en el exterior. Al cabo de unos minutos, Shildii apareció entre la vegetación siguiendo el mismo camino que había trazado los días anteriores. Esta vez era Emily la que le esperaba sentada y, además, no estaba sola.

Shildii se aproximó distraído, pero cuando vio la segunda figura se detuvo en seco. Dudó unos instantes, pero al final se acercó a la piedra con cautela.

—Hola, Shildii —saludó Emily.

—Hola, Emily —respondió él con los ojos clavados en Rakesh.

—Este es Rakesh —presentó—. Rakesh, este es Shildii.

—Hola, Shildii —saludó el antropólogo con una leve inclinación de la cabeza.

Shildii pareció sorprenderse con la voz de Rakesh, quizá porque sonaba muy diferente a pesar de que ambos llevaban el mismo traje.

Emily mostró un par de imágenes de Emily y Rakesh sin el exotraje y, tras señalar a cada uno, repitió sus nombres. Shildii soltó un leve sonido que parecía de sorpresa.

—Vosotros muy *now* —dijo estudiando las fotografías, sorprendido.

Al parecer, no le preocupó mucho más, porque enseguida se fijó en que esa mañana Emily le había dejado dos trozos de bizcocho. Uno era el favorito de Emily, el de zanahoria, y el otro el que más le gustaba a Shildii, el de chocolate. Quería enseñarle que en la sociedad humana había diversidad en muchas facetas. El joven cogió el bizcocho de zanahoria y, tal y como había hecho otros días, lo olisqueó antes de probarlo.

El bizcocho de zanahoria pareció gustarle más que el croissant del día anterior, y así se lo hizo saber a Emily:

—Este muy rico *iw* —dijo con los ojos entrecerrados mientras daba buena cuenta de él.

—Emily está contenta —respondió ella.

Pero su expresión de placer cuando se comía el bizcocho de chocolate no tenía comparación. A Emily le fascinaba la manera de comer de Shildii, parecía disfrutar muchísimo con la comida.

«Espero no estar empezando a malcriarlo —pensó—. Supongo que en algún lugar habrá unos padres keplerianos que se estarán extrañando porque su hijo no se come el brócoli del almuerzo».

Cuando acabó con el segundo pedazo de bizcocho, pareció sentirse tan bien que hasta se le escapó un eructo. El sonido que provocó fue tan gracioso que los tres comenzaron a reír. Era la primera vez que Emily lo veía reír a carcajada limpia, y lo cierto es que su risa no era muy distinta de la humana.

—Rakesh es un amigo humano —le explicó Emily cuando se calmaron.

—Ra-kesh amigo —repitió Shildii, conforme con la presentación.

—¿Tiene Shildii amigos? —preguntó Rakesh.

—Sí, Shildii tener muchos amigos en *fihtiw* —respondió.

—¿Y familia? —preguntó Emily.

—Sí, padre, madre y dos hermanos *shyish*.

—¿Cuántos keplerianos viven en *fihtiw*? —preguntó Emily.

—Shildii no sabe —respondió—. Shildii no conocer a todos. *Wuw* son muchos.

—¿Hay algún padre de todos? —preguntó Rakesh, refiriéndose a sus líderes.

Shildii pareció no entender muy bien la pregunta, así que Emily decidió mostrarle una imagen de una antigua coronación de un rey de la Tierra. Al verla, su expresión cambió ligeramente.

—¿Hablas de los *chach*? —preguntó Shildii.

—¿Tienen los *chach* algo en la cabeza? ¿O quizá lleven un palo largo?

—Sí, llevan un palo largo. Y son viejos.

—¿Podríamos entendernos con los *chach*? —siguió Emily mientras hacía el gesto de entrelazar sus dedos.

—Shildii no sabe. —Se encogió de hombros—. Pero Shildii puede llevaros a *fiihtiw*.

Emily y Rakesh se miraron. Sabían lo que eso significaba y no podían tomar esa decisión a la ligera, tenían que planificarlo bien o correrían un grave peligro al adentrarse solos en el poblado kepleriano. Además, presentarse sin más en un poblado alienígena podría desatar el caos entre los propios habitantes del planeta.

—Emily y Rakesh tienen que pensar en ello —dijo Emily por fin—. Puede que, en el siguiente sol, Shildii enseñe *fiihtiw* a ellos.

Al joven le encantó la idea de poder enseñarles su poblado, hasta tal punto que pasó un largo rato hablando sin parar, como si se le ocurrieran muchas ideas a la vez sobre a dónde ir o qué enseñarles. Pero, por desgracia, no entendieron ni la mitad de lo que decía, ya que muchas palabras o eran nombres propios o no habían tenido todavía la oportunidad de mencionarlas en alguno de los juegos didácticos con los que aprendían nuevo vocabulario.

—¿Como se llama tu *fiihtiw*? —preguntó Emily con la esperanza de que aquella palabra no fuera un nombre propio

—*Wiikhaadiiz ofiz* —respondió Shildii con orgullo.

Aprender todas las palabras posibles que les pudieran ser de utilidad si al final decidían adentrarse en el poblado de Shildii fue el objetivo de las siguientes horas. No fue una tarea sencilla, desde luego. Conceptos como paz, tranquilidad o peligro no eran tan simples como los que habían aprendido hasta ese momento. Pero poco a poco fueron encontrando la manera de entenderse y de conseguir vocabulario suficiente para un posible encuentro diplomático entre diferentes civilizaciones.

Como el día anterior, Shildii se marchó al mediodía. Se despidió con alegría de ambos y acordaron verse al día siguiente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Rakesh cuando Shildii se alejó.

—Si a ti te parece bien, quiero conocer a los líderes keplerianos.

—No te puedo enseñar cómo tengo ahora mismo la piel del brazo, pero esto es increíble. Es un sueño hecho realidad. Gracias por dejarme vivirlo junto a vosotros.

—Estamos todos en el mismo barco, Rakesh. No es necesario que me agradezcas nada.

Ambos volvieron de nuevo a la entrada de la base donde esperaban los militares, como de costumbre.

—¿Has escuchado? —le preguntó Emily a Robert.

—Sí, y creo que tenemos mucho que organizar.

—Empezaremos después de comer —dijo Emily—. Ver comer a Shildii me ha dado mucha hambre.

—¿Cómo va el mapa del lenguaje kepleriano? —preguntó Rakesh mientras se sentaba en una de las sillas de la sala—. ¿Nos permitiría defendernos en un encuentro diplomático?

—Tenemos unas setecientas palabras —respondió Ada—. Aunque no es suficiente para una comprensión muy profunda, creo que podréis mantener conversaciones sencillas sin problemas.

—Si escucharas conversaciones entre ellos ¿serías capaz de extraer por contexto el significado de las palabras? —preguntó el doctor.

—En teoría sí, pero necesitaría oír las mismas palabras en diferentes conversaciones y contextos para poder inferir su significado —explicó la IA—. El kepleriano no parece un lenguaje muy complejo. La sintaxis, salvando las distancias, parece bastante similar a las de un lenguaje humano, así que no creo que nos cueste demasiado tiempo llegar a dominarlo. Otra forma de agilizar el aprendizaje sería a través de la lectura, si alguien me enseñara a leer el lenguaje kepleriano, claro está.

—No te preocupes, Rakesh, creo que nos irá bien con el idioma —zanjó Emily—. Lo que de verdad tenemos que debatir aquí es cómo vamos a garantizar nuestra propia seguridad.

—Desde luego —afirmó el antropólogo.

—Nosotros cruzaremos el río detrás de vosotros —anunció Robert—. Intentaremos seguir vuestros pasos a una distancia prudencial y teneros monitorizados en todo momento. Dudo mucho que dispongan de tecnología suficiente como para inhibir nuestras comunicaciones, así que no creo que tengamos problemas para poder hacerlo.

—Pero, si vosotros venís detrás ¿Quién se encargará de mantener la base segura? —preguntó Emily.

—Buen punto —concedió él—. Le he pedido al comandante que nos envíe refuerzos que vigilen la base mientras nosotros estemos fuera.

—Estupendo.

—¿Y cómo sabréis si las cosas se ponen feas? —preguntó Rakesh, algo nervioso.

—Aparte de que veremos todo lo que estéis viendo desde vuestros trajes, Ada monitoriza los sensores en tiempo real —respondió el teniente Beaufort—. Sabremos en todo momento lo que pasa a vuestro alrededor.

—Estaremos atentos también desde aquí arriba —oyeron decir al subdirector, que había insistido en estar presente en la reunión desde la estación espacial.

—Una vez crucemos esta zona de aquí —Emily señaló uno de los claros por los que pasó la otra vez—, perderéis la visión por satélite.

—Eso suponiendo que no salga el día nublado —apuntó el subdirector—. Todavía no disponemos de modelos meteorológicos válidos, pero puede que mañana haya nubes.

—Cierto —reconoció Emily.

—Llevaremos los drones por si acaso, aunque no los utilizaremos si no es estrictamente necesario. No queremos asustar a los keplerianos del poblado.

—¿Qué piensas que os encontrareis allí, Emily? —preguntó el subdirector.

—No lo sé, todavía sabemos muy poco de ellos —respondió—. Salvo que el poblado es lo suficientemente grande como para que Shildii no conozca a todo el mundo, que tienen estructuras familiares similares a las nuestras y también alguna especie de líder o grupo de líderes que parecen tener algún poder o responsabilidad sobre el resto.

—Tendremos que ir con mucho cuidado —observó Rakesh—. Esta mañana he visto de cerca las garras tan afiladas que tiene el joven kepleriano. Como las de sus congéneres sean la mitad de amenazadoras, no creo que los trajes aguanten una buena embestida.

—Estos trajes son de una aleación especial muy resistente, pueden aguantar bastante más de lo que cree, doctor Kumar —lo tranquilizó el teniente—. Aun así, esperemos que no sea necesario llegar a ese extremo.

—No, yo tampoco lo creo —respondió—. Por norma general, al menos en la Tierra, los pueblos agricultores siempre han tenido una tendencia al pacifismo mucho más pronunciada que los pueblos nómadas. Pero, aunque Shildii parece un kepleriano muy tranquilo, no he podido evitar fijarme en esas enormes garras y pensar en por qué la evolución les ha hecho desarrollarlas.

—Estaremos bien —insistió Emily—. Vamos con uno de ellos.

—¿Confías en él? —preguntó el subdirector.

—Sí —dijo—, pero me temo que es tan solo un adolescente, no puedo opinar del resto de sus congéneres. Esperemos que reciban igual de bien a los forasteros.

—¿Habéis pensado en llevar armas? —preguntó el subdirector.

—Sí, lo he pensado, David —reconoció Emily—. Pero no creo que sea lo más adecuado. Podríamos hacer que se sientan amenazados y echarlo todo a perder. Además, en una situación de peligro extremo, rodeados de cientos de keplerianos, dudo mucho que un par de armas de fuego nos saquen del apuro.

—Sobre todo teniendo en cuenta que yo no he utilizado un arma en mi vida —añadió Rakesh—. Lo más seguro es que acabara disparándome en un pie.

—Lo ideal para estos casos sería llevar algún dron de combate —dijo Robert—. Pero no disponemos de ninguno.

—Me parece que estamos siendo muy precavidos con este tema —intervino Emily—. No creo que pase nada. Es más que probable que sean un pueblo pacífico y tranquilo, al menos Shildii me transmite bastante calma.

—Y la primera vez que te vio salió huyendo despavorido —le recordó Rakesh—. El hecho de que no buscara la confrontación cuando se enfrentó a lo desconocido es una buena señal.

—De cualquier manera, debemos ser cautos, sobre todo si podemos causar temor o desconfianza en los keplerianos —observó Robert—. Una criatura asustada puede llegar a ser muy peligrosa si se ve acorralada o amenazada. Y el hecho de que haya cientos o miles como Shildii es algo a tener en cuenta.

—Quizá debamos evitar en la medida de lo posible pasar por zonas muy transitadas —propuso Emily al ver la preocupación de Robert.

—Sería una buena medida, desde luego.

—¿Y por qué no intentamos organizar una reunión con sus líderes en un lugar intermedio? —preguntó el subdirector—. Tampoco creo que sea buena idea mostrarnos en público a las primeras... —La señal del subdirector se perdió unos segundos— y provocar el pánico entre... —El video comenzó a parpadear— buena idea... —Tras varios cortes, tanto la imagen como el audio acabaron por perderse por completo.

—¿Subdirector? —llamó Emily.

No hubo respuesta desde la estación espacial. La imagen se había quedado congelada y una señal roja intermitente parpadeaba en una de las esquinas.

—Ada, ¿qué está pasando?

—No puedo conectar con la estación. Estamos sin conexión.

—¿Sin conexión? —preguntó el doctor Kumar—. ¿Cómo puede estar Ada sin conexión?

—El núcleo principal de Ada se encuentra en el arca —explicó Emily—. Lo que estamos

oyendo ahora es una copia reducida de Ada que se ejecuta en la computadora principal de la base.

—¿Hay dos Adas? —preguntó, sorprendido.

—Hay muchas más que dos —sonrió Emily—. En nuestros trajes, en algunas naves, y por supuesto en el arca. Todas ellas se comunican entre sí para poder compartir información y tomar decisiones.

—¿Toman las decisiones entre todas?

—Por lo general lo hace la versión principal que está en el arca, ya que es la que recopila la información del resto y está más capacitada para ello —explicó—. Cuando no pueden comunicarse entre ellas es cuando las copias toman el control, como ahora.

—Creo que lo entiendo —dijo Rakesh satisfecho.

—Ada, ¿qué ha ocurrido?

—No estoy segura —respondió—. He perdido la conexión con el arca sin previo aviso. Lo único extraño que veo es que en el exterior todo está cubierto por una densa niebla.

—¿Niebla? —preguntó Robert—. ¿Puede una niebla interferir en las comunicaciones?

—No debería, al menos no era habitual en la Tierra —comentó Emily, extrañada—. Pero desconocemos cómo son los fenómenos atmosféricos de este planeta y quizá la niebla sea lo suficientemente densa como para hacerlo.

—¿Y no podemos hacer nada? —preguntó Robert.

—Le pediremos a Paula que revise la antena —pensó Emily en voz alta—. Es posible que se pueda regular la potencia del láser para que la señal sea más potente.

Justo en ese momento Paula apareció en la sala del laboratorio.

—Perdonad —dijo—, pero creo que nos hemos quedado sin conexión. Algo le pasa al transmisor.

—Sí, Ada dice que puede ser debido a la niebla.

—¿Niebla? —preguntó ella extrañada—. Nunca antes había oído que un equipo como el que tenemos aquí dejara de funcionar por la niebla.

—¿No afecta a las comunicaciones?

—Sí, sí que puede —sonrió Paula—. He dicho que nunca había oído que afectara, pero en la Tierra. Habiendo vivido una tormenta eléctrica como la de hace unos días, me hago cargo de que este planeta tiene fenómenos atmosféricos muy extremos.

—¿Puedes arreglarlo? —preguntó Emily.

—Espero que sí. Si es por la niebla, aumentar la potencia podría ser suficiente. Aunque consumiremos más electricidad.

—Bien, compruébalo —ordenó—. Si lo consigues, veremos si Ada puede gestionarlo sola en el futuro.

—Perfecto —respondió Paula antes de abandonar la sala.

—Ada, muéstranos las imágenes de las cámaras exteriores de la base —pidió Emily.

La IA mostró en pantalla lo que le pedía. Solo vieron la absoluta y total nada. Todas las imágenes eran de un gris oscuro muy denso. No se veía nada que no fuera niebla.

—¡Vaya! —exclamó Robert—. Eso sí que parece una niebla cerrada.

—La humedad relativa en el exterior está disparada —comprobó Emily.

—Creo que merece la pena verlo. —Robert se levantó de su silla.

Los tres salieron de la sala y se pusieron los exotrajés. Cuando abrieron la puerta de salida tuvieron una sensación bastante angustiosa y extraña. Había tan poca luz que parecía de noche, y apenas sí veían el suelo que pisaban. Si se alejaban unos pocos pasos de allí, correrían el riesgo de perderse.

Junto a la puerta, bien pegados a la pared de la base, estaban Kostas, la sargento Cameron y la soldado Ferrara, todavía asombrados por aquel curioso fenómeno meteorológico.

—No os vayáis lejos —les advirtió Ferrara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emily—. Esto no parece muy normal.

—Ha sido de repente —explicó Kostas—. En menos de cinco minutos he perdido la visión casi por completo. Por suerte, hemos podido llegar hasta la pared de la base, porque quedarte ahí fuera no parece agradable.

—Da miedo —confirmó Rakesh.

—Y, además, afecta a las comunicaciones —advirtió el teniente.

—No puedo decir que me extrañe demasiado —dijo Kostas.

Contemplaron de nuevo la aterradora belleza que les brindaba el planeta. Era como estar contemplando el vacío. Incluso en la tranquilidad de la puerta, la sensación que provocaba mirar a cualquier lado y ver solo aquel manto gris oscuro era sin duda lo más angustioso que Emily recordaba haber sentido nunca.

—Será mejor que entremos —propuso al cabo de un par de minutos—. Parece que esto va para largo.

—¿Y qué vamos a hacer mañana si la niebla no se disipa?, ¿o si Paula no es capaz de arreglar las comunicaciones? —preguntó Rakesh.

—Si la niebla persiste, dudo mucho que podamos movernos de aquí —razonó Emily—. Espero que Paula sea capaz de recuperar las comunicaciones pero si sigue igual, me temo que tendremos que posponer nuestra pequeña excursión.

17

Diplomacia

2 de septiembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily se despertó esa mañana con más sueño del habitual. Por más que lo intentó, no pudo dejar de pensar en su pequeña excursión hasta el poblado kepleriano. Rakesh y ella iban a ser los primeros seres humanos en visitar una población alienígena. Estaba nerviosa, demasiadas cosas podían salir mal y tenían tan poca información sobre los keplerianos que empezaba a pensar si de verdad todo aquello había sido una buena idea.

Se dirigió al baño mientras el resto de sus compañeros se desperezaba. La noche anterior había bebido demasiada agua y la urgencia apremiaba. Luego se ocupó del resto de cuestiones.

—Buenos días, Ada, ¿tenemos conectividad con la estación espacial? —preguntó.

—Sí, Emily. Estamos conectadas.

—Menos mal —suspiró.

Paula le había dicho poco antes de irse a la cama que para poder aumentar la potencia de la antena tendría que encaramarse a la azotea de la base y manipular el emisor láser. Parecía que no estaba todo dispuesto para que Ada pudiera modificar la potencia en función de las condiciones externas. Pero teniendo en cuenta la visibilidad y que la noche estaba ya cerca, Emily le había dicho que lo hiciera solo cuando se disipara la niebla. Y, por suerte, parecía que esa mañana no quedaba ni rastro de ella.

Tras ducharse y tomar un desayuno bastante completo por lo que pudiera pasar, ya solo quedaba sentarse a esperar a que Shildii apareciera. Aprovechó el rato para hablar con el subdirector y concluir la conversación que había quedado a medias. Pero lo cierto es que no había mucho más que añadir. Emily intentaría que los keplerianos se reunieran con ellos en algún lugar apartado del poblado. Robert lo había dispuesto todo y el reemplazo debía de estar ya de camino.

—Hoy te toca a ti tener mucho cuidado —le dijo Robert cuando se cruzaron en uno de los distribuidores.

—Lo tendremos —respondió Emily, aunque no parecía demasiado segura de ello.

—De cualquier manera, estaremos pendientes de todo lo que ocurra —la tranquilizó él—. No os pasará nada.

—Gracias. Me siento mucho mejor sabiendo que vas a estar a solo unos pocos metros de donde estemos.

—Preferiría que pudiéramos ir todos juntos, pero entiendo los motivos por los que no debemos hacer tal cosa.

—Todo va a salir bien —afirmó Emily—. Es solo una misión diplomática.

—Quizá sea eso lo que me pone más nervioso.

—Vaya —sonrió Emily—, al soldado le dan miedo la diplomacia y los políticos.

—Digamos que nunca me he fiado de ellos —confesó.

—Estoy segura de que son un pueblo tranquilo.

—Si han convivido a escasos kilómetros de los Yokai tendrán que tener defensas —razonó él—. Y si las tienen, habrá que tener mucho cuidado de que no se sientan amenazados.

El transporte con el pequeño grupo de soldados que iba a ayudar en las tareas de vigilancia de la base llegó a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana. Allí fuera estaban ya todos preparados para partir. Solo faltaba Shildii, que todavía no había hecho acto de presencia. Al frente del grupo venía el sargento Reynolds, uno de los experimentados militares que había acompañado al capitán Garth en sus misiones de comando en la Tierra. Era un hombre tosco, con cara de pocos amigos y un abundante número de tatuajes en sus extremidades. Parecía estar hecho a imagen y semejanza de Garth, se notaba que había crecido bajo su tutela.

El sargento, junto con otros nueve soldados, se cuadraron frente al teniente Beaufort.

—Descansen —dijo Robert tras devolver el saludo—. Reynolds, usted y cuatro de sus soldados vendrán conmigo —ordenó a continuación—. El resto se quedará con la sargento Cameron en el campamento base.

—Disculpe, señor —interrumpió el sargento—, pero tengo órdenes del capitán de ser yo mismo el que vigile el campamento.

El teniente miró al sargento y sopesó las órdenes del capitán Garth.

—Muy bien —aceptó con resignación—. Elija a cuatro soldados. El resto vendrán conmigo.

—¿Alguna directriz adicional, señor? —preguntó el sargento.

—No, ninguna —dijo el teniente—. Estén atentos a la radio y al avance de la misión. Espero que no necesitemos apoyo aéreo, pero mantenga al piloto despierto y atento, por lo que pudiera pasar.

—Entendido, señor.

El sargento eligió a sus cuatro soldados y los otros cinco pasaron a estar bajo las órdenes directas del teniente Beaufort, que los organizó y les hizo un breve resumen de la naturaleza y los parámetros de la misión que estaban a punto de comenzar.

Unos minutos más tarde, Ada informó de que Shildii se estaba aproximando a la base. Como de costumbre, Emily se había acordado del bizcocho de chocolate para él. Pero a diferencia de otros días, esta vez había preparado muchas más porciones. No puede alguien presentarse en la casa de otra persona sin llevar algún tipo de presente, al menos así le había educado su abuela Karen.

Cuando Shildii llegó a su altura, Emily le ofreció un pedazo de bizcocho que por supuesto aceptó y celebró con unos gestos elocuentes.

—¿Emily y Rakesh venir con Shildii a poblado? —preguntó ansioso.

—Sí —respondió Emily—. Pero hay un problema.

—¿Problema? —preguntó sin entender.

—Shildii corrió rápido cuando vio a Emily hace siete soles —explicó Emily.

—Sí, yo *ghayi* un poco —reconoció Shildii avergonzado.

—Emily y Rakesh no queremos *ghayi* a poblado.

Shildii se quedó un rato pensativo. Había entendido el problema, pero no parecía tener una solución.

—¿Podrían los líderes del poblado venir a mitad de camino? —preguntó Rakesh, adelantándose a la respuesta del joven kepleriano.

—Shildii no sabe —respondió—. Madre de Shildii es *popfa* en casa de líderes. Shildii puede hablar con su madre.

—Eso estaría muy bien —se animó Emily.

Shildii sonrió a su manera y celebró el entendimiento al que acababan de llegar.

—Shildii os *chan* el camino —añadió con tono alegre.

Emily y Rakesh siguieron a Shildii para recorrer el camino de vuelta al poblado del joven kepleriano. Emily llevaba en la mano una caja embolsada con unos cuantos pedazos de bizcocho en su interior. Los militares seguían atentos todos sus movimientos:

—Robert —dijo Emily—, comenzamos a movernos.

—Recibido —respondió él—. Por aquí estamos listos para salir de paseo.

—Cortamos la comunicación hasta nuevo aviso —advirtió ella.

—Entendido. Buena suerte.

Shildii los guio por el serpenteante sendero entre maleza y vegetación por el que se había acercado a la base durante estos últimos días. Cuando llegaron a la zona con las enormes piedras rectangulares, Shildii recogió de la orilla un enorme tablón de madera de unos cinco metros de longitud.

«De modo que así es como ha conseguido cruzar el río —pensó Emily—. Muy inteligente».

Shildii colocó el tablón entre las dos primeras piedras y cruzó hasta la segunda. Una vez allí le hizo un gesto a Emily y Rakesh para que lo siguieran. Ambos dudaron un instante. La madera del tablón parecía muy sólida y pesada pero una cosa era que pasara un kepleriano joven, y otra que lo hicieran dos humanos embutidos en sendas armaduras metálicas.

—Ada, ¿cuánto pesamos con los trajes puestos? —preguntó Emily.

—Tú unos ciento quince kilogramos; el doctor Kumar unos ciento cuarenta —respondió Ada.

—¿Crees que el tablón aguantará?

—Basándome en el grosor del mismo, diría que sí —argumentó Ada—. Y teniendo en cuenta lo que costó cortar la rama de un árbol el día que pisasteis el planeta por primera vez, podría inferir que la madera de este planeta es más compacta y resistente que la de la Tierra. No creo que tengáis problemas. Aun así, os recomiendo que paséis de uno en uno.

Shildii seguía haciendo gestos para que cruzaran, sin ser consciente de que una inteligencia artificial estaba realizando las estimaciones pertinentes. Debió de pensar que no se atrevían a hacerlo, y no le faltaba razón. Emily pasó la primera. La dura madera del tablón apenas se dobló un par de centímetros. Algo más sufrió con el peso extra de Rakesh, pero nada que invitara a pensar que podrían acabar cayendo al agua.

Una vez que los tres estuvieron en el reducido espacio de la segunda piedra, Shildii agarró el extremo del tablón y lo arrastró hacia la tercera. Emily y Rakesh quedaron impresionados con el despliegue físico del joven; un tablón de esas dimensiones y dureza debía de ser muy pesado.

Una por una, fueron dejando atrás cada una de las piedras hasta que acabaron en el otro lado. Shildii escondió el tablón entre unos matorrales al cobijo de un gran árbol de enormes hojas

rojizas. Siguieron más o menos el mismo camino que Emily había realizado hacía algunos días, incluso pudieron ver a lo lejos la antigua casa de madera que descubrió días atrás.

—¿Es una casa kepleriana antigua, Shildii? —preguntó por curiosidad.

—Supongo, Shildii nunca ve a nadie por aquí —se encogió de hombros.

En pocos minutos estaban ya en el claro al lado del cual Emily se había topado con Shildii la primera vez. Decidieron que ese era el lugar más adecuado para tener un primer encuentro con los líderes keplerianos.

—Shildii —lo llamó Emily—. ¿Puedes hacer que los líderes vengan aquí?

—Sí, creo que sí —respondió sonriente—. Pero antes Shildii tiene que hablar con su madre —añadió no tan contento.

—Ten cuidado, Emily no quiere que Shildii tenga problemas.

—Sí —dijo él—. Emily y Rakesh esperan aquí a Shildii.

El joven se marchó corriendo y cruzó por la extraña avenida que formaban los árboles del bosque.

—Ya solo nos queda esperar —murmuró Rakesh.

—Robert —llamó Emily—, nos hemos detenido en el claro, a la espera de la comitiva kepleriana.

—Recibido —escuchó de vuelta por radio—. Tenemos visual. Nos situaremos a una distancia prudencial sin perder de vista la situación.

—De acuerdo, gracias. Corto las comunicaciones.

Habían pasado unos veinte minutos cuando Emily vio movimiento dentro del bosque. Dos figuras parecían avanzar tímidamente hacía el claro. Al verlos, la figura más alta se detuvo en seco. Con un gesto de su brazo evitó que la otra avanzara más. La figura de atrás era Shildii, por supuesto, y la de delante debía de ser su madre.

Era la primera hembra kepleriana que veían y la diferencia con los machos era más que evidente. Sin apenas protuberancias en el cráneo, su figura era mucho más esbelta y estilizada. Sus ojos parecían algo más pequeños y su cara era mucho más alargada y fina. Pero, sin duda, fueron los ropajes lo que más le llamaron la atención, ya que llevaba una especie de largo y desgastado mandil azulado que le llegaba casi hasta los tobillos, lo que supusieron que indicaba que se trataba de una familia trabajadora.

La expresión de la madre de Shildii denotaba mucha preocupación. Y por la actitud de su hijo, Emily supuso que, como cualquier madre o padre haría en esa situación, se habría alterado mucho al enterarse de que su retoño había establecido contacto con unos desconocidos visitantes. Pareció dirigirse a Shildii de un modo que a Emily le recordó a una regañina, lo que la hizo sentir muy mal. Le había cogido cariño al joven kepleriano. La madre de Shildii señaló en dirección al interior del bosque y, tras echar de nuevo un vistazo a Emily y Rakesh, ambos desaparecieron de la vista.

—Creo que Shildii se ha llevado una buena bronca de su madre —dijo Emily.

—Parece que tenían bastante prisa por alejarse de aquí. No sé si esto tiene buena pinta o se va a quedar en un castigo para Shildii por frecuentar malas compañías —añadió el doctor Kumar.

—Quizá hayan ido en busca de sus líderes.

—Sí, lo que me preocupa es que en vez de venir ellos, manden a su ejército, si es que lo

tienen —añadió Rakesh.

—Robert, ¿seguís ahí? —llamó Emily.

—Aquí estamos —respondió el teniente—. Seguimos en posición. Tenemos los drones cubriendo la zona y con buena visibilidad.

Emily miró hacia el cielo, pero no pudo ver ninguno de los drones hasta que Ada se los marcó mediante un recuadro en la pantalla del casco.

—Al menor problema, salid corriendo de ahí, nosotros os cubriremos —dijo Robert.

—Estemos tranquilos todos —pidió Emily, intentando templar los nervios—. Lo más seguro es que no ocurra nada y solo hayan ido a avisar a sus líderes.

La espera fue tensa y larga, pero al cabo de unos interminables minutos de dudas y angustia, volvieron a ver movimiento en el bosque. Esta vez había más keplerianos, una pequeña comitiva que asomaba entre los árboles. Algo adelantados llegaban lo que parecían ser varios soldados montados en unas bestias similares a las que descubrieron en el río la primera vez que pisaron el planeta. Pudo contar al menos cuatro enormes monturas peludas y de color azabache.

Detrás, a no demasiada distancia, otros dos animales tiraban de una enorme carroza de madera que estaba pintada y adornada con sencillez. Iba conducida por un kepleriano de elegante vestimenta y rostro indiferente. Por detrás de la carroza, un pequeño séquito de soldados de infantería acompañaba a buen trote al resto de la comitiva. Llevaban un uniforme de color verde con unos blasones en la parte delantera que Emily no pudo distinguir con detalle debido a que la gran cantidad de vegetación le dificultaba la visión. Portaban lanzas y algún tipo de arma afilada envainada en el cinturón. No pudo evitar pensar en *El caballero de la laguna*, la novela medieval que había traído consigo desde la Tierra y que era uno de sus libros favoritos de siempre. Si la comitiva era un reflejo de la sociedad kepleriana, esta recordaba bastante a la época medieval humana.

El pequeño grupo diplomático se detuvo al llegar a la zona en la que la avenida desembocaba en el claro donde se encontraban Emily y Rakesh. Los animales emitieron un estruendoso sonido de alivio cuando pararon. Momentos después, una de las puertas de la carroza se abrió de par en par. De ella salieron cinco keplerianos. La primera en salir fue una hembra vestida con lo que parecía un vestido ceremonial de color turquesa. Llevaba una especie de larga estola alrededor del cuello que le caía por ambos lados y llegaba más allá de la cintura. En su mano, un enorme báculo de madera tintada también de unos desgastados tonos azulados. Desde luego, tenía porte de líder, y aunque Emily no era capaz de discernir la edad de un kepleriano, las dificultades que presentó al descender del carro la hicieron pensar que era una anciana.

Detrás de ella bajaron otra hembra y dos machos, todos vestidos con elegantes túnicas, pero sin llegar al nivel de la aparente líder de la comitiva. Además, ninguno de ellos llevaba báculo. Sin duda alguna, ella era la líder del poblado de Shildii. Emily se sintió de repente muy nerviosa, tanto que su pierna comenzó a moverse con esa intranquilidad y nerviosismo que la invadían en los momentos importantes. Por último, tras los cuatro individuos, Emily pudo ver una cara familiar bajando del carruaje: Shildii.

—Robert —dijo Emily—. Shildii está con ellos, no creo que haya ningún problema. Parece una bienvenida formal.

—Entendido —respondió—. De todos modos, estaremos vigilantes. Nuestros drones seguirán en la zona para evitar emboscadas.

—De acuerdo, cierro comunicación.

Uno de los jinetes de la escolta, que había descendido del animal, parecía conversar de forma acalorada con la líder del grupo mientras hacía aspavientos en dirección a Emily y Rakesh. Esta pareció recriminarle algo y ordenó que se retirara con un gesto de su mano. La líder se dio la vuelta y pareció decirle algo a Shildii, que asintió encantado. Esa fue quizá la señal que más tranquilizó a Emily, ver a Shildii entrecerrar los ojos como tantas otras veces lo había visto hacer cuando se encontraba relajado y contento.

La supuesta líder agarró el brazo de Shildii y, junto con los otros tres keplerianos, comenzó a acercarse al lugar del claro donde aguardaban ellos. Ya no había duda de que era una anciana, el ritmo lento y la postura encorvada lo hacían más que evidente.

La comitiva alcanzó el claro y la anciana observó el cielo, como si evaluara el tiempo atmosférico. Esa mañana había alguna que otra nube, pero la estrella del planeta brillaba con su tenue luz anaranjada. El grupo recorrió la distancia que los separaba y se detuvo a unos cinco metros de la posición de Rakesh y Emily, que no se habían movido ni un palmo de su sitio.

—*Yirnu, khol* —dijo la líder, haciendo un gesto con la mano tras soltar el brazo de Shildii.

—Ellos no hablan bien —dijo Shildii al ver la pasividad de Emily—. Yo *yiiv* ellos, son *thaamfii*, pero ser pronto *oppi*.

La líder hizo un gesto de asentimiento.

—Hola, humanos —dijo, repitiendo el gesto con su mano.

—Hola, keplerianos —Emily imitó el saludo.

Estaba tan nerviosa que no se le ocurría nada más, aparte de imitar a su interlocutora, a la que desde la cercanía pudo observar mucho mejor. Las protuberancias de su cabeza eran más finas y sutiles que las de Shildii, algo que les permitía, sin duda, diferenciar entre hembras y machos. Numerosas arrugas recorrían la piel de su cara y denotaban el implacable paso del tiempo. Sus profundos ojos rebosaban sabiduría, y su mirada escrutadora sin duda había analizado bien la amenaza de los extranjeros que tenía plantados delante de ella. Parecía una líder respetada. La estola que llevaba en el cuello era de un vívido color azul y estaba decorada con unos glifos cosidos con un fino hilo de color dorado que le daba un aspecto noble. De su cuello también colgaba un medallón de piedra con una desgastada runa tallada en el centro. Pero lo que más llamó la atención a Emily fue el báculo que portaba en su mano derecha. De madera oscura, pero sin tallar, tenía forma de rama de árbol y un ligero y descolorido tono azulado. Tenía casi la altura de su portadora. La parte superior estaba adornada con unas toscas filigranas metálicas que, a modo de improvisada jaula, contenían una especie de huevo pintado de forma artesanal con motivos y paisajes keplerianos. Recordaba más a la vara mágica de un mago o druida de un relato fantástico que a un simple báculo de mando.

—Mi nombre es Khikhya, soy la líder del pueblo *Wiikhaadiiz ofiz* —dijo ella—. Shildii nos ha hablado *ghaa* vosotros.

—Sí, Shildii es un joven muy inteligente —respondió Emily—. Nosotros somos Rakesh y Emily, del pueblo humano —se presentó—. ¡Oh! Y hemos traído comida para Khikhya y sus acompañantes.

Emily sacó la caja de cartón de la bolsa de tela que llevaba consigo y se la ofreció a la líder. Al ver que ella no era capaz de recogerlo sin soltar el apoyo de su báculo, se la ofreció a Shildii.

—Es para ellos —le explicó Emily con una sonrisa cuando el joven kepleriano se acercó a recoger la caja.

Shildii la abrió y su cara se iluminó al encontrar una docena de pedazos de bizcocho, seis de zanahoria y otros tantos de chocolate. Aunque pronto se desilusionó un poco al comprender que en esta ocasión no eran para él.

—Esto es comida deliciosa, señora —le mostró el contenido.

En cuanto Shildii pronunció la palabra comida, la otra hembra del grupo se apresuró a acercarse a Khikhya y le susurró algo al oído. Gracias a la amplificación del traje, Emily pudo oír pero no entender lo que le había dicho. Ada tan solo pudo traducir las palabras comida y peligro.

La líder levantó la mano con cierta vehemencia y ordenó a su consejera que dejara de hablar. Khikhya extendió su brazo con el báculo y uno de los keplerianos que permanecían impávidos detrás de ella se apresuró a recogerse. Una vez liberadas ambas manos, la líder preguntó a Shildii:

—¿Cuál es el más delicioso?

—Este —respondió el joven, que señaló uno de los de chocolate.

—Muy bien. —Cogió con sumo cuidado dos pedazos de bizcocho—. Entrega *iki* a Shyilru.

Shildii se giró hacia el otro de los acompañantes y le entregó la caja con el resto de bizcochos. Tras hacerlo, Khikhya le dio uno de los dos pedazos a él. Shildii, sin hacer caso al decoro que exigía la situación, y a pesar de que ya se había comido un pedazo esa mañana, comenzó a devorarlo. Khikhya, en cambio, tomó una esquina con suma delicadeza. Sin embargo, eso no evitó que Emily percibiera una expresión de satisfacción en el rostro de la anciana, que abrió los ojos de manera sutil, pero evidente.

—Esto está delicioso —dijo al mirar a Emily mientras entrecerraba los ojos—. Comed uno —invitó a sus tres acompañantes.

Los dos varones de su séquito cogieron un pedazo sin dudar. Incluso la hembra, que parecía más reticente a probar la comida extranjera, acabó sucumbiendo a la tentación. Resultó una escena bastante cómica. Ver a cinco keplerianos disfrutar de la comida que ella les había obsequiado le hizo pensar que no podía haber empezado con mejor pie. Aunque uno de los acompañantes les dio un pequeño susto, ya que el ansia por probar el delicioso manjar le hizo atragantarse un poco. Por suerte, tardó solo un breve instante en recuperarse.

—Humanos han dado comida a keplerianos —dijo la líder cuando ya todos habían acabado su bizcocho—. En agradecimiento, Keplerianos entregar *wijiib thiipiar* a humanos.

El acompañante que sostenía el báculo de Khikhya, le entregó una especie de cuerda a su líder que recordaba mucho a las antiguas sogas artesanas de esparto que se manufacturaban en la Tierra. Estaba compuesta a su vez por otras tres cuerdas menores de tres colores diferentes: dorado, plateado y un azul turquesa del mismo tono que la sotana de Khikhya.

La anciana recogió la cuerda y se acercó a Emily. Le pasó la cuerda por encima del casco del exotraje y, tras realizar un sencillo nudo, unió los dos extremos en la parte delantera, quedando ambos colgando del cuello. Cuando acabó, Emily entrelazó los dedos de ambas manos para indicar que entendía lo que suponía ese gesto. Después hizo lo propio con Rakesh, que correspondió el gesto de la misma manera que Emily.

—Con estos *wijiib thiipiar* podréis entrar en nuestro poblado como invitados de los *Wiikhaadiiz ofiz* —dijo Khikhya, entrelazando sus manos—. Keplerianos quieren compartir *dii* y *jad* con humanos.

A pesar de no haber entendido las palabras clave de la frase, tanto Emily como Rakesh

devolvieron el gesto con educación.

—El pueblo humano está agradecido —le aseguró Emily.

—Los keplerianos nos sentimos honrados por ello —dijo la anciana—. Os enseñaremos el poblado ahora.

Los guardianes de la esperanza

2 de septiembre del año 0

Cerca del poblado kepleriano, Kepler-442b

Emily, Rakesh y Shildii declinaron con amabilidad la oferta de Khikhya de entrar en su carruaje para cubrir la distancia entre el claro y el poblado kepleriano y recorrieron el camino a pie mientras ella se adelantaba con su séquito. Pero esta vez, fue a ellos dos a quienes escoltaron los soldados. Quizá para evitar que los ciudadanos keplerianos se sintieran amenazados por su presencia o tal vez para protegerlos a ellos mismos de los keplerianos, no podían saber el motivo real.

—Robert —dijo Emily en voz baja—. Comenzamos a movernos en dirección al poblado. Vamos escoltados por ocho soldados keplerianos.

—Nos resultará complicado seguiros el rastro dentro del poblado —respondió preocupado.

—Tranquilo, creo que estaremos bien —apuntó ella.

—Enviaré drones para tener imágenes, al menos. Esperaremos a las afueras de lo que sea que los keplerianos llamen población.

Los ocho lanceros llevaban unos ropajes mucho más toscos y de tonalidad diferente que los líderes del poblado. Todos llevaban un grueso peto de un material parecido al cuero en color verdoso. Emily pudo ver por fin con detalle el blasón que mostraban en la parte delantera del peto. Una especie de criatura mitológica, o al menos Emily esperaba que no existiera tal animal, con tres cabezas que, erguida sobre sus cuartos traseros, agarraba algún tipo de serpiente sobre un escudo con fondo azul turquesa. A ambos lados del escudo se alzaban dos árboles de hojas rojizas cuyas ramas ocultaban la parte superior del escudo. En la parte baja, un pequeño ribete con una inscripción en unas grafías ininteligibles, muy similares a las que Shildii escribió en la terminal de su traje hacía un par de días.

El aspecto de los soldados era bastante intimidatorio, y todos parecían cortados por el mismo patrón: ninguno era más alto que un humano medio, pero sus extremidades estaban mucho más desarrolladas. Torso voluminoso, cara de pocos amigos y unas enormes protuberancias óseas en la cabeza. Gracias a la protección del exotraje se sentía bastante segura, pero no quería de ninguna manera comprobar la preparación de los soldados o la eficacia de sus armas. Todo en este planeta parecía más tosco, más duro, así que las armas debían de serlo también.

Pronto vieron pequeñas y sencillas cabañas de madera construidas alrededor de los troncos de los árboles. Pequeños y curiosos animales domésticos campaban a su anchas por la perfecta avenida que formaban los árboles alineados de forma artificial. Atónitos keplerianos pausaban sus quehaceres y los observaban casi sin pestañear cuando pasaban por delante de sus casas. Alguno recogía nervioso a sus hijos y los llevaba a la seguridad del hogar, lejos de los peculiares extranjeros.

—Veo las reacciones de estas gentes y no puedo evitar pensar en lo que habría ocurrido en la Tierra —dijo Rakesh—. Si un humano de otra época viera una escena similar a las puertas de su

casa, no tengo duda de que su reacción sería muy parecida a esta.

—Sí, parecen tener curiosidad, pero sobre todo mucha cautela —añadió Emily.

Lo que estaba viendo no distaba mucho de la idea que tenían de otras épocas de las sociedades humanas. Gente humilde en las afueras de los núcleos urbanos que vivían de lo que la misma tierra les daba. Sin duda, no eran conscientes de la trascendencia del momento que estaban viviendo en primera persona.

—Esa es la casa de Shildii —señaló el muchacho contento.

—Es muy bonita —dijo Emily, más amable que realista.

—Emily y Rakesh venir con Shildii —les pidió—. Shildii os enseña.

Alrededor del enorme tronco del árbol donde se apoyaba la casa de Shildii había otras tres pequeñas cabañas un tanto desvencijadas. De una única planta y de madera sólida pero bastante gastada, era más funcional que otra cosa. Los tejados estaban formados por grandes hojas secas de los propios árboles. Por su color y aspecto, Emily supuso que las cambiaban cada poco tiempo para evitar goteras.

Shildii cruzó el pequeño porche y empujó la puerta de entrada. Luego se volvió hacia ellos y les invitó a entrar. Los soldados que los escoltaban detuvieron su marcha, pero no interfirieron en absoluto. Parecía que los *wiijiib thiipiar* que llevaban puestos les proporcionaban ciertos privilegios. Emily y Rakesh cruzaron el umbral de la puerta. El interior estaba oscuro, apenas si entraban unos exiguos rayos de luz por las dos ventanas del frontal de la cabaña. En la estancia principal, el pequeño hogar de piedra todavía humeaba. Una pequeña mesa aladaña todavía tenía restos del desayuno. El espacio resultaba acogedor, a pesar de ser muy pequeño y humilde. A Emily le quedó claro que la familia de Shildii no era de las más adineradas del poblado, si es que existía el dinero en la sociedad kepleriana.

—Venid, os enseñaré dónde duerme Shildii.

Shildii les condujo a través de una puerta cubierta por una tela que daba a dos pequeñas habitaciones. Entró en una de ellas. Allí había tres colchones de tela de aspecto irregular rellenos de algún tipo de hierba seca colocados sobre unas pequeñas repisas de madera. Una ventana permitía que entrara un mínimo de luz, pero casi tuvieron que activar la visión infrarroja para poder ver algo allí dentro.

—Shildii duerme aquí —señaló la primera de las camas.

—¿Y las demás? —preguntó Rakesh.

—Esa de allí es de mi hermana mayor, pero ya no vive aquí —dijo Shildii—. Tiene su casa en otro lugar. Y esta de aquí es de mi hermano pequeño.

Al salir de la cabaña, Shildii cogió un pedazo de pan de una balda y lo mordisqueó mientras se adentraban en el corazón del poblado kepleriano. Emily comprobó que los soldados continuaban donde los habían dejado. El vecindario parecía muy humilde, tranquilo y sin apenas actividad más allá de algún pequeño animal callejero. Detrás de las cabañas que se veían en primera línea de la avenida comenzaban a proliferar más en las filas de árboles posteriores. No eran pocas las que necesitaban una reparación urgente.

A medida que avanzaban, girando a derecha e izquierda, las cabañas comenzaban a ser más grandes, e incluso se veían diferentes materiales, como una especie de adobe o incluso piedra caliza en algún caso aislado. También había muchos más animales: de monta, pequeños grupos sueltos que corrían de aquí para allá, algún corral con una especie animal que parecía una enorme

bola de pelo. Emily casi podía oír las muecas de Rakesh cada vez que uno de esos curiosos animales se cruzaban por delante de ellos.

Pero, sin duda, lo que más sorprendió a Emily fueron las construcciones que comenzaban a aparecer cada vez con más frecuencia sobre sus cabezas. Los edificios empezaban a intercalar piedra y madera con más asiduidad y si tenían más de una planta se fundían y trepaban con descaro por los troncos de los árboles. En ocasiones aprovechaban las propias ramas para construir auténticas mansiones y estructuras arquitectónicas de lo más complejas y caóticas. Y cuanto más avanzaban, se hacía más habitual encontrar pasarelas de madera que, a modo de puentes y aceras flotantes, comunicaban las estructuras de un árbol con las de su alrededor.

Lo que no había variado un ápice era la reacción de los keplerianos a su paso, estuvieran a ras de suelo o caminando por las estructuras de madera sobre sus cabezas. Todos se quedaban boquiabiertos. No fueron pocos los gritos de sorpresa y temor aderezados con golpes de puertas y contraventanas para evitar ver la escena. Aunque la mayoría no podía evitar curiosear.

Llevaban ya un rato caminando y a medida que avanzaban, los árboles de los alrededores parecían cada vez más poblados. Y si echaban la vista hacía el resto de las avenidas podían ver que la actividad y la densidad de población aumentaba mucho a medida que se acercaban al centro. Nada extraño si lo comparaban con lo que sería una ciudad humana normal y corriente.

—Ya estamos cerca —anunció Shildii—. Ya solo quedan dos *pathi*.

En la zona más céntrica, los árboles tenían una altura considerable, superando muchos el centenar de metros. Parecía una señal inequívoca de que esa parte de la ciudad era la más antigua. La actividad allí era poco menos que frenética, carros y animales de tiro por doquier cruzando las diferentes calles y avenidas, centenares de keplerianos yendo de aquí para allá, ocupados con sus quehaceres. Lo más curioso era que todos parecían estar más pendientes de sus asuntos que de los dos forasteros a los que escoltaba un grupo de soldados.

Los edificios en esa zona eran en su mayoría de piedra, pero la madera estaba todavía muy presente, sobre todo en los tres o cuatro niveles de complejas pasarelas y puentes que unían los árboles sin aparente orden ni planificación.

«¡Guau!», exclamó Emily. Paseaba la vista de un lado a otro con los ojos muy abiertos. Se sentía dentro de una película de ciencia ficción, rodeada de extrañas construcciones que nunca llegó siquiera a imaginar.

—Esto es impresionante —murmuró Rakesh, que se encontraba sumido en un trance similar al de Emily.

—Increíble —susurró ella.

—¿A Emily y Rakesh les gusta Wiikhaadiiz ofiz? —les preguntó Shildii, divertido y complacido a partes iguales por la reacción de sus acompañantes.

—Wiikhaadiiz ofiz es muy bonita —dijo Emily—. Es impresionante, ¿entiendes esa palabra?

—Creo que sí —afirmó Shildii, entrecerrando ostensiblemente los ojos.

El joven les condujo a través de un mercado. Cientos de keplerianos se agolpaban alrededor de las decenas de pequeños puestos de madera dispuestos en varias hileras. La algarabía era vibrante. Los puestos estaban muy cerca unos de otros, el paso para los compradores era estrecho y los vendedores gritaban a los cuatro vientos las cualidades de sus productos. Emily pudo ver de cerca multitud de lo que le parecieron frutas, de muy diferentes formas y colores y que, al menos a simple vista, resultaban muy apetecibles. Tampoco faltaban los puestos de vegetales, de un

color rojizo predominante, aunque también los había verdes, azules o blancos. La variedad de productos con los que se comerciaba en aquel lugar era abrumadora.

Rakesh golpeó a Emily en un costado y señaló un puesto en el que se vendía algún tipo de ave y algo que les resultó muy familiar.

—¡Huevos! —exclamó Emily—. ¡Eso de ahí son huevos!

—¿Os gustan los *shiip*? —preguntó Shildii, curioso por el repentino alboroto.

—¿Los animales dan eso? —preguntó Emily.

—Algunos sí —se encogió de hombros, sin darle más importancia a unos simples huevos.

—También conocen la moneda —comentó Rakesh muy emocionado.

Emily prestó atención a las pequeñas transacciones que se llevaban a cabo entre los comerciantes y sus clientes, que parecían entregar algún tipo de pieza metálica a cambio de los bienes que el comerciante les entregaba. Aunque también vieron algún caso en el que el cliente intercambiaba otros bienes con el comerciante. Emily conocía el uso de monedas físicas por los libros de historia, pero nunca había visto una transacción económica que no fuera digital, ya que la moneda física como tal se había dejado de utilizar en la Tierra hacía más de un siglo.

—¿Cómo podemos comprar cosas? —preguntó Emily.

Shildii la miró con una extraña cara.

—Emily *shyu thiiniz* por *wamovid* —respondió él con cara de estar explicando algo evidente.

Ada tradujo la frase: «Emily paga los productos con monedas». Cruzar aquel mercado le estaba resultando de gran utilidad a la inteligencia artificial para escuchar conversaciones cotidianas, detectar expresiones faciales o estudiar las conductas sociales de los keplerianos. En los apenas cinco minutos que llevaban en aquel lugar Ada había podido recopilar y analizar más información útil que los tres días anteriores con Shildii juntos. También pudo comprobar que muchos de los presentes murmuraban palabras de sorpresa o incluso de temor al verlos pasar. Además, al ser los keplerianos unos diez o quince centímetros más bajos de media que los humanos, era muy fácil localizarlos entre la multitud.

Llegaron al otro extremo del mercado y se dirigieron a una zona más tranquila y con edificios de piedra mucho más elegantes y cuidados que los que habían visto hasta el momento. Allí, a las puertas de un edificio engalanado con pendones al viento, esperaba la comitiva de Khikhya.

—Pasemos al interior —los invitó la líder kepleriana—. Hablaremos más tranquilos lejos de *jinaa shov*.

Emily y Rakesh la siguieron y entraron en el edificio de dos plantas con un enorme escudo tallado en la fachada. Emily reconoció aquel extraño animal tricéfalo como el mismo que los militares llevaban en sus ropajes.

—Shildii nos acompañará por si necesitamos algo de *po* —añadió tras cruzar la pequeña línea de guardias que custodiaban la enorme puerta de madera oscura del edificio.

Emily quedó fascinada con la calidad y el detalle de los grabados. En una de las hojas había un árbol tallado con todo lujo de detalles, y en la otra, el mismo escudo que en la fachada del edificio y el bastón de mando que portaba Khikhya:

—Es el *thiinur jiiw khi* de Wiikhaadiiz ofiz —le explicó.

—Creo que se refiere al escudo de armas de la ciudad —tradujo Ada de forma casi simultánea.

—Y esto —añadió, señalando el bastón de mando—, es el *puj fajlan*, que los *uw jo* llevaron antes que Khikhya.

—¿*Uw jo* era la familia de Khikhya? —se interesó Emily.

—No, no —respondió ella—. A los *uw jo* no se les permite tener familia. Khikhya y los *uw jo* son elegidos por los keplerianos del poblado cuando el anterior *uw jo* muere.

«Que interesante, parece que son un pueblo democrático. Pero tiene que ser duro ostentar un cargo de semejante responsabilidad sin poder tener tu propia familia», pensó Emily mientras entrecruzaba los dedos de sus manos para dar a entender que había entendido lo que la anciana líder les contaba.

—Pasen por aquí —les invitó mientras avanzaba con paso lento hacia la derecha de la puerta de entrada.

En el distribuidor tras la entrada, una enorme escalera de piedra partía del centro de la estancia hacia la planta superior. Suntuosas telas con paisajes nemorosos y multitud de retratos de keplerianos ilustres decoraban las paredes del edificio. La superficie de piedra caliza lucía un aspecto cuidado y daba paso a unos preciosos suelos de madera tratados con algún tipo de barniz que le daban un aspecto acogedor y lujoso.

Khikhya les invitó a entrar en lo que parecía su despacho oficial, que contenía una pequeña mesa de madera y unas sillas ornamentadas con mucho detalle dispuestas a ambos lados. En el suelo había una enorme alfombra y las cuatro paredes estaban repletas de estanterías con libros.

«¡Libros! —exclamó Emily para sí—. Cientos de ellos».

—¿Tienen *tozuk* los humanos? —preguntó Khikhya al ver cómo se fijaba en las estanterías.

—Sí, tenemos libros —respondió Emily con emoción. Ada traducía de manera simultánea y cada vez con más fluidez, conforme iba incorporando nuevas palabras y expresiones a su vocabulario.

—Humanos y keplerianos tenemos muchas cosas en común —dijo Khikhya entrecerrando los ojos.

—Eso parece —sonrió Emily.

—Por favor, tomen asiento. —Khikhya señaló las dos sillas que tenían a un lado de la mesa—. Y tú, Shildii, acerca esa otra silla aquí y siéntate a mi lado.

Shildii obedeció y los cuatro se sentaron alrededor de la mesa, humanos a un lado, keplerianos al otro.

—Su ciudad es muy bonita —empezó Rakesh para romper el hielo.

—Gracias —respondió la anciana—. ¿Cómo son los poblados humanos?

—Son grandes —le explicó Rakesh—, mucho más que este, y ya queda poca madera. Son metálicos y, a veces, muy ruidosos.

—Deben de ser muy bonitos también —concedió la anciana. Luego hizo una pausa y cambió el tono de su discurso: —Disculpad si soy tan *poz*, pero como humanos pueden ver, mi edad no me permite perder tiempo. Los humanos son *jongha* aquí, pero quiero saber qué es lo que buscan de los keplerianos.

Emily tragó saliva por el repentino giro de la conversación.

—Hemos hecho un largo camino para llegar hasta aquí —empezó Emily—. Lo único que queremos es encontrar un lugar en el que asentarnos y vivir en paz. Por supuesto, no queremos

interferir en la vida de los keplerianos, pero nos gustaría mucho aprender de vuestras costumbres y vuestra cultura kepleriana.

La anciana meditó unos instantes.

—Nuestro pueblo es pacífico —retomó tras la pausa—, algo que a buen seguro no pueden decir otros pueblos. Si los humanos quieren hacer la guerra, aquí no la encontrarán. Es más, les pediría que buscaran otro lugar lejos de aquí.

—No deseamos la guerra —se apresuró a aclarar Emily—. Somos una comunidad de científicos.

—Los soldados que nos han vigilado hasta la entrada del poblado y esos artilugios *laak* que han sido vistos en el poblado no dicen lo mismo que la hembra humana que tengo delante.

Emily se sintió avergonzada, pero no pensó en absoluto que hubiera faltado a la verdad.

—Tenemos soldados —respondió—, al igual que Khikhya los tiene. Ellos estaban preocupados por nuestra seguridad, de la misma forma que sus soldados por la suya, espero que lo entienda.

—Lo entiendo —reconoció ella, que entrecerró los ojos y cruzó sus ajados dedos—. Pero Emily podía haber sido *taai* con Khikhya. No era necesario ocultar nada.

—Lo lamento —se disculpó—. No volverá a ocurrir.

—No, no lo hará —respondió—. Khikhya os dirá ahora lo que vamos a hacer. Solo Emily y Rakesh podrán acceder al poblado, sin restricciones. Una de mis *khaakho* responderá a todas las *iighraachiiz* que quieran sobre los keplerianos. Si hay problema en poblado, Emily y Rakesh no volverán *tiin*, ¿entienden esa palabra?

—Sí —respondió Emily—, creo que sí.

—Todo perfecto entonces —zanjó la anciana, que suavizó el tono—. Khikhya se encargará de hablar con los demás.

—Disculpe —interrumpió Rakesh—, pero ¿quiénes son los otros de los que habla?

—El pueblo kepleriano ha estado tradicionalmente formado por cuatro grandes *chakii* —explicó—. Cada uno de ellos es *yäk* para decidir el destino de los keplerianos que la forman. Nosotros somos los Wiikhaadiiz ofiz, pero también existen los Khapabir, los Gaal-El y, por supuesto, los Khaavahki —su tono indicó cierto desprecio al pronunciar ese último nombre. Los keplerianos han poblado estas tierras desde tiempos muy antiguos, y aunque muchos no han llegado hasta hoy, seguimos utilizando las mismas *chiw* que nuestros antepasados utilizaron antes que nosotros.

—Entiendo —Rakesh apoyó sus palabras con el correspondiente gesto.

—Khikhya querría ofrecerles algo en señal de agradecimiento por su deliciosa comida —añadió ella—, pero Shildii decir que Emily y Rakesh no pueden comer nuestra comida.

—No podemos respirar este aire —matizó Emily.

—¿Es por eso la ropa de metal? —preguntó curiosa la anciana.

—Así es —confirmó Emily—. Tenemos aire y comida dentro de la ropa de metal.

La anciana miró incrédula el exotraje de sus dos invitados.

—Ahí dentro no parece haber sitio para mucho aire y comida —se extrañó.

—Todo está muy junto y apretado —intentó explicar Emily con varios gestos con las manos.

—Los *Wiikhaadiiz ofiz* no entendemos de artilugios metálicos —se excusó la anciana, que hizo un gesto para que no siguiera con la explicación—. Eso es tarea de los *Khapabir*.

—¿Cada poblado tiene un cometido distinto? —preguntó Rakesh.

—Sí —respondió—. ¿Todos los humanos saben de todo?

—No —reconoció Rakesh pensativo—. Supongo que no. Cada humano sabe algo diferente.

—Entonces, humanos y keplerianos tenemos muchas cosas en común —repitió de nuevo Khikhya mientras volvía a entrecerrar los ojos con aire divertido.

—Humanos tienen *thiishyaph ghip* en sus ropas de metal —intervino Shildii, señalando el terminal del brazo derecho de Emily.

—Me gustaría ver eso —pidió la anciana.

Emily manipuló su terminal y el proyector holográfico mostró unas imágenes con el aspecto real del ser humano, así como fotografías de Emily y de Rakesh.

—Los humanos sois muy extraños dentro de las ropas de metal —rio Khikhya—. Aun así, tenéis cosas en común con los keplerianos. Dos manos, dos pies, dos ojos...

Emily pensó en hablar sobre los Yokai con la anciana cuando esta hizo una pausa, pero desechó la idea al recordar la reacción de Shildii cuando sacó el tema. No quería echar por tierra todo lo que habían conseguido hasta el momento, y tampoco era un tema apropiado para un primer contacto diplomático como ese.

—Shildii, ¿sabes quién es Yisht? —le preguntó la anciana.

—Sí, señora —respondió Shildii entrecerrando los ojos.

—Ve a buscarla, quiero que Emily y Rakesh la conozcan.

Shildii salió de la sala contento con su cometido.

—Yisht es una joven kepleriana muy *chuw* —explicó Khikhya—. Ella os enseñará todo lo que los humanos necesitan. Pero Emily y Rakesh tenéis que recordar: no debéis causar problemas aquí.

—Entendido —prometieron los dos.

—El resto ya habrán tenido noticias sobre los humanos —añadió, pensativa—. Debemos ser cautelosos. Khikhya ha de partir para hablar con los Gaal-El. Ellos son sabios, muchos soles atrás eran los líderes únicos de keplerianos. Ellos conocen la historia de nuestro pueblo, sabrán entender lo que significa la llegada de los humanos.

Shildii regresó acompañado por una joven y esbelta kepleriana. De ropajes más sencillos pero elegantes y un porte más intelectual que Shildii, la joven parecía muy nerviosa.

—Yisht —llamó la anciana—. Estos son Emily y Rakesh. Son extranjeros que vienen de muy lejos. No hablan bien nuestro idioma, pero *duz* en tu inteligencia para ayudarles en lo que necesitan.

—Hola, Yisht —saludó Emily—. Encantada de conocerte.

La joven devolvió el saludo con un tímido gesto de su cabeza, pero no pronunció una sola palabra.

—Nuestros *noshvi* tienen total libertad para preguntar o consultar cualquiera de nuestros libros —continuó—. Trátales como si fueran tu propia líder.

—Entendido —entrecerró los ojos y mostró una tímida sonrisa.

—Ahora, si me disculpan —dijo la anciana dirigiéndose a Emily y a Rakesh—, Khikhya tiene un viaje que preparar. Volved mañana para obtener toda la información que deseéis. Los soldados os esperarán desde el primer rayo de luz en el mismo lugar donde nos hemos conocido.

—Gracias, Khikhya —dijo Emily—. Ha sido muy amable.

Ambos se pusieron de pie y abandonaron el edificio acompañados por Shildii. A esa hora el mercado ya no estaba tan concurrido como antes, e incluso algún comerciante había cerrado su puesto. Shildii los acompañó hasta la altura de su casa, donde se despidió de ellos, no sin antes preguntarle a Emily si al día siguiente traería bizcocho de chocolate para él. Ella le dijo que sí. Empezaba a pensar que lo estaba malcriando.

De vuelta en las instalaciones, Rakesh y Emily se dispusieron a entrar en la zona de descontaminación. En ese momento saltaron las alarmas. Toda la estancia de entrada se iluminó con una luz estroboscópica roja y un agudo sonido inundó la base. Algo no iba bien.

—Se ha detectado un organismo no deseado en el interior —informó Ada—. Doctor Kumar, debe salir de las instalaciones y eliminar el organismo que se encuentra adherido en la espalda de su exotraje.

Emily, sobresaltada, echó un vistazo a la espalda de su compañero. Luego dio un par de pasos atrás al ver lo que Rakesh tenía en la espalda.

—Rakesh, será mejor que salgamos fuera —dijo Emily.

—¿Qué es? —preguntó nervioso—. Quítamelo.

—Puedes verlo tú mismo a través de mi cámara —le respondió ella, asustada—. Pero no sé si vas a querer hacerlo.

—Ada, ¡abre la puerta de salida! —gritó Rakesh, alterado.

Los dos salieron de nuevo al exterior.

—¡Quítamelo! —insistió Rakesh.

—No sé, Rakesh —dijo Emily—. ¿Y si resulta que es peligroso y nos ataca?

—¡Me da igual!

—Espera. Seguro que Chad sabe lo que hacer.

Emily lo llamó a través de su traje.

—¿Puedes salir un momento? —le pidió en cuanto contactó con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Tiene que ver con la alarma que acabamos de oír?

—Sí —respondió—. Pero date prisa, tenemos una pequeña emergencia aquí fuera.

Sobre la espalda de Rakesh, un animal con varios caparazones segmentados que protegían su tórax se movía poco a poco utilizando sus decenas de pares de pequeñas patas acabadas en pinza. Las cuatro antenas de su cabeza se movían con rapidez, como si evaluara las amenazas del exterior. Pero lo más perturbador eran la decena de pequeños y oscuros ojos que parecían mirarla con curiosidad.

Chad tardó unos eternos cinco minutos en llegar. Rakesh estaba a punto de entrar en pánico.

—¡Guau! —exclamó Chad, emocionado al ver el espécimen, de unos diez centímetros de largo por ocho de ancho—. Es una especie de trilobite alienígena terrestre.

Chad, sin ningún tipo de temor, cogió a la criatura por su caparazón y lo separó de la espalda de Rakesh. Al hacerlo, el artrópodo comenzó a mover sus decenas de pequeñas patitas, molesto

por haber perdido el agarre. Intentó zafarse de su presa doblando su abdomen en todas direcciones.

—¡Fascinante! —exclamó Chad—. Nuestros trilobites eran sobre todo criaturas marinas que se extinguieron en el periodo Pérmico-Triásico. Aun así, se han podido estudiar a fondo gracias a los numerosos registros fósiles. Y aquí, míralos, dando un paseo tan tranquilos por el campo.

Rakesh se dio la vuelta para ver al animal. No pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Qué vas a hacer con ese bicho? —preguntó Rakesh.

—Estudiarlo —aseguró él—. ¿Qué, si no?

—Espero que te laves bien las manos antes de comer —le advirtió Emily.

Más tarde, superado el problema con el animal prehistórico y después de comer, Emily intentaba procesar todo lo que había ocurrido esa misma mañana.

—Pero ¿cómo nos han podido detectar? —se preguntaba Robert— Hemos tenido todo el cuidado del mundo.

—Está claro que los hemos subestimado —razonó el subdirector, atento como siempre a estas reuniones.

—El hecho de que conozcan la moneda nos indica que tienen cierto desarrollo comercial y financiero —indicó Rakesh—. Es más que probable que cuenten con tratados comerciales con otras poblaciones cercanas y quizá no tan cercanas.

—Supongo que tendréis que averiguar este tipo de cosas con la ayudante de su líder —observó el subdirector—. ¿Tendrán creencias religiosas?

—No hemos visto nada que nos haya hecho pensar eso —respondió Rakesh.

—Pero parece una comunidad muy curiosa —añadió el subdirector—. ¿Existió en la Tierra algún orden similar?

—Viven bajo un desarrollo tecnológico similar al de la Edad Media europea —explicó Rakesh—, aunque en una sociedad que, por lo que hemos podido deducir, es democrática. Tendremos que conocer a las otras tres poblaciones y a sus líderes para ver si son en realidad una especie de sociedad feudal o tan solo comunidades con diferentes propósitos que colaboran entre sí formando algo más grande. Pero, desde luego, parecen tener una sociedad bastante avanzada. Estar rodeados de árboles parece que les ha permitido desarrollar el papel, y por lo tanto la escritura. Me atrevería a decir que es probable que tengan un buen sistema educativo.

»Pero si algo me ha llamado la atención de toda la visita —siguió Rakesh—, es la capacidad de visión que tienen. Las estancias en las que hemos estado estaban muy pobremente iluminadas, hasta tal punto de que nosotros casi hemos necesitado la visión infrarroja del traje para poder ver. Sin embargo, no he visto ni una lámpara, ni siquiera un pequeño candil con una vela.

—¿Estás sugiriendo que disponen de visión infrarroja de manera natural? —preguntó el teniente Beaufort.

—Es una posibilidad, sí —respondió el antropólogo—. Solo quería compartirlo con todos vosotros.

—Emily, te veo pensativa. ¿Qué te preocupa? —preguntó el subdirector.

—Nada... Bueno, en realidad todo, supongo —reconoció.

—Vaya, eso no parece poca cosa.

—Es que, veréis... llevo dándole vueltas a todo esto desde que vimos a los primeros keplerianos al otro lado del río —explicó—. Se supone que vinimos a este planeta para encontrar un hogar, pero ahora mismo la atmósfera del planeta nos impide vivir sin la asistencia de los trajes.

Emily hizo una breve pausa para ordenar sus ideas y continuó:

—Sin entrar en el pequeño detalle de que no disponemos todavía de los medios para modificar la atmósfera —continuó—, ¿qué derecho moral tenemos para modificar las condiciones de este planeta para hacerlas compatibles con la vida humana si con ello podemos conducir a la extinción a otra especie inteligente? —preguntó de forma retórica—. Quiero decir, ellos estaban aquí antes. El planeta, en mayor o menor medida, les pertenece a ellos. Supongo que, al ver una sociedad tan viva y avanzada, esa idea que llevaba tiempo dando vueltas en mi cabeza se ha manifestado con más fuerza.

Todos guardaron silencio. Emily había lanzado la pregunta que todos habían estado esquivando. Y parecía apuntar que esa iba a ser la clave de toda la misión.

La sociedad kepleriana

3 de septiembre del año 0

Poblado Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Tal y como les adelantó Khikhya, los soldados ya esperaban a Rakesh y a Emily cuando llegaron al claro. Sin mediar palabra, comenzaron a seguirlos a unos metros de distancia. Hicieron una breve parada al llegar a la altura de la casa de Shildii. El joven kepleriano apareció por uno de los laterales de la cabaña.

—Hola, Emily y Rakesh —saludó con su habitual alegría.

—Hola, Shildii —sonrió Emily—. Buenos días.

Shildii se unió al grupo y continuaron el camino hacia el poblado. Pero Emily notaba que el joven estaba un poco más nervioso de lo normal, la miraba de reojo, primero con disimulo, pero después sin ningún reparo.

—Te he traído un pedazo de bizcocho —le anunció Emily, que adivinó el motivo de su nerviosismo—. Pero tienes que esperar a que veamos a Yisht, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió él, conforme.

El variopinto grupo de caminantes realizó el mismo trayecto que el día anterior hasta el edificio del gobierno del poblado. Esa mañana, el ajetreo en el mercado era todavía mayor. Quizá por la hora, algo más temprano, o quizá se tratase de una fecha especial en el calendario kepleriano. Fuera como fuese, lo cierto es que les costó bastante cruzar el mercado, que rebosaba actividad.

Cuando consiguieron llegar, encontraron a Yisht esperándolos. La ayudante de la líder kepleriana los acompañó a una sala de la planta superior del edificio.

—La líder Khikhya está cada vez más mayor —les explicó con timidez—. Hace ya muchos soles que pidió que su *afeek* estuviera en la *thiiv* de abajo. Así no tiene que subir y bajar *yöv*. ¡Oh! Pero disculpadme, no sé si me estáis entendiendo —dijo nerviosa al darse cuenta de que sus acompañantes no dominaban el idioma.

—Te hemos entendido, decías que Khikhya ha pedido que su despacho esté abajo para no tener que subir y bajar escaleras —tradujo Emily, que contaba con la ayuda invisible de Ada—. Puedes estar tranquila, te preguntaremos si no entendemos algo.

—¡Oh! Bien, bien —dijo más tranquila—. Este es un despacho que usamos nosotros para otros asuntos menos *aacho* que no necesitan de la presencia de Khikhya.

Yisht abrió una puerta y los invitó a entrar. Era bastante similar al despacho en el que estuvieron el día anterior, con estanterías llenas de libros, alfombras con finos detalles en el suelo y retratos de keplerianos ilustres colgados en las paredes.

—Bien, tomad asiento si queréis —ofreció Yisht.

En ese momento, Emily pudo complacer a Shildii y les ofreció sendos pedazos de bizcochos a ambos. En realidad, había traído de nuevo de sobra ya que no sabía si habría más keplerianos

en estas pequeñas sesiones de aprendizaje. Como parecía que no se les iba a unir nadie más, Emily decidió darle el resto de la caja a Shildii cuando volvieran al mediodía, para que compartiera los bizcochos con su familia.

Shildii poco menos que se abalanzó sobre su porción y, como de costumbre, lo devoró con esa expresión de satisfacción en la cara que a Emily le encantaba contemplar. Yisht, por su parte, haciendo gala de su educación y de la madurez propia de su edad, agradeció el pedazo de bizcocho y lo degustó con pequeños mordiscos. A pesar de no ser el favorito de Emily, estaba buenísimo y provocaba una plétora de expresiones de satisfacción en los keplerianos, incluso en los mejor educados en la etiqueta.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Yisht cuando acabó de comer—. Disculpad la falta de preparación, pero no sabía muy bien qué os interesaría más. ¿Queréis que os traiga algunos libros?

—Estaría bien, pero la verdad es que todavía no sabemos leer vuestro lenguaje —objetó Rakesh.

—¡Oh! Vaya —exclamó preocupada—. Eso puede ser un problema.

—Pero quizá es un buen comienzo, Yisht —intervino Emily—. ¿Puedes traernos algún libro para aprender a leer?

Emily sabía que Ada sería capaz de aprender a leer tan solo viendo un libro infantil, así que le pareció una gran idea si querían tener cierta independencia. De hecho, dada la velocidad de procesamiento de Ada, con solo pasar las hojas de manera despreocupada podría asimilar la información de una manera mucho más rápida que la de cualquier ser humano.

—¿Aprender a leer? —preguntó Yisht un tanto extrañada—. ¿Cómo los que utilizan los niños en el *shyaa*?

—Sí, esos —respondió Emily con una sonrisa—. Y también un libro con palabras.

—¿Libro con palabras? —preguntó ella sin entender—. Todos los libros tienen palabras... ¿te refieres a un *ÿu-tozuk*?

—¿Un *ÿu-tozuk* se usa para aprender el significado de las palabras?

—Sí —confirmó.

—Entonces queremos también un *ÿu-tozuk*.

La joven asintió, incrédula, pero obedeció sin rechistar. Salió del despacho y unos cinco minutos después regresó con dos volúmenes de cuero flexible, uno de ellos bastante fino y manejable y el otro mucho más voluminoso y pesado.

—Esto es todo lo que he podido encontrar —dijo la kepleriana—. No es algo que se encuentre fácil en este edificio.

—Es perfecto —le aseguró Emily—, gracias.

Emily comenzó a hojear el libro para niños keplerianos, que incluía ilustraciones de algunos de los animales que habían visto de camino al centro del poblado. También tenía algún dibujo de la especie de criaturas salvajes que atacó a los militares en el bosque. Fue pasando las hojas de tal manera que la cámara de su traje pudiera abarcar por completo cada una de las páginas abiertas.

—Ada, ¿te parece suficiente así? —preguntó Emily.

—Sí, creo que sí —respondió la IA—. Con que pases todas las hojas a un ritmo constante me

vale, no hace falta que te detengas en ninguna.

—¿Perdón? —dijo Yisht—. No te he entendido.

—¡Oh! Lo siento —dijo Emily—. No hablaba contigo.

—Y, ¿con quién hablabas? —preguntó extrañada la joven, que señaló a Rakesh, que se había levantado y curioseaba los cuadros y estanterías con libros.

Emily intentó elegir con cuidado las palabras para que la joven kepleriana entendiera lo que era Ada.

—He visto que tenéis carros —empezó Emily mientras seguía pasando las páginas del libro—. Sin ellos, vosotros tendríais que llevar las cosas haciendo más viajes y esforzándoos más, ¿no?

—Sí —respondió ella.

—Los humanos hemos creado mentes mecánicas para poder pensar y aprender más rápido, de la misma manera que los keplerianos crearon carros para llevar objetos más rápido —intentó explicar Emily.

Yisht se quedó un rato callada, pensativa.

—¿Y puedes hablar con esa mente mecánica como si fuera otro humano? —preguntó.

—Sí. —Emily estaba intrigada por la reacción de Yisht—. ¿Quieres hablar con ella?

—Sí, por favor —aceptó, abriendo aún más sus ya de por sí enormes ojos.

—Hola, Yisht —saludó Ada a través del traje de Emily con su propia voz sintética—. Me llamo Ada, encantada de poder hablar contigo.

Shildii, que nunca había oído a Ada hasta ese momento, dio un respingo en su silla que provocó la risa de Emily y de Yisht, y también que Rakesh saliera por unos instantes de su letargo contemplativo.

—Hola, Ada —saludó Yisht con cortesía.

—Vuestro poblado es muy interesante —dijo la inteligencia artificial—. Tenéis un mercado de lo más concurrido.

—Sí que lo tenemos.

—Puedes preguntarle lo que quieras —la animó Emily.

Yisht miró con timidez a Emily, que asintió con un gesto para que la joven kepleriana se atreviera a preguntar lo que le rondaba por la cabeza.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—A mucha distancia de donde te encuentras, me temo —dijo Ada—. En el espacio.

—¡Vaya! —exclamó la ayudante de Khikhya impresionada—. Y ¿qué se siente al ser una mente mecánica? —quiso saber.

—Me crearon para ser lo más parecido posible a un humano, así que me siento bien, aunque a veces paso mucho tiempo sola.

—¿Sola? —preguntó Yisht, interesada—. Vaya, creo que te entiendo a la perfección, yo también paso mucho tiempo sola.

—¿Vives sola? —preguntó Emily.

—Sí —dijo Yisht—. Mis padres murieron hace años y desde que llegué a *Wiikhaadiiz ofiz*

nunca he llegado a... bueno, a conocer a nadie.

Emily pudo notar cierto rubor en la expresión de Yisht.

—Lo siento, no quería incomodarte —se disculpó.

—Tranquila, no pasa nada —respondió ella—. Me parece increíble que tengáis mentes mecánicas. Ada, además, parece muy amable.

—Gracias —respondió Ada.

—Tendréis muchas oportunidades para hablar entre vosotras —dijo Emily—. No me cabe ninguna duda.

—Seguro que sí —sonrió Yisht—. ¿Qué más os puedo ofrecer?

—Cuéntanos cómo funciona Wiikhaadiiz ofiz —pidió Rakesh—. ¿Quién o quiénes gobiernan la ciudad? ¿Cómo es la vida de un kepleriano desde que nace hasta que muere?

—Bien. —Yisht sacudió la cabeza arriba y abajo—. Parece lógico empezar por el principio.

Yisht carraspeó con timidez mientras Emily dejaba a un lado el libro de aprendizaje y comenzaba a hojear el más grueso, desgastado y, en algunas hojas, roído diccionario para que Ada pudiera aprender todo el vocabulario posible.

—Las hembras keplerianas son las encargadas de *daj* y *thii va yaa* a los bebés—comenzó Yisht—. Los niños son cuidados durante sus primeros soles en *wiidaap jiamovid* por keplerianos que trabajan para el poblado. Después, son las propias hembras las que se encargan de cuidar y alimentar a sus hijos. Más tarde, cuando ya tienen quince años, los niños empiezan a ir al colegio.

—Un momento —interrumpió Rakesh—. ¿Has dicho quince años?

—Sí.

—Los años keplerianos son más cortos que los humanos —le recordó Emily—. Quince años suyos equivalen a algo menos de cinco años humanos.

—Cierto —dijo Rakesh, algo confundido—, todavía no me acostumbro a estas diferencias.

—Pero está bien, ahora podemos preguntar a Yisht, ¿cuántos años vive un kepleriano? —preguntó Emily.

—Unos doscientos años más o menos —dijo—. Aunque hay casos en los que se han llegado a los treientos, e incluso más. La líder Khikhya, sin ir más lejos, tiene doscientos treinta y cuatro años ahora mismo.

—Vaya, parece una edad considerable, visto lo visto —murmuró Rakesh, que calculó que la líder rondaría los ochenta años humanos.

—Sí —dijo Yisht—, es una de las keplerianas más longevas y respetadas de nuestra comunidad.

—Continúa, por favor, y disculpa la interrupción —instó Rakesh.

—Pero, es que resulta que ahora Yisht tiene una pregunta para humanos...

—¡Ah! Por supuesto, pregunta lo que quieras —la animó Emily.

—¿Cuánto viven los humanos?

—Traducido a vuestra edad, unos doscientos setenta años, aunque también tenemos muchos casos de humanos que superaron los trescientos cincuenta —explicó Emily.

Yisht y Shildii, que escuchaba con atención la conversación, emitieron un pequeño sonido de

admiración y sorpresa.

—Bien, continuó con la explicación —dijo Yisht tras el breve receso—. Los niños tienen la obligación de aprender a leer y a escribir, de aprender *iima* y también la historia y las leyes de los keplerianos.

Emily apenas había comenzado a pasar unas decenas de páginas del enorme diccionario kepleriano, así que era normal que Ada no fuera capaz de traducir algunos conceptos todavía, pero supuso que se trataba de alguna materia importante, a la altura de la lectura, la historia o las leyes. «¿Matemáticas, tal vez?», pensó.

—Una vez alcanzada la edad de cuarenta y dos años —continuó la joven—. los keplerianos realizan su paso a la vida adulta y deben de elegir cuál será la actividad que realizarán en la comunidad. Y para continuar con esto —hizo una pausa—, creo que debo explicaros cómo funciona la sociedad kepleriana.

»Nos dividimos en cuatro grandes comunidades. En primer lugar, están los Gaal-El, antaño responsables del gobierno y la burocracia de todos los keplerianos. Hoy día tan solo se encargan de preservar la memoria histórica y de perpetuar los antiguos cultos, cada vez más olvidados. Su poblado está al *lan*, a unos cuantos *chiïy yii* de aquí, es el más pequeño de todos.

Emily vio cómo Rakesh hacía un amago de interrumpir a la ayudante. Esa parte parecía haberle interesado sobremanera, pero se contuvo. Supuso que no quería parecer descortés.

—Luego están los Khaavahki. Ellos se encargan de la seguridad de todas las comunidades. Los soldados que os han acompañado esta mañana o el pequeño destacamento que protege este edificio pertenecen al pueblo Khaavahki. Su poblado se encuentra hacia el *thiilan wiivoshy*, y se podría decir que es comparable al nuestro en tamaño.

»Los Khapabir son el pueblo de eruditos y *niilnf* de los keplerianos. Ellos construyen edificios y crean esos *taaf* tan extraños. Se sitúan al *voshy* de donde nos encontramos y su población es, con diferencia, la más grande y populosa de todas. Para muchos es el más importante y poderoso de los poblados keplerianos. No pocas veces ha habido conflictos entre los Khaavahki y los Khapabir a lo largo de la historia.

Emily y Rakesh escuchaban con atención las explicaciones de Yisht, que estaba dejando claro que las disputas entre diferentes pueblos eran algo que, por desgracia, parecía ser un mal endémico universal.

—Y, por último —continuó—, estamos nosotros, los Wiikhaadiiz ofiz. Nuestro cometido es el de cuidar y mantener en perfecto estado las poblaciones. Desde pequeños nos enseñan a respetar el entorno, a cuidar de nuestros mayores, a curar las diferentes *zaabu* por medio de conocimientos que se remontan muchas generaciones atrás. Somos los que hacen que los poblados keplerianos sean habitables y un buen lugar para vivir.

—Eso es muy bonito —aplaudió Emily al ver la pasión con la que Yisht hablaba de los suyos.

—Gracias. —Yisht entornó los ojos, complacida.

Emily la veía mucho más cómoda ahora, parecía haber perdido buena parte de la tensión de los primeros momentos.

—Como decía al principio —continuó—, la sociedad kepleriana está formada por estas cuatro comunidades principales, pero hace ya muchísimos años que diferentes grupos abandonaron las ciudades y se dirigieron hacia otros puntos del territorio. Algunos viven solos en

casas alejadas de las grandes poblaciones; otros formaron nuevas muy lejos de aquí. Aunque lo cierto es que rara vez tenemos noticias de esos otros lugares.

»Y, como decía antes de esta breve explicación sobre las comunidades keplerianas, cuando cumplimos los cuarenta y dos años tenemos que decidir cuál va a ser nuestro cometido dentro de la sociedad —explicó—. Es una decisión muy *othu*; y cualquiera, haya nacido donde haya nacido, puede solicitar cambiar de población y, por lo tanto, de oficio. Cada población acoge cada año a nuevos alumnos de otros lugares y les enseña, sin restricciones, todo el conocimiento del que disponen, así como las responsabilidades y las tareas de sus respectivos oficios.

»En el caso de Shildii, por ejemplo, su familia es de aquí, se encargan de mantener los edificios de los Wiikhaadiiz ofiz en perfecto estado. Es un trabajo humilde, pero muy importante y respetado. Él, por su edad, va a tener que elegir dentro de poco cuál quiere que sea su cometido. Y podría, si ese fuera su deseo, irse a vivir con los Khapabir, los Khaavahki o incluso con los Gaal-El, si ese fuera su credo. Decida lo que decida, pasaría a formar parte de la comunidad que elija.

»En mi caso, yo nací y crecí en Khapabir —explicó—. Pero desde muy pequeña decidí que quería dedicar mi vida al servicio de la comunidad. Además, tuve la suerte de ser seleccionada por la propia Khikhya para trabajar con ella. Aun así, en todas las poblaciones se necesitan cuidadores, soldados o cualquier otro tipo de oficio. Así que es habitual que los jóvenes acaben desarrollando su trabajo en la misma comunidad en la que han crecido.

Emily creyó entender por qué Yisht se sentía sola. Supuso que llevaría pocos años allí, y dejar todo lo que tienes atrás nunca es fácil. Khikhya la había elegido como su pupila, y por la manera en la que hablaba de ella, parecía tenerla en gran estima. Pero un trabajo como el de asistir a alguien con tanto poder, al menos en la Tierra, podía ser agotador y dejaba poco tiempo libre para conocer a otros semejantes.

—La mayoría de oficios reciben una pequeña *ipu*, con la cual podemos comer o *thuk* ropa —continuó—. En su mayor parte, los trabajos son controlados y gestionados por la propia comunidad, pero hay oficios libres, sobre todo los que tienen que ver con bienes o con *iighraapiiz*.

—Lo que hemos visto en el mercado —añadió Shildii, que seguía la explicación casi sin pestañear.

—Eso es, correcto, Shildii —aplaudió Yisht—. Los precios de la comida y los bienes básicos son controlados por los dirigentes para que nadie gane demasiado dinero. Además, pagamos una serie de *chiik* para poder tener educación, *wiithadbo thiiliil* y otros *iighraapiiz*.

—¿Qué es eso que has dicho? —preguntó Rakesh.

—¿*Wiithadbo thiiliil*? —repitió ella.

—Sí.

—Son los lugares donde los keplerianos se recuperan cuando tienen algún accidente —respondió Yisht.

—¡Oh! Entiendo, gracias.

—Creo que eso es todo, a grandes rasgos —concluyó Yisht.

—¿Los keplerianos trabajan toda la vida? —preguntó Rakesh, intrigado por el repentino final de la explicación.

—Sí, el oficio es para toda la vida —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Humanos no trabajan

para siempre?

—No —dijo Rakesh—. Aunque bueno, quizá ahora sí —dijo al darse cuenta de que la situación en la colonia podría ser diferente a la que dejaron en la Tierra.

—¿Qué ocurre cuando los keplerianos mueren? —preguntó Emily.

—Los *wiichifpaap dosh* se llevan a unos artilugios contruidos por los Khapabir y se queman —explicó la joven.

—Entiendo.

—Perdona, Yisht —dijo Rakesh—. Pero antes has hablado de que los Gaal-El, creo que así se llamaban, se encargan de mantener los antiguos cultos. ¿De qué clase de cultos estamos hablando?

—Unos muy antiguos, aunque lo cierto es que no tengo mucho conocimiento sobre el tema —se excusó—. Hace ya mucho tiempo que la mayoría de los keplerianos dejaron de creer en esas cosas. Pero quizá podría buscaros algún libro sobre los Gaal-El y su culto —señaló el diccionario que Emily continuaba ojeando casi sin prestar atención—. Tan solo sé que hablaban del origen de los keplerianos y la llegada de algún *diil* que nos llevaría a la tierra prometida y nos libraría de los Kholghishbik.

—¿*Diil*? —preguntó Rakesh, incapaz de esperar a que Emily y Ada llegaran a esa página del diccionario.

Yisht, consciente de que no habían comprendido su significado, pensó durante un instante cómo explicársela.

—Un *diil* es un kepleriano capaz de hacer cosas que otros no pueden, tienen más poder, más fuerza, pueden volar con las aves —explicó—. Para la inmensa mayoría son solo fantasías que se les cuentan a los niños pequeños para que se duerman.

—Entiendo, ¿y qué o quiénes son los Kholghishbik? —preguntó Emily, intrigada. Quizá se refería a los Yokai.

Una pequeña sombra apareció en la cara de ambos keplerianos. Su sola mención les hizo casi temblar de miedo.

—Los Kholghishbik son las criaturas dueñas de este planeta —explicó Yisht con un tono mucho más bajo y apagado de lo normal—. Una vez cada *shaab*, regresan aquí con sus gigantescas *chushy* voladoras metálicas a recoger los minerales y rocas que los keplerianos hemos almacenado para ellos y destruyen todo lo que encuentran a su paso. Es lo que conocemos como La Exacción.

Un súbito escalofrío recorrió la espalda de Emily al escuchar las palabras de Yisht. De forma inconsciente dejó de pasar las hojas del diccionario, concentrada en las implicaciones que esa revelación podría tener sobre el proyecto y la colonia.

—Eso... es horrible —dijo Emily con voz queda.

—Sí, sí que lo es —respondió ella compungida.

—Has dicho que ellos vienen volando, pero ¿de dónde? —preguntó Rakesh.

—Nadie lo sabe con exactitud, pero de muy lejos —contestó—. Del cielo, de mucho más allá del sol y las estrellas.

Emily y Rakesh se miraron nerviosos al descubrir que, como habían sospechado desde el principio, había una tercera raza alienígena inteligente, y esta parecía mucho más avanzada y

peligrosa que las otras dos.

—¿Hace cuánto que vinieron por última vez? —preguntó Emily con un tono de voz mucho más tenso de lo normal.

—Hace bastante tiempo ya, yo no había nacido todavía —respondió ella.

—Disculpa, Yisht, pero tengo que hacerte esta pregunta cuanto antes. —Emily estaba tan seria que la propia Yisht se tensó más todavía—. ¿Sabes si los keplerianos y los humanos se habían encontrado antes?

Yisht miró a Emily, pero no pareció entender muy bien la pregunta.

—No, yo no había visto a humanos hasta ayer —dijo por fin.

—Lo que quiere saber Emily —intervino Rakesh al ver que las pulsaciones de Emily se habían disparado—, es si en los libros de historia keplerianos se habla de gente como nosotros. De si hace muchos soles otros keplerianos conocieron a humanos como Emily y Rakesh.

—¡Oh! —exclamó la joven, cambiando su semblante por otro más relajado—. No, no lo creo. De pequeños estudiamos la historia del pueblo kepleriano y nunca nos han hablado de vosotros... bueno, de humanos. Algo así supongo que sería un hecho importante como para ser estudiado —afirmó mientras se daba cuenta de que ella misma estaba viviendo en primera persona acontecimientos que con toda seguridad pasarían a formar parte de los libros de historia—. Quiero decir, a los niños que hacen travesuras se les amenaza con que los Kholghishbik vendrán y se los llevarán con ellos. Pero nunca hemos sabido nada acerca de los humanos. Pero tal vez sea algo que la líder Khikhya pueda contaros con más detalle, seguro que alguien como ella sabe mejor estas cosas.

A Emily la cabeza le iba tan rápido que fue consciente de que la sesión de aprendizaje había acabado por ese día. Ya no podía pensar en otra cosa. Esos Kholghishbik podrían ser la clave del destino de la Galileo, del de su padre y del de tantas otras personas.

—Discúlpanos Yisht. Hemos perdido a algunos de los nuestros y no sabemos qué ha podido pasar con ellos —le explicó Rakesh al ser consciente de que Emily ya no atendía a nada de lo que Yisht explicaba.

—¡Oh! Lo siento mucho —exclamó la joven—. ¿Creéis que los Kholghishbik pueden estar detrás de eso?

—Es una posibilidad, sí.

—Lo lamento mucho —dijo, llevándose las manos a la cara.

—Gracias. —Emily se esforzó por aparentar normalidad—. Creo que deberíamos dejarlo para mañana, si no os importa.

—De hecho, es buena hora para volver a nuestro poblado, tenemos que comer —añadió Rakesh.

—Claro —aceptó Yisht—, continuaremos mañana.

Emily, Rakesh y Shildii abandonaron el edificio y volvieron sobre sus pasos casi sin intercambiar palabra. Los soldados de Khikhya los acompañaron hasta la entrada del claro, como era ya habitual.

Cuando Emily y Rakesh llegaron a la base encontraron mucha más actividad de lo normal. Varios transportes estaban dejando el material para ampliar la base justo al otro lado de los invernaderos de Kostas. Las máquinas excavadoras ya estaban trabajando a pleno rendimiento

para nivelar el terreno sobre el que se iban a levantar los nuevos edificios.

«Se me había olvidado por completo que hoy empezaban los trabajos de ampliación —pensó Emily—, y ahora mismo no me viene nada bien tener que estar pendiente de esto».

20

Rebelión

4 de septiembre del año 0

Estación espacial Asimov

Emily repasó durante la tarde la nueva información de la que disponían. Dedicó mucho tiempo a pensar en los Kholghishbik, a los que la joven kepleriana había descrito como los auténticos dueños del planeta. Tuvo que analizar infinidad de veces el tiempo transcurrido desde su última visita al planeta. Si habían tenido algo que ver con la desaparición de la Galileo, los cálculos no le cuadraban en absoluto.

Decidió volver a la estación para hablar cara a cara con el subdirector. Un descubrimiento como ese era demasiado relevante para tratarlo a distancia. Las reuniones de aprendizaje con Yisht habían pasado a un segundo plano, pero Emily acordó con Rakesh que él continuaría acudiendo a la cita mientras ella no estuviera. Esperaba que Yisht comprendiera su ausencia. Rakesh accedió, aunque se mostró algo nervioso por tener que afrontar él solo esa tremenda responsabilidad.

Varios de los ingenieros que habían llegado el día anterior y que habían pasado la noche en la base comenzaban su jornada laboral a la vez que Emily. Así que esa mañana la actividad era más frenética de lo habitual.

El capitán Garth había requerido también la presencia de Robert en la estación esa mañana. Parecía querer organizar a los nuevos militares que se iban a unir al pequeño contingente que ya protegía la base. Ambos aprovecharon uno de los transportes que se encargaban de suministrar los materiales y el personal necesario en la ampliación para volver a la estación espacial.

Una vez en la Asimov, separaron sus caminos. Robert se dirigió a su cita con el capitán y Emily al puesto de mando de la nave. Allí, como ya había ocurrido meses atrás durante las primeras reuniones tras el incidente con el agujero negro, la esperaban el subdirector, el comandante Bauer y la capitana Mei, nadie más.

—Buenos días —saludó Emily, algo más seria y cansada de lo habitual—. Siento llegar tarde.

—No te preocupes —dijo la capitana de la estación—. ¿Qué tal te encuentras?

—Supongo que algo alterada por todo lo que está ocurriendo —respondió y tomó asiento—. Cada día encontramos algo nuevo, y por desgracia no siempre es tranquilizador.

—Sí, te entiendo —le respondió ella.

—Estamos al tanto de los últimos descubrimientos que tanto tú como el doctor Kumar habéis realizado estos últimos días —comenzó el subdirector—. He convocado esta reunión para evaluar la amenaza que al parecer se cierne sobre el pueblo kepleriano y, por extensión, sobre todos nosotros.

—¿Solo vamos a estar nosotros cuatro? —preguntó Emily.

—Sí, me temo que sí —dijo el subdirector muy serio—. Desde que hicimos público el tema de la financiación privada, el clima dentro de la estación dista mucho de ser un perfecto mundo

idílico.

—Vaya —suspiró Emily—, lo lamento, David.

—Imagino que a todo el mundo le hace falta tiempo para asumir la situación real del proyecto. Pero no te preocupes, todo acabará por volver a su cauce.

—Seguro que sí.

—El caso es que conocemos todavía muy poco sobre los... me temo que soy incapaz de pronunciar ese nombre... *Khol-ghish-bik* —recitó, leyendo de la pantalla de su terminal.

—Yo he decidido llamarlos Khol, a secas, para simplificar —reconoció Emily, que entendió a la perfección las dificultades del subdirector—. Significa «extranjero» en kepleriano.

—Mucho mejor —agradeció él—. Conocemos muy poco sobre los Khol, y una de las tareas prioritarias de los colonos de la base Magallanes será precisamente recabar toda la información posible sobre esta nueva raza alienígena, de la que Emily nos hablará ahora.

—En realidad no sabemos gran cosa —reconoció Emily—. El doctor Kumar está ahora mismo de camino al poblado kepleriano para, además de continuar con el aprendizaje de su cultura e historia, conseguir cualquier tipo de información sobre los Khol de la que dispongan en las bibliotecas de la líder Khikhya.

—¿Qué impresión te ha dado esa tal Khikhya? —se interesó el comandante Bauer.

—Lo cierto es que me ha sorprendido de forma positiva —dijo Emily—. Esperaba algo más de resistencia en torno a los forasteros, pero nos han acogido con mucha hospitalidad. Ella parece muy sabia y es respetada por sus semejantes.

—¿No crees que tenga algún tipo de motivación oculta para ser tan hospitalaria? —desconfió la capitana.

—Lo he pensado mucho esta última noche y, más allá de que nos vean como posibles aliados para plantarles cara a los Khol, no se me ocurre nada más.

—Pero ahora no es ella la que os recibe en su residencia...

—No, ella ha decidido viajar para consultar la situación con una especie de antiguos sabios o clérigos keplerianos. Nos atiende una de sus pupilas, Yisht. Es muy servicial, y gracias a ella hemos sabido de la existencia de esta otra especie.

—¿Sabemos algo de esos clérigos? —preguntó el comandante.

—No mucho, la verdad —reconoció Emily, consciente de que en esos momentos había muchas más dudas que certezas—. Sabemos que son los encargados de mantener un antiguo culto en el que se venera a algún tipo de deidad.

—¿Es un culto mayoritario? —intervino el subdirector Green.

—No, parece haber caído en el olvido. Estos Gaal-El, como los llaman ellos, son los custodios de esas antiguas creencias. Parecían esperar el advenimiento de algún mesías o dios que les ayudaría a librarse del yugo de los Khol.

—La verdad es que eso me suena bastante familiar —comentó la capitana—, con la gran diferencia de que aquí el mal es algo muy tangible que al parecer les visita cada pocos años.

—Exacto —dijo Emily.

—Lamento interrumpiros —oyeron decir a Ada—. Pero he perdido la conexión con la base.

—¿Otra vez? —se extrañó el subdirector.

—Sí, eso me temo.

—El día estaba muy nublado, puede que se haya formado de nuevo esa niebla tan densa que nos deja sin comunicaciones —razonó Emily—. Está claro que las mejoras que hizo la doctora Gonçalves no han arreglado el problema.

—Esta vez es un poco diferente, me temo —siguió Ada—. He perdido la señal de manera repentina. El día de la niebla sucedió poco a poco, a medida que se hacía más densa. Ahora es como si se hubieran quedado sin electricidad y no hubiera saltado el generador auxiliar.

Emily se puso nerviosa. Esperaba que fuera un simple apagón y que sus compañeros pudieran solucionar en breve el problema. Pero las palabras de Ada la dejaron bastante intranquila.

—¿Tenemos imágenes de la base? —preguntó el subdirector.

—No —dijo Ada—. Está muy nublado.

—Lo más seguro es que sea debido a eso. No nos preocupemos de momento, puede que no sea nada.

—Pero el doctor Kumar estará solo —les recordó el comandante.

Emily, que no había sido consciente de ese detalle, se removió en la silla.

—Ada, ¿el módulo de traducción estaba instalado en su traje? —preguntó nerviosa.

—Sí, Emily —respondió—. Me he encargado de ello, adelantándome a cualquier eventualidad de este tipo.

—Menos mal. Por lo menos podrá comunicarse con ellos.

—Incluso podrá seguir recabando información, que se guardará en el propio traje y después será volcada junto con el resto del conocimiento que ya tenemos.

—Genial. Gracias, Ada —dijo el subdirector—. Avísanos si recuperas la conexión o en un par de horas si no lo haces.

—Entendido.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —prosiguió.

—Estábamos hablando de esa especie de religión kepleriana —apuntó el comandante.

—Sí, el doctor Kumar intentará conseguir algún libro sobre el culto del que podamos sacar información relevante —dijo Emily—. Pero la propia Yisht ya nos advirtió de que disponían de poca literatura sobre ellos, más allá de lo referente a su propia población y costumbres.

—Quizá ellos sepan algo sobre los Khol —apuntó la capitana.

—Es una posibilidad, sí —reconoció Emily—. Yisht ya nos informó de que, en otra época, además de gestionar la parte religiosa, los Gaal-El eran los dirigentes de toda la sociedad kepleriana. Es posible que dispongan de antiguos escritos que hablen de los Khol y de sus orígenes.

—Y de sus características y puntos débiles —añadió el subdirector—. Sea como fuere, es importante que busquemos todos los aliados posibles entre el resto de los poblados keplerianos. Si la amenaza es tan cruenta y real como parece, creo que vamos a necesitar mucha ayuda.

—Sobre todo teniendo en cuenta que no disponemos del arsenal —les recordó el comandante.

—Me temo que tendremos que esperar al regreso de Khikhya de su viaje para poder siquiera plantearnos algo así —dijo Emily—. Yisht es una estupenda anfitriona, pero no quiero abusar de su hospitalidad. Así que iremos paso a paso, sin precipitarnos. Además, tampoco creo que ella

tenga suficiente poder como para que nos planteemos siquiera ampliar nuestros objetivos.

—Si esa Khikhya es tan respetada como parece, es posible que ella misma se ofrezca a presentarnos al resto de los líderes keplerianos —observó el subdirector.

—Es una posibilidad —respondió Emily.

—Pero lo importante de todo esto, y la razón principal de habernos reunido, es la posible relación de los Khol con la desaparición de la estación espacial Galileo —remarcó el subdirector.

—¿Creéis que los Khol han podido ser los responsables de la destrucción de la Galileo? —preguntó la capitana.

—Era una de las opciones que hemos barajado desde que llegamos aquí, sí —admitió el subdirector con cierto pesar—. Quizá llegaron al planeta justo en el momento en el que los Khol hacían su visita. O quizá los interceptaron de camino aquí y nunca llegaron siquiera a pisar la superficie.

Todos guardaron silencio. Las posibilidades eran infinitas.

—Pero hay algo que no me encaja —siguió Emily.

—Sí, y por eso estamos aquí —dijo el subdirector—. Emily ha preguntado a esa ayudante de Khikhya sobre la última vez que los Khol visitaron el planeta.

—¿Y? —la instó el comandante.

—No me cuadran los cálculos —explicó Emily—. Según Yisht, los Khol estuvieron por última vez unos años antes de que ella naciera. Si tiene unos veinticuatro años humanos y le sumamos, por ejemplo, tres años más, nos dan veintisiete años humanos. Pero la Galileo debería de haber llegado hace diez.

—Eso significa que no deberían de haberse siquiera cruzado —admitió la capitana.

—Salvo que estemos intentado realizar un cálculo que en realidad no podemos hacer —siguió Emily.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el comandante.

—Un viaje tan largo como el que hemos realizado puede llegar a experimentar infinitos problemas de diferentes naturalezas y dimensiones. Esos problemas pueden acabar de manera catastrófica, pero en ocasiones pueden tan solo distorsionar nuestra forma de ver las cosas.

—No sé si te sigo —dijo la capitana.

—Lo que estoy diciendo es que el tiempo transcurrido, según la teoría de la relatividad general, es como su propio nombre indica, relativo —continuó Emily—. Es relativo desde el punto de vista del observador, en este caso nosotros, respecto de la Galileo. Debemos tener en cuenta que este es, con mucho, el viaje más largo que ha realizado la humanidad. Así que cabe pensar que no tengamos todavía el conocimiento necesario como para poder calcular de forma precisa el tiempo transcurrido entre dos acontecimientos.

—Sigo sin entender a dónde quieres llegar —dijo el comandante.

—Te pondré un ejemplo. Imagina que dos barcos de vela parten de la España del siglo XV desde el mismo puerto, pero con diez días de diferencia. Cuando llega el segundo de los barcos, el primero aún no ha llegado. ¿Qué pensarían los tripulantes?

—Supongo que deducirían que el otro barco se ha hundido.

—Exacto —confirmó Emily—. Pero ¿y si las corrientes marinas y el viento hubieran hecho que el segundo barco llegara antes?, ¿o que el primero se desviara un poco de su trayectoria y

llegara a tierra unos cientos de kilómetros más al sur de lo esperado?

—Interesante.

—Lo que quiero decir —concluyó Emily—, es que conocemos tan poco de los viajes estelares que puede que la Galileo ni siquiera haya llegado, o puede que llegara hace muchos más años de los que creemos y fueran interceptados por los Khol.

—Pero ¿cómo podemos saber cuál de todas esas posibilidades es la correcta? —preguntó la capitana.

—No podemos. Pero si damos por hecho que la Galileo no tuvo ningún percance de camino a Kepler-442b, podemos intuir que la segunda opción es la más probable —dijo Emily con un tono mucho más sombrío de lo habitual.

—¿Por qué estás tan segura de eso? —preguntó el subdirector.

—Porque nosotros hemos pasado muy cerca de uno de los fenómenos naturales que tiene la capacidad de alterar nuestra percepción temporal.

—¡El agujero negro! —exclamó la capitana.

—Exacto —dijo Emily—. La atracción gravitatoria del agujero negro a buen seguro nos hizo perder un valioso tiempo que quizá fue demasiado para la Galileo.

—No lo entiendo —insistió el comandante—. ¿Por qué el agujero negro va a afectar al tiempo?

—La gravedad, el tiempo y el espacio están íntimamente relacionados —le explicó—. Imagínate una malla de tela perfectamente estirada y tensa que colgamos de los cuatro extremos. Si dejamos una piedra o un objeto pesado encima ¿qué pasaría?

—¿Que la tela se deformaría un poco? —intentó adivinar el comandante.

—Correcto —concedió Emily—. Pero si suelto una canica dentro del radio de acción que ese peso ejerce sobre la malla, ¿qué ocurriría?

—Que la canica rodaría hacia la piedra.

—Correcto una vez más —felicitó Emily—. Pues esa malla es el espacio-tiempo y la piedra representa el efecto que la gravedad ejerce en él. Ese pequeño embudo que se forma y que atrae a la canica representa el poder de atracción de esa gravedad. Y la deformación de la malla hace que el tiempo se expanda y se deforme, provocando que este sea mucho más extenso y que nos dé la sensación de que el tiempo pasa mucho más despacio.

»Sin embargo —continuó—, en las zonas más alejadas del radio de acción de la piedra la malla no está distorsionada y el tiempo pasa a velocidad normal. Para un observador bajo el efecto de la piedra, los que viajan por las zonas perimetrales de la malla van como a cámara rápida. Y para estos últimos, los que están dentro de la zona de acción de la piedra se mueven a cámara lenta.

—Pero ¿cómo vamos a saber si hemos perdido más tiempo en el viaje que la Galileo? —preguntó la capitana.

—No lo sabremos nunca, salvo que ambos observadores coincidiáramos en el espacio y el tiempo y pudiéramos comparar nuestros puntos de vista —lamentó Emily—. Además, debido al sabotaje Ada no tiene ningún recuerdo de los últimos quinientos años.

—Aun así, ¿podría calcular cuánto tiempo pudimos perder cuando recuperó el control? —preguntó el subdirector.

—Es complicado —dijo ella—. La información de la que disponemos sobre los agujeros negros es solo teórica. Aun así, teniendo en cuenta el tiempo que se invirtió en despertarlos de su criostasis, en preparar el plan de escape y ejecutarlo, podrían ser más de diez años.

—Es decir, que la teoría de Emily puede ser cierta y la Galileo podría haberse topado con los Khol a su llegada —concluyó el subdirector con voz sombría.

—Eso explicaría por qué los keplerianos no habrían oído hablar de los humanos hasta ahora, y por qué no hay ni rastro de la Galileo —añadió la capitana.

Todos guardaron silencio. Todavía no querían reconocerlo, al menos no sin pruebas, pero parecía bastante probable que algo así hubiera podido ocurrir. Emily se dio cuenta de que, cuanto más tiempo pasaba, cuanta más información encontraban, menos posibilidades había de volverse a reunir con su padre.

—Lamento volver a interrumpirles —oyeron a Ada—. Pero algo muy extraño está ocurriendo en la estación.

—¿Qué pasa, Ada? —preguntó el subdirector.

—Detecto un fallo generalizado en las compuertas de apertura de todos los hangares.

—¿En los diez hangares? —preguntó sobresaltada la capitana Mei.

—Sí, en todos ellos —dijo Ada.

—¿Qué tipo de fallo? —se interesó la capitana.

—De los sistemas hidráulicos —respondió Ada.

—¿Significa que nadie puede entrar ni salir de la estación?

—No mientras no se arreglen los sistemas.

—¿Has recuperado las comunicaciones con la base? —preguntó Emily.

—No, seguimos a oscuras —dijo—. Yo no puedo, por diseño, localizar al personal militar de la nave ni monitorizar sus comunicaciones, pero estoy viendo a través de las imágenes de seguridad de la estación que el teniente Beaufort, a pesar de haber enviado varios mensajes al capitán Garth, no ha podido localizarlo. El teniente lleva toda la mañana dando vueltas por la estación, solo.

—Hágale venir aquí de inmediato —dijo preocupado el comandante.

—¿Algo más? —preguntó el subdirector.

—Sí, me temo que todavía hay más —continuó—. Como decía, no puedo rastrear al personal militar, pero sí al civil, y no encuentro a doce de los tripulantes de la estación, entre ellos al segundo oficial de la nave.

—¿No encuentras? —preguntó incrédula la capitana—. ¿Cómo que no encuentras?

—No lo entiendo. Detecto sus transpondedores en uno de los comedores, pero según observo en las cámaras del lugar, allí no hay nadie.

—Eso solo puede significar una cosa —dijo el subdirector en tono sombrío—. Tenemos una rebelión a bordo.

—Ada —intervino la capitana—, haz una lista del personal que no encuentras y un inventario de todo lo que se haya sacado del almacén en los últimos días, así como de las naves que faltan en el hangar.

Ada mostró en pantalla la información solicitada y comprobaron que la lista era bastante

larga. Naves, provisiones, habitáculos para la ampliación de la base, material electrónico...

Justo en ese instante apareció Robert en la sala.

—Descanse, teniente —dijo el comandante tras el pertinente saludo—. Me temo que estamos en plena crisis. Tome asiento, por favor.

—Creemos que acabamos de sufrir una rebelión a bordo —informó el subdirector—. ¿Sabe dónde se encuentra el capitán Garth?

—No. Me había citado con él aquí esta mañana, pero no he logrado encontrarle —respondió el teniente—. He preguntado a varios soldados de la estación, pero ninguno lo ha visto en todo el día.

—¡Maldita sabandija cobarde! —gritó la capitana—. Estaba segura de que nos iba a causar problemas.

—Mantengamos la calma. Todavía no sabemos qué está pasando —intentó tranquilizar el subdirector.

—Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí —urgió Emily—. Creo que la pérdida de comunicación con la base puede estar relacionado con esto.

—Tienes razón —coincidió la capitana—. Ada, ponme con el director Patel.

La capitana mantuvo una breve conversación con el director que ya estaba al tanto de los problemas en los hangares y estaba movilizándolo a los pocos efectivos de los que disponía en la estación para solucionar lo antes posible la situación. Mencionó también que no encontraba a un par de sus ingenieros de confianza.

—El director Patel está en ello —confirmó la capitana tras concluir la conversación—. Él también ha echado en falta a dos de los suyos.

—Esto ha sido organizado con mucho cuidado —dijo el comandante—. Y yo también creo que es obra del capitán Garth. Desde que llegamos aquí ha manifestado en multitud de ocasiones su disconformidad con nuestra forma de dirigir la expedición. Tan solo respetaba las órdenes del almirante O'Connell, nunca me ha visto como un verdadero líder —se lamentó.

—Usted ha hecho lo que debía hacer en todo momento, comandante —le recordó Emily—. Él es el único responsable de todo esto, yo también estoy segura.

Repasaron la lista de civiles que no conseguían localizar: El segundo oficial Kuijpers; el oficial de seguridad Barrios; un par de ingenieros; el piloto Wilson, que había ejercido de copiloto en la Ícaro, y así hasta doce civiles con diversas funciones y conocimientos.

—Es una lista de lo más variada —comentó el subdirector—. A partir de este momento, las decisiones capitales se tomarán en el más estricto de los secretos. No podemos descartar que los rebeldes hayan dejado a alguien dentro de la estación para conocer las decisiones que se toman aquí.

—Ada —pidió el comandante—. Muéstranos una lista de los militares de los cuales no tenemos la posición actual.

La IA mostró en pantalla una lista de veinte nombres, encabezada por el capitán Garth.

—Vaya, qué sorpresa —ironizó el subdirector—. Parece que todos sus compañeros del equipo de operaciones especiales se han sumado a su particular fiesta.

—Y nos ha dejado con los soldados más jóvenes y menos experimentados —añadió la capitana.

—Ada, los transpondedores funcionan también por satélite ¿verdad? —preguntó Emily.

—Sí, correcto.

—¿Puedes mostrarnos la posición exacta de los transpondedores de los residentes e ingenieros que estaban esta mañana en la base?

—Claro.

En una imagen estática de la zona del día anterior, sin nubes, Ada mostró la posición de cada uno de los habitantes de la base, además de los ingenieros encargados de ampliarla. En el distribuidor cuadrangular del fondo de la base había un total de trece puntos rojos que permanecían inmóviles. Al lado de cada punto rojo que Ada situó en la pantalla había una foto con el nombre de cada uno de ellos. Emily vio los transpondedores de Gorka, Paula, Taro, Chad, Evelyn, Kostas y Balakova. Todos se encontraban en el mismo lugar. Junto con ellos estaban seis de los ingenieros del director Patel. Emily echó en falta a alguien.

—¿Rakesh está en el poblado todavía? —preguntó.

—Sí. —Ada mostró su ubicación.

—¿Y los militares? —preguntó el teniente.

—Solo encuentro a la soldado Ferrara y al sargento Ortiz, que están en el mismo lugar que el resto.

—¿Y la sargento Cameron?

—No logro encontrarla.

—¡Maldita sea! —exclamó Robert—. Debí haberlo imaginado.

—Un momento —dijo Emily— ¿Y Jonathan?

—Jonathan está en el exterior —dijo Ada, que mostró su punto rojo justo enfrente de la entrada a la base, separado del resto. Emily se temió lo peor.

21

Traidor

4 de septiembre del año 0

Estación espacial Asimov

Las reparaciones en las puertas de los hangares principales les llevaron unas cuantas horas, que a la vista de los acontecimientos a Emily y Robert se les hicieron eternas. Junto a ellos, un pequeño grupo de los soldados inexpertos que había disponibles en la propia estación estaban ya preparados para partir en cuanto el equipo de ingenieros acabara de cambiar los sistemas hidráulicos de uno de los enormes mecanismos de apertura.

La tensión del momento, la incertidumbre y la gravedad de lo ocurrido convirtieron el trayecto de vuelta al planeta en un infierno. Ya en la aproximación, Robert trató de calmarla al ver que las piernas de Emily cobraban vida propia en el austero asiento del vehículo de transporte.

—Tranquila, estoy seguro de que estarán todos bien.

—¿Cómo han sido capaces de hacer algo así? —preguntó impotente—. Vinimos aquí en busca de la unidad y de un futuro juntos, y a las primeras de cambio... y con esta facilidad, dan un golpe de Estado para tumbar lo que tanto nos ha costado conseguir.

—Yo tampoco lo acabo de entender —reconoció Robert—. Solo se puede explicar desde el punto de vista de una mente enferma como la del capitán Garth.

Los soldados se apearon de la nave en primer lugar, fusil en mano y apuntando en todas direcciones, como un equipo bien coordinado. Avanzaron unos cuantos pasos hasta detenerse a unos pocos metros de la base.

—Despejado —oyó Emily decir a varios de los militares, incluido Robert.

Cuando salió de la nave, lo primero que pudo comprobar fue que no había ningún tipo de maquinaria, material o instalación preparada para ampliar la base. Parecían habérselo llevado todo, incluso el rover y la nave que se quedaba de forma habitual en la base.

—Se lo han llevado todo —bufó Emily.

—¡Jonathan! —exclamó Robert, y comenzó a correr hacia un madero alto que habían clavado en el suelo a unos pocos metros de la entrada a las instalaciones—. ¡Aquí, ayudadme!

Emily vio algo en el madero, pero ni en su peor pesadilla podría haber imaginado lo que se iban a encontrar. Colgado del madero estaba el cuerpo sin vida de Jonathan Wiśniewski, soldador del proyecto y artífice del sabotaje de la estación. Los rebeldes lo habían desnudado y atado boca abajo al madero por los pies, a unos tres metros de altura. Su cuerpo estaba magullado y su rostro era del todo irreconocible debido a las deformidades provocadas por la más que probable paliza que había recibido antes de colocarlo en esa macabra posición. Pero sin duda, lo que más impresionó a Emily fue que en su pecho, cubierto de una masa sanguinolenta y coágulos, se podía leer la palabra TRAIADOR escrita en su propia carne mediante un objeto afilado.

—¡Malditos bastardos! —gruñó Robert con los dientes apretados.

—¿Qué clase de monstruo es capaz de hacer algo así? —preguntó Emily con gran congoja.

—Alguien despiadado y sin escrúpulos —respondió él—. Ahora ya sabéis todos qué clase de persona es.

—No es una persona, es un monstruo.

—Ayudadme a bajarlo de ahí —pidió Robert.

Entre los dos, y con la ayuda de alguno de los soldados, pudieron levantarse lo suficiente del suelo para desatar las cuerdas que lo sujetaban al madero. Posaron con suavidad el cuerpo del soldador en el suelo. Robert aprovechó una de las destrozadas mallas de los invernaderos, que los rebeldes se habían encargado de reducir a escombros con mucha efectividad, y tapó el cadáver para que nadie más pudiera verlo en aquel estado.

Una vez deshecha la barbarie, se apresuraron a entrar en la base. Tras pasar por descontaminación que, por suerte, seguía funcionando, pudieron comprobar que había suministro eléctrico en la base, aunque al parecer solo estaban en funcionamiento los sistemas de soporte vital.

—Diría que está en marcha el generador auxiliar —dijo Robert mientras Emily evaluaba los más que evidentes destrozos que había en el primero de los distribuidores—. Se habrán llevado el principal.

Robert y los soldados cruzaron la puerta que los separaba del pasillo y comenzaron a avanzar en formación, apuntando al frente con sus armas de asalto. Al abrirse las puertas del segundo de los distribuidores Emily pudo ver con dificultad, a través del poco espacio que dejaban los soldados, un montón de cuerpos repartidos por el suelo de la estancia. El corazón le dio un vuelco y no pudo evitar correr y abrirse paso entre ellos para comprobar la situación de primera mano.

Por suerte, todos estaban vivos. El capitán Garth y sus secuaces los habían atado con bridas y los habían dejado allí. El único herido era Gorka. Tenía el ojo derecho tan hinchado que apenas podía ver por él. Le habían roto la nariz y respiraba con dificultad aunque, tratándose de Gorka, no sería la primera vez. Era evidente que el capitán se había cobrado su venganza tras los dos encontronazos que tuvieron hacía varias semanas. A su lado, Paula parecía intentar tranquilizarlo como podía.

—Creo que es la vez que más me alegro de ver a alguien —dijo Kostas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Emily.

—Creo que sí —respondió Paula entre sollozos—. El que peor está es Gorka. Le han dado una buena paliza.

—Y Taro sigue inconsciente —dijo Chad—. Le han disparado un sedante nada más llegar.

Emily hizo una rápida evaluación de los daños. El diagnóstico preliminar parecía correcto, el que peor pinta tenía era Gorka pero, a pesar de lo aparatoso de su aspecto, no parecía demasiado grave. Tendrían que revisar esa nariz y sus más que probables costillas rotas. El resto parecían estar bien; la soldado Ferrara tenía el pómulo enrojecido y algún rastro reseco de sangre debajo de la nariz, señal de que también había presentado batalla.

El resto, dejando el susto a un lado, estaban en perfectas condiciones, incluido Rakesh, que había vuelto tras pasar la mañana con los keplerianos y se había encontrado de bruces con la situación. Robert y los soldados los liberaron a todos.

—¿Y Jonathan? —se apresuró a preguntar Kostas mientras se frotaba con preocupación sus maltrechas muñecas.

Emily negó con la cabeza sin decir una sola palabra, pero no hizo falta nada más.

—En cuanto llegaron se convirtió en el blanco de sus ataques. Lo golpearon, lo arrastraron y se burlaron de él de forma constante —les contó Kostas con apenas un hilo de voz—. Él fue el causante de los problemas en la estación, ¿verdad?

—Así es —asintió Emily.

—Aun así, parecía un buen hombre. Evelyn nos ha contado lo que pasó en el juicio —dijo el ingeniero agrónomo—. Nadie merece pasar por lo que ha tenido que pasar.

Los ingenieros del director Patel ayudaron a Emily a hacer un balance de daños y pérdidas, aunque lo cierto era que no había demasiado que evaluar, se habían llevado todo el material aprovechable con el que se pretendía construir la nueva ampliación. Y por si no fuera suficiente, habían esquilado lo que ya había construido en las instalaciones actuales.

Se habían llevado el generador de fusión, la impresora alimenticia y también la de aleaciones metálicas, las defensas de la base, sensores, repuestos y material de vital importancia para la subsistencia. Se habían llevado hasta los colchones de las habitaciones y el material del gimnasio. La base estaba poco menos que inutilizada. También faltaban los exotrajados de algunos de los allí presentes, el de Kostas, el de Evelyn y los de los ingenieros. Por fortuna, tuvieron la deferencia de dejar algunos, entre ellos el de Gorka, que tuvo que ser ayudado a llegar hasta la nave al descubrir que, además de todo lo visible, también tenía fracturada la pierna derecha.

—¿Cómo han podido hacer esto? —preguntó Robert.

—Lo primero que han hecho ha sido sabotear el sistema eléctrico y las comunicaciones, dejando a Ada incomunicada —dijo Paula, todavía con el corazón en un puño—. Después han ido reduciéndonos a todos. A Taro le han disparado un tranquilizante, y a Gorka y Ferrara, que han sido los que más se han resistido, los han reducido por la fuerza. Pero el capitán ha sido especialmente duro con Gorka...

—Ferrara y Ortiz han hecho lo posible, pero la malnacida de Cameron les ha sorprendido a ambos por la retaguardia —les contó Chad.

—Esa maldita hija de puta me las va a pagar —dijo una Ferrara mucho más herida en su orgullo que en lo físico.

—Luego nos han traído aquí, nos han atado y mientras un par de soldados nos vigilaban, el resto ha comenzado a dismantelar la base —continuó Evelyn.

—Al menos estamos vivos —afirmó Kostas.

—Yo he vuelto poco antes de la hora de comer —intervino Rakesh—. Al principio no me he dado cuenta de nada. Y aunque había notado ya la falta de comunicaciones, pensaba que era un problema de mi exotraje. Cuando he llegado he visto más actividad de lo normal, pero suponía que se trataba de los trabajos de ampliación. Luego, cuando ya me han apuntado con sus fusiles y he visto que alguna de las naves se marchaba con parte del material cargado en su bodega, me he dado cuenta de lo que pasaba.

—¿En qué dirección se han marchado las naves? —quiso saber Robert.

—Noroeste, diría yo, pero lo cierto es que no soy muy bueno orientándome —reconoció Rakesh.

—Pero ¿a dónde han podido ir? —preguntó Emily.

—A cualquier sitio que esté ahora mismo cubierto por las nubes —dijo Robert—. Creo que han aprovechado este día por tener gran parte del material de la ampliación sin montar y porque estaba nublado y podían evitar ser detectados por los satélites.

—Eso nos da una superficie de terreno demasiado grande —se lamentó Emily, recordando la gran extensión de nubes que cubría la zona en las imágenes del satélite.

—Pero ¿y las naves?, ¿los trajes que se han llevado?, ¿y todo el material? —preguntó Paula—. ¿No podemos rastrearlos y recuperarlos?

—Con ellos estaba uno de los ingenieros militares más competentes del proyecto —dijo Emily—. Por desgracia, seguro que han tenido todo eso en cuenta y habrán desconectado los sistemas de rastreo de lo que se han llevado.

—Me temo que tenemos que evacuar la base hasta nueva orden —dijo Robert—. Aparte de no estar ya seguros aquí, el generador auxiliar puede fallar en cualquier momento y quedarnos sin oxígeno.

Emily asintió, consciente de que también se habían llevado el depósito auxiliar de oxígeno y que el aire del interior podría acabarse si el sistema de filtrado del exterior fallaba. Aun así, la idea tenía algunas complicaciones:

—No tenemos trajes suficientes, no podremos evacuarlos a todos —dijo.

—He solicitado que otro transporte nos traiga lo necesario —explicó Robert—. Los que dispongáis de traje, id saliendo al exterior. La nave os llevará de vuelta a la Asimov.

—Yo me quedo —dijo Ferrara.

—No, soldado —objetó el teniente—. Vaya a que le miren ese pómulo y esa nariz, se le está hinchando. Además, aquí ya no hay mucho más que hacer por el momento. Tenemos efectivos de sobra para gestionar el resto de la evacuación.

—A la orden —obedeció a regañadientes.

—Tú y yo, si no te importa —dijo, dirigiéndose a Emily—, nos quedamos para coordinarlo todo.

—Por supuesto —aceptó Emily—. De hecho, me gustaría echar un último vistazo a la base antes de marchar.

Emily revisó con cierta desazón cómo los militares rebeldes habían dejado las estancias del lugar. No solo se habían llevado todo lo necesario para que la base pudiera funcionar de forma autónoma durante años, sino que, además, habían realizado algunos destrozos gratuitos y sin sentido. Allí por donde pasaba veía puertas destrozadas, lámparas sin bombillas o simplemente un fuerte golpe en la pared o el suelo.

El gimnasio había sido vaciado por completo. Los dormitorios no tenían mobiliario de ningún tipo, igual que el comedor y la cocina, que había sido desmantelada en su totalidad. Incluso las taquillas con los efectos personales de los expedicionarios estaban destrozadas. Emily casi no tenía nada ahí dentro, pero echó en falta algo de ropa y los dos libros que le había regalado su padre. Tampoco estaba el colgante con la piedra oscura que su tía Helen le entregó cuando ella era muy pequeña. En aquellas circunstancias, eran objetos irremplazables.

Del almacén se habían llevado todo aquello que consideraron de utilidad, aunque le resultó curioso que hubieran dejado una de las mulas, la que estaba rotulada con el logotipo de la Copérnico.

—Vaya, eres una auténtica superviviente —dijo Emily, que intentó encenderla sin éxito—.

Parece que tendrán que revisarla para que vuelva a funcionar —murmuró.

Por último, entró en el laboratorio. Allí no parecía faltar nada, pero la mayoría de los instrumentos estaban destrozados o necesitaban una reparación. Casi no pudo contener las lágrimas, tendrían que empezar de nuevo. Estaba a punto de salir del laboratorio cuando se le ocurrió revisar la pequeña sala en la que solía sentarse a trabajar. Allí habían descubierto los campos de cultivo de los keplerianos y, por algún extraño motivo, permanecía intacta.

«Qué extraño, toda la base parece un campo de batalla excepto esta sala», pensó.

El terminal estaba encendido y alguien había dejado un archivo seleccionado. Su nombre: «A los dirigentes del proyecto Orfeo». Era un video. Cuando lo reprodujo, el capitán Garth apareció en un primer plano de la grabación. Iba ataviado con el exotraje, aunque se había quitado el casco.

—El siguiente mensaje está dirigido a los dirigentes de la estación espacial Asimov —comenzó el capitán—. Esto es lo que nos habéis empujado a hacer con vuestras tibiezas y medias tintas. Esta situación podría haberse evitado si los altos mandos del proyecto hubieran sido capaces de hacer su puto trabajo de una manera transparente y justa. Primero nos dejaron sin nuestro arsenal. Después, le perdonaron la vida a ese soldador bastardo de tres al cuarto; aunque he de decir, con cierta satisfacción, que he disfrutado muchísimo dictando una nueva sentencia. Y, por último, nos ocultan que, como de costumbre, el proyecto está basado en las mismas mentiras y corruptelas de siempre.

»El almirante O’Connell no habría permitido que ninguna de estas calamidades ocurriera bajo su mando. Pero para todos nosotros —hizo un gesto con ambas manos señalando a su alrededor—, se ha acabado eso de ser dirigido por pusilánimes y niñitas haciendo sus experimentos de ciencias para el colegio.

»Acabo de declarar a mi equipo en rebeldía —anunció de manera formal, y listó a todos y cada uno de los miembros de su nuevo equipo—. Por la presente, todos los citados renegamos de cualquier relación, membresía o pleitesía para el conocido como Proyecto Orfeo. No reconocemos su autoridad ni la de ninguno de sus directivos y altos mandos militares, por lo que decidiremos nuestro propio destino y forma de gobierno.

»Y, a continuación, les anuncio lo que va a pasar a partir de ahora mismo. No intentarán rastrearnos; ya nos hemos encargado de ello, así que ahórrense el esfuerzo, no podrán detectarnos. No se entrometan en nuestras actividades. No intenten comunicarse con nosotros. Si por algún casual descubren alguna o algunas de nuestras localizaciones, abriremos fuego sin previo aviso. Hemos sido bastante deferentes con aquellos con los que hemos compartido campo de batalla, no tienten a su suerte.

»Ustedes pueden seguir jugando a las civilizaciones de juguete; nosotros vamos a colonizar el planeta de verdad, y si para ello tenemos que arrasar la superficie y acabar con todas las malditas especies que haya, no nos temblará el pulso. Si incumplen cualquiera de estas sencillas directrices, habrá consecuencias muy graves. Ya lo hemos dispuesto todo, no nos obliguen a hacer algo que no tenga marcha atrás.

»Capitán de la Marina de los Nuevos Estados Unidos Tyson Garth. Corto y fuera.

Emily se inclinó en la silla y se llevó las manos a la cabeza. El capitán Garth acababa de hacer saltar por los aires gran parte del trabajo que habían estado realizando desde que llegaron al planeta. Pero incluso obviando la clara referencia hacia ella misma, lo que más le preocupaba era esa última frase: Ya lo hemos dispuesto todo.

—¿Qué ha querido decir con eso? —murmuró.

Robert apareció en la sala.

—Emily, tenemos que irnos —le dijo—. Ya ha llegado el transporte con el resto de los trajes. Podemos evacuar la base. —Al ver que Emily no reaccionaba, preguntó: —¿Qué ocurre?

Puso de nuevo en marcha el vídeo del capitán Garth.

—¡Maldito cabrón! —espetó al concluir.

—¿A qué crees que se refería con eso de que ya lo han dispuesto todo? —preguntó.

—A que tendremos algún regalo explosivo dentro de la estación —dijo Robert—. Y si cumple su amenaza, podría ser el fin de la humanidad.

La base fue evacuada, pero antes de volver a la estación espacial, todos los expedicionarios quisieron rendir un último homenaje a su compañero asesinado. Tanto Kostas como Robert cavaron un agujero a la sombra de un enorme árbol de las inmediaciones. Evelyn, Rakesh y Emily, por su parte, se encargaron de amortajar lo mejor que pudieron el cadáver del soldador. Utilizaron cuerdas y parte del destrozado tejido de los invernaderos para cubrir por completo el cuerpo.

Fue un duro pero emotivo momento. Aunque no llegaron a conocerle demasiado, era una clara prueba del fracaso del proyecto y de que la humanidad estaba condenada a tropezar con la misma piedra una y otra vez. No hubo palabras amables, no hubo un discurso elocuente y sentimental. Tan solo el silencio que acompañaría por siempre al padre que tuvo que sacrificarlo todo, hasta su propia humanidad, por la vida de su hijo.

22

Desmoralizados

5 de septiembre del año 0

Estación espacial Asimov

En cuanto regresaron a la Asimov, el subdirector convocó a Emily y a Robert a una reunión de urgencia. Necesitaban trazar una estrategia lo antes posible. Sin embargo, en previsión de una posible brecha de información, solo se permitió el paso a la capitana Mei, el comandante Bauer, el subdirector Green y, por supuesto, ellos dos. Emily les habló de lo que habían encontrado. Fue muy dolorosa la parte en la que relataron la barbarie que el capitán Garth y sus secuaces habían perpetrado con Jonathan Wiśniewski.

—Nunca barajamos esta posibilidad —reconoció el subdirector, desmoralizado—. El proyecto se creó bajo unos parámetros de humanidad, respeto y concordia. Esto es inhumano, impropio de una civilización que se precie de ser avanzada.

—No entiendo por qué, ni siquiera tan lejos de la Tierra, no somos capaces de perdonar y pasar página —añadió Emily con pesar.

—Ni siquiera siendo los últimos humanos del universo somos capaces de hacerlo —se quejó la capitana.

—Jonathan era un hombre arrepentido, no tengo ninguna duda de ello —dijo Emily—. Y me atrevería a decir que incluso él quería perdonarse a sí mismo e integrarse de nuevo en el proyecto.

—¿Qué habéis hecho con el cuerpo? —preguntó Green.

—Le hemos dado sepultura en una zona alejada —respondió el teniente Beaufort.

—Es lo menos que podíamos hacer —añadió Emily.

—Descanse en paz —susurró el subdirector.

Tras un sentido momento de silencio, Emily les mostró el video del capitán Garth a los que no lo habían visto todavía.

—Creemos que han colocado algún tipo de dispositivo explosivo oculto en la nave —dijo Emily cuando concluyó el vídeo.

—Teniendo en cuenta lo que es capaz de hacer ese malnacido, no me extrañaría en absoluto —maldijo la capitana Mei.

—Tenemos que encontrarlo y desactivarlo —continuó.

—Debemos ser cautos con las acciones que llevemos a cabo —objetó el subdirector—. El capitán Garth es muy inteligente, es un militar condecorado por realizar multitud de misiones de infiltración en la Tierra. Estoy convencido de que habrá previsto todos nuestros movimientos y es más que probable que tengan a alguien infiltrado en la nave.

—¿Ada no puede revisar las conversaciones de los últimos días de los rebeldes para intentar averiguar quiénes pueden ser los infiltrados? —preguntó Robert.

—Por diseño, Ada no tiene permitido rastrear ni almacenar ningún tipo de información o conversación en la que un militar esté involucrado —explicó Emily—. Supongo que el capitán era muy consciente de ello cuando conspiraba para llevar a cabo su pequeño golpe.

—Podemos levantar esa limitación —propuso el comandante Bauer.

—Sí, aunque eso les restará autonomía a ustedes —respondió Emily.

—Lo sé, pero a estas alturas la expedición no tiene nada que ver con lo que se planificó antes de salir de la Tierra —dijo el comandante—. Ahora mismo tenemos más de novecientos militares en criostasis sin material militar con el que equiparlos. Creo que esa medida dejó de tener sentido cuando perdimos el arsenal. Mucho me temo que los militares de la expedición tendremos que reinventarnos.

—¿Puedes gestionarlo, Emily? —preguntó el subdirector.

—Necesitaré la validación de las credenciales de los dos militares de mayor rango del proyecto —dijo ella.

—Por suerte, los tienes aquí sentados a ambos —señaló el subdirector Green—. Luego gestionáis lo que necesitéis pero, aun así, eso nos permitirá monitorizar lo que pase a partir de ahora, no lo que ya ha pasado. Continuaremos sin la garantía de poder actuar con total libertad mientras no descubramos si hay alguna brecha en la seguridad de la estación.

—¿Y qué hay de las conversaciones del personal no militar? —preguntó Robert.

—Podríamos explorar esa vía —pensó el subdirector.

—Es posible que Ada pueda encontrar algo, pero dudo que Garth haya puesto en conocimiento de civiles las líneas maestras del plan —razonó Emily—. Tan solo el segundo oficial y el oficial de seguridad tenían suficiente rango como para haber sido parte importante del motín. Y dudo que se hayan despistado de alguna manera.

—Aun así, merece la pena intentarlo —insistió el subdirector—. Es todo lo que tenemos por el momento.

—¿Puede Ada estar comprometida de alguna manera? —quiso saber la capitana.

—No —negó Emily con rotundidad—. A no ser...

—A no ser, ¿qué? —preguntó la capitana al ver que Emily no continuaba.

—Ada solo puede ser modificada desde su terminal —explicó—. Y a ese terminal solo tenemos acceso unas pocas personas en toda la estación, y están todas sentadas en esta mesa. Si damos por hecho que ninguno de los aquí presentes estamos involucrados en la rebelión, solo nos queda una posibilidad.

—¿Qué posibilidad? —preguntó el comandante sin entender a dónde quería llegar.

—La copia de mi chip que Jonathan tenía implantado junto al suyo —dijo Emily—. Supongo que estaría custodiada por alguno de los implicados.

—Hay que destruir ese chip —dijo la capitana.

—Pero es la prueba de un delito —objetó el subdirector—. Hablaré con la jueza Meyer, tendremos que destruirlo. Pero de momento no utilizaremos a Ada para nada relativo a la búsqueda de los rebeldes, por lo que pueda pasar.

—Y tampoco deberíamos de tratar temas importantes fuera de esta sala —añadió el comandante.

—Si han desactivado sus propias comunicaciones y transpondedores ¿cómo se supone que

van a enterarse de lo que hagamos o dejemos de hacer en la estación? —preguntó la capitana.

—Tal vez hayan acordado algún tipo de protocolo para comunicarse con alguien de la nave —dijo Emily—. O algo que se salga de lo habitual, para no ser detectados.

A nadie se le ocurrió ninguna idea brillante que pudieran llevar a cabo para descubrir de qué manera los rebeldes podrían estar espiando la actividad de la estación.

—De acuerdo, si no tenemos nuevas ideas que aportar a este respecto —dijo el subdirector—, no haremos nada.

—¿Nada? —preguntó Emily extrañada.

—No pienso poner en riesgo la misión por un maniático sanguinario como el capitán Garth.

—Pero ¿y si deciden detonar lo que quiera que hayan dejado aquí? —preguntó la capitana Mei.

—No lo harán —dijo Robert con convicción.

—¿Cómo está tan seguro de ello? —preguntó ella.

—Porque en el fondo seguimos siendo su póliza de seguros —respondió—. Solo en un caso extremo decidirían acabar con una fuente segura de energía, alimentos y tecnología.

—El teniente está en lo cierto —apoyó el subdirector—. Puede que hayan dejado algún tipo de artefacto para utilizarlo en un caso extremo, o incluso para chantajearnos si fuera necesario. Pero si no nos inmiscuimos en sus asuntos y ellos no se encuentran en una situación de absoluta gravedad, el capitán no sacará el único as que le queda en la manga.

—Pero, entonces, ¿no hacemos nada? —preguntó Emily, un tanto decepcionada.

—Sí, seguir con nuestro propio calendario —dijo el subdirector—. Ya hemos comenzado a sacar de la criostasis a un nuevo reemplazo de soldados. Aumentaremos la presencia militar en la base, por si se les ocurre volver.

—El ejército colocó a posta algunos suministros militares ligeros en el hangar civil, pero estamos empezando a tener problemas de escasez —añadió el comandante—, en especial, de munición y exotrajés. Pero si no somos capaces de asegurar una pequeña zona en el planeta, el resto de la expedición carece de sentido, así que estamos obligados a poner toda la carne en el asador.

—Reconozco que es un revés importante —dijo el subdirector—, pero volveremos a recuperar la actividad en el planeta y continuaremos con la ampliación. El director Patel ya está disponiéndolo todo para empezar mañana mismo con las obras de restauración.

—No puedo creer que se vaya a salir con la suya —se quejó Emily.

—Sé que no es justo —dijo David—. Pero ahora más que nunca tenemos que ser pragmáticos. Y, sobre todo, debemos pensar en continuar con nuestro cometido. Hemos sufrido importantes pérdidas, sí, pero por el momento la estación espacial tiene suficientes repuestos para todo lo que se han llevado. Tenemos que mirar hacia delante.

—¿Y qué vamos a hacer con los keplerianos? —preguntó la capitana—. Esa velada amenaza del vídeo en la que decían que iban a acabar con las especies del planeta puede convertirse en un verdadero problema.

—Creo que la doctora Rhodes y el doctor Kumar tendrán que utilizar la diplomacia y hablar con la líder kepleriana —indicó el subdirector.

—Sí, claro —respondió Emily—. Pero no sé cómo abordar un tema así, la verdad. Ni siquiera

he podido estar con Rakesh para que me pusiera al día de los avances.

—El doctor Kumar ha acabado de repasar el diccionario —respondió Ada—. He podido sincronizar la información de su traje con mis bases de datos.

—Por lo menos una buena noticia entre todo este caos. El idioma ya no será un problema para comunicarnos con cualquier kepleriano —suspiró Emily.

—Ada, ¿sabes si la líder kepleriana ha regresado ya de su viaje? —se interesó el subdirector Green.

—Todavía no. El doctor Kumar preguntó esta mañana a su ayudante cómo de largo era el trayecto y esta le dijo que estaban a menos de un día, pero que, debido a la avanzada edad de la líder, casi con toda seguridad se prolongaría algo más.

—Entendido, gracias —dijo resignado el subdirector—. Tendremos que aguardar a su regreso. Esperemos que, de momento, los rebeldes del capitán estén tan ocupados con la instalación de sus propias bases como para que no cometan ninguna estupidez.

Emily y Robert aprovecharon lo que quedaba de tarde para hablar con el resto de sus compañeros. Necesitaban estar unidos. Gorka había sido ingresado en la zona de observación de la enfermería. Taro, por su parte, había permanecido inconsciente durante un largo periodo de tiempo, así que la doctora Schmidt había decidido tenerlo también vigilado al menos durante esa noche.

En la enfermería encontraron a Paula y Chad, que querían permanecer lo más cerca posible de sus dos compañeros.

—¿Qué tal estáis? —preguntó Emily.

—Contando los días para poder volver al planeta y patearles el culo a esos cobardes de tres al cuarto —dijo Gorka desafiante.

—Primero tendrás que recuperarte de esas dos fisuras en las costillas, de la fractura nasal y de la pierna —le recordó Paula mientras lo regañaba con los brazos en jarra.

—¿Esto? He estado peor muchas otras veces.

—¿Quién te lo hizo? —preguntó Emily.

—Fueron el capitán Garth y su marioneta, el sargento Reynolds.

—Pero tuvieron que agarrarle entre otros cuatro —añadió Chad—. Y, aun así, casi se los lleva a todos por delante.

—Tenía que haberles partido la cara a todos —bufó Gorka con rabia.

—Pero ellos iban armados y tú no —le regañó Paula.

—Me vale con estos dos —levantó sus puños.

—Bueno, ahora lo importante es que te recuperes —le dijo Robert—. Me temo que tendremos mucho trabajo por delante.

—¿Y tú que tal estás, Taro? —preguntó Emily dándose la vuelta en dirección a la cama de enfrente.

—Todavía me noto algo mareado —respondió él en apenas un murmullo—, pero supongo que mejor que otros.

—¿Por qué te sedaron solo a ti? —preguntó Emily.

—Porque era uno de los peligrosos —explicó Robert.

—Pero a Gorka no lo durmieron —objetó Emily.

—Conociendo al capitán Garth, habrá querido que Gorka sintiera todos y cada uno de los golpes que le dieron, por aquella disputa en el río —reflexionó Robert—. Pero a Taro prefirió eliminarlo de la ecuación, en vista de lo que fue capaz de hacer con sus katanas.

—Por cierto, se las han llevado —dijo Chad.

—¿Qué?! —exclamó Emily.

—Sí, se han llevado muchas cosas de valor de nuestras taquillas —dijo Paula—. Pero dudo que nada con un valor tan sentimental e irreemplazable como las katanas de Taro.

—Eran únicas —dijo Chad.

—Hay que ser canallas para hacer tal cosa —se quejó Emily.

Observó la cara de circunstancias del pobre Taro a pesar de estar todavía bajo los efectos del potente narcótico. Había muchas cosas dentro del proyecto que eran casi únicas, pero unas espadas ceremoniales japonesas como las que había traído él habrían sido irreemplazables incluso en la Tierra. La manera tradicional de templar el acero de los herreros japoneses no tenía parangón. Se notaba que Taro pasaba por un momento difícil, tenía la moral por los suelos.

—Pues sí —dijo Paula—. Lo más seguro es que a vosotros también os falten cosas.

—A mí me han quitado mis libros y un colgante que me regaló mi tía Helen.

—Vaya, ¿tenía mucho valor? —preguntó Chad.

—No, era una simple piedra oscura pulida. Era bonita y extraña, aunque dudo que tuviera un gran valor económico. Pero era lo único que me quedaba de ella, no la volví a ver nunca más.

—¿Murió? —preguntó Chad.

—No... bueno, en realidad no lo sé —respondió—. Tan solo tengo el vago recuerdo de haberla visto un día, yo era muy pequeña. Pero sí que me acuerdo de que me dijo que esa piedra me ayudaría a conseguir grandes cosas. Supongo que es la típica frase que se queda grabada en la cabeza de una niña de seis años por algún motivo, quizá por eso le tenía un cariño especial.

—Encontraremos y recuperaremos todas nuestras pertenencias —les aseguró Robert.

—Y les patearemos el culo a esos soldados de mierda —gruñó Gorka—. Sin ofender —añadió dirigiéndose a Robert, que asintió con la cabeza.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Paula.

—Volver a la base en cuanto el director Patel concluya los trabajos de reacondicionamiento de las instalaciones —les dijo Emily.

—Pero ¿y si vuelven a aparecer? —preguntó Chad algo asustado.

—Esta vez tendremos una mayor presencia militar en la base —dijo Robert—. Personal recién despertado y sin ningún tipo de relación con el capitán Garth ni ninguno de los rebeldes. Yo mismo me he encargado de confeccionar una lista junto con el comandante Bauer.

—Entonces, ¿la idea es continuar con el plan original como si no hubiera pasado nada? —preguntó Paula.

Emily miró a Robert para evaluar su expresión, quería conocer su opinión sobre lo que estaba a punto de hacer. Robert supo al momento lo que pensaba y asintió sin dudarlo.

—Veréis —comenzó—. El capitán Garth dejó un video grabado para la dirección del

proyecto y nos ha amenazado con tomar medidas drásticas si intentábamos dar con su paradero.

—¿Tomar medidas? —preguntó Chad—. ¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Creemos que han dejado algún artefacto explosivo en la estación espacial.

—¿Qué?! —exclamaron todos.

Emily les hizo una seña para que se calmaran y bajaran el tono.

—Nadie sabe nada de todo esto y me gustaría que siguiera siendo así.

—Sí, desde luego —afirmó Chad—. Seremos una tumba. No queremos que cunda el pánico.

—Pero, entonces —objetó Gorka—. ¿Se salen con la suya? ¿Así, sin más?

—Lo que necesitamos ahora mismo es recuperar el control —continuó Emily—. Ni siquiera sabemos si Ada está bajo la influencia del capitán Garth.

—¿Estás diciendo que Ada puede haberse declarado en rebeldía también? —exclamó Chad alarmado.

—No, Ada no puede declararse en rebeldía —respondió—, bueno, al menos no influenciada por el capitán Garth. Pero los rebeldes tienen un ingeniero muy capaz de haber instalado algún tipo de mecanismo que les permita saber qué es lo que ocurre en todo momento en la estación sin que Ada sea siquiera consciente de ello.

—¿Y qué hay de tus amigos keplerianos? —preguntó Paula.

—Tanto Rakesh como yo continuaremos asistiendo a nuestras reuniones de forma habitual —explicó Emily—. Ahora que estamos cerca de un posible entendimiento con ellos no podemos echar por tierra todo el esfuerzo realizado.

—¿Vais a decirles que hay más humanos en la superficie del planeta? —quiso saber Paula.

—No lo sé todavía —reconoció Emily—. La líder de los keplerianos no está en el poblado, y no creo que sea algo que debamos airear así como así.

—Vamos, que volvemos a estar como al principio —se quejó Chad.

—Peor —corrigió Gorka.

—Sí, eso me temo —reconoció Emily—. Pero tenemos que salir de esta, no nos queda otra.

—Saldremos adelante —afirmó Robert—, todos juntos.

Volver a empezar

6 de septiembre del año 0

Poblado Wiikhaadiiz ofiz, Kepler-442b

Emily y Rakesh aprovecharon que el director Patel y sus ingenieros iban a comenzar a reacondicionar la base para aterrizar de nuevo en el planeta. Después de todo lo ocurrido, Emily habría preferido investigar la más que posible brecha de seguridad a través de la que el capitán Garth podría estar espiando todo lo que pasaba en la estación espacial, pero el subdirector había insistido mucho en que debían continuar explotando la diplomacia para ahondar en la relación con los keplerianos. En su fuero interno, Emily sabía que tenía razón, pero no por eso le gustaba tener que obviar que los rebeldes habían saboteado la estación.

Pero lo que peor llevaba de todo aquello era no poder confiar del todo en Ada. Ella misma le había confesado la noche anterior que no era consciente de que alguien la hubiera manipulado o que incluso pudiera estar enviando, sin saberlo, información a los rebeldes sobre lo que ocurría en la estación espacial.

Se dirigieron hacia el edificio de Khikhya y recogieron a Shildii por el camino, como de costumbre.

—¿Por qué Emily no vino ayer? —preguntó el joven con curiosidad.

—Emily tenía un asunto importante que hacer en su casa —respondió ella para intentar satisfacer la curiosidad del joven kepleriano.

—¿Pero ha traído bizcocho? —preguntó.

Con el cambio de rutina, las prisas del momento y la tensión de las últimas horas, Emily se había olvidado por completo de prepararles bizcocho a Shildii y a Yisht.

«Tenía que pasar tarde o temprano —pensó—. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza como para acordarme de todo».

—Lo siento, Shildii —se disculpó—. Ayer fue un día complicado para mí. Lo lamento, pero he olvidado traerte un pedazo de bizcocho. Prometo acordarme la próxima vez.

—No pasa nada —dijo Shildii comprensivo, pero con cierta desilusión en su mirada. Parecía que aquel dulce era uno de los alicientes del joven en aquella situación, muy extraña ya de por sí.

Cuando llegaron, Yisht les esperaba en la puerta.

—Hola, Emily —saludó.

—Hola.

—Te echamos de menos ayer.

—Sí, por desgracia no me fue posible venir. Hemos tenido algunos problemas en nuestro poblado —confesó sin dar más detalles.

—Vaya, lamento oír eso —dijo Yisht mientras se dirigían de nuevo al despacho de la planta superior—. Espero que podáis solucionarlos.

—Esperemos que así sea. ¿Se sabe algo de la líder Khikhya? —preguntó—. ¿Cuándo va a volver?

—No tenemos noticias de ella, aunque imagino que estará ya de camino —respondió Yisht—. Estos viajes no son nada cómodos para ella, así que invierte más tiempo de lo normal.

—Es comprensible —dijo Emily mientras tomaban asiento.

—Ayer, Yisht me trajo libros con ilustraciones sobre la fauna y la flora del planeta —le explicó Rakesh—. Y también descripciones sobre los hábitats de cada una de esas especies. La verdad es que hay criaturas de todo tipo, algunas un tanto... digamos... inquietantes desde nuestro punto de vista.

—Sí —confirmó Yisht entusiasmada—, y Rakesh me enseñó como es la Tie-rra, ¿lo he dicho bien?

—Muy bien —confirmó él.

—Me llamó mucho la atención lo verde de sus campos y el azul de sus cielos, parece un lugar precioso —siguió ella—. Aunque un tanto extraño para un kepleriano, supongo.

—También le expliqué lo que era una marea —dijo Rakesh.

Emily miró a Yisht, que parecía muy interesada por las mareas oceánicas de la Tierra.

—¡Sí! Eso fue increíble. Todavía me cuesta entender por qué tenéis una roca alrededor de vuestro planeta. Aquí no tenemos nada de eso, el mar solo crece un poco más en verano.

—Sí, supongo que nuestros planetas son algo diferentes —dijo Emily, entendiendo el punto de vista de la kepleriana.

—¿Qué queréis aprender hoy? —les preguntó Yisht con una sonrisa.

—Nos gustaría profundizar más en el pueblo kepleriano —pidió Emily—. ¿Tenéis algún mapa con localizaciones importantes o zonas conocidas?

—Sí, claro —respondió Yisht, servicial como de costumbre—. Ahora mismo os los traigo.

Al cabo de un par de minutos apareció con unos enormes pergaminos dibujados a mano de forma meticulosa.

—¡Esto es lo que nos enseñan cuando vamos al colegio! —exclamó Shildii entusiasmado cuando Yisht desplegó uno de los rollos que llevaba bajo el brazo.

—Sí —respondió Yisht—. Este es un mapa donde se pueden ver los caminos que comunican los tres poblados principales. Esto de aquí es Wiikhaadiiz ofiz —dijo, señalando el lugar en el que se encontraban—. Esto es Khapabir, y esta de aquí arriba es Khaavahki —señaló las otras dos enormes ciudades que estaban situadas al este y al noreste de allí.

Emily observó cómo en el mapa se representaba con bastante fidelidad el río que separaba la base de las poblaciones keplerianas.

—¿Qué hay más al sur de esta zona? —preguntó Emily. Quería averiguar todo lo que pudiera sobre los Yokai, pero había aprendido la lección y esta vez lo hizo de forma velada, sin siquiera nombrarlos.

—No lo sé, lo siento —se disculpó—. Es una zona peligrosa, allí habitan los acechadores nocturnos.

—¿Acechadores nocturnos? —preguntó Rakesh.

—Sí, son criaturas muy peligrosas e inteligentes. Solo salen a cazar de noche, por eso los

keplerianos nunca nos aventuramos más allá del río, y mucho menos por la noche.

—¿Sabes dónde viven o cuántos son? —preguntó Emily.

—No, no sabría decirte, lo siento. —Parecía preocupada por no ser de más ayuda—. Y no sé si tendremos libros sobre los acechadores nocturnos.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Los caminos transcurren siempre por debajo de los árboles? —preguntó Emily con curiosidad, volviendo al mapa.

—Sí, siempre. Los keplerianos llevamos miles de años haciéndolo así —explicó ella—. No sé si se empezó por una razón concreta, pero eso evita que los Kholghishbik nos vean desde sus naves voladoras, así que entiendo que es un mecanismo de defensa importante.

—Comprendo —asintió Emily—. ¿Y cuándo está previsto que vuelvan?

—No se puede saber —dijo Yisht—. A veces tardan unos pocos cientos de años, otras veces tardan más, otras menos. Incluso hay registros en los libros en los que se habla de que en alguna ocasión se llegaron a saltar una generación. ¿Os imagináis? —preguntó con esperanza en los ojos—. Hubo keplerianos hace años que no tuvieron que sufrir esa barbarie.

—¿Qué es lo que vienen a hacer aquí? —preguntó Rakesh.

—Recogen minerales que los keplerianos extraen para ellos y controlan la población— respondió la ayudante.

—¿Controlan la población?

—Sí —confirmó con tristeza—. Eliminan lo que ellos consideran «población excedente». De esa manera evitan que los keplerianos crezcamos demasiado en número y podamos rebelarnos.

—Eso es horrible —dijo Emily.

—Sí, sí que lo es. Aunque, por desgracia, lo tenemos tan interiorizado en la sociedad que casi lo vivimos con resignación.

—¿Y por qué no lucháis? —preguntó Rakesh.

—Lo hemos intentado muchas veces a lo largo de la historia, pero sus armas son devastadoras —explicó Yisht con una expresión sombría—. Siempre que hemos tratado de enfrentarnos a los Kholghishbik, estos han reducido ciudades enteras a cenizas y escombros, asesinando a todos los que se encontraban a su paso.

Emily y Rakesh guardaron silencio. Los keplerianos estaban totalmente subyugados por sus opresores.

—¿Nos puedes traer toda la información que tengáis sobre los Kholghishbik? —pidió Emily.

—Claro. —Yisht se levantó de nuevo de la mesa.

—¿Qué piensas encontrar en sus escritos? —le preguntó Rakesh.

—No lo sé —reconoció Emily—, pero cuanto más sepamos de ellos, mejor podremos prepararnos.

—¿Pretendes luchar contra ellos? —exclamó alarmado.

—¿Tenemos otra opción? —respondió Emily—. ¿Qué crees que pasará cuando vean la Asimov orbitando el planeta? Ya oíste a Yisht el otro día: este es su planeta.

Rakesh guardó silencio y Yisht volvió enseguida con un par de enormes volúmenes con tapas de cuero.

—Estos son unos libros bastante antiguos, han sobrevivido durante muchas generaciones. Por

desgracia, no tenemos mucha más información de antes de esa época, que se conoció como la Gran Revuelta.

Emily ojeó el primero. Se trataba de un registro histórico con la cronología de todas y cada una de las visitas de los Khol de los últimos miles de años. El registro comenzaba hacía unos siete mil quinientos años keplerianos, unos dos mil trescientos años terrestres. A medida que pasaba las páginas la letra cambiaba, prueba de que otra generación de keplerianos se encargaba de actualizar los registros.

En cada entrada, que ocupaba unas cuantas páginas, se detallaban la cantidad de mineral y materias primas entregadas, los destrozos causados o las bajas sufridas. Le llamó la atención el hecho de que no usaban grafías para los números, si no que escribían la cifra con letras.

—No puedo creer lo que estoy leyendo —murmuró Emily—. ¿Cómo son capaces de semejante barbaridad?

—Así son las cosas —dijo Yisht con resignación—. Los keplerianos hemos aprendido a convivir con ello.

Emily cerró el libro de golpe, no quería seguir leyendo. Millones de keplerianos masacrados sin piedad y sin posibilidad alguna de defenderse de la barbarie de una raza superior.

—Es tan horrible —dijo—, que me cuesta creer que, con todo lo que habéis sufrido, aceptéis siquiera hablar con nosotros.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —se encogió de hombros—. Vosotros no tenéis ninguna culpa de lo que hacen los Kholghishbik.

Emily comenzó a pasar las páginas del otro libro, cuidando de que la cámara de su traje tuviera una buena perspectiva. En él se hablaba de los propios Khol. Parecía una especie de compendio con toda la información de la que disponían los keplerianos sobre sus victimarios. Al ver que el libro incluía ilustraciones de los Khol, Rakesh se levantó de su silla para poder ver con detalle lo que estaba ojeando Emily.

De largas y poderosas extremidades y con más de dos metros de altura, los Khol tenían cuatro alargadas y curvas garras en cada mano, que a buen seguro serían capaces de desgarrar a un humano sin miramientos. Su cuerpo estaba cubierto de una especie de escamas de un color verdoso apagado, sin brillo. Una gran cola salía de su parte trasera y parecía ayudar a los Khol a mantener el equilibrio, quizá hasta a mantener la vertical de la misma manera que los canguros hacían en la Tierra.

Su cabeza, que era rectangular, sin hocico y de aspecto tosco y amenazador, estaba coronada por dos puntiagudas protuberancias que formaban un pequeño cerco en la parte frontal. Los ojos, situados en la parte superior de la cabeza, donde no tenían apenas frente, eran de un color dorado brillante, pero disponían de una fina zona oscura, una especie de pupila, que los recorría de arriba abajo. Su boca, en la zona inferior de la cabeza, era desproporcionada y no parecían tener dientes. En su barbilla se podía observar una única protuberancia, muy similar a las de la parte superior de su cabeza.

Esa misma página del libro incluía otra ilustración de los Khol vistos desde la parte trasera. En ella se podía distinguir la verdadera magnitud de su cola y cómo de lo que parecía su columna vertebral asomaban varias protuberancias óseas del mismo tipo y forma que en su cabeza.

—No tienen orejas ni nariz —observó Emily.

—Tampoco su indumentaria parece muy acorde con su desarrollo tecnológico —añadió

Rakesh al observar los sencillos ropajes con los que el artista había decorado su dibujo.

Emily se fijó en lo que decía Rakesh. Le llamó la atención que una raza alienígena con tecnología capaz de viajar a otros planetas se vistiera con un simple chaleco de algún material orgánico duro y una especie de falda de tela sencilla, similar a los *shentis* de los antiguos egipcios.

—Quizá solo sea algo que el ilustrador ha decidido simplificar por no disponer de mejores detalles —opinó Emily.

Continuaron pasando páginas. La siguiente ilustración era de un individuo que, aun perteneciendo a la misma especie, sin duda alguna era de una raza diferente, más grande que la anterior. Superaban los dos metros y medio de altura pero, a pesar de tener un físico muy parecido, había una serie de diferencias bastante evidentes entre ambos especímenes. La primera y más visible era el color de la piel. En este caso, sus escamas eran de un azul apagado. La segunda se encontraba en las protuberancias de su cabeza. Si en el primer caso eran pequeñas y no demasiado pronunciadas, en este eran dos enormes cuernos plagados de irregularidades los que, trazando una amplia e intrincada curva, casi llegaban a juntarse de nuevo en la parte posterior de la cabeza. Además, de debajo de esos dos enormes cuernos nacían una serie de pequeñas protuberancias óseas que recorrían el lateral de la cabeza y se unían de nuevo a la altura de la barbilla, dándoles un aspecto todavía más siniestro y amenazador si cabe.

En cuanto a su vestimenta, parecía mucho más cuidada y refinada que la de la otra raza. Aun siendo de un material bastante tosco y funcional, el acabado tenía muchos más detalles y estaban decorados con placas metálicas adornadas con filigranas y glifos de algún extraño alfabeto.

—Aquí pone que hay dos razas —señaló Rakesh—. La primera se llama Kholvahki y la segunda, Kholchach.

—Tiene sentido —dijo Emily—. Eso significa, literalmente, soldado Khol y líder Khol en kepleriano.

—Emily está en lo cierto —apuntó Shildii, encantado de poder explicarles algo—. Shildii ha estudiado a los Kholghishbik en el colegio. Están formados por dos tipos de individuos. Los soldados, que suelen realizar las tareas más arduas y son los que vienen por aquí de forma habitual. Y luego están sus líderes, a los que rara vez vemos.

—Las veces que se les ha visto, no han acabado demasiado bien para nosotros —lamentó Yisht.

—Supongo que los líderes solo se presentan cuando las cosas se ponen feas —dijo Rakesh.

Emily continuó pasando páginas hasta llegar a otra con la ilustración de una nave y algún vehículo terrestre. Como había apuntado Rakesh, la tecnología de esas naves no parecía estar acorde con las vestimentas de los alienígenas. Emily pasó alguna página más antes de volver de nuevo a la de las naves sin haber encontrado lo que buscaba.

—Esto son cazas, naves y vehículos pequeños —dijo Emily—. ¿No disponen los Kholghishbik de algún tipo de nave más grande que permanezca fuera del planeta?

—No lo sé —Yisht se encogió de hombros—. Todo lo que sabemos está en ese libro.

Antes de marcharse, Emily sintió la curiosidad de preguntar:

—¿Dónde vives, Yisht? ¿Muy lejos de aquí?

—En realidad no, vivo justo en el edificio de aquí al lado —respondió ella—. Khikhya siempre quiere tener cerca a sus colaboradores más estrechos. De hecho, tengo acceso directo a

mi casa desde este mismo edificio. ¿Por qué quieres saberlo?

—Los líderes humanos están muy contentos y entusiasmados con el recibimiento que hemos tenido por parte de los keplerianos. Así que, como muestra de agradecimiento, quizá mañana traigamos algún regalo para vuestro pueblo —dijo Emily—. Y también un regalo para ti.

A Yisht se le encendió la cara.

—¿Un regalo? —preguntó emocionada—. ¿Para mí?

—Sí —sonrió Emily—, para ti. Has sido muy amable con nosotros durante estos días y, además, hemos aprendido tantas cosas que tanto Rakesh como yo queremos agradecértelo.

—No es necesario —aseguró Yisht con humildad—. Yo solo hago mi trabajo.

—Bueno, a los humanos se nos educa para tratar de agradecer los esfuerzos de los demás —respondió—. Pero me gustaría no llamar la atención, si fuera posible. Estoy segura de que nuestra presencia aquí está atrayendo demasiadas miradas indiscretas y no quiero causaros ningún problema, ni a ti, ni a Khikhya.

Yisht pensó unos instantes antes de dar con una solución.

—¿Cómo de grandes son los regalos? —preguntó.

Emily se levantó y mostró con sus propias manos el tamaño de lo que pensaban traer.

—Más o menos, tres metros de largo por dos de ancho y dos de altura —dijo mientras Ada lo traducía a las medidas keplerianas.

—¡Vaya! —se sorprendió Yisht—. Eso es un regalo muy grande.

Emily se rio con ganas.

—Sí, me temo que es grande.

—De acuerdo. Si os parece bien, enviaré a un grupo de keplerianos de confianza para que se acerquen a las afueras con un carro y traigan el regalo hasta aquí. Tendré que pensar dónde ponerlo.

—Pesa bastante —dijo Emily—, pero nuestra mula se encargará de colocarlo donde queráis. Lo único que no quiero es que nadie se asuste por ver una mula, incluidos los soldados que nos escoltan todas las mañanas.

—No sabemos qué es una mula —dijo ella.

—¡Oh! Claro —respondió Emily—. Es un artilugio mecánico que utilizamos para transportar objetos pesados y grandes.

—No sé si lo entiendo, pero no te preocupes. El carro entrará por la parte trasera del edificio, por donde siempre meten la comida y los suministros. Nadie reparará en ello.

—Perfecto —dijo Emily—. Eso suena genial.

—Daré orden de que os esperen donde siempre un rato antes de que lleguen los soldados, para que nadie vea lo que traéis.

24

Prohibición

7 de septiembre del año 0

Estación espacial Asimov

Emily había dejado preparada la noche anterior una de las mulas de carga con los dos regalos que pretendía entregar en el edificio de gobierno de los keplerianos. Había hablado antes con el subdirector y con la capitana Mei para valorar si el obsequio era factible. A pesar de que los recursos de la estación espacial eran limitados, el director Patel y sus ingenieros habían hecho un magnífico trabajo con el material recuperado de la Ícaro y disponían de algo que podría formar parte de un regalo institucional. Emily también había hecho lo posible por diagnosticar el estado actual de Ada, y al menos había podido certificar que su red neuronal permanecía intacta y, debido al complejo sistema de verificación de firmas digitales cuánticas, podía validar sin lugar a dudas que nadie había modificado una sola línea de código en el cerebro de Ada.

Sin embargo, suponía que los ingenieros rebeldes esperarían que eso fuera lo primero que se comprobara, así que tenía bastante claro que, de existir algún tipo de intromisión, esta se encontraría en alguno de los miles de sistemas auxiliares de los que Ada hacía uso y sobre los que Emily no tenía tanto control. El principal problema era que había tantos, y de naturaleza tan diferente, que no había una manera sencilla de verificarlos todos.

Pero lo que de verdad le preocupó a Emily fue la respuesta que obtuvo el subdirector tras hablar con la jueza Meyer sobre lo ocurrido con Jonathan Wiśniewski y sus sospechas de que alguien pudiera haber utilizado en contra del proyecto la copia fraudulenta de su chip.

«La jueza me ha dicho que dio orden de destruir el chip y el resto de pruebas nada más concluir el juicio», le había dicho el subdirector cuando contactó con ella.

Sin embargo, la custodia de las pruebas y del material incautado en el juicio habían permanecido a cargo del capitán Garth. Si el chip no había sido destruido cuando concluyó el juicio, alguien podría haber estado entrando en la sala de control de Ada durante los últimos nueve meses con total libertad. Y si ese alguien tenía un mínimo de pericia, se habría guardado mucho de no cometer los mismos errores que condujeron a que Emily desenmascarara al autor del sabotaje de la estación. Esta vez iba a resultar casi imposible encontrar nada.

Aun así, Emily revisaría con más tiempo y de manera discreta todo lo referente a los rebeldes. Pero ahora necesitaba centrarse en las tareas diplomáticas que estaban llevando a cabo con los keplerianos. Quería hablar con Khikhya en cuanto le fuera posible para advertirla del problema de los rebeldes del capitán Garth.

—¿Por qué en esa mula pone Copérnico? —preguntó Rakesh, señalando el rótulo fijado en el centro de la nave de transporte.

—Es una de las mulas supervivientes del atentado de la antigua estación espacial —explicó Emily—. Nos ha acompañado desde que llegamos al planeta. Ha sobrevivido a un atentado, a un sabotaje, a un accidente y a una rebelión.

—Vaya, es toda una superviviente —dijo impresionado el antropólogo.

—Sí, ya lo creo. Le estoy cogiendo cariño. Me ayuda a pensar que, si ella puede sobrevivir, nosotros también.

Al aterrizar, Emily y Rakesh comprobaron que las obras de reacondicionamiento de la base continuaban a buen ritmo.

—Creemos que en unos pocos días podréis volver a la base —anunció el director Patel, que como de costumbre se estaba encargando de dirigir las obras en persona.

—Genial —le agradeció Emily.

—Y esta vez instalaremos el sistema de comunicaciones de mejor forma, para que Ada pueda modular la potencia y evitar los problemas con la niebla de la zona.

Tomaron el camino hacia el poblado kepleriano junto con la mula y los voluminosos regalos envueltos en unos plásticos que evitaban que nadie pudiera ver el contenido. Durante los días pasados, para evitar caer al río, habían utilizado el mismo sistema que Shildii, una pasarela de madera. Pero la mula, con la carga que llevaba, podía suponer un problema y partir el madero por el peso.

Sin embargo, fue toda una sorpresa comprobar cómo, a pesar de la carga, el propio aparato fue capaz de superar los tres metros de separación entre piedra y piedra sin tomar apenas carrerilla.

—No hay día en el que la tecnología no deje de sorprenderme con algo nuevo —dijo Rakesh mientras intentaban sin éxito seguir el ritmo de la mula al cruzar el río.

Tal y como les había prometido Yisht, al borde del claro les estaba esperando un carromato de cuatro ruedas de madera tirado por cuatro animales y tapado con una gran tela, similar a los que se utilizaban en el antiguo Oeste norteamericano.

Emily y Rakesh se acercaron y saludaron a los dos keplerianos de aspecto desaliñado que conducían el carruaje. Uno de ellos bajó con una especie de bloque de madera que haría las veces de escalón para subir al carro. La mula se apoyó en él y subió sin ningún tipo de asistencia al transporte, que comenzó a crujir y a rechinar por el considerable peso de la carga. A Emily le sorprendió ver la total y absoluta falta de expresividad del conductor del carruaje.

«¿Qué estará acostumbrado a ver este kepleriano para que la tecnología humana no le sorprenda ni lo más mínimo?», pensó.

Dejaron que el carruaje con la mula se marchara del lugar mientras ellos esperaban la llegada de los soldados que, como todos los días, debían escoltarles hasta el poblado.

—¿Crees que aguantará el carro con tanto peso? —preguntó Rakesh.

—Sí, la madera de este planeta es mucho más resistente, y Yisht parece que sabe lo que se hace —respondió Emily.

Puntuales como de costumbre, aparecieron los soldados keplerianos con sus uniformes color verde y sus enormes lanzas con pinta de poder atravesar un oso con facilidad. Tras recoger a Shildii de su casa, continuaron por el camino hacia el centro de la población. Esta vez, Shildii no le preguntó a Emily sobre su pedazo de bizcocho, y lo cierto es que ella tampoco quiso decirle nada sobre el tema.

Cuando llegaron, Yisht les esperaba en el umbral de la puerta de entrada.

—¿Ha llegado el carruaje? —preguntó Emily.

—Sí, ha llegado hace un rato —confirmó Yisht—. ¿Qué tenemos que hacer con lo que hay

dentro?

—Busca un sitio apartado donde podamos dejar un armario de las dimensiones que te dije ayer.

—Creo que ya lo tengo. Al lado de la bodega, en el sótano, hay una pequeña estancia en desuso. Hace años, otros líderes la utilizaban para almacenar sus caprichos. Hoy no se utiliza para nada y está siempre cerrada con llave.

—¿Entrará por la puerta? —preguntó Emily.

—Espero que sí.

Los cuatro se dirigieron por un pasillo hacia la parte trasera del edificio. Allí, en un pequeño patio interior, al lado del enorme y milenario tronco del árbol que daba cobijo al edificio, había una pequeña placita redonda para que los carruajes con provisiones pudieran dar la vuelta. Los dos conductores esperaban allí pacientes a que pudieran descargar el carruaje.

Emily dio las órdenes correspondientes a la mula y esta bajó del carruaje lejos de miradas indiscretas. Tanto Shildii como Yisht se quedaron impresionados al ver cómo la mula mecánica comenzaba a moverse y a salvar los diferentes obstáculos.

—¿Qué es ese animal? —preguntó Shildii.

—No es un animal —dijo Emily—. Es una mula mecánica. Sirve para mover cosas de un lado a otro.

—Es como si el carro y los animales de tiro hubieran tenido un hijo —observó Shildii, impresionado.

—Pues la verdad es que no te falta razón —rio Emily.

La condujeron por diferentes puertas, estancias y pasillos hasta llegar al sótano, que Yisht se encargó de abrir con una enorme llave metálica. La mula entró en la estancia y descargó con la ayuda de los exotrajados de Emily y Rakesh el enorme bulto que llevaba encima. Una vez que Emily separó a un lado dos bultos más pequeños, uno del tamaño de una mochila y otro más pequeño que estaba a su lado, comenzó a desembalar el más grande.

—¿Qué es esto? —preguntó Shildii con curiosidad.

—Esto —explicó Emily—, es un creador de comida.

—¿Un creador de comida? —preguntó extrañado.

—Os explicaré cómo funciona —dijo—. Aquí, en este recuadro, aparecerá una lista con todo lo que esta máquina puede hacer. Ada se ha encargado de escribirlo en vuestro idioma para que podáis entenderlo. Solo tenéis que colocar el dedo en la opción que queráis y la comida aparecerá por esta pequeña puerta del lateral. Os hemos preparado una lista de alimentos que creemos que os pueden gustar, entre ellos, el bizcocho de chocolate.

Shildii no pudo evitar abrir los ojos de par en par y empezar a dar pequeños saltos de alegría. Yisht estaba muy intrigada por ver el funcionamiento del artilugio.

—Shildii, ¿quieres hacer los honores? —preguntó Emily.

—¡Claro que sí! —exclamó emocionado.

El joven revisó con atención la pantalla de la impresora alimenticia y enseguida identificó y seleccionó el bizcocho de chocolate. Al instante, la máquina comenzó a trabajar en el pedido y en pocos segundos un succulento pedazo apareció en el lateral.

—No sabía que los humanos teníais máquinas para hacer comida —murmuró Yisht mientras

miraba sorprendida el bizcocho.

—Esta máquina puede hacer más de dos mil alimentos con una única carga de materia prima —explicó Emily—. Una vez que la carga se agote, tendremos que traerlos más y colocarla en su interior.

—Creo que lo entiendo —dijo Yisht—. Si deja de sacar comida, os pedimos más.

—Eso es.

—¿Queréis que el carruaje lleve de vuelta a esta... cosa? —Yisht señaló a la mula.

—Sí, si no es mucha molestia —pidió Emily—. Que la dejen en el mismo lugar donde la han cogido, ella misma volverá sola a nuestro poblado.

—De acuerdo —dijo la kepleriana—. Resulta increíble que pueda volver sola.

Emily recogió el otro bulto y le preguntó a Yisht:

—No quisiera parecer indiscreta pero, ¿podríamos ir a tu casa?

—Claro, no es ningún problema —dijo ella—. ¿He de suponer que ese es mi regalo? —preguntó nerviosa.

—Sí, así es.

Los cuatro subieron a la planta superior del edificio y se dirigieron a uno de los laterales. Siguiendo por un largo pasillo llegaron por fin a una diminuta puerta de madera que Yisht abrió con una llave mucho más pequeña. Tras la puerta solo encontraron una minúscula habitación con una cama y un colchón irregular. Un armario de madera y un pequeño escritorio con una silla completaban el austero lugar donde Yisht descansaba de su trabajo. Era un dormitorio muy sencillo y funcional, sin apenas decoración ni lujos superfluos. Emily dejó el bulto encima de la cama y le quitó el plástico oscuro que lo envolvía.

—Esto es un terminal —le explicó Emily—. Es la manera que los humanos utilizamos para consultar información o para hablar entre nosotros o con Ada. —Se dio la vuelta y observó a Yisht—. Como dijiste el otro día que te sentías algo sola, he pensado que Ada te podría hacer algo de compañía.

Yisht miró el regalo y, de repente, se echó a llorar. La joven kepleriana, muy emocionada, abrazó a Emily en una muestra espontánea de cariño que la pilló por sorpresa, pero a la que correspondió sin dudarlo.

«Parece que el abrazo es algo universal», pensó.

—Gracias, Emily —dijo con una gratitud sincera—. Nunca nadie me había regalado nada.

—¿Cómo funciona? —preguntó Shildii, ansioso por verlo en acción.

—Es muy parecido al terminal que Rakesh y yo tenemos en los trajes —explicó Emily—. Yisht aprenderá con el tiempo a manejarlo pero, por el momento, con pedirle las cosas a Ada será suficiente. Tienes acceso a toda la historia humana, además de a información sobre las especies de nuestro planeta y nuestro sistema solar.

—Vaya —exclamó Yisht todavía en shock—. No sé qué decir, es un regalo muy bonito.

—Vamos, pruébalo —le instó Rakesh.

—¿Ada? —llamó con timidez.

—Hola, Yisht —oyeron—. Estoy ansiosa por conversar contigo.

—Y yo también —dijo ella.

—Ada, muéstranos la Tierra —pidió Emily.

De la terminal surgió un holograma que mostraba la Tierra tal cual era cuando partieron de allí, hacía ya tantos años.

—Es muy hermosa —dijo Yisht.

—Sí, sí que lo es —confirmó Rakesh.

—Y, por último, aunque no por ello menos importante —siguió Emily—. El tercer regalo.

Emily entregó el último de los bultos, una caja de algo menos de medio metro, a Shildii, que la miró sin entender nada.

—Vamos, ábrelo —lo animó Emily.

El joven kepleriano utilizó sus afiladas garras para apartar con facilidad el plástico que envolvía su regalo. Dentro había una caja.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Tienes que abrir la caja —le explicó Emily, que hizo un gesto para mostrarle cómo debía hacerlo.

Shildii consiguió levantar la tapa de la caja. Dentro había un pequeño dispositivo con una pantalla y unos botones.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es un juguete —le explicó Emily—. En concreto, un sistema de videojuegos holográficos. No es lo último en tecnología humana, pero he pensado que la realidad virtual quizá sea demasiado para los keplerianos. Te enseñaré cómo funciona. Tienes que encenderlo apretando este botón de aquí.

En cuanto Emily pulsó el botón de encendido sonó una pequeña música y el proyector holográfico mostró el menú principal del sistema de videojuegos.

—Tienes miles de juegos, aunque me temo que ninguno de ellos está en vuestro idioma —advirtió—. Creo que te acostumbrarás, y al menos podrás jugar a muchos de los juegos que contiene.

Shildii se emocionó mucho al ver la enorme lista de juegos con los que iba a poder divertirse.

—Para seleccionar uno tienes que utilizar estos botones de aquí —le indicó—. Y bueno... supongo que aprenderás a utilizarlo solo.

—Gracias, Emily —dijo él muy contento.

De vuelta en el despacho, Yisht les preguntó sobre qué querían hablar esa mañana. La joven ayudante seguía tan emocionada que hasta le temblaba algo la voz.

—Háblanos de las otras poblaciones keplerianas —pidió Emily.

—¿Qué queréis saber? —preguntó.

—No sé, todo ¿Quiénes son sus líderes?

—El líder de los Khaavahki se llama Vaahur —comenzó Yisht—. Es un kepleriano bastante implacable, supongo que como la mayoría de los militares. Khikhya cree que tiene demasiadas ansias de poder. Sus predecesores fueron mucho más comedidos en sus políticas, más dialogantes; él es más un kepleriano de acción.

»El líder de los Khapabir, mi pueblo de nacimiento, se llama Khaaÿ —continuó—. Es un kepleriano casi tan anciano como Khikhya. Su manera de hacer política es de la vieja escuela, muy parecida a la de Khikhya. Tienen bastante buena sintonía entre ambos, no así con Vaahur.

—¿Ha habido algún tipo de conflicto entre ellos? —preguntó Rakesh.

—Todavía no —dijo Yisht—, pero es por todos sabido que Vaahur ansía recuperar el mando único de los keplerianos, es solo cuestión de tiempo que dé los pasos para intentarlo.

—¿Mando único? —se interesó el antropólogo.

—Hace muchísimos años, en otra época muy diferente, el mando de todos los pueblos keplerianos recaía sobre los Gaal-El —explicó—. En aquellos tiempos, los keplerianos eran más espirituales, seguían los antiguos cultos y por supuesto imploraban a los dioses que nos librarán de los Khol. Pero el tiempo pasó y nuestro pueblo perdió la fe. Supongo que aprendimos a vivir bajo una amenaza constante. Los Gaal-El perdieron fuerza y un antiguo líder Khaavahki reclamó el poder de todos los pueblos keplerianos para sí. Se alzó sobre los demás gracias a su superioridad militar y haciendo creer a todos que tendrían que alzarse ellos mismos contra sus opresores si querían conseguir la libertad. Qué equivocados estaban.

»El pueblo kepleriano se preparó durante años para el enfrentamiento y se alzó contra los Khol, pero fueron masacrados sin piedad. De las cenizas de los poblados surgieron nuevos líderes, pero nadie quería permanecer bajo el mandato de otro de los clanes, así que cada uno de ellos eligió a sus nuevos líderes, cuatro keplerianos que representaban a sus conciudadanos. Durante muchos años imperó la paz y la concordia, resurgimos de las cenizas.

»Pero la historia siempre se repite, y Vaahur es conocido por su falta de escrúpulos, solo ansía el poder sobre todas las cosas. De no ser por el tamaño y la tecnología del pueblo Khapabir, ya hace tiempo que habría intentado dominarnos a todos.

—¿Tecnología? —preguntó Emily.

—Sí, los Khapabir somos... son —corrigió—, un pueblo muy curioso, con mucha tradición científica. No tienen mulas como los humanos, pero disponen de carros que se mueven sin animales. De no ser por esa tecnología y por el carisma de su líder, Khaaÿ, Vaahur sería ahora el dueño de todo esto.

—¿Has dicho carruajes que se mueven sin animales? —preguntó Emily.

—Sí —sonrió—, son dignos de ver. Algún día espero poder enseñaros mi pueblo natal...

De repente, un creciente alboroto les llegó desde la calle. Luego, gritos ahogados y numerosos pasos que, en una familiar sincronía, cada vez se escuchaban más cerca. Pronto, el sonido les llegó desde la planta inferior del edificio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yisht extrañada—. ¿Qué es ese alboroto?

—Parece venir de abajo —dijo Shildii.

Los pasos cada vez sonaban más y más cerca, y parecían ser muchos, demasiados para significar nada bueno. La puerta del despacho en el que se encontraban se abrió con un estruendoso golpe y una decena de soldados keplerianos armados con alabardas y vestidos con una coraza metálica entraron en la sala con una perfecta coordinación. Rodearon la mesa y extendieron las lanzas en dirección a Emily y Rakesh.

Mientras Shildii gritaba asustado y Yisht no parecía entender lo que ocurría, Emily sopesaba la amenaza. Eran diez soldados, bastante mejor armados y protegidos que los que los acompañaban por las mañanas. Sus lanzas parecían robustas, pero tenía serias dudas de si a esa

distancia una lanza de ese calibre podría atravesar el resistente material de los exotrajés. Aun así, entendió que fuera del despacho, e incluso del edificio, habría una gran cantidad de militares esperando, así que prefirió no ponerlos a prueba.

Rakesh se levantó de su silla y levantó las manos.

—Creo que aquí ha habido un error —dijo.

Al instante, diez alabardas apuntaron en su dirección, con sus afiladas puntas a escasos centímetros de su cuello, así que decidió volver a sentarse sin hacer ningún movimiento brusco. En ese momento oyeron unos pasos calmados que se acercaban al despacho.

Por la puerta apareció un kepleriano adulto, vestido con unos ropajes que recordaban a las galas militares. Quedó patente que había altos mandos en el ejército kepleriano, y este era sin duda uno de ellos. Vestía una larga y distinguida chaqueta de color azul oscuro abrochada con botones plateados y una elegante cuerda de hilos, a juego de los botones, colgada de su cuello, similar al *wijjiib thiipiar* que Khikhya les había entregado a ellos.

—Les habla el coronel Lajlab —anunció el oficial—. Hace unos días llegó a nuestros oídos que los Wiikhaadiiz ofiz estaban recibiendo a unos extranjeros dentro de sus dependencias. Al principio no quise creerlo. Al fin y al cabo, ¿quién podría siquiera imaginar que uno de los nuestros sería capaz de colaborar con un extranjero? ¿No tenemos suficiente ya? Sin embargo —continuó mientras daba pequeños pasos por la estancia—, el general Vaahur insistió en que debíamos comprobar todas las posibles amenazas que ponen en peligro nuestra sociedad.

»Y heme aquí, sin salir de mi asombro al comprobar que la pupila de Khikhya, con la evidente connivencia de su líder, no solo ha entablado contacto con extranjeros, sino que además los invita a su mesa y los provee de información acerca de nuestro pueblo y sus costumbres.

—Verá... —empezó Yisht nerviosa—, estoy segura de que Khikhya podrá explicarles todo a su regreso. Yo...

El coronel levantó una de sus manos indicándole que se callara.

—No es necesario que Khikhya explique nada —sentenció—. Se trata sin duda de un delito de alta traición que nuestras leyes castigan con penas de cadena perpetua.

Emily se levantó de inmediato de la silla, provocando que los diez soldados que rodeaban la mesa apuntaran sus armas hacia su cuello. Sin embargo, ni ella ni el propio coronel se inmutaron con la rápida reacción de los soldados.

—Coronel —dijo—, lamentamos profundamente haber quebrantado sus leyes. Como podrá entender, no estamos aún familiarizados con ellas. Pero me gustaría exonerar por completo a Khikhya y a su ayudante. Fuimos nosotros quienes solicitamos audiencia, por lo que deberíamos ser nosotros quienes asuman esa condena, siempre y cuando sea después de un juicio justo.

—¿Juicio justo? —escupió el coronel—. ¿Cree que tiene algún tipo de derecho aquí, extranjera? Podría ejecutarlos ahora mismo y no pasaría nada. ¿Cree que me temblaría el pulso? Con una sola orden de mi boca, mis soldados atravesarían esa coraza metálica de vuestras armaduras como si de una hoja de papel se tratara.

Emily no supo qué decir, no quería comprobar la capacidad del exotraje para repeler el ataque de diez soldados experimentados, sobre todo en una de las zonas más sensibles del cuerpo humano.

—En cuanto a usted —añadió, volviéndose a Yisht—, mucho me temo que tendrá que acompañarnos.

—Ella no se mueve de aquí —dijo Emily con seguridad.

—¿Disculpe? —preguntó incrédulo el coronel—. No tiene a la suerte, extranjera. No me gustaría que hubiera un baño de sangre hoy aquí, pero le recomiendo no colmar mi paciencia.

—Esta es la casa de Khikhya —intervino Shildii envalentonado—. No tenéis autoridad aquí.

—Cuidado, jovencito —amenazó el coronel—. De momento estabas pasando desapercibido dada tu absoluta intrascendencia. Te recomiendo que permanezcas callado si no quieres correr la misma suerte que esta traidora.

Y haciendo un gesto de total desdén en dirección a Yisht, añadió:

—¡Prenedla!

Los dos soldados que Yisht tenía a sus espaldas apartaron sus lanzas, la agarraron de los brazos y la levantaron de la silla casi sin esfuerzo. Ella apenas se resistió, presa del pánico. Pasaría el resto de su vida en una mina, extrayendo valiosos metales que entregar a los Khol.

—En cuanto a ustedes dos —siguió el coronel, girándose hacia Emily y Rakesh—, márchense de aquí y no vuelvan nunca, de lo contrario...

El coronel calló antes de poder acabar la frase, ya que se empezó a escuchar otro alboroto procedente del piso inferior. Parecía haber algún tipo de problema y discusiones acaloradas.

—¿Es que no voy a poder concluir una sola frase sin interrupciones constantes? —bramó.

Unos pasos, acompañados de un golpe sordo de madera contra el suelo, se acercaban desde las escaleras de la segunda planta.

—¡Habrase visto! —se oyó en la lejanía—. Obligar a una anciana a subir unas escaleras en mi estado.

Todos en el despacho aguardaron con atención la llegada de la dueña de la voz kepleriana que profería las quejas.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Lajlab? —preguntó Khikhya nada más entrar en el despacho y comprobar la situación.

—Cumplir las leyes de nuestro pueblo —dijo.

—¡Oh! Ilumínanos, en ese caso. ¿Qué ley es exactamente la que se ha incumplido aquí? —preguntó con mucha serenidad la líder de los Wiikhaadiiz ofiz.

—Su ayudante estaba colaborando con estos extranjeros, revelando secretos de la sociedad kepleriana.

—¿Es eso cierto? —dijo mirando a Yisht— ¿Qué secretos les has revelado?

—Yo... —respondió Yisht con mucho temor—, tan solo les he enseñado a leer.

—¡Vaya! —exclamó Khikhya— Eso tiene pinta de ser un delito gravísimo, tendremos que arrestar a todos los profesores de las escuelas de la ciudad.

—Ahórrese el sarcasmo —bufó el coronel—, según nuestras leyes está prohibido colaborar con los extranjeros.

—¡No me hable usted de leyes! —gritó Khikhya, golpeando el suelo con su báculo de mando—. Esas leyes se crearon para evitar que keplerianos sin escrúpulos como tu líder colaboraran con los Khol. Y dicen de forma explícita que está prohibido colaborar con un Khol. Dígame, coronel, ¿ve usted algún Khol por aquí?

El militar no respondió.

—Puede que haya ganado esta batalla —siseó después—, pero tarde o temprano acabará cometiendo un error.

—No me cabe ninguna duda de que tu amo estará ansioso de que eso ocurra —dijo Khikhya con desdén—. Y ahora, si nos permitís, podéis ir a presentarle mis respetos a tu señor Vaahur, pero mis invitados y yo tenemos temas importantes de los que tratar.

—¡Vámonos de aquí! —bufó el coronel.

Se volvió en dirección a la puerta, pero antes de abandonar la estancia se giró hacia la mesa y añadió:

—En cuanto a vosotros, más os vale no volver a acercaros a este lugar —dijo en tono amenazante—. Puede que la líder Khikhya tenga el control en Wiikhaadiiz ofiz por el momento, pero los Khaavahki dominamos el resto del territorio. Os recomiendo que tengáis mucho cuidado con lo que hacéis.

—Gracias Khikhya —murmuró Yisht cuando todos los militares hubieron salido del edificio.

—Tranquila, hija —dijo ella—. No iba a permitir bajo ninguna circunstancia que estos mal paridos te llevaran arrestada.

—Ha pasado todo tan rápido... —se lamentó Emily.

—Vaya —dijo Khikhya, sorprendida—, parece que aprendéis muy deprisa, ya casi habláis como un kepleriano.

—Yisht nos ha ayudado muchísimo —reconoció Rakesh.

—Supongo que esta no era la manera que tenía en mente de regresar a casa después de un largo viaje —suspiró Khikhya—. Tenemos mucho de lo que hablar —añadió mirando a Emily.

—Sí, nosotros también queremos hablar con usted.

—Pero me temo que estoy demasiado cansada para todo esto —se quejó—. Mi cuerpo ya no aguanta como hace años. Mis articulaciones están viejas y desgastadas. Raro es el día en el que no me duelen. Creo que voy a necesitar un buen descanso.

—Por supuesto —concedió Emily—. Esperaremos.

—Sin embargo, no podemos negar lo que acabamos de contemplar —dijo ella—. Ese carroñero de Vaahur está deseoso de aprovechar cualquier atisbo de debilidad en los otros pueblos para conseguir una excusa que le permita hacerse con el mando único de los keplerianos. No pienso permitirlo.

Se quedó unos instantes pensativa, sopesando todas las opciones que se le agolpaban en la cabeza. Nadie como ella para manejarse en las intrigas de los pueblos keplerianos.

—Creo que —comenzó—, al menos por el momento, debemos de ser más cautos con estas reuniones. Si no os importa, retiraos a vuestro poblado. Alguien de mi total confianza contactará con vosotros en unos días. Debo disponerlo todo con sumo cuidado; se acercan momentos convulsos para el pueblo kepleriano y vamos a tener que llegar hasta el mismísimo ojo del huracán.

25

Reinauguración

6 de octubre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily estaba ansiosa por volver a la base, pero era consciente de que en la estación reinaba cierto desasosiego que no ayudaba en absoluto al desarrollo normal de la expedición. En todos los rincones de la nave el único tema de conversación eran los rebeldes. Habían pasado ya unos días desde su última visita a Wiikhaadiiz ofiz y todavía no había novedades de los keplerianos. El director Patel iba a estar atento por si alguno de los colaboradores de Khikhya se acercaba a la base, pero de momento nadie había hecho acto de presencia por la zona.

Para matar el tiempo, Emily había estado validando el correcto funcionamiento de Ada. Sin llamar demasiado la atención, había aprovechado para buscar alguna pista que le indicara si algún sistema de la nave había sido manipulado. Pero hasta el momento no había encontrado nada en los sistemas auxiliares que había revisado.

La buena noticia, y lo único que le proporcionaba cierta ilusión, era que esa misma tarde volverían a la base, y esta vez serían muchos más. Nadie del equipo quería permanecer en la estación, y casi todos le habían hecho llegar sus ansias por volver al trabajo. Pero Emily sabía que la moral no estaba en su mejor momento, llevaban ya demasiados reveses seguidos como para poder obviarlos.

Así que después de comer, y tras hacer la maleta de nuevo, se dispuso a preparar una pequeña sorpresa que levantara el ánimo de todos. Hizo un par de consultas y gestiones con el subdirector, se desplazó hasta la bodega y habló con algunos operarios, a los que dio las órdenes pertinentes tras mostrar los correspondientes permisos. Pronto Emily tenía ya lo que había ido a buscar. Con ayuda de los responsables de la bodega, lo aseguró todo en la mula superviviente de la Copérnico qué, dicho sea de paso, se manejaba muy bien en el entorno sin gravedad de la nave gracias al sistema electromagnético de sus patas.

Con la carga ya asegurada y su maleta en la mano, solo le quedó dirigirse al hangar del que iban a partir. Apenas había actividad allí.

«Entre las naves que están todavía en la base y las que se han llevado los rebeldes, el hangar no parece el mismo», pensó.

Al bajar por las escaleras de acceso a la plataforma, Emily pudo oír mucho más alboroto de lo normal. Además del equipo, en el hangar se encontraban también los diez soldados que protegerían la base. Robert se había encargado él mismo de elegir a los militares que iban a estar destinados allí. Muchos de ellos habían servido ya a sus órdenes en la Copérnico.

—Cómo no, Emily es la última en llegar —anunció Chad a los cuatro vientos en cuanto la vio.

Y esta vez tenía toda la razón del mundo. Se había entretenido más de la cuenta en la bodega cargando la mula y llegaba casi media hora más tarde de lo previsto. Todos los presentes estaban ya ataviados con sus correspondientes trajes, a falta tan solo de colocarse los cascos.

—Perdonad —se disculpó—, he estado haciendo unos recados de última hora y se me ha ido el santo al cielo. ¿Soy la última?

—Sí, y da igual cuándo lo preguntes, siempre eres la última en llegar a todos los sitios —rio Chad con sorna.

—Excepto cuando hay que pisar planetas por primera vez —apuntó Ferrara.

—Lo sé, lo siento —se disculpó de nuevo—. Pero esta vez, al menos, ha sido por un buen motivo.

—¿Qué es todo eso que va encima de la mula? —preguntó Gorka que, aunque seguía con alguna que otra molestia, no se habría perdido la reinauguración de la base por nada del mundo.

—Ya lo veréis —respondió, y apartó a los curiosos del camino.

—¿Todo bien? —se interesó Robert cuando pasó por su lado.

—Sí, todo bien —confirmó Emily—. Voy a ponerme el traje.

Se acercó a la pared del hangar donde descansaba su exotraje y se lo puso sin utilizar el mono negro ya que solo lo iban a necesitar hasta aterrizar y entrar de nuevo en la base.

—¡Nos vamos poniendo los cascos! —gritó Robert a sus subordinados, que obedecieron sin rechistar—. ¡Vayan tomando asiento en la nave!

—¡Ya estoy! —anunció Emily cuando se acercó de nuevo.

—Veo que has estado muy ocupada —le dijo Robert, que señalaba a la mula.

—Sí, es una pequeña sorpresa —confesó—. He creído conveniente animar un poco la maltrecha moral del equipo.

—Has hecho bien. Yo también noto que todo esto nos está pasando factura. Cualquier cosa que nos permita distraernos un rato, será bienvenida.

—Espero que esta vez nos vaya mejor allí abajo.

—Seguro que sí.

Una vez estuvieron todos montados y la carga asegurada, la piloto Balakova comenzó su habitual ritual para el desacople de la nave.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Paula—. Estos días has estado casi desaparecida y apenas hemos podido hablar.

—Estoy bien, gracias —respondió ella—. He tenido muchas cosas en la cabeza. Pero ahora, con muchas ganas de volver.

—¿Todo bien por la estación?

—Sí, todo bien —asintió—. Teniendo en cuenta lo que ha pasado, claro. Supongo que vosotros no habréis parado de oír rumores y cuchicheos sobre el tema.

—Sí, nadie habla de otra cosa —reconoció Paula—. Pero es normal, la gente necesita saber qué ha pasado. Muchos están preocupados por lo que pueda ocurrir a partir de ahora.

—Es comprensible —dijo Emily—. Pero lo único que podemos hacer en estos momentos es trabajar juntos para sacar todo esto adelante. El capitán, por desgracia, no ha querido verlo así.

—Sí, esa maldita rata...

—¿Qué tal estás tú? —se interesó Emily.

—Un poco triste, supongo —reconoció con pena—. Estas cosas me tocan mucho la fibra

sensible, todavía no me entra en la cabeza lo que le hicieron a Jonathan.

Emily guardó silencio, ella sentía algo parecido. Tenía muchas ganas de volver al trabajo, pero casi más por poder olvidar lo que había ocurrido que por otro motivo.

La nave de transporte aterrizó en la explanada de la base. Por la zona había todavía maquinaria pesada y naves de transporte que los ingenieros del director Patel habían utilizado para llevar provisiones y el material necesario hasta las instalaciones.

Abandonaron la nave con sus respectivas maletas y Emily se encargó de llevar la mula, que la siguió obediente hasta la entrada de la base. En el techo de las instalaciones pudieron ver a varios técnicos realizando alguna reparación de última hora. Esta vez no había nadie para recibirlos en el exterior, pero conocían de sobra el camino y cómo funcionaba el proceso de descontaminación.

Una vez hubieron pasado el trámite hubo una desbandada total en el grupo. Chad y Taro entraron al laboratorio, Gorka y Kostas al almacén y a los militares nuevos la soldado Ferrara les hizo un pequeño tour de bienvenida. Emily, que estaba junto con Evelyn, Rakesh y Paula, se deshizo del exotraje y dejó su equipaje en la taquilla con su nombre que los ingenieros se habían encargado de arreglar. Por la puerta del fondo del pasillo apareció la figura del director Patel, que tenía su traje conectado a la terminal.

—¡Hola! —saludó con su habitual gesto amable—. Ya estáis todos aquí, sed muy bienvenidos de nuevo. Aunque llegáis un poco tarde —echó un vistazo a su muñeca.

—Hola, director Patel —respondió Emily—. Me temo que, como de costumbre, es culpa mía.

—No pasa nada —dijo él—, aunque esta vez no he podido salir a recibirlos como es debido.

—Parece que está todo como nuevo, director Patel —felicitó Paula—. Han hecho un buen trabajo.

—Gracias, Paula. Pero ¿qué es todo esto que traéis aquí? —preguntó el director señalando la carga de la mula.

—No lo sabemos —sonrió Evelyn—. Emily no nos lo quiere decir.

—Es una pequeña sorpresa —explicó ella—, a la que, por cierto, vosotros también estáis invitados.

—Vaya, ¡una sorpresa! —se impresionó el director—. Pues no te diré que no, vendrá muy bien levantar el ánimo de la gente. Además, no tenemos mucho que hacer ya.

—¡Genial! Que alegría tenerle un rato con nosotros, director. ¿Está la zona del comedor ya lista?

—Sí, sí. Mis chicos están ocupados haciendo las últimas revisiones y arreglando una pequeña filtración de agua que han encontrado en los vestuarios.

—Entiendo, pero me gustaría que dentro de una hora estén todos en el comedor —pidió Emily.

—De acuerdo —confirmó el director.

—El resto, ¿me echáis una mano con los preparativos? —preguntó.

—Claro que sí —dijo Rakesh.

—Cuenta con nosotras —respondió Paula, que señaló también a Evelyn.

Los cuatro se dirigieron a la zona del comedor. Allí pudieron comprobar que estaba todo como el primer día, como si allí no se hubiera producido una rebelión y el desmantelamiento de

las instalaciones.

—¿Podemos ver ya qué escondes ahí debajo? —preguntó Paula.

—Sí, ya podéis —accedió.

Paula y Rakesh, que parecía inquieto y sonreía nervioso, desembalaron el fardo que Emily había preparado con tanto cariño. Enseguida vio cómo se les iluminaba la cara a los tres.

—¡No puede ser! —exclamó Paula.

—¿Traíamos todo esto con nosotros en la estación? —preguntó Rakesh, sorprendido.

Emily había escogido, de entre la extensa lista de provisiones de la estación espacial que el subdirector se encargaba de manera muy celosa de mantener en secreto, un completo set de snacks y aperitivos traídos desde la Tierra. Había de todo, desde palomitas de maíz y frutos secos hasta pequeños canapés y platos típicos de la cocina de diferentes países y culturas.

—¡Vaya, fíjate! —exclamó Evelyn cogiendo una bolsa de aperitivos fritos—. De estos comía yo de pequeña. ¡Me encantan!

—¡Pizza! —gritó Paula—. ¡Tenemos pizzas de diferentes tipos!

—Esto de aquí, ¿es lo que creo que es? —preguntó Rakesh al ver unos recipientes envasados al vacío y etiquetados con esmero.

—Sí —admitió Emily—, es pollo *tikka massala*.

—¡Y también hay samosas! —dijo excitado el antropólogo al leer el etiquetado de otro de los recipientes.

—Pero ¿cómo ha podido aguantar todo esto un viaje de casi mil años? —preguntó incrédulo.

—Los sistemas de refrigeración de la estación podrían conservar la comida durante cientos de miles de años, siempre y cuando funcionen correctamente, claro está —explicó Emily—. La cámara de refrigeración es estanca y está automatizada, por lo que es imposible romper la cadena de conservación. Funciona mediante un proceso similar al de la criogenización humana.

—¡También hay cerveza y vino! —gritó Paula.

—¿Cerveza? —oyeron a Gorka, que justo entraba por la puerta del comedor junto con Kostas, Chad y Taro—. ¿Qué nos estamos perdiendo?

—Mirad todo lo que ha traído Emily —les dijo Evelyn.

—¡Vaya! —exclamó Chad—. ¿Quién se casa?, ¿qué celebramos?

—No se casa nadie —rio Emily—, al menos que yo sepa —dijo mirando a Paula y a Gorka—. Solo quería celebrar con todos vosotros que volvemos al trabajo.

—¡Pero si hay hasta jamón ibérico! —gritó Gorka de repente.

—Mira, Taro, ¡también tenemos sushi! —exclamó Chad con emoción.

—¡Y dorayakis! —dijo él, igual de exaltado—. Mi madre me compraba de estos cuando era pequeño. Los devoraba en el descanso del colegio.

Emily sintió una profunda satisfacción al ver cómo los productos que había podido llevar a la base estaban provocando el efecto esperado en sus compañeros. Quería que se sintieran como en casa por un día pero, sobre todo, quería que olvidaran todos los problemas que les rondaban por la cabeza, aunque solo fuera durante unas pocas horas.

Pronto se unió a ellos el grupo de soldados, que al oír la algarabía que había en el comedor no dudaron en interrumpir el pequeño tour que Ferrara les estaba haciendo y se unieron encantados

al grupo.

Entre todos distribuyeron los aperitivos por la mesa, prepararon los platos que necesitaban calentarse, colocaron en posición el barril de cerveza y abrieron varias botellas de vino blanco y tinto. Todo el equipo de ingenieros del director Patel se unió también al pequeño festín. Allí no había ya ni un alma.

—¿Qué nos estamos perdiendo? —preguntó el director al llegar.

—Lo mejor que habéis visto desde que llegamos a este planeta —le respondió Gorka, cogiendo unos frutos secos que acababa de poner en la mesa.

Paula, que lo vio, le atizó un manotazo en la mano que le hizo soltarlos antes de poder llevárselos a la boca.

—Todavía no hemos empezado —le regañó.

—Sí, señora —le dijo con una amplia sonrisa en la boca que contagió a su pareja.

Tanto los militares como los ingenieros que acompañaban al director, y a los que Emily tan solo conocía de vista, reflejaban una ilusión sincera en sus caras. Ver a todos los presentes con los ojos brillantes por la emoción fue suficiente para que se sintiera satisfecha y complacida con lo que había organizado. Reconoció a uno de los ingenieros. Era Marko, con el que coincidió hacía ya muchísimo tiempo, cuando el propio director Patel les enseñó la estación espacial a unos pocos.

—Vaya, la que has organizado —le susurró Robert al oído.

—Creo que era necesario —dijo Emily—. Míralos, están disfrutando como niños.

—Sí, lo cierto es que sí —confirmó él con una sonrisa.

—Nos vendrá bien a todos. Es importante no perder la perspectiva de por qué hacemos todo esto, de por qué tenemos que esforzarnos y dar el máximo cada día.

—Todos llevamos meses sin tener un solo momento de descanso.

—Sí, nos vendrá bien parar, aunque solo sea un día —dijo ella.

—¿Y bien? ¿A qué estamos esperando? —preguntó Gorka en alto.

—Emily debería decir unas palabras, ¿no? —dijo Robert—. Al fin y al cabo, ella es la que ha organizado todo esto.

—¡Sí, Emily! —gritó Chad desde la otra punta de la mesa—. ¡Di algo!

Pronto el tumulto fue tal que a Emily no le quedó otra opción que improvisar un pequeño discurso.

—Lo cierto es que no tenía nada preparado —dijo—, esto ha sido un poco improvisado, la verdad.

—Para ser improvisado, tiene todo una pinta estupenda —intervino Marko.

—Solo quería deciros a todos los presentes, tanto si vamos a compartir estas instalaciones como si no, que os considero mis hermanos, mis hermanas, mi familia —empezó Emily, emocionada por las caras de ilusión de sus compañeros—. Que es un privilegio poder compartir todo esto con cada uno de vosotros y de vosotras. Que ojalá pudiéramos hacer estas cosas mucho más a menudo. Que ojalá podamos disfrutar todos y cada uno de los miembros de la expedición de este hermanamiento, sin hacer caso a los egos personales y a las disputas, como una única familia, como un único ser.

»Sé que muchos de vosotros no me conocéis, pero gracias a mi padre he podido comprobar de primera mano, mucho antes de que partiera la primera de las arcas, las motivaciones y fundamentos morales en los que se basó el proyecto. Y a pesar de que es muy complicado expresarlos con palabras, creo que se pueden resumir bastante bien con lo que todos estamos experimentando hoy aquí.

»Diferentes personas, con diferentes orígenes y culturas, disfrutando juntos alrededor de una mesa. Para mí, es justo eso lo que significa este proyecto, más allá incluso de las connotaciones y consecuencias que pueda tener para la raza humana. Y me gustaría, antes de continuar, antes de que disfrutemos de todo esto, que guardemos unos momentos de silencio en memoria de todos nuestros compañeros y compañeras caídos en cualquiera de las expediciones, en cualquier circunstancia. Y también por todas aquellas personas que dejamos atrás, en la Tierra.

Emily y el resto guardaron unos emotivos segundos de silencio en memoria de los que ya no podrían disfrutar de momentos como aquel. Después se desató un aplauso unánime para Emily.

—¡Gracias! —dijo Ferrara emocionada.

—¡Un brindis por la doctora Rhodes! —gritó Rakesh, alzando su vaso.

—Sí, un brindis —secundó el director Patel.

Todos alzaron la copa y gritaron soflamas de ánimo, cariño y agradecimiento hacia Emily.

—¡Por Emily!

—¡Y ahora, podemos empezar! —dijo Chad con emoción.

Todos se lanzaron a por la comida, que disfrutaron con avidez. Emily tenía ya hambre a esas horas, había estado tan concentrada en los preparativos que no había sido consciente de ello hasta dar el primer bocado. Había tantas cosas encima de la mesa que resultaba complicado decidirse por algo.

La tarde pasó muy rápida, demasiado, por desgracia. Disfrutaron mucho de toda la comida, pero sobre todo de la compañía. Emily intercambió algunas palabras con todos ellos, conoció al nuevo reemplazo militar de la base, que resultaron mucho más simpáticos y menos estirados que los pupilos del capitán Garth. Conoció también al equipo de ingenieros del director Patel. Hasta pudo tener una amena conversación con Marko, con el que no hablaba desde hacía mucho tiempo.

De forma excepcional, el vino y la cerveza corrieron sin medida, hasta casi acabarse todo lo que Emily había llevado para la ocasión. Mas de un militar jovencito se arrepentiría a la mañana siguiente de haber bebido tanto. Incluso el director Patel parecía muy alegre. Todos en general, exceptuando los pilotos, por motivos de seguridad, bebieron algo más de la cuenta. Ese día, la única norma era la de disfrutar. Pero, como todo lo bueno, siempre llega a su fin.

—Ha estado genial, Emily —se despidió el director Patel, listo para ponerse su exotraje—. Muchas gracias por todo.

—Gracias a vosotros —dijo ella—. Esto ha vuelto a quedar estupendo.

—Ya nos avisarás para la siguiente —bromeó Marko—. Aunque creo que a alguno igual se le habrán quitado las ganas mañana —añadió en alusión al ingeniero que llevaba delante y que a duras penas podía dar dos pasos.

Emily se despidió y se dispuso a acometer la siempre desagradecida tarea de recoger y limpiar los restos de una fiesta con más de treinta personas. Allí todavía permanecían algunos militares y compañeros, bailando al ritmo de la música que sonaba por el sistema de audio de la

base y apurando al máximo lo que quedaba de día. Chad, que se había pasado un poco de la raya, roncaba con placidez en el sofá de la zona común, mientras Gorka y el sargento Ortiz se divertían a su costa.

Taro y Robert recogían los desperdicios y los metían en bolsas de basura para su posterior reciclaje.

—Os ayudo, chicos —les dijo Emily.

—No, tranquila —rehusó Robert—. Ya nos encargamos Taro y yo.

—Sí, tú estarás cansada después del día tan ajetreado que has tenido.

—No os preocupéis. —Comenzó a recoger los restos de uno de los extremos de la mesa—. Todavía me queda fuelle.

—Ha estado genial —le dijo Robert mientras le abría una de las bolsas para que ella pudiera echarlos allí.

—Sí, ¿verdad? —respondió ella—. Creo que ha sido una buena idea.

—Sí, tenemos que acordarnos de disfrutar también de la vida.

—Pues sí, nunca sabemos lo que va a pasar mañana, así que tenemos que vivir cada momento como si fuera el último.

Ambos se miraron a los ojos. Emily sintió un inexplicable deseo de besarlo. Su pulso se aceleró de repente y notó cómo algo de sudor aparecía en sus manos. Pero, a pesar de los excesos del alcohol, tuvo que contenerse. Había demasiadas personas en el comedor como para desatar todo lo que llevaba tanto tiempo reprimiendo. Ambos agacharon la cabeza con timidez.

«Algún día... más pronto que tarde, espero...», pensó Emily.

26

La visita

7 de octubre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Esa mañana fue un tanto atípica para todos. Los excesos de la tarde anterior les pasaron factura a muchos de los integrantes de la expedición. Cansancio, ronquera, dolores de cabeza y alguna que otra pastilla para afrontar la resaca fue lo habitual entre los que deambulaban a primera hora por la base.

Pero poco a poco se iba retomando la actividad después de los duros días de reacondicionamiento y exilio en la estación espacial. Todos sabían muy bien lo que tenían que hacer, y en la mayoría de los casos se trataba casi de volver a empezar, como quedó claro en la rápida reunión matutina habitual en la base.

Kostas recomenzó sus trabajos con los invernaderos. Taro y Chad, aunque habían perdido la mayoría de las muestras almacenadas, intentaron recuperar el punto exacto donde habían dejado sus estudios para continuar con ellos. Paula y Gorka, que ya estaba operativo, revisaron la base de arriba a abajo para certificar el correcto funcionamiento de todos los sistemas. Evelyn y el sargento Ortiz organizaron la enfermería. Robert y Ferrara se organizaron para establecer las guardias y hacer las habituales rondas de inspección por los alrededores. Rakesh poco menos que se encerró en una de las salas para estudiar con detenimiento la bibliografía que habían conseguido de sus reuniones con Yisht. El proceso de digitalización de Ada era sencillo, pero disponía de demasiada información que catalogar y repasar.

Emily, por su parte, decidió hacer algo que quizá debería de haber hecho el día anterior, nada más llegar. Se puso su exotraje y salió al exterior. Por allí ya merodeaba Ferrara con un pequeño grupo de soldados, inspeccionando las inmediaciones. Kostas extraía el material de trabajo del almacén para poder roturar de nuevo las zonas de cultivo, que para su desgracia habían quedado inutilizadas. Emily se adentró un poco en una de las partes de mayor espesura, sin perder nunca de vista la base.

Allí buscó colores discordantes entre la marea roja que formaba la vegetación de la zona, y no tardó mucho tiempo en encontrar una buena cantidad de flores de colores blanco y violeta. Recogió unas cuantas con sumo cuidado y las dispuso en un ramo. Luego se dirigió al lugar donde hacía unos días habían enterrado a Jonathan Wiśniewski. Las dejó encima del pequeño montículo de tierra que habían dispuesto en el lugar y se arrodilló en la hierba.

—Descansa en paz, Jonathan —susurró—. Espero que tu hijo pudiera al menos sobrevivir y tener una vida plena.

Guardó un momento de silencio y luego regresó a la estación, donde se unió a Rakesh en su análisis de las grabaciones y de la información que tenían sobre los keplerianos.

—Es una pena que no podamos comunicarnos con ellos a distancia —se lamentó Rakesh.

—¡Oh! En realidad, sí que podemos —dijo Emily—. A través del regalo que le hicimos a Yisht.

—Vaya, ¿y por qué no hablamos con ella desde aquí?

—Porque acabamos de sufrir una rebelión —explicó Emily—. Y todavía no estamos seguros de si nuestras comunicaciones están comprometidas. Mucho me temo que hasta que no tengamos las cosas más claras deberíamos dar por hecho que alguien no deseado podría estar monitorizando lo que digamos o hagamos.

—Entiendo —dijo Rakesh—. Pues es un fastidio. Me gustaría profundizar en tantas cosas sobre su sociedad que no sé cuánto tiempo podré aguantar repasando el material que tenemos.

—Apunta todo de lo que quieras hablar con Yisht o Khikhya —aconsejó—. Aunque algo me dice que esta especie de bloqueo puede ir para largo.

—La política es a la vez el origen de las soluciones y el foco de los problemas de todas las sociedades —dijo Rakesh con resignación—. Y por lo que veo, estamos constatando que se trata de una máxima universal.

—Desde luego, no parece solo un problema humano.

De repente, Ferrara, que continuaba en el exterior con parte del destacamento, les interrumpió por radio:

—Emily, tenéis visita.

—¿Quién? ¿Shildii?

—Sí, es él, pero esta vez no viene solo, hay otro u otra kepleriana con él —respondió Ferrara—. No sé quién puede ser, viene con una especie de manto con capucha y no podemos verle la cara.

—De acuerdo, salimos ahora mismo.

—Entendido, tomamos posiciones defensivas —concluyó la militar.

Emily y Rakesh se dirigieron a los terminales de sus trajes y se prepararon para salir al exterior.

—Ada, ¿por qué no nos has avisado de que se aproximaban? —preguntó Emily.

—Tengo problemas para comunicarme en determinados anchos de banda —explicó—. Eso está afectando a la comunicación con las balizas y sensores que están repartidos por la zona. Paula está revisándolo.

—Ya es casualidad que ocurran estas cosas justo cuando vienen visitas —se quejó Emily mientras se enfundaban los exotrajés.

Ambos salieron y se acercaron hacia Shildii y su misterioso acompañante. Cuando llegaron a su altura, la figura desconocida se echó la capucha hacia atrás. Emily y Rakesh reconocieron a Shyilru, la consejera kepleriana que acompañó a Khikhya cuando se encontraron por primera vez.

—Hola, Emily y Rakesh —saludó con una mueca que denotaba no estar muy cómoda con la tarea que le había sido encomendada—. ¿Me recordáis?

—Sí. Hola, Shyilru —saludó Emily cordial.

—Khikhya quiere hablar con vosotros —dijo con voz seria—. Sin embargo, debido a su edad, hemos creído conveniente que no cruce el río. Me ha pedido que me acerque a buscaros y llevaros ante ella, si os parece bien.

—Por supuesto —dijo Emily—. Llévanos a donde se encuentre.

—Corren días convulsos —añadió, ofreciéndoles dos atuendos como el que ella misma llevaba—, la intromisión de los Khaavahki del otro día ha sacudido por completo la diplomacia kepleriana. Me temo que a partir de ahora tendremos que ser lo más discretos posibles.

—Vaya, lamento oír eso —respondió Emily mientras recogía los mantos que le ofrecía la ayudante de Khikhya.

—Bien, seguidme —dijo en cuanto Emily y Rakesh se enfundaron los mantos y se cubrieron por completo.

—Ferrara, abandonamos la base —anunció Emily.

—¿Queréis que os sigamos? —preguntó.

—Negativo, es una de las personas de confianza de Khikhya —respondió Emily—. Pero informa al teniente Beaufort.

—De acuerdo, estaremos atentos a la radio.

—Gracias, Ferrara.

Se dirigieron de regreso al río para cruzar al otro lado. Sin embargo, esta vez, nada más cruzarlo, tomaron otro camino diferente, en dirección noroeste, hacia la montaña.

—¿A dónde vamos? —quiso saber Emily.

—Cerca —respondió Shyilru de forma escueta.

Emily dio por hecho que no era muy habladora, o que quizá no le gustaba que los humanos hubieran hecho tan buenas migas con Khikhya. Según avanzaban y corrían los minutos, también se le pasó por la cabeza que aquello pudiera ser una trampa, pero procuró no pensar demasiado en ello.

Llevaban ya casi cuatro kilómetros recorridos cuando por fin vieron una pequeña cabaña a lo lejos, en el bosque, en mitad de ninguna parte. Por su aspecto podría decirse que no había estado habitada desde hacía bastante tiempo. No había nada más alrededor, ni otras cabañas, ni el más mínimo rastro de algo que recordara a la civilización. La maleza parecía haber reclamado su espacio alrededor de la vieja edificación de oscura madera.

Fuera había un carruaje sin detalle ni filigrana alguno y mucho más desvencijado que en el que vieron a Khikhya por primera vez. El cochero descansaba distraído en la parte delantera, mientras los animales de tiro, que gracias a las últimas lecciones de Yisht ahora sabían que se llamaban *fhores*, degustaban algunos tiernos brotes rojizos que asomaban entre la maleza y las enormes hojas caídas de los árboles.

—Khikhya os está esperando en el interior. —Shyilru les hizo un gesto para que entraran en la cabaña.

Emily y Rakesh obedecieron y se dispusieron a entrar, pero justo antes de hacerlo, Rakesh agarró a Emily del brazo.

—Espera —le dijo—. Déjame entrar a mí primero. Por si las moscas.

Rakesh abrió con cuidado la puerta y entró en el interior de la cabaña. Al cabo de unos instantes, le dijo a Emily:

—Es seguro. Khikhya está aquí dentro.

Emily cruzó el umbral. Dentro estaba muy oscuro, pero eso no parecía importunar a los allí presentes. Khikhya estaba sentada en un sillón de madera un tanto desvencijado y sus otros dos ayudantes se habían situado detrás de ella, uno a cada lado.

—Hola, Emily y Rakesh —saludó la anciana.

—Hola —respondieron ambos de forma cordial.

—Espero que sepan perdonar esta pantomima, ¿entienden esa palabra?

—Sí, la entendemos —respondió Rakesh.

—Bien, sé que Yisht les ha enseñado bien —dijo y, mirando a sus dos escoltas añadió—: dejadnos a solas.

Los keplerianos abandonaron la cabaña, obedeciendo a la anciana.

—Por favor, tomen asiento —les señaló unos sillones similares al suyo—, o de lo contrario a esta pobre vieja le acabará doliendo el cuello de tanto mirar para arriba.

Emily y Rakesh acercaron las sillas y se sentaron justo delante de ella, a tan solo un metro de distancia.

—He de admitir que cuando la madre de Shildii se puso en contacto conmigo tuve serias dudas de acercarme a aquel claro —comenzó Khikhya—. Sabía que encontrarnos con otra especie inteligente iba a suponer numerosos problemas y retos. Pero viendo lo nerviosos que se han puesto algunos líderes keplerianos, ahora sé que hice bien en darles la bienvenida.

Emily y Rakesh la miraron sin saber muy bien a qué problemas se refería.

—Les seré sincera —continuó la anciana—. La política kepleriana lleva algún tiempo siendo muy frágil, cualquier movimiento en falso puede hacer que nuestra sociedad se tambalee. Vaahur ansía el control total de los keplerianos y lleva años intentando desestabilizar los gobiernos del resto de poblaciones. El muy estúpido cree que por tener la edad que tengo voy a perder algo de determinación en mis actos.

»Los keplerianos hemos sido un pueblo resistente desde tiempos inmemoriales, somos demasiado cabezotas. Hemos vivido demasiado tiempo bajo el yugo de los Khol como para no saber distinguir a un déspota en cuanto lo vemos. Quiere instaurar una dictadura bajo su mando con la excusa de defender al pueblo del enemigo común. Khaaÿ y yo misma somos lo único que se interpone en su camino. Pero no soy estúpida, tengo más años de los que nunca soñé con tener, sé que me queda poco tiempo. Y temo que cuando Khaaÿ y yo no estemos, los gobiernos regionales caigan uno detrás de otro bajo el poder del ejército Khaavahki.

—Pero usted también tiene soldados a su cargo, ¿no? —la interrumpió Emily.

—Soldados que son preparados y entrenados por los mandos de confianza de Vaahur —matizó Khikhya—. Ese bastardo lameculos de Lajlab, al que tuvieron el dudoso honor de conocer el otro día, es uno de ellos. No, yo no contaría con el apoyo de los soldados de ninguna de las grandes poblaciones. Además, Vaahur cuenta con una mejor red de inteligencia distribuida por las mismas entrañas de mi propio pueblo. Como habéis podido comprobar, no puedo reunirme con garantías ni en mi propia casa. Los Khaavahki tienen ojos y oídos en todas partes, solo puedo fiarme de unos pocos keplerianos.

»He tenido que dejar pasar unos días para que sus espías bajaran un poco la guardia y poder reunirme con ustedes. El tiempo apremia, pero no podemos arriesgarnos a una guerra abierta y pública —hizo una breve pausa—. Como ya saben, visité a los Gaal-El. Ellos son los custodios de nuestro saber, los que se han encargado desde hace milenios de conservar toda nuestra historia. Se podría decir que antaño fueron el principal pilar de nuestra civilización. Hace mucho tiempo, hace ya muchas generaciones, mucho, mucho antes de la Gran Revuelta, ellos eran los líderes de la sociedad kepleriana. Su poblado era por aquel entonces el más grande y próspero de

todos. Todo se decidía y se gestionaba desde allí.

»Su culto se remonta hasta mucho antes de lo que cualquier libro escrito por un kepleriano nos pueda decir. Desde que la sociedad kepleriana existe, siempre hemos estado bajo el sanguinario dominio de los Khol. El culto de los Gaal-El auguraba el advenimiento de los dioses salvadores desde los cielos y la liberación de los keplerianos. Y el caprichoso destino ha decidido que vuestro pueblo venga de los cielos con esas naves voladoras. Comprenderéis que, dada nuestra situación, es algo que no podemos pasar por alto.

—Pero —interrumpió Emily de nuevo—, me temo que debe de haber un error. Nosotros no estamos aquí para salvar al pueblo kepleriano. Ni siquiera sabíamos de su existencia hasta hace unas semanas.

—Lo sé, joven Emily —dijo la anciana—. Pero los Gaal-El siguen creyendo en aquellas antiguas profecías y, aunque no lo parezca, de pura desesperación muchos keplerianos desean creer; necesitan creer. Quizá vuestra llegada pueda provocar una unión sin precedentes de nuestro pueblo que nos haga más fuertes, no ya contra los Khol, pero al menos contra nuestros propios enemigos internos.

—Verá, Khikhya —dijo Rakesh—. He dedicado toda mi vida al estudio de los cultos y las creencias humanas. Por lo poco que he podido saber de los Gaal-El, su culto cumple con todas y cada una de las características de cualquier religión humana. En los albores de las civilizaciones, los cultos y religiones surgen para dar una explicación racional a los misterios de la naturaleza. Es una forma muy común que tienen las civilizaciones más jóvenes para dar explicación a fenómenos meteorológicos o a la física planetaria. En el caso de los Gaal-El, la existencia de una especie superior como los Khol puede haber sido el detonante para mantener vivas las esperanzas y el afán de supervivencia de los antiguos keplerianos.

»En muchas ocasiones, los propios cultos y religiones derivaron en un mecanismo de control mediante el que unos pocos podían mantener cierto orden y prosperidad dentro de las propias sociedades. Sin embargo, a medida que esas sociedades avanzan y prosperan, son las instituciones de los estados las que proporcionan esa prosperidad. En ese momento es cuando las religiones pierden la exclusividad de la moralidad y por lo tanto van poco a poco perdiendo su razón de ser y, en la mayoría de los casos, acaban desapareciendo por completo o quedándose en un segundo plano, casi anecdótico. Todo lo que hemos oído sobre dicho culto apunta en esa dirección, a que alguien hace mucho tiempo decidió inventarse una historia en la cual un ser divino vendría a salvar a los keplerianos de sus opresores. El hecho de que estemos nosotros aquí no es más que una total y completa casualidad.

—Verá, Rakesh, resulta obvio que mentiría si dijera que soy una ferviente creyente de las antiguas profecías —dijo tras haber escuchado con atención al antropólogo—. Y aunque reconozco que durante estos días he pensado mucho en ello, en estos momentos no me interesa la propia creencia en sí ni su veracidad. Estoy mucho más interesada en la unidad que algo así podría llegar a provocar en la sociedad kepleriana.

—Pero eso sería en cierta manera engañar a sus ciudadanos, darles falsas esperanzas —objetó Rakesh.

—Puede que así sea, pero usted mejor que nadie sabrá que los individuos de una sociedad necesitan ser dirigidos, como un rebaño —objetó Khikhya—. Ese rebaño es lo que les permite sobrevivir a los ataques de los depredadores. Además, siempre resultará más beneficioso tener una falsa esperanza que ninguna en absoluto. De lo contrario, puede provocar que keplerianos como Vaahur surjan para, por medio del populismo, hacerse con el control de la sociedad para el

beneficio propio.

»En cierta manera ¿no es la esperanza el motivo por el que estamos todos aquí? —preguntó—. Ustedes buscan asentarse en un nuevo hogar y algunos keplerianos tenemos la esperanza de evitar que nuestro pueblo caiga en manos de un tirano. —Emily y Rakesh guardaron silencio—. Y supongo que ahora mismo se estarán preguntando por qué les estoy confesando de antemano mis más profundos pensamientos y mis intenciones.

Emily se sorprendió mucho al darse cuenta de que era justo eso lo que estaba pensando. No resulta muy habitual que líderes como Khikhya revelaran sus cartas a las primeras de cambio.

—No quiero engañarles —continuó—. Desde que les vi en aquel claro tuve la impresión de que son ustedes de fiar. Desconozco los motivos reales por los que se encuentran aquí, pero intuyo que sus intenciones son nobles y que nuestros dos pueblos podrán colaborar y crecer juntos. Aunque la verdadera razón es que odio que intenten manipularme, así que prefiero ir siempre de cara. Sobre todo, cuando tengo que pedir favores.

—¿Favores? —preguntó Emily.

—Sí —dijo Khikhya—. Me gustaría pedirles que viajen hasta el poblado de los Gaal-El. Se podrán hacer a la idea, sabiendo lo que saben, de la cara que puso Waafdiv, su líder, cuando le hablé sobre ustedes. Digamos que ningún líder Gaal-El se ha encontrado jamás con semejante circunstancia durante los últimos milenios, por no decir nunca. Sobra decirles que tiene unas tremendas ganas de conocerles.

Emily y Rakesh se miraron el uno al otro, sin entender la naturaleza del favor.

—Nosotros estamos encantados de poder conocer a los Gaal-El, ¿dónde está el favor? —preguntó intrigada, Emily.

—Tendrán que viajar por sendas peligrosas y poco transitadas —continuó la anciana—. Como les he dicho, los Khaavahki tienen ojos en todas partes, así que tendrán que esquivar cualquier zona concurrida y quizá enfrentaros a algunos peligros, incluso a la muerte.

—Entiendo —musitó Emily—, pero, aun así, necesitaremos conocer la localización exacta del poblado Gaal-El.

—Su monasterio se encuentra en las faldas de las montañas del norte, a una gran altura —explicó Khikhya—. El camino habitual viaja hasta allí y atraviesa un angosto paso que permite llegar al poblado. Sin embargo, ustedes no irán por allí. Utilizarán un antiguo sendero que parte del otro lado del río. Pasarán por la gran cascada y escalarán la montaña hasta que puedan descender desde arriba al pequeño valle donde se encuentra el poblado. Las condiciones meteorológicas no serán las mejores, desde luego, pero es la única ruta hasta los Gaal-El que no requiere cruzar el paso de montaña. Los Khaavahki han estado muy ajetreados estos últimos días, las patrullas y los controles han aumentado. Vaahur está intentando amedrentarnos para que no podamos formar alianzas, ya que eso echaría por tierra sus planes.

—Necesitaremos algún tipo de indicación precisa para poder llegar hasta allí —insistió Emily.

—No se preocupen por eso —les dijo—, no voy a enviarles solos. Yisht les acompañará. Mi querida ayudante necesita ver el mundo real, le vendrá bien salir de la espiral burocrática en la que yo misma la he introducido. De cualquier manera, ella tampoco conoce el camino —dijo la anciana con una sonrisa traviesa—, pero os llevará hasta allí alguien que sí que lo conoce.

—¿Una especie de guía? —preguntó Rakesh.

—Algo así —dijo Khikhya, enigmática—. Digamos que es un kepleriano que prefiere la vida en soledad, pero que conoce todos los caminos secretos del lugar. Muy pocos keplerianos conocen de la existencia de ese camino.

—¿Ni siquiera Vaahur? —preguntó Emily.

—¡Ja! —se rio con ganas—. Ese desgraciado solo se preocupa de conseguir el poder que no tiene. No sería capaz de encontrar ni su propia mierda después de haber defecado. Es un kepleriano muy peligroso, no me malinterpretéis, pero no se ha bajado de su trono imaginario desde que fue elegido líder de los Khaavahki.

—Y ese kepleriano solitario, ¿colaborará así, sin más? —preguntó Emily.

—Sí, no se preocupen por eso —dijo Khikhya—, colaborará. Es un viejo cascarrabias, pero os ayudará si yo se lo pido.

—De acuerdo —aceptó Emily—, ¿cuándo salimos?

—En cuatro días. Lo dispondré todo para que Yisht se acerque a su poblado y partan desde allí. Tardarán un par de días en llegar y otros tantos en volver. Espero que eso no les suponga algún impedimento, dadas sus circunstancias vitales —dijo señalando los exotrajés.

—Tendremos que preparar el viaje, qué duda cabe —respondió Emily—. Pero no habrá ningún problema si podemos llevar las provisiones necesarias.

—Perfecto, entonces —zanjó Khikhya—. Lo dispondré todo para dentro de cuatro días. Gracias por todo.

—Gracias a usted, Khikhya —dijo Emily—. Sin embargo, me gustaría corresponder a su sinceridad y confianza informándola de algo importante.

—Por supuesto, adelante —dijo—. Tiene toda mi atención.

—Digamos que la política humana, al igual que ocurre con las religiones, no se diferencia demasiado de la kepleriana —empezó Emily—. Nuestra nave está fuera del planeta. El poblado del que hemos venido es solo una especie de avanzadilla de los humanos en la que vivimos tan solo unos pocos. El caso es que —continuó—, hace unos días hubo una rebelión en nuestra sociedad. Un militar, como Vaahur, llamado Tyson Garth, robó armas y material de nuestra nave y se ha establecido en un lugar desconocido del planeta. No sabemos dónde pueden estar ni él, ni todos sus secuaces, pero me gustaría advertirte de que es muy peligroso e impredecible.

Khikhya pensó con detenimiento lo que acababa de oír.

—Le agradezco la sinceridad —reconoció la anciana—. Y por el tono de su voz intuyo que se trata de una amenaza muy real.

—Sí, sí que lo es.

—Me alegro de que lo haya compartido —dijo Khikhya—, ahora me explico mucho mejor los rumores que han estado llegándome estos días y que eran de lo más perturbadores.

—¿Qué rumores?

—Ha llegado a mi conocimiento, a través de mis personas de confianza en Khaavahki, que Vaahur ha estado reuniéndose con unos misteriosos extranjeros. Confiaba en que no fueran ustedes los que estaban jugando a un peligroso doble juego. Pero creo que ahora todo encaja por fin.

Emily se quedó petrificada al saber que el capitán Garth había comenzado a mover ficha en el tablero político kepleriano. Sin duda, era mucho más astuto de lo que creía y se había dado

cuenta de la importancia de tener aliados cuando te encuentras en territorio desconocido.

—¿Cree que hayan podido llegar a algún tipo de pacto? —preguntó Emily.

—Es más que probable —dijo Khikhya—. Aunque teniendo en cuenta la bajeza moral de ambos no me extrañaría que cada uno tuviera sus propios planes y que acabaran apuñalándose el uno al otro. Lo que de verdad me preocupa es que nos arrastren a todos a una espiral destructiva cuando estamos en vísperas de que los Khol vuelvan a hacer acto de presencia. El pueblo kepleriano necesita unidad para afrontar la Exacción. De cualquier manera, compartiré con ustedes toda la información que consiga acerca de esos rebeldes humanos.

—Se lo agradecemos, Khikhya —dijo Emily.

—De acuerdo. Si no tienen nada más que comentar, creo que podemos dar por finalizada esta pequeña reunión clandestina.

—De hecho, sí que me gustaría preguntarle algo —añadió Emily.

—¡Oh! Claro, querida —dijo la anciana—. Pregunte lo que quiera.

—Verá, como le he dicho, nuestra nave se encuentra fuera del planeta, en el espacio —comenzó Emily—. Sin embargo, otra de nuestras naves debería de haber llegado aquí hace varios años. El caso es que, cuando llegamos nosotros, no se encontraba donde debería de estar y no sabemos qué ha podido ocurrir con ella. Cuando Yisht mencionó a los Khol, me asusté mucho pensando que ellos podrían haber destruido nuestra otra nave. Pero al preguntarle si nosotros éramos los primeros humanos que veían los keplerianos no me supo responder. Así que me gustaría preguntarle a usted, como líder kepleriana, si durante su mandato, o en los mandatos de sus predecesores, los keplerianos se encontraron antes con otros humanos.

—Vaya, lamento de veras que hayan perdido esa nave —dijo Khikhya—. Tiene que ser una sensación horrible. Pero me temo que ustedes son los primeros de su especie en llegar a este planeta. Nunca jamás había oído nada acerca de los humanos, ni de boca de otros líderes keplerianos, ni de mi predecesor. Y me atrevería a decir que él tampoco lo oyó de los suyos. Algo tan importante estoy convencida de que sería digno de mención, o por lo menos habría quedado reflejado en algún documento escrito. Aunque si alguien ha podido tener conocimiento de la presencia de humanos en el pasado, ese es sin duda el pueblo Gaal-El.

La reunión clandestina

8 de octubre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

—Tenemos que hacer muchos preparativos —dijo Robert.

—Sí, pero de verdad que no creo que sea necesario que vengáis ninguno de vosotros —insistió Emily—. Quiero decir, me encanta que nos acompañéis, pero confío en Khikhya. Creo que ella misma sabe que nos necesita más que nosotros a ella.

—No es discutible —se enrocó Robert—. Ferrara y yo iremos con vosotros. No pienso dejar vuestra seguridad a cargo de una burócrata y de un anciano ermitaño.

—Está bien —claudicó Emily, con cierto alivio por saber que Robert los acompañaría en el viaje hasta el poblado de los Gaal-El.

—Iremos cuatro personas —enumeró el teniente—, así que tenemos que preparar un par de mulas con suficiente oxígeno y provisiones para todo el trayecto.

—Y tendremos que hacérselo encima varias veces —apuntó Emily.

—Estate tranquila por eso —respondió él—. Llevaremos una dieta estricta durante esos cuatro días y añadiremos químicos que ralenticen el movimiento intestinal.

—Vaya, no sabía que eso se podía hacer.

—No es lo más recomendable, y mucho menos si se abusa de ello —explicó Robert—. Pero creo que, por esta vez, es buena idea.

—Entiendo.

—De todas formas, hablaré con Ortiz y con Evelyn para que nos hagan un chequeo y autoricen el uso de esos medicamentos —la tranquilizó.

Tanto el subdirector como el comandante Bauer habían sido muy reticentes por la naturaleza de esta pequeña excursión, pero la insistencia de Emily y sobre todo de Rakesh, que estaba muy ilusionado por poder conocer a los Gaal-El, había conseguido doblegar las dudas en el alto mando. Aun así, se haría el seguimiento exhaustivo de la misión vía satélite.

Todavía les quedaban tres días por delante antes de partir hacia las montañas y todo parecía indicar que ese tiempo iba a ser algo aburrido para Emily, pero en aquel planeta nada era lo que parecía. De hecho, Shildii volvió a aparecer por allí esa misma tarde. Como de costumbre, Emily salió al exterior a recibirlo. Esta vez el joven se había acercado más, a curiosear.

—¿Qué tenéis ahí dentro? —señaló el interior de la base.

—¿A qué te refieres? —preguntó Emily.

—La puerta es muy grande —dijo Shildii—, debéis de tener algo muy grande ahí dentro.

—Muy observador —concedió ella—. Lo cierto es que son grandes para permitir la entrada de objetos de gran tamaño, como el que le llevamos a Yisht, pero también para que puedan entrar y salir varios humanos a la vez.

—Los humanos sois un poco raros —comentó Shildii, que entornó los ojos y esbozó una alegre sonrisa.

—Pensaba que no ibas a querer volver después de lo que ha pasado estos días.

—Sí, me llevé un susto muy grande cuando los soldados entraron en el despacho de Yisht.

—Yo también estaba asustada.

—¿De verdad? —preguntó incrédulo—. ¿Los humanos también sentís miedo?

—¡Claro! De hecho, es algo muy humano —explicó—. Sentir miedo es natural, nos hace estar alerta ante los peligros.

Emily le entregó un pedazo de bizcocho de chocolate. Y aunque ya era tarde, Shildii lo aceptó de buen grado y se lo comió en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias —dijo al acabarlo.

—No tienes que darlas. —Emily le hizo una cariñosa caricia en la cabeza.

—Yo quería enseñarte algo —dijo Shildii después.

—Ah ¿sí? ¿Qué es?

—Es una sorpresa —dijo el joven.

—¡Vaya! ¿Con que una sorpresa?

—¡Sí! Pero tendrás que venir conmigo para verla.

—Muy bien, y ¿dónde está? —quiso saber Emily.

—Sígueme —la invitó él.

Emily siguió a Shildii hasta el borde del río, pero allí se alarmó un poco.

—¿Quieres que cruce el río? —preguntó.

—Sí.

—No debería de hacerlo, puede que haya algún Khaavahki vigilando la zona.

Shildii se detuvo en seco al darse cuenta de que Emily tenía razón y que no debería cruzar el río.

—Pero ayer lo hicimos...

—Sí, pero... —Emily iba a añadir que lo de ayer era importante, pero no quiso herir los sentimientos del joven kepleriano, así que no acabó la frase—. Supongo que no pasará nada por cruzar un momento —accedió por fin.

Shildii se alegró del cambio de decisión de Emily y atravesaron al otro lado gracias al tablón que siempre dejaba escondido entre los arbustos. Luego continuaron andando por el mismo camino que habían tomado el día anterior para reunirse con Khikhya.

—¿Me llevas a la misma cabaña que ayer? —preguntó Emily.

—Sí —dijo Shildii—, verás, es que quiero que conozcas a unos amigos.

Emily disminuyó el paso hasta casi pararse.

—¿Unos amigos? —preguntó ella con ciertas reticencias.

—Sí, han oído hablar de ti y quieren conocerte —le explicó él—. Pero no les digas que te lo he dicho. Se supone que era una sorpresa.

Emily se paró en seco. No le gustaba la idea de conocer a otro grupo de adolescentes que fueran presumiendo por el poblado de que acababan de conocer a una humana y que esa espiral

de cotilleos y rumores se hiciera insostenible.

—Shildii, me tienes que consultar antes estas cosas —dijo ella con un tono muy serio.

Él agachó la cabeza y aceptó su regañina.

—Yo pensé que, como ayer estuvimos en la cabaña, podríamos seguir teniendo allí nuestras reuniones...

—Y claro que podemos seguir reuniéndonos —dijo Emily—. Khikhya nos dijo a Rakesh y a mí que no nos acercáramos a Wiikhaadiiz ofiz por seguridad. Pero no dijo que tú no pudieras seguir viniendo a nuestro poblado. Lo que no quiero es que mucha más gente se entere de que estamos aquí, hay muchos keplerianos a los que no les gustamos, ¿entiendes eso?

—Sí, creo que sí —dijo.

Acabaron de recorrer el trayecto hasta la cabaña. Shildii entró delante de ella y miró a ambos lados, como buscando a alguien que no parecía encontrar.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, Emily sintió una potente descarga eléctrica recorriendo su cuerpo. Comenzó a convulsionarse, incluso dentro del exotraje, que se apagó de inmediato. No pudo mantener el equilibrio con el traje desconectado y cayó al suelo mientras continuaban las convulsiones. No pudo ver lo que había pasado. Se desmayó casi de forma instantánea.

Robert recibió una alerta de Ada.

—Teniente Beaufort —dijo—. Acabo de perder la señal del exotraje de Emily.

—¿Qué? —exclamó sorprendido—. Pero ¿dónde estaba?

—Había salido de la base con Shildii —dijo—. Su última posición conocida ha sido entrando en la misma cabaña en la que se reunieron ayer el doctor Kumar y ella con la líder kepleriana.

Robert dio un respingo y Ada le mostró de inmediato la localización exacta en su visor de realidad aumentada.

—¿A cuánto está ese lugar de aquí? —preguntó con apremio.

—A casi una hora andando —respondió Ada—. Hay que cruzar el río.

—Ferrara —llamó por radio mientras se dirigía a por su exotraje—. Prepare a tres soldados de inmediato. Tenemos un código rojo.

—Entendido, teniente —oyó a Ferrara—. Estamos preparados. ¿Qué ha ocurrido?

—Emily ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí, no hay señal de ella —dijo Robert preocupado—. Temo que alguien le haya hecho algo.

—Entendido —respondió ella—, le esperamos en la entrada.

—Ada —llamó Robert tras colocarse el casco del traje—. Muéstrame las últimas imágenes de las cámaras de Emily.

Ada obedeció y Robert pudo ver cómo Emily entraba en la vieja cabaña detrás de Shildii. Pero nada más cruzar la puerta, la señal del traje se perdió por completo.

—Vuelve a pasarla —pidió Robert.

Después de tres visionados más, Robert desistió en su intento por aclarar qué había

provocado la pérdida de señal. En el vídeo no se apreciaba nada, ni siquiera si Emily había sido atacada por algo o alguien. Tan solo dejó de emitir señal justo al cruzar el marco de la desvencijada puerta de madera.

—Vamos, el tiempo puede ser crucial —instó a Ferrara una vez estuvo fuera de las instalaciones.

—Sí, señor.

—¿Ha visto el video? —preguntó él mientras iniciaba la marcha.

—Sí, y no he visto nada extraño —dijo ella—. ¿Podría ser un simple fallo en su módulo emisor?

—¿Justo en el mismo instante en el que entra en la cabaña? —dudó Robert—. No creo en las casualidades. Un traje que ha costado millones no puede fallar así como así.

—¿Qué cree que ha podido pasar?

—No lo sé, pero puede que Garth esté detrás de esto.

—¿Qué? —dijo extrañada—. ¿Qué ganaría el capitán haciéndole daño a Emily? Tenemos más efectivos que él y se acabaría este *statu quo* tan extraño que mantenemos ahora mismo.

—No lo sé —reconoció Robert—. Pero lo que sí que sé es que el capitán y sus compinches conocen a la perfección las diferencias entre el traje de los ingenieros y un traje militar.

Ferrara se quedó pensativa. Su teniente podía estar en lo cierto, solo un humano militar o un ingeniero de cierto rango podría saber cómo inutilizar un exotraje civil.

—Una descarga eléctrica —dijo Ferrara.

—Eso es —afirmó Robert—. Un simple taser eléctrico.

—Los trajes civiles no tienen el mismo aislamiento de los militares.

—Una de las grandes decisiones de nuestros antiguos gobiernos que nunca llegué a entender —observó Robert—. Para abaratar costes decidieron que los trajes de ingeniero no tuvieran el mismo aislamiento que los militares. Como si los ingenieros no estuvieran expuestos a corrientes eléctricas cuando manipulan algunos sistemas.

—Y que el capitán puede haber aprovechado para usar en nuestra contra —observó Ferrara.

—Pero lo peor de todo es que la descarga necesaria para inutilizar un traje de esas características puede llegar a ser letal —añadió Robert—. Podrían haber matado a Emily de forma involuntaria, incluso aunque solo quisieran reducirla.

—Será mejor que no pensemos en eso —dijo Ferrara mientras un escalofrío recorría su espalda.

—Tenemos que llegar lo antes posible —la azuzó él, preocupado.

—¿El transporte aéreo está descartado? —preguntó la soldado.

—Sí, la zona es muy boscosa, no llegaríamos antes. Además, no debemos descartar que nos estén esperando. Tenemos que ir rápido, pero con sigilo.

Robert, Ferrara y los otros tres soldados cruzaron el río con sus propios propulsores y avanzaron por el espeso bosque en dirección a la cabaña siguiendo el trazado que les había marcado Ada en sus visores. Al tratarse del mismo trayecto que habían hecho Shildii y Emily no les costó detectar sus huellas. En algunos lugares, debido a la humedad y las recientes lluvias eran más fáciles de localizar. Sin embargo, también se mezclaban con las del día anterior, así que

resultaba un tanto confuso. Lo único que Robert tenía claro era que, si había atacantes, estos no habían seguido esa misma ruta para llegar a la cabaña.

—Estén atentos a cualquier movimiento, en todas direcciones —ordenó Robert, señalando también hacia las copas de los árboles—. Cerramos el canal de comunicación.

El teniente Beaufort observaba con atención el entorno que les rodeaba mientras intentaba seguir el rastro de las pisadas de Shildii y Emily. A medida que se iban acercando al final del trayecto, Robert ordenó mediante gestos al grupo disminuir la velocidad. Los cinco militares avanzaron de la forma más silenciosa posible. Ya podían ver la cabaña a lo lejos, protegida entre abundante maleza y vegetación. Comprobó que, en la parte exterior de la cabaña, sobre todo frente a la puerta, las pisadas eran más abundantes, pero la mayoría de keplerianos. Recordó que Emily le había contado ayer mismo que quizá el capitán Garth podría haber establecido contacto con la facción kepleriana más belicosa.

También distinguió las huellas de al menos un carruaje que se alejaban en dirección este. Ferrara hizo las señas pertinentes para realizar la maniobra de asalto táctico a la cabaña. Dos de los soldados la rodearon mientras Ferrara, Robert y el tercero de ellos se disponían a entrar en el interior. Ferrara propinó una fuerte patada en la puerta que casi la desmonta por el impacto. En un rápido y coordinado movimiento, Robert y el otro soldado entraron como una exhalación. Cada uno apuntó con su fusil de asalto en una dirección y controlaron todo el perímetro interior. Estaba oscuro, la luz apenas penetraba por las minúsculas ventanas de la vieja casa. No había nadie.

—Despejado —informó el soldado cuando aseguró todos los rincones.

—Despejado —confirmó también el teniente.

—Aquí tampoco hay nada —dijo uno de los soldados que había rodeado la cabaña.

Robert encendió la linterna de su casco para poder inspeccionar la zona. No había rastro de forcejeos ni peleas. Robert se colocó en el mismo punto en el que Emily había perdido la conexión. Observó el suelo de tierra prensada que tenía delante lo bastante húmedo como para reflejar las huellas de un humano embutido en un exotraje que cae a plomo al perder el equilibrio.

—Emily ha caído aquí —dijo señalando las recientes marcas que había en el suelo.

—¿Caerse? —preguntó el soldado—. Pero los trajes se mantienen de pie aunque estén apagados, ¿no?

—Sí, pero solo si estás quieto y lo apagas convenientemente —corrigió Robert—. Emily estaba en movimiento cuando entró en la cabaña, la atacaron y perdió la vertical.

Observó a su alrededor, revisando la disposición del escaso mobiliario. Los tres sillones de madera continuaban en el mismo lugar donde ayer habían estado sentados Emily y Rakesh junto con Khikhya.

—Alguien disparó un taser desde esa esquina en cuanto Emily apareció por la puerta —dijo.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Ferrara.

—La puerta se abre hacia la izquierda —explicó él—. Es el único lugar desde el que puedes hacer un tiro limpio sin ser visto al entrar. Supongo, además, que habrán tenido en cuenta el periodo de adaptación de las ópticas del traje y de la propia Emily a la oscuridad interior de la cabaña. Fue un disparo fácil, sola, desarmada y confiada.

—¿Cree que Shildii está involucrado? —preguntó ella.

—Es solo un crio —reflexionó él—. Es muy influenciable, quiero pensar que a él también lo han engañado.

Salieron de la cabaña y se reunieron en la parte delantera.

—Al menos cuatro keplerianos cargaron a Emily en un carro para llevársela de aquí. Estas huellas parecen más pequeñas, podrían ser de Shildii —señaló el rastro que habían dejado los asaltantes.

—¿Keplerianos? —preguntó extrañada Ferrara—. ¿Cómo puede ser? Hasta donde sabemos, los keplerianos no dominan la electricidad.

Robert se dio cuenta de que no conocían los informes que la inteligencia de Khikhya había conseguido.

—Khikhya le contó ayer a Emily que en los últimos días sus espías habían visto a humanos teniendo contactos con el líder del pueblo Khaavahki.

—¿Qué?! —exclamó—. ¿El capitán Garth está haciendo tratos con los que quieren dominar al resto de los keplerianos?

—Eso parece. Tenemos que seguir el rastro del carro —urgió señalando hacia el este.

Emily recuperó el conocimiento poco a poco. Estaba dolorida, como si le hubieran pegado una paliza. No veía nada, estaba sumida en una profunda oscuridad. Tampoco oía gran cosa; un molesto y constante pitido le taladraba el oído izquierdo.

—¿Ada? —llamó.

No hubo respuesta, pero notó que hubo un ligero cambio de luz delante suyo.

—Emily *am* —oyó a una voz—. *Vi li wubriik am*.

—¿Shildii? —preguntó sin entender nada de lo que acababa de escuchar.

—*Biif lu thii. Nak taa diil, lu li chow ghayi*.

—No entiendo nada de lo que dices, Shildii —dijo ella con apenas un hilo de voz.

Intentó incorporarse, pero el traje estaba apagado. Sin los servomotores de las articulaciones le costaría un mundo levantar el peso de la aleación metálica del exotraje. La cabeza le iba a estallar del dolor. Y ese maldito pitido no la ayudaba nada a pensar en la situación en la que se encontraba. Parecía más que probable que el traje hubiera quedado inutilizado y su implante auditivo estuviera frito, de ahí el molesto y constante pitido.

—*Pi a vamva jaa am* —volvió a decir Shildii.

Sin la ayuda de Ada le iba a resultar imposible entender nada. Conocía algunas palabras, sí, pero le sería muy complicado hablar con él, solo era capaz de saber cuándo preguntaba algo, ya que todas las preguntas en kepleriano acaban en *am*.

—*Ju wok Kophy* —dijo, una de las pocas frases que había aprendido de memoria. «No hablo kepleriano».

Shildii suspiró y se quedó quieto, pensativo, supuso Emily. Ella aprovechó el relativo silencio para rememorar lo que había pasado y evaluar su situación actual. Lo último que recordaba, después de haberle aclarado a Shildii que debían de ser más cautos, era haber entrado en la cabaña. A continuación una fuerte sacudida y por último despertarse aquí.

Les habían tendido una trampa. Emily pensó que si Shildii estaba allí era porque se habían

aprovechado de la inocencia del joven kepleriano para llegar hasta ella. Tendría una charla con él, pero desde luego, no era el momento ni el lugar. Primero tenía que pensar en cómo salir de aquel embrollo. Y también tendría una charla consigo misma. No solo había arrastrado al joven kepleriano a esta situación si no que, además, acababa de caer en una trampa absurda. Tenía que cambiar mucho su forma de actuar.

El traje no funcionaba, Ada no respondía. Dio gracias a que los ingenieros que lo diseñaron pensaron en estas situaciones y el soporte vital no necesitaba electricidad, de lo contrario ahora mismo ya no estaría viva. La batería duraba cuarenta y ocho horas, pero el depósito de oxígeno solo tenía suministro para veinticuatro.

El lugar estaba sumido en una total y absoluta oscuridad. Emily apenas podía notar la presencia de Shildii, a pesar de que sus ojos deberían de haberse acostumbrado de sobra a la poca luz del entorno. Eso solo podía significar que alguien los había encerrado en un sitio sin luz, o que ya era de noche.

«Teniendo en cuenta que el traje estaba cargado al cien por cien cuando salí de la base a las dos, y que en esta época ya es noche cerrada entorno a las siete, podría haber estado más de cuatro horas inconsciente», calculó. Pero no podía saber si simplemente alguien les había metido en una especie de oscuro calabozo.

Emily recordaba algunas palabras sueltas en kepleriano, así que pensó en cómo preguntarle cosas a Shildii y entender después sus respuestas. Por suerte, recordó la palabra kepleriana para la noche.

—*Jof am* —preguntó.

—*Ju da li jof oppi* —respondió el joven. Luego añadió—: *Lu li id. Pa chu wiivaar li. Lu iighraashii a li wiichifpaap.*

—*Ju, ju* —dijo Emily intentando gesticular de todas las maneras posibles.

Creía haberle entendido un no al principio de su respuesta, pero solo necesitaba un sí o un no, de lo contrario, podría estar queriéndole decir otra cosa distinta.

—*Biif, Ju* —le dijo para que se limitara a responder sí o no—. *Jof am* —volvió a preguntar.

—*Ju* —respondió Shildii de forma escueta.

«Bien, por lo menos ya sé que no es de noche. Tengo que decirle que no puedo ni ver, ni tampoco entenderle».

—*Emily ju iip* —dijo, recordando el verbo—. *Emily ju wok.*

Shildii no dijo nada, tan solo lanzó otro suspiro de resignación. Emily retomó su particular evaluación de la situación. Si no era de noche, podía haber estado poco tiempo inconsciente y por lo tanto le quedarían al menos veinte horas de oxígeno. Por suerte, tenía agua y papilla para recuperar fuerzas. Y esperaba que la estuvieran buscando.

Consiguió levantar los brazos con algo de esfuerzo, pero el traje pesaba demasiado como para incorporarse ella sola. Por suerte, Shildii vio que le estaba costando y la ayudó a sentarse. No era una posición de lo más cómoda, pero tenía el cuerpo entumecido de estar en la misma postura y agradeció el cambio. Extendió los brazos hacía los lados para ver si había alguna pared en la que apoyarse. También le dio la impresión de que el suelo era de tierra, ya que pudo hacer un pequeño agujero casi sin esfuerzo.

—*Shildii iip am.* —Le preguntó si él podía ver.

—*Biif* —respondió de forma afirmativa.

Si Shildii podía ver, eso solo podía significar dos cosas: o que ella había perdido la visión a causa del ataque o, como sospechaban, los keplerianos podían de manera natural detectar el espectro infrarrojo y ver en la oscuridad. Algo nada descabellado, teniendo en cuenta que en ese planeta no había una luna que reflejara la luz del sol durante las noches.

Desde luego, la situación distaba mucho de ser idílica. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo llevaba allí, no tenía energía y no sabía cuánto oxígeno le quedaba. Tan solo podía esperar a que sus compañeros vinieran a sacarla de allí.

Robert, Ferrara y los otros tres soldados seguían el rastro de las ruedas del carro en el que sospechaban que se habían llevado a Emily y a Shildii. Se dirigía hacia el este y cada pocos metros se entrecruzaba y se confundía con el del viejo carruaje que Khikhya había utilizado el día anterior. Ese camino no parecía muy transitado, así que no era muy complicado seguir las huellas. Pero había algunas zonas donde la tierra que pisaban las rodaduras de los carros estaba mucho más seca y estuvieron a punto de perder la pista un par de veces.

—¿Cree que los habrán llevado a la población de los Khaavahki? —preguntó Ferrara.

—Es una posibilidad, desde luego —respondió Robert—. Pero teniendo en cuenta que la mente enferma del capitán Garth está sin duda detrás de esto, puedo esperarme cualquier cosa.

—Confiemos no tener que llegar hasta allí —dijo Ferrara—. No será fácil pasar desapercibidos en una población kepleriana. Y menos si está repleta de soldados.

—No creo que se hayan arriesgado a provocar un conflicto diplomático por aprehender a una de las representantes humanas —reflexionó Robert—. Pero llegados a este punto, lo cierto es que me da igual hasta dónde tengamos que ir, siempre que lleguemos antes de que se le acabe el oxígeno a Emily.

—¿Cuánto tiempo le queda, Ada? —preguntó Ferrara.

—Unas veinte horas más o menos —calculó.

—No disponemos de mucho tiempo —apremió la soldado.

—Será mejor que nos demos prisa.

El grupo aumentó el ritmo, lo que gracias a la asistencia de los trajes apenas les supuso un pequeño esfuerzo. Llegaron a un punto en el que el rastro de la carreta en la que creían que se habían llevado a Emily viraba hacia el norte. El otro, el de la que ayer había traído a Khikhya, continuaba en dirección este.

—Parece que han girado aquí —dijo Robert.

—Ada, ¿tenemos constancia de alguna población kepleriana que esté situada hacia el norte? —preguntó Ferrara.

—Sí, los Gaal-El están justo en esa dirección, atravesando un paso de montaña. A unos cuarenta kilómetros de vuestra posición, según las vagas indicaciones que Khikhya le dio a Emily ayer.

—No llegaremos antes de que anochezca —calculó Ferrara.

—Emily corre un grave peligro, no podemos pensar en dormir —protestó Robert.

—No me refiero a eso —dijo ella—. Ya sabes a quiénes les encanta salir de noche.

—Aquí no hay Yokais —aclaró Robert.

—Que sepamos —puntualizó Ferrara—, pero no me gustaría descubrir una nueva localización de esos malditos demonios.

La noche comenzó a caer y seguir el rastro cada vez se hizo más y más difícil sin luz artificial. En un momento dado, Robert decidió encender la linterna de su casco. Pero unos minutos después comprendió que la noche era ya muy cerrada, así que cambió de opinión y pasó a visión infrarroja. Aunque la calidad de la imagen fuera algo peor, siempre era mejor que revelar la posición.

Al cabo de algo más de una hora en dirección norte, Robert se detuvo en seco.

—Aquí el rastro parece girar hacia el este —dijo.

—Pues vamos hacía allí.

—No, aquí hay algo más —reveló.

—¿El qué?

—Miren —señaló las huellas—. De repente hay cuatro surcos de rueda, y los dos que giran hacia el este vienen desde el norte, no desde el sur, como nosotros. Observen la circunferencia que trazan las huellas. El carro que hizo este giro venía en sentido contrario al nuestro.

—O es otro carro, o ha girado ciento ochenta grados más adelante —dedujo uno de los soldados.

—Eso es —confirmó Robert—. Tenemos que seguir hacia adelante. Esto es extraño.

—Quizá se pasaron de largo la salida de la aeropista —bromeó otro de los soldados.

—O tal vez estén intentando despistarnos —propuso el teniente.

Un par de kilómetros más adelante, las huellas del carro giraban en redondo, haciendo que el rastro de regreso se cruzara con el de ida.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Robert.

—Parece que sí que se pasaron la salida —repitió el soldado.

—Volvamos —ordenó el teniente.

Regresaron por el camino con más cuidado, mientras Robert prestaba suma atención a las huellas. Un buen rato después encontró algo que le había pasado inadvertido la primera vez.

—Aquí vuelve a haber huellas de keplerianos —señaló una zona.

—Cuatro keplerianos, y unas más pequeñas, probablemente las de Shildii —analizó Ferrara.

—Se dirigen hacia el oeste —aseguró Robert.

—Tenía razón, teniente —felicitó Ferrara—, el giro era un señuelo.

—Descargaron el carro antes de volver hacia el este para intentar despistarnos —dijo uno de los soldados.

—Eso significa que tienen que estar muy cerca de aquí —dijo Robert.

«Aguanta, Emily. Ya llegamos», pensó.

28

El rescate

1 de noviembre del año 0

Localización desconocida, Kepler-442b

Emily permanecía sentada en la oscuridad. Al menos había conseguido llegar a una pared en la que poder apoyarse y descansar la espalda. Y aunque la pared le resultaba extraña, ya que parecía estar excavada en la misma tierra, se tranquilizó un poco al intuir que era más que probable que a sus ojos no les pasara nada, sino que estaban en un agujero oscuro sin luz de ningún tipo.

La siguiente preocupación de su lista era salir de allí. Si ella no sabía dónde estaba, sería complicado que sus amigos la encontraran. Así que tenía que intentar salir antes de que el oxígeno se agotara. Y el principal problema para ello se reducía al hecho de que su exotraje no parecía querer encenderse.

Todos los sistemas electrónicos, sea cual sea su naturaleza y propósito, tienen una fuente de alimentación responsable de llevar la electricidad desde la batería a aquellos elementos que la necesiten. El exotraje no era ninguna excepción. La única pega era que Emily no conocía las especificaciones de los exotrajes tan al detalle como para saber dónde estaban las baterías y la fuente de alimentación. Suponía que todas esas partes importantes estarían en la especie de chepa trasera de la que disponía, en la misma zona donde Emily sabía que se almacenaba el oxígeno y los suministros del traje.

Pero tenía claro que sin luz, sin herramientas y sin poder acceder a esa zona del traje sin salir de él, iba a ser complicado descubrir cuál era el problema que impedía el encendido. Además, lo más seguro era que necesitara algún tipo de recambio del que no disponía. La situación no pintaba nada bien. Estaba encerrada en un traje inservible, bajo tierra y con un alienígena al que no entendía nada de lo que decía.

«Tengo que moverme de aquí, aunque sea sin energía», pensó.

Intentó levantarse, para lo que acabó necesitando de nuevo la ayuda de Shildii. A pesar de no poder comunicarse con él, parecía estar muy atento a todos sus movimientos.

—*Vi nak* —agradeció Emily en su idioma.

Extendió los brazos como pudo y notó que, a pesar de la falta de asistencia eléctrica, podía moverlos con algo de esfuerzo. Una vez en pie, parecía factible moverse con relativa facilidad. Dio un par de pasos, pero debió colocar el cuerpo de alguna manera en la que el punto de gravedad del traje acabó venciendo su propio peso y se dio de bruces contra el suelo. Shildii la ayudó de inmediato a levantarse de nuevo. Desde luego, el joven kepleriano tenía bastante fuerza; de no ser por él, ponerse de pie le habría supuesto un esfuerzo titánico.

—*Thu shyi ghak wiivarublov ii li naa wodu ondo* —dijo Shildii.

—*Ju wok Kophy* —le recordó de nuevo que no hablaba su idioma.

—*Pi yopwaathi* —añadió resignado.

Probó de nuevo a moverse por el sitio, extendió los brazos hacía adelante y comenzó a dar pequeños pasos con algo de esfuerzo. El traje no estaba pensado para ser utilizado sin electricidad, pero supuso que los ingenieros habrían tenido en cuenta posibles fallos en las baterías y el suministro, así que por lo menos podía desplazarse con cuidado. El espacio en el que se encontraban recluidos no era muy extenso, apenas había avanzado cuatro metros y ya tocaba la pared de enfrente.

Emily intentó mover también la cabeza para mirar alrededor. Veía muy poco, pero notaba que la poca luz que le llegaba procedía de una pequeña abertura en la parte superior de donde se encontraban. No era capaz de discernir de qué se trataba, le recordaba un cuadrado cuyos lados emitían una luz muy tenue.

«Eso parece una especie de trampilla —pensó—. Nos habrán tirado bajo tierra y la han cerrado».

Emily señaló con su mano la trampilla para ver si Shildii le aportaba algo que pudiera entender.

—*Shyin am* —preguntó si eso era una puerta.

—*Biif* —dijo el kepleriano. Sí.

—*Shyin* —repitió Emily mientras hacía el gesto de alcanzarla y abrirla.

—*Ju* —negó él—, *thii pi fash*.

Emily interpretó que no podían llegar hasta la puerta, estaba a demasiada altura. Pero se le ocurrió una idea absurda. El espacio parecía muy reducido, como el sótano de una casa. Demasiado pequeño incluso para retener a más de una persona. Tal vez si conseguían ponerse uno encima del otro pudieran alcanzar la trampilla. No tenía muchas esperanzas, pero quién sabe, quizá sus captores no habían caído en la cuenta y no estaba cerrada con pasador.

Pensó en cuál de las dos posibilidades sería la mejor, pero desechó ponerse ella sobre sus hombros ya que, si ya le era difícil dar unos pocos pasos, no quería ni imaginar lo que le supondría subirse a la espalda de alguien. Además, si el traje estaba bien diseñado, no tendría que hacer mucho esfuerzo para aguantar el peso de Shildii sobre sus hombros. Solo necesitaba encontrar una postura en la que la propia estructura del traje aguantara el peso de Shildii, que calculó en unos noventa kilos.

Así que Emily le señaló a Shildii sus hombros.

—Shildii, *shyin* —le dijo mientras añadía el gesto de abrir la puerta.

Shildii miró la trampilla con atención, evaluando las posibilidades y el riesgo de la idea de Emily durante un buen rato.

—*Biff, lu shii lu vif* —dijo.

«*Biff*, eso es que sí que puede», pensó.

Emily pegó su casco y la parte superior de su espalda todo lo que pudo a la pared, dejando algo de espacio en la parte inferior, de tal manera que no se venciera hacia atrás. También abrió y separó un poco las piernas para tener algo más de estabilidad lateral. El hueco de entrada parecía pegado a una de las paredes así que si Shildii podía llegar a la altura de la trampilla tal vez tuvieran una posibilidad.

Entrelazó sus dedos a la altura de la pelvis para construirle a Shildii un soporte en el que apoyarse para escalar hasta sus hombros. Entre los dos superarían los tres metros de altura, ojalá fuera suficiente.

Shildii colocó su pie izquierdo en las manos de Emily y, tras asegurarse de que podía con su peso, tomó impulso hacia arriba. El traje aguantó la tensión extra producida por el peso del joven kepleriano sin que ella apenas tuviera que hacer esfuerzo. Una vez dado el primer paso, Shildii apoyó su pie derecho sobre el hombro izquierdo de Emily, que al instante oyó los sonidos de sus garras rozando algo de madera, supuso que se trataba de la trampilla. Luego, Shildii suspiró, frustrado.

«Está cerrada desde fuera», dedujo Emily, decepcionada.

Shildii dejó de hacer ruido, aunque notaba que el traje se balanceaba hacia ambos lados. Estaría estudiando la trampilla desde varios ángulos. Al cabo de un interminable minuto, se bajó de los hombros.

—*Lu jiiiwaad zaan* —dijo.

Emily no entendió nada, pero por el tono de su voz supo que había visto algo. Le pareció que Shildii se sentaba en el suelo y oyó cómo rasgaba la tela de su jubón. Al cabo de un rato estaba de nuevo enfrente de Emily y la instaba a juntar las manos del traje para darle el apoyo que necesitaba para subirse a sus hombros.

Repitieron el proceso y el kepleriano se encaramó. A Emily le pareció que tardaba una eternidad en hacer lo que tuviera en la cabeza, pero a juzgar por los constantes sonidos de frustración que emitía, su idea debía de ser bastante complicada de llevar a cabo.

Hasta que, de pronto, su tono se volvió triunfal y Emily percibió el roce metálico de un pasador moviéndose. Shildii entreabrió la trampilla, pero aun así no se notó un gran cambio en la luz que entraba. Eso solo podía significar que ya era de noche. Shildii cogió algo de impulso y empujó la puerta con todas sus fuerzas. El ruido de la madera al chocar contra el suelo fue como un trueno en medio de la noche.

«Maldición, nos van a oír».

Shildii volvió a coger impulso y se encaramó al borde del hueco, y balanceándose un poco, desapareció por él.

—*Emily pi li numma, lu li thii taa fa a pidoch juw* —susurró Shildii, asomándose de nuevo por el agujero.

Pero antes de que pudiera decirle una vez más que no había entendido nada, Shildii desapareció, dejándola allí sola. Aunque no tardó mucho tiempo en oír alboroto fuera, allí había alguien más.

«Lo han cogido», pensó asustada.

—Volvemos a silencio de radio —ordenó Robert—. Estén atentos, creo que estamos cerca.

Los cinco militares acababan de dejar el camino principal para adentrarse en una zona menos transitada, al menos en apariencia. Avanzaban en silencio, pero en perfecta sincronía y con toda la cautela posible. Robert iba al frente, marcando el ritmo y comprobando una y otra vez los rastros que aparecían en su visor. La visión infrarroja era muy útil en estas circunstancias, pero las imágenes eran menos nítidas de lo normal. Además, solo podían ver con claridad a unos pocos metros de distancia.

Las huellas keplerianas eran mucho más complicadas de distinguir que los surcos de los carros de madera. De hecho, Robert perdió el rastro varias veces y tuvieron que volver unos

pasos atrás para encontrarlo. Avanzaban demasiado despacio y no sabían cómo de lejos estaba el lugar en el que retenían a Emily.

De pronto, oyeron un golpe seco en la distancia. De inmediato, Robert y el resto del equipo detuvieron la marcha y apuntaron sus fusiles de asalto hacia la zona de la que provenía el sonido, que no volvió a repetirse.

Luego les llegó cierto alboroto desde esa misma dirección. Había keplerianos y parecían estar gritando. Robert soltó su fusil de una mano y les hizo un gesto a sus compañeros para que avanzaran más deprisa, pero con el mismo sigilo.

Pronto vieron una cabaña en la distancia y Ada fue capaz de interpretar lo que decían los keplerianos que discutían.

—Tírate al suelo —decía uno de ellos.

—Obedece —decía otro—. O tendremos que mataros a los dos.

—No os hemos hecho nada —decía una tercera voz, que parecía mucho más joven.

—Dadle con el arma de los extranjeros, a ver si así obedece —dijo una cuarta voz.

Ada localizó el origen del sonido y, tras dar un pequeño rodeo, pudieron ubicar las fuentes de calor de las que procedía la conversación. Ada detectó otras dos fuentes de calor en el interior de la cabaña, acostadas en lo que parecían sendas camas. Fuera había cuatro figuras, una algo más pequeña con los brazos en alto, y otras tres más grandes que parecían rodear a la primera.

Robert señaló a Ferrara y a otro de los soldados y los dirigió hacia los dos del interior de la cabaña. Los otros dos soldados siguieron a Robert hasta que la figura que tenía los brazos levantados cambió el gesto. Los había visto. Los otros tres se dieron la vuelta de inmediato.

—¡Alto! —gritó uno.

—Soltad las armas —les instó Robert gracias a la traducción de Ada.

Sin mediar palabra, uno de los otros dos keplerianos, que parecía bastante nervioso, disparó lo que parecía un taser en dirección a Robert. Los dos extremos del taser se acoplaron en el traje y soltaron una descarga eléctrica. Robert, con parsimonia, bajó el fusil y con una mano arrancó los dos cables de un tirón sin apenas inmutarse.

—Algún día, recordadme que os explique lo que es una jaula de Faraday —dijo—. Ahora, tirad las lanzas y ese pequeño juguete, antes de que alguno de vosotros se haga daño.

Dos de los keplerianos obedecieron sin pensarlo, pero el tercero salió corriendo en dirección contraria. Robert le hizo un gesto a uno de los soldados, que salió detrás de él. Por muy kepleriano que fuera, no era rival para la asistencia del exotraje militar, capaz de alcanzar los cincuenta kilómetros por hora. Tardó menos de un minuto en alcanzarlo y tirarlo al suelo.

Robert y el otro soldado ataron las manos de los dos keplerianos y los colocaron sentados contra la pared. Ferrara se unió a la fiesta con otros dos que parecía que estaban durmiendo en el interior de la cabaña, ajenos a todo el alboroto del exterior.

—¿Dónde está Emily, Shildii? —preguntó Robert con voz seria.

—Por aquí —dijo Shildii mientras giraba por detrás de la cabaña.

Allí le señaló una pequeña trampilla de madera que estaba abierta. Robert se asomó al interior y por fin la vio, allí abajo, apoyada contra la pared en la misma postura en la que la había dejado Shildii.

—¿Necesita ayuda, señorita Rhodes? —preguntó, aliviado al comprobar que parecía de una

pieza.

—¡Robert! —exclamó mirando hacia arriba—. No sabes cuánto me alegro de verte.

—Tu traje no tiene energía ¿verdad? —preguntó al ver que apenas se movía.

—No, está frito. Creo que me dispararon con una especie de taser o un impulso electromagnético.

—Con un taser —confirmó Robert—. Así que puedes imaginarte quien está detrás de todo esto.

—¡Garth! —maldijo Emily.

—Voy a buscar una escalera para sacarte de aquí —dijo Robert mientras desaparecía del hueco. Pero volvió a aparecer de nuevo para añadir: —No te muevas de ahí.

Emily soltó en una carcajada toda la tensión acumulada. No le gustaba mucho el papel de damisela en apuros, pero se alegraba de poder bromear de nuevo. Robert, con la ayuda de Shildii, encontró una escalera y la colocó en el hueco. Emily intentó mover su traje para salir al exterior. Tuvo algún problema para subir los peldaños, pero poco a poco consiguió abandonar ese agujero.

—Gracias —suspiró mientras abrazaba a Robert con toda su alma.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la examinaba a través del casco. Si no tuvieran aquellos malditos trajes sus cuerpos estarían pegados.

—Sí —le aseguró—, un poco cansada y con dolor de cabeza. Pero estoy bien. Aunque creo que mi implante auditivo se ha frito por completo, noto un molesto pitido.

—Bueno, que te lo miren en la estación —dijo Robert, examinándola de forma exhaustiva—. ¿Tienes oxígeno?

—Sí. Hasta he podido beber agua y comer algo de papilla —dijo ella—. El único problema que tengo es que no veo nada. Sin energía en el traje no tengo visión de infrarrojos.

—Bueno, eso puedo solucionarlo —dijo Robert mientras encendía la linterna de su casco.

—Me alegro tanto de verte —dijo casi sin apartarse de él.

—Nos has dado un susto de muerte —respondió Robert.

—Sí, lo sé. Lo siento —se disculpó—. Aunque dejemos las regañinas para otro rato.

—De acuerdo —sonrió él—. Vamos a ver qué hacemos con estos de aquí.

Robert y Emily se acercaron al lugar donde Ferrara y los otros soldados habían reducido a los cinco keplerianos responsables del secuestro. Emily pudo por fin ver a sus captores. Dos de ellos llevaban un sencillo uniforme militar verde, pero los otros tres llevaban unos simples calzones de color gris.

«Esos dos estarían haciendo la guardia cuando Shildii abrió la puerta del sótano mientras los otros tres estaban durmiendo», dedujo.

Revisó el blasón de los uniformes. No era el mismo que los que portaban los soldados que Khikhya enviaba a recogerles a Rakesh y a ella. Este tenía una torre de piedra con dos espadas cruzadas delante y un escudo en su parte posterior de un verde menos intenso que la propia tela del uniforme. Emily supuso que sería el blasón del pueblo Khaavahki. Lo que sí que tuvo bien claro es que estos soldados no eran ni de lejos tan fieros ni estaban tan bien armados como los que irrumpieron en el despacho cuando estaban con Yisht.

—¿Quién os ha enviado? —preguntó Robert.

Ninguno de ellos abrió la boca. Ni siquiera lo miraron, quizá porque la luz de las linternas les dañaba los ojos.

—¿Quién os ha dado esto? —preguntó de nuevo, mostrándoles un taser de evidente fabricación humana.

Pero obtuvo el mismo resultado que la primera vez, así que agarró a uno por el jubón y lo alzó unos centímetros del suelo. Luego iluminó su rostro con la linterna del casco.

—Creo que no sois conscientes de la gravedad del asunto —dijo Robert muy serio—. Sabéis que nada me impide ejecutaros aquí mismo, ¿verdad?

—A nosotros... —dijo el pobre incauto con los pies a un palmo del suelo—, solo nos dieron órdenes... de lo que teníamos que hacer.

—¿Quién?! —gritó Robert.

—Un alto mando de los Khaavahki.

—¿Cómo se llamaba? —espetó.

—No lo sé —afirmó el soldado—. De verdad... que no lo sabemos.

Robert soltó al soldado y se giró hacia Emily:

—No creo que les saquemos mucha más información, son unos simples peones. ¿Qué hacemos con ellos?

—Soltémoslos.

—¿Soltarlos?! —exclamó Ferrara.

—Sí, soltarlos —repitió Emily—. ¿Qué quieres que hagamos con ellos? ¿Mantenerlos prisioneros en la base? No contamos con zonas de detención preparadas para albergar keplerianos, y es más que probable que no sobrevivan a nuestro aire. Y entiendo que lo de ejecutarlos no era más que un farol...

—Claro, ¿por quién me tomas? No sería capaz de hacer algo así —aclaró el teniente.

—Lo sé —dijo ella—. Tenemos que soltarlos. No quiero ser la responsable de desatar una escalada de violencia absurda entre humanos y keplerianos.

—¿Y qué hacemos con Shildii? —preguntó Robert.

—Es solo un crío —dijo—. Me imagino que le habrán engañado. Le llevaremos a casa, su familia estará preocupada. Mañana tendré una conversación con él para tratar de entender qué ha pasado.

Robert volvió a dirigirse a los captores y los liberó de sus ataduras.

—Sois libres —les dijo—. Pero dad gracias a que ella no ha querido reteneros.

—Gracias, señora —dijeron los keplerianos, que parecían sinceros.

Los cinco se apresuraron a alejarse del lugar y se perdieron en la oscuridad de la noche. Ellos los imitaron poco después, tras registrar la cabaña en profundidad.

—¿Te ves capaz de caminar sin asistencia hasta la base? —preguntó Robert.

—¿A cuanta distancia estamos?

—A unos veinte kilómetros.

—No creo que pueda recorrer ni un par de kilómetros —dijo con sinceridad.

—Ada, búscanos un claro cercano en el que pueda aterrizar un transporte.

—Hay una zona lo suficientemente amplia como para que tome tierra una nave a un par de kilómetros al oeste de vuestra posición —informó Ada.

—Pásale las coordenadas a la teniente Balakova, que se acerque al punto de extracción en media hora.

—Entendido.

Robert y uno de los soldados llevaron a horcajadas a Emily hasta el área señalada. Poco antes de llegar escucharon los motores del transporte acercándose. Por el camino descubrieron en el suelo el rastro que la carreta había trazado hacia el este, el que Robert había decidido no seguir en primera instancia. Justo antes de llegar al punto acordado encontraron dos animales de tiro atados a una carreta de madera.

—¿Es este el carro en el que os han traído hasta aquí, Shildii? —preguntó Robert.

—Sí, creo que sí —dijo el joven.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Ferrara—. Parece que lo hayan abandonado aquí.

—Tenemos que soltar a los pobres animales, no creo que puedan sobrevivir así durante mucho tiempo —dijo Robert.

—Llevémoslos con nosotros —sugirió Emily.

—¿Llevármolos? —preguntó Robert.

—Sí, ¿por qué no? —dijo ella—. Se llaman *fhores*, por cierto, y salvando las distancias, se parecen bastante a los caballos de tiro de la Tierra. Estoy convencida de que nos serán de utilidad en la base, y Chad estará encantado de poder estudiar algo que no tenga raíces o que vaya saltando de flor en flor.

—¿Caballos? No sé qué clase de caballos has visto tú en la Tierra, pero esto se parece más a un rinoceronte famélico con peluca —observó Ferrara.

—Pero el transporte no está preparado para cargar animales —les recordó Robert.

—Katrin es muy buena piloto —adujo Emily—, estoy convencida de que podrá pilotar sin muchas sacudidas.

—Vale, de acuerdo —concedió Robert—. Vamos a soltarlos entonces.

Los dóciles animales apenas se inmutaron cuando les quitaron las guarniciones y los condujeron hasta el claro, donde ya les aguardaba la piloto con el transporte. Todos subieron a la bodega, ataron los dos *fhores* en una de las zonas habilitadas para asegurar la carga y se sentaron en los asientos de un lado del fuselaje.

Emily trató de estar atenta a las reacciones de Shildii, que parecía nervioso al entrar por primera vez en una nave humana. Y aunque el traje de Emily seguía sin funcionar, el de Ferrara, sentada al otro lado del kepleriano, hacía las veces de traductor.

—Tranquilo, Shildii —le dijo—. Vamos a llevarte a casa, pero lo haremos por el aire.

Shildii asintió sin decir una palabra, aunque se le notaba inquieto.

—Notarás una sensación extraña en la tripa y también en la cabeza —le advirtió Emily—. Pero estate tranquilo, es normal.

—De acuerdo —dijo al fin.

La piloto, que ya estaba al tanto del tipo de carga que llevaba en la bodega de su nave y de la parada adicional que iba a tener que realizar para dejar a Shildii lo más cerca posible de su casa,

comenzó la maniobra de despegue con la delicadeza y el tacto propios de la experta que era.

Shildii se agarró al asiento con fuerza en cuanto notó que la nave se elevaba, pero Emily pudo ver en su cara que era más por la sorprendente sensación que por miedo. Pasado el primer momento, pareció disfrutar del paseo. El viaje hasta el claro cercano a la cabaña de Shildii apenas duró cinco minutos. Emily decidió no acompañarle hasta su casa. No quería complicar las cosas apareciendo con un kepleriano desaparecido al que, casi con total seguridad, estarían buscando.

Unos minutos después aterrizaban en la base. Sacaron a los *fhores* de la bodega y los dejaron atados a un pequeño árbol cercano. Allí tendrían rico pasto para alimentarse cuando la estrella volviera a iluminar el planeta. Una vez en tierra, mientras el resto se desprendía de sus exotrajés, Robert ayudó a Emily a entrar en las instalaciones. Sin batería para asistir la apertura, el traje de Emily iba a tener que ser acoplado a su terminal para alimentar sus servomotores.

Robert se quitó su casco y su exotraje para estar más cómodo y también aprovechó para echarse hacia atrás la parte del mono que cubría su cabeza. Emily observó cómo su pelo, algo más largo y alborotado que cuando lo conoció, había comenzado a ondularse. Robert se situó delante de ella y, con mucha delicadeza, ayudó a Emily a quitarse el casco y a colocar su exotraje en el terminal.

Al instante, el traje comenzó a emitir un inconfundible zumbido eléctrico que concluyó cuando se abrió por completo, liberando a Emily de su jaula metálica. Sin embargo, Emily no salió, si no que se quedó quieta, clavando sus ojos heterocromados en los iris verdes de Robert.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, nunca me he sentido mejor.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—Porque tras muchas dudas, y después de darle muchas vueltas a todo, me he dado cuenta de que estoy a punto de besarte...

Robert la miró a los ojos y, a pesar de ser conscientes de que no estaban solos en la estancia, esta vez ninguno de los dos apartó la mirada. El tiempo se detuvo mientras disfrutaban nerviosos de los momentos previos al primer beso. Disfrutaron de lo efímero de esa primera sensación, de ese cosquilleo en la boca del estómago, de ese deseo reprimido al que estaban a punto de dar rienda suelta.

Sin mediar palabra, Emily rodeó con sus brazos el cuerpo de Robert y puso las manos en su atlética espalda. Luego, de puntillas, lo besó por fin. Notó la calidez y suavidad de sus labios, la húmeda caricia de su lengua la hizo sentir un escalofrío que le recorrió toda la columna. Robert la correspondió acariciando sus mejillas y su pelo y devolviendo ese beso con pasión.

Sus cuerpos, acoplados en un solo ser, latían con el mismo pulso acelerado, como una orquesta sinfónica en perfecta armonía. El beso, que ambos recordarían el resto de sus días, duró casi un minuto, pero a ambos se les hizo corto.

Luego, separaron sus labios lentamente.

—Gracias —le dijo Emily.

—¿Gracias?

—Sí, por todo. Por acudir al rescate, por ser como eres, por estar siempre ahí.

Robert recolocó con ternura los mechones rebeldes de Emily que, tras una larga y estresante jornada, habían logrado escapar de su alborotado moño.

—No te haces a la idea de lo que he deseado besarte —reconoció—. Desde ese primer momento en el que me cortaste el paso en la estación. Aunque espero que este sea el primero de muchos.

—Dalo por hecho —le aseguró ella mientras volvía a besarlo.

29

Cogiendo fuerzas

1 de noviembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily se acostó aquella noche con una gran sonrisa en la boca a pesar de todo lo ocurrido. La propia Ferrara, que había sido testigo del beso, la había felicitado en el pasillo.

—Ya era hora de que dierais el paso —le había dicho.

Era casi mediodía cuando se despertó. Habían llegado de madrugada y le costó algo conciliar el sueño. Su cabeza había ido a mil por hora desde que se acostó, repasando todos los acontecimientos, buenos y malos. Y, por supuesto, estaba aquel maldito pitido en su oído izquierdo que martilleaba sin piedad su ya de por sí maltrecha cabeza.

Para cuando se levantó de la cama, no quedaba nadie en esa zona de la enorme habitación. En la otra mitad todavía había alguien durmiendo, pero Emily no entró a ver quién era, convencida de que sería alguno de los soldados que habían colaborado en su rescate el día anterior. Entró en el comedor y se preparó una buena dosis de café. Por allí aparecieron enseguida Evelyn y Paula. Ambas esperaron a que Emily se sentara mientras la miraban con una sonrisa pícara en sus caras.

—¿Y bien? —preguntó Paula.

—Y bien, ¿qué? —dijo Emily con disimulo.

—No te hagas la tonta con nosotras —protestó Evelyn—. Ferrara nos ha contado todo lo que pasó ayer.

—Pero, antes de nada, ¿te encuentras bien? —dijo Paula preocupada—. Tuviste que pasar mucho miedo ¿no?

—La verdad es que casi no me enteré de nada —confesó.

Les contó cómo había pasado su confinamiento y cómo habían conseguido que Shildii abriera la trampilla de aquel sótano. Sus interlocutoras escucharon con atención, suspirando de miedo y llevándose las manos a la cabeza en algún momento del relato.

—¡Ah! —añadió Emily dirigiéndose a Evelyn—. Necesito que me revises el implante auditivo. Noto un constante y molesto pitido y con la descarga ha dejado de funcionar.

—Vaya, se habrá fundido. Aquí no podemos hacer gran cosa. El equipo para ese tipo de intervenciones está en la estación. Me temo que tendremos que volver allí para ponerte otro. ¿Oyes bien?

—Pues no lo sé. Os oigo, pero sobre todo por el oído derecho —explicó Emily—. El pitido es tan intenso que no sabría decirte si puedo oír algo.

—Lo miraremos en el quirófano de la estación. No será nada que no podamos arreglar —la tranquilizó la enfermera.

—Pero bueno, no nos desviemos. —Paula intentó llevar la conversación hacia donde ellas querían—. Seguro que un nuevo implante soluciona el problema. ¿Qué hay... de lo otro?

Emily agachó la cabeza, ruborizada.

—Bueno... nos besamos —dijo.

Evelyn y Paula sonrieron mientras observaban las expresiones de Emily. Ilusión, quizá algo de temor, un poco de excitación...

—Ya era hora, por cierto —se quejó Paula—. Llevabais meses dando vueltas en círculo.

—Y hacéis muy buena pareja —añadió Evelyn.

—No sé, he tenido mis dudas...

—¿Dudas? ¿Qué tienes que dudar? —preguntó la enfermera.

—No sé, el proyecto, nuestras responsabilidades... —explicó Emily—. No quiero que esto interfiera en nada de lo que hacemos aquí.

—¿Interferir? —preguntó Paula con una risita pícara—. Emily, por si no te has dado cuenta todavía, ¡tenemos que perpetuar la especie!

Evelyn soltó una carcajada con la ocurrencia de Paula.

—Se supone que esa es justo nuestra responsabilidad —insistió—. ¿Cómo pretendes hacerlo, si no?

—En la estación hay embriones y vientres artificiales —les recordó Evelyn.

—Pero eso no es divertido —rechazó Paula con un cómico aspaviento—. Los niños se hacen mejor al estilo tradicional.

—No vayáis tan rápido —se volvió a ruborizar—. De momento solo nos hemos besado, ni siquiera hemos vuelto a hablar, como para estar cerca de traer niños al mundo.

A pesar del ansia de sus compañeras, Emily agradeció la distracción. Casi se había olvidado de que ayer mismo la habían retenido contra su voluntad unos militares keplerianos. Pero, tras esa agradable conversación, tuvo que retomar sus quehaceres profesionales. Tenía una excursión que organizar y, de momento, ni su implante auditivo ni su exotraje estaban operativos. Tendría que desplazarse hasta la estación para solucionar ambos problemas.

Un transporte la recogió y la llevó de vuelta a la Asimov. Emily tuvo que utilizar uno de los trajes de repuesto no asistidos que había en la base para poder salir al exterior. Aun así, también se llevaron el suyo para que los ingenieros del director Patel le echaran un vistazo. El traje recibía electricidad cuando estaba conectado a su terminal, así que quizá el problema estuviera focalizado en la batería, la fuente de alimentación o en algún componente que regulaba la tensión que recibía el traje y que hubiera sufrido con la descarga del taser.

Una vez de vuelta en la estación, Emily se dirigió en primer lugar a la sección de ingeniería con su traje. El director Patel escuchó con atención y preocupación lo ocurrido el día anterior. Por supuesto, le confirmó que uno de sus ingenieros le echaría un vistazo de inmediato y la avisaría cuando lo tuvieran listo.

Emily se había citado con la doctora Schmidt en la enfermería para que le instalara un implante nuevo si era necesario.

—Ya has pasado por esto antes, es una operación sencilla —le recordó la doctora—. Ni te enterarás. Pero tal vez tardemos algo más de lo normal. Quiero comprobar el estado de tu oído, no es habitual este tipo de problemas. Me quiero asegurar de que todo está en su sitio, no me gustaría que tuvieras problemas en el futuro.

Emily recibió, por medio de un brazo robótico controlado por la doctora, una pequeña dosis

de anestesia detrás de su oreja izquierda.

—Bien, vamos a proceder con la intervención —avisó la doctora—. Perderás durante unos momentos la audición total del oído izquierdo. No te asustes, es lo normal.

Emily, que estaba recostada sobre su lado derecho, notó cómo la sonda hurgaba en su oreja, aunque no sintió dolor ni molestia alguna. Tal y como le había anticipado la doctora Schmidt, de repente dejó de oír por completo de ese oído. Y Emily casi hasta lo agradeció después de tantas horas con aquel molesto pitido acompañándola.

—Tienes el yunque algo tocado —dijo la doctora tras unos instantes.

—Vaya, ¿y eso es grave? —preguntó Emily.

—Por suerte, no demasiado —la tranquilizó la doctora—. Podemos colocarte un reemplazo aunque, al menos de momento, prefiero mantener el tuyo, que siempre será mejor que ponerte una prótesis. Se trata de una nano-fisura, veremos cómo evoluciona en las próximas semanas. Si no se corrige sola, lo sustituiremos por una prótesis.

—De acuerdo.

Tras otro par de minutos de intervención, Emily volvió a oír a través de ese oído.

—Vamos a probar el implante —avisó la doctora.

Emily escuchó una serie de pitidos que recorrían toda la escala de longitudes de onda perceptibles.

—¿Oyes los pitidos?

—Sí, los oigo.

—Estupendo, pues ya estaría. Incorpórate con cuidado.

Emily sintió un pequeño mareo al tratar de sentarse en la cama.

—¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido un pequeño mareo, me habré levantado demasiado rápido.

—Puede que se deba a que has estado varias horas con el oído algo tocado —dijo la doctora—. Ni el implante ni el problema del yunque deberían causarte mareos, ya que no afectan al sistema vestibular del oído, que es el encargado del equilibrio y de la orientación espacial. De cualquier manera, te recomiendo que guardes un par de días de reposo.

—De acuerdo —respondió Emily, consciente de que no iba a ser posible hacerle caso.

Tras abandonar la enfermería con su nuevo implante, Emily contactó con el director Patel para interesarse por su exotraje. Habían encontrado más de un problema en él y tardarían algo más de tiempo en solucionarlo, así que Emily decidió hacerle una visita al subdirector. A fin de cuentas, acababa de sufrir un secuestro y se disponían a realizar un peligroso viaje hacia las montañas. Estaba segura de que estaba preocupado por ella.

—¿Qué tal estás? —le preguntó el subdirector—. No he querido llamarte esta mañana, he supuesto que estarías muy cansada.

—Estoy bien —aseguró ella—. Me acaban de poner otro implante, el mío se había quedado frito, y los ingenieros se están ocupando del exotraje.

—¿Cuándo os marcháis?

—En dos días.

—Tened mucho cuidado —le pidió el subdirector—. Y no lo digo solo por las condiciones

meteorológicas, ya que vais a estar a la intemperie durante varios días. Tened cuidado con todo, no confiéis en nadie. Ya has comprobado que no todos los keplerianos son de fiar.

—Sí, por desgracia me ha tocado aprender la lección por las malas —se lamentó.

—¿Quién crees que está detrás de lo que ocurrió ayer?

—De alguna manera, directa o indirecta, el capitán Garth —le aseguró Emily.

—Sin embargo, no pareces muy convencida —matizó él.

—Sí, no acabo de entender las motivaciones. El capitán, según Khikhya, parece estar en contacto con los Khaavahki. Pero no entiendo qué es lo que puede sacar involucrándonos en una especie de guerra política interna.

—¿Quién sabe qué es lo que pasa por esa mente enferma? Él solo quiere que reine el caos —dijo David—. O quizá haya hecho un trato con el líder de los Khaavahki para quitarle un aliado importante a los Wiikhaadiiz ofiz.

—No lo sé, puede que sea un poco de todo. Pero me pareció bastante extraño y no acabo de entender qué clase de estrategia hay detrás.

—Justo por eso debéis de tener mucho cuidado —aconsejó el subdirector—. Alguien parece que se está tomando muchas molestias en darte la bienvenida al planeta.

—Sí, pero esta vez iremos con escolta.

—¿Qué crees que os encontrareis allí? —preguntó.

—No lo tengo nada claro —reconoció Emily—. Por una parte, es una oportunidad única para conocer mejor a los keplerianos. Rakesh tiene muchas ganas de estudiar a los Gaal-El de cerca. Por otra parte, me gustaría saber si en algún momento los keplerianos han tenido noticias de la Galileo. Parecen una orden religiosa venida a menos, tengo dudas de que nos puedan dar alguna pista, más allá de conocer la historia del pueblo kepleriano.

—Será mejor que no te hagas muchas ilusiones —le aconsejó el subdirector—. Mucho me temo que no sabremos jamás lo que ocurrió con tu padre. Tenemos que pasar página.

—Lo sé —asintió Emily—. Pero tengo que agotar cualquier posibilidad que exista, por pequeña que esta sea.

—Lo entiendo, pero no quiero que te obsesiones con ello. No es un buen momento para mirar al pasado.

Tras comer algo ligero en el comedor, Emily volvió a acercarse a la zona de ingeniería. Allí el director Patel, junto con un par de ingenieros, revisaban con interés el sistema eléctrico del exotraje. Por la pinta que tenía, completamente abierto, todavía no habían dado con la solución.

—Hola, Emily —saludó el director, agobiado—, me temo que todavía no tenemos listo tu exotraje. Nos hemos encontrado con varios problemas. Como ya sabrás, estos trajes no se construyeron para soportar descargas eléctricas, así que gran parte del sistema se ha chamuscado.

—Eso no suena demasiado bien.

—La verdad es que no —reconoció él—. Si no tuviéramos escasez de material desde que los rebeldes abandonaron el proyecto, te diría que lo mejor sería que no utilices este traje. Pero visto lo visto, creo que tendremos que sustituir casi toda la circuitería.

—Necesito el traje para hacer una expedición de varios días —les recordó.

—Lo sé, lo sé —dijo el director—. Hacemos lo que podemos, pero me temo que, aunque consiguiéramos arreglarlo, podría volver a fallar otra cosa en cualquier momento.

—¿Y qué puedo hacer? No quiero tener que llevarme el traje de otra persona.

—Bueno, podemos darte un traje nuevo del almacén —dijo el director—. Pero hay otra posibilidad, aunque no sé hasta qué punto te va a gustar.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

—Resulta que llevamos semanas, desde antes de la rebelión, trabajando en unos prototipos —explicó el director Patel—. Retiramos unos cuantos exotrajés y les hemos instalado filtros de aire similares a los que existen en la base. De esa manera no es necesario cargarlos con oxígeno, si no que se extrae de la propia atmósfera del planeta.

—¿Qué? —preguntó Emily—. ¡Pero eso es maravilloso! Nos dará una mayor autonomía...

—Sí, esa era la idea, pero hemos tenido algunos problemas y todavía están sin testar del todo —la cortó el director—. Queríamos aprovechar el espacio que ocupa el depósito de oxígeno para añadir alguna batería más que alargue la autonomía, pero no hemos tenido tiempo, se nos han acumulado otros trabajos urgentes.

—¿Qué posibilidad de fallo tienen? —preguntó.

—En realidad, al menos en el estado actual, mínima —confirmó uno de los ingenieros—. Todavía no hemos quitado el depósito de oxígeno, así que, en caso de problemas con el filtro, el traje pasaría a utilizar el depósito. Cuando añadamos las nuevas baterías es cuando no tendremos un plan B. En ese caso, si fallan los filtros el traje tendría que estar siempre enchufado a una fuente de oxígeno.

—Entiendo —dijo Emily—. Pero en el estado actual, el riesgo es nulo.

—Muy, muy pequeño —corrigió el director—. Nulo es una palabra demasiado absoluta que no nos gusta utilizar aquí.

—De acuerdo —aceptó Emily—. Si lo tenéis en mi talla, me lo quedo.

Al día siguiente, Shildii apareció de nuevo en la base. Emily decidió actuar de la forma más natural posible, incluso evitó que Robert estuviera presente durante la conversación. No quería que el joven se sintiera culpable o amenazado por lo que había ocurrido.

—¿Tuviste problemas en casa? —preguntó Emily cuando el joven kepleriano acabó de desayunar.

—Mi madre estaba un poco disgustada —confesó—. Si no fuerais invitados de Khikhya, casi seguro que no me permitiría acercarme nunca más hasta aquí. De momento no le gusta mucho la idea, pero me lo permite.

—Es comprensible —dijo Emily—. Las madres y padres humanos siempre se preocupan por sus hijos, supongo que para los keplerianos será parecido.

—Sí, supongo que sí —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿Podemos hablar de lo que pasó el otro día? —preguntó Emily.

—Sí —accedió Shildii, aunque una sombra de culpabilidad apareció en su mirada.

—Tranquilo —se adelantó ella—. No pasa nada. Entre los humanos y los keplerianos siempre hay gente mala, me temo que eso es universal. Estamos los dos bien y eso es lo que de verdad importa. Lo que necesito que entiendas es que aquí hay muchos poderes en juego, cosas que ni tú ni yo comprendemos todavía. Y tenemos que ser cautos con todo lo que hacemos,

porque puede afectar a los que nos rodean de una manera que ni nos imaginamos.

Emily hizo una pausa, consciente de que esa frase era también aplicable para ella misma.

—¿Tú confías en mí? —preguntó Emily.

—Claro —dijo Shildii.

—Y lo cierto es que puedes hacerlo. Yo te aseguro que no quiero ningún mal para ti, ni para ningún otro kepleriano —afirmó—. Pero quizá no deberías fiarte, soy de una especie extranjera, tal vez esté intentando engañarte para que confíes en mí.

Shildii la miró de una manera extraña, escrutándola.

—Sé que eso no es cierto.

—Ah, ¿sí? —preguntó Emily—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo sé —repitió el joven—. Solo las personas de mi familia se han preocupado por mí como tú lo has hecho. Sé que no me mientes. Los amigos no se mienten.

Emily se quedó sorprendida, aunque en el fondo muy complacida, por las palabras de Shildii.

—Solo quiero que tengas cuidado —dijo Emily—. No quiero que te pase nada por ser el primer kepleriano que ha tenido contacto con un humano.

—No dejaré que me engañen de nuevo —afirmó con una inusitada seguridad para alguien de su edad.

—Me alegro de oír eso. Pero ahora necesito saber quiénes eran ellos y por qué querían hacer lo que hicieron.

—Vinieron a mi casa hace un par de días, comenzaron a señalarme y a llamarme mentiroso —explicó.

—¿Mentiroso?

—Sí, decían que me había inventado todo lo de los humanos para llegar hasta Khikhya.

—Vaya, entiendo.

—Yo les dije que era verdad, que te había conocido hacía ya mucho y que eras mi amiga —continuó—. Pero no me creyeron. Me dijeron que, si era cierto, que se lo demostrara.

—Y te pidieron que me llevaras a la cabaña.

—Sí, me pidieron que no te dijera nada sobre ellos para que no te asustaras —añadió Shildii, avergonzado—. No pensé en que podía ser una trampa, lo siento.

—No pasa nada —lo calmó con un cariñoso abrazo—. Pero ¿sabes qué?, mi padre, que era alguien muy sabio, cuando veía que cometía algún error siempre me preguntaba si había aprendido algo de ello.

—¿A no fiarme de nadie? —preguntó él.

—Sí. Y supongo que es un buen aprendizaje, aunque siempre puedes confiar en la familia y en tus amigos —dijo Emily—. ¿Viste ayer cómo vinieron a buscarnos a los dos?

—Sí, tus amigos nos salvaron de una buena. Ese al que llamáis teniente estaba muy preocupado por ti.

A Emily le dio un vuelco el corazón.

—Sí, supongo que sí, pero ¿por qué dices eso?

—Porque estaba muy pendiente de ti, cuando se enteró de que no podías andar bien, de que

no veías y de que te dolía un oído —dijo Shildii—. No se apartó de ti ni un momento.

Emily se giró, consciente de que se encontraba en el exterior de la base y, como siempre, allí estaba él, observando en la distancia, siempre pendiente, siempre ahí.

—Sí, tengo mucha suerte de tener amigos como él, ¿verdad?

—Sí —entornó los ojos—. Emily tiene mucha suerte.

30

El ermitaño

3 de noviembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Los preparativos para el viaje se habían llevado a cabo durante el día anterior. Emily y Robert habían decidido llevar dos mulas cargadas con provisiones y oxígeno, por lo que pudiera pasar. Además, incluyeron otro tipo de instrumental, como medicinas, mantas, material de supervivencia y hasta bizcocho envasado al vacío para entregar como presente al líder de los Gaal-El.

Ambos habían hablado acerca de la idoneidad de llevar armas de fuego y habían convenido que, por precaución, al no conocer al guía ni los peligros que tendrían que afrontar, lo más coherente era que los cuatro fueran armados.

—Piensa que tienen control biométrico —le había dicho Robert para convencerla—. Nadie que no seamos nosotros podrá utilizarlas.

A Emily se le iba a hacer duro compartir con Robert esta pequeña aventura sin poder siquiera acariciarle. Prueba de ello había sido el largo abrazo que se habían regalado antes de ponerse el traje. Había querido sentir por última vez el calor de su cuerpo y la fuerza de sus brazos rodeándola. Pero les esperaban unos días en los que la soledad de los trajes no les iba a permitir ningún tipo de interacción humana.

A pesar de que la localización donde debían encontrarse con el guía estaba a este lado del río, Robert, Emily, Ferrara y Rakesh se habían desplazado hasta el claro para esperar a Yisht, ya que ella no sabía llegar sola hasta la base. Tuvieron que aguardar unos minutos a que un pequeño carro tirado por dos *fhores* apareciera por allí. Yisht bajó de la parte de atrás de un salto y los saludó. Llevaba un atuendo diferente al habitual. Esta vez venía ataviada con ropa cómoda y abrigada y también calzado cerrado, algo poco frecuente en los keplerianos que habían conocido hasta ese momento. Llevaba auestas una voluminosa mochila con más ropa de abrigo, provisiones y una especie de esterilla enrollada.

—Robert, Ferrara, esta es Yisht —presentó Emily—. Yisht, estos son Robert y Ferrara.

—Mucho gusto —saludó la joven kepleriana—, ¿ustedes son militares? —preguntó con evidente curiosidad.

—Sí —respondió Robert extrañado, ya que no llevaba armas en ese momento—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por el color de su caparazón metálico —respondió—. Es verde, como el de nuestros soldados.

—Pues es cierto —sonrió Robert—. Son verdes.

Regresaron a la base donde habían dejado las dos mulas cargadas hasta los topes. Yisht aprovechó para llenar una pequeña cantimplora metálica cuando cruzaron el río de nuevo. Una vez aseguraron la carga comenzaron el camino.

—¿Hacia dónde? —preguntó Robert.

—Hacia el noroeste —señaló Yisht mientras comenzaban la marcha—. Tenemos que bordear el río hasta encontrar la gran cascada. Una vez allí, seguiremos las instrucciones que Khikhya me ha dado.

—¿No conoces el camino? —preguntó Emily, alarmada.

—No, nunca antes había estado en este lado del río —respondió—. De hecho, muy pocos keplerianos lo cruzan ya. Es peligroso.

—Sin embargo, el kepleriano que buscamos vive en este lado, ¿no? —quiso saber Ferrara.

—Sí, así es.

—Qué mejor lugar para vivir si no quieres que nadie te encuentre —apuntó Robert.

—¿Lo conoces, Yisht? —preguntó Rakesh.

—No —dijo—. Ni siquiera sé qué aspecto tiene ni por qué vive a este lado, ni siquiera por qué Khikhya conoce de su existencia. Solo sé que se llama Haagar y que nos llevará hasta los Gaal-El por una ruta que, al parecer, solo él conoce.

Los cinco compañeros de viaje emprendieron el trayecto en la dirección que había indicado Yisht. El avance se hacía a veces bastante pesado ya que tenían que esquivar vegetación y maleza de forma casi constante. Aun así, la ribera sur del río no era tan boscosa como la norte, así que pudieron disfrutar de la luz de la estrella durante una gran parte del trayecto.

—Ada, ¿tienes localizada la cascada? —preguntó Robert.

—Creo que sí. Aunque estoy dando por supuesto que es la misma a la que se refiere Yisht.

—No sabía que Ada iba a acompañarnos —dijo Yisht ilusionada.

—Sí, Ada nos acompaña y nos ayuda siempre que nos movemos —explicó Emily—. Aunque esta no es tu Ada —matizó—. Esta no ha hablado nunca contigo.

—¿Hay más de una? —preguntó extrañada.

—Sí, se podría decir que tenemos muchas —respondió Emily—. Y hablan entre ellas —añadió con una sonrisa.

—¿Incluso la mía?

—No, la tuya está aislada.

—¿Aislada? Pero eso es horrible

—Tranquila, Yisht —respondió la propia Ada—. Yo no soy como vosotros, no siento la soledad igual, y para mí el tiempo no pasa como para vosotros.

—Aun así, no me gusta la idea de que mi Ada esté sola —se preocupó.

—Cuando volvamos de nuestro viaje, intentaremos resolver ese problema —prometió Emily.

Caminaron durante un par de horas sin incidentes. Vieron aves, insectos, una buena variedad de especies vegetales y hasta algún pequeño depredador que huyó nada más verlos.

—¿Qué tal vas, Yisht? —se interesó Rakesh—. Es nuestra primera excursión con una kepleriana, no sabemos cuándo tenéis que descansar o si este ritmo es demasiado rápido.

—¡Oh! Voy bien, este ritmo es cómodo —le aseguró la joven—. Supongo que podemos parar a la hora de la comida, aunque casi deberíamos haber llegado a la cascada para entonces.

Robert observó que Yisht sacaba un pequeño artilugio de su mochila.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—¿Esto? Es una brújula.

—¡Oh! ¿Puedo verla? —pidió.

—¡Claro!

La brújula era del tamaño de la palma de una mano y su armazón estaba construido en una preciosa y oscura madera. Un cristal algo desgastado protegía el interior, pero se podían ver diferentes símbolos anotados en la placa circular que había dentro y que mantenía fija su posición a pesar de los giros que Robert le daba a la cajita.

—Es la primera vez que sostengo una brújula —dijo emocionado.

—¿Los humanos no utilizáis brújulas para orientaros? —preguntó Yisht.

—Lo hicimos hace muchísimo tiempo —explicó Robert—. Nuestros antepasados las utilizaban. Nosotros tenemos a Ada, es la que nos ayuda ahora.

—¡Oh! Ya veo.

—Es un instrumento que solo había visto en museos —añadió Robert, devolviéndosela.

El grupo bordeó el río hasta que unas horas después llegaron por fin a una enorme y espectacular cascada de unos ochenta metros de altura. El ruido ya había empezado a ser notable un buen rato antes de verla, pero era casi ensordecedor en la zona en la que el agua tocaba el suelo. El caudal era bastante notable en esa altura del río, las lluvias y el deshielo de la gigantesca montaña provocaban que la cascada fuera un espectáculo en todos los sentidos. Sin embargo, el agua no parecía recorrer la montaña por la superficie, sino que manaba de una enorme abertura que la propia corriente había horadado con el paso de los años en la piedra del corazón de la montaña.

La abundante vegetación de color rojo le daba un aspecto sobrenatural a la estampa. Y es que, a pesar de que la cascada había erosionado la roca de la propia montaña, en los alrededores, los bosques de enormes árboles de hojas rojas se asomaban sin orden ni límites, superando en algunos casos la altura de la cascada. Estaban muy lejos de cualquier tipo de civilización. Allí, la naturaleza era la única dueña del lugar.

—A Taro y a Chad les habría encantado estar aquí —murmuró Emily.

—Ya lo creo que sí —dijo Ferrara boquiabierta—. Aunque el pobre Taro sigue bastante deprimido desde que le robaron sus espadas ceremoniales.

—Sí, eso es cierto.

—Vuestro planeta es muy bonito, Yisht —dijo Robert.

—Gracias —respondió halagada.

—Creo que es un buen momento para hacer una parada, ¿te parece bien, Yisht? —preguntó Emily.

—Sí, está bien. La verdad es que tengo ya un poco de hambre —confesó.

Buscaron un lugar accesible y cómodo para poder descansar y reponer fuerzas. Yisht sacó de su mochila algo de la comida kepleriana que había llevado consigo. Su dieta parecía consistir en algo de ese pan grisáceo tan común y en carne y frutos secos. A pesar de parecer algo cansada, Yisht no se había quejado ni una sola vez en todo el camino. Ahora mordía esas pequeñas tiras de carne curada con avidez. Para el resto solo había una cosa en el menú: la infame papilla de avena que tanto odiaban.

—Y vosotros, ¿cómo podéis alimentaros con vuestra ropa metálica? —preguntó Yisht con curiosidad.

—Nuestros trajes tienen un depósito con una especie de papilla de cereales que nos aporta lo necesario para poder aguantar el día —explicó Emily—. Pero la verdad es que no tiene buen sabor.

—Vaya, ¿y qué es lo que coméis de manera normal? —se interesó la joven—. He podido probar el delicioso pastel de ¿cho-co-la-te? —dijo con cuidado—. ¿Lo he dicho bien? ¿Qué otras cosas coméis?

—Sí, lo has dicho muy bien —sonrió Emily—. Por lo que he visto en el mercado, creo que comemos cosas muy parecidas. Usamos grano para hacer pan y otros alimentos, comemos carne, pescado y verduras.

—Ah, que interesante —dijo—. ¿Y qué tipo de verduras tenéis en vuestro planeta?

—Son muy diferentes a las de aquí —dijo Rakesh—. Aquí la vegetación es roja, pero en la Tierra casi toda es verde.

—Es cierto, he visto muchas veces vuestro planeta —dijo Yisht—. Es muy bonito, pero me resulta extraño que todo sea tan verde allí.

Tras compartir una distendida conversación, reponer fuerzas e hidratarse en un lugar que, a buen seguro, en la Tierra estaría plagado de turistas, decidieron continuar la marcha.

—Será mejor que avancemos. —Yisht señaló el cielo—. Parece que va a llover.

—Sí, está oscureciendo muy deprisa —observó Ferrara.

—¿Qué dirección debemos tomar? —preguntó Robert.

—A algo más de cuatro kilómetros, bordeando el acantilado de la cascada, debería haber un pequeño y antiguo sendero que comienza a ascender. Una vez allí, lo seguiremos durante otros cinco kilómetros.

No tardó mucho en comenzar a lloviznar y, aunque al principio no fueron conscientes de ello por viajar bajo el cobijo de los árboles, pronto comenzaron a caerles enormes gotas que empaparon el suelo y también a ellos. Emily, al ver que Yisht se estaba mojando bastante, rebuscó en una de las mulas y le ofreció un chubasquero hidrófugo de color verde militar.

—Esto te mantendrá seca —le dijo mientras le ataba el gorro—, al menos la parte superior del cuerpo.

—Vaya, el agua resbala —exclamó, sorprendida al ver cómo las gotas de agua cruzaban el chubasquero para seguir su camino hasta el suelo.

—Sí, es un tejido diferente a los vuestros —explicó Emily—. Y nosotros llevamos puestos estos trajes, así que ninguno lo necesitamos. Puedes quedártelo.

—¡Oh! Muchas gracias, Emily —agradeció entusiasmada.

Tal y como había adelantado Yisht, encontraron un pequeño sendero que partía del nivel en el que se encontraban y empezaba a subir la falda de la montaña. Serpenteaba a través de los árboles que la poblaban y no parecía haber sido muy transitado en los últimos días. Apenas era una pequeña línea de tierra compactada libre de vegetación.

—No parece que sea una ruta comercial importante, no hay rodaduras de carro, como en otros caminos —observó Rakesh.

—¿Cuánto tenemos desde aquí hasta la cabaña del tal Haagar? —preguntó Emily.

—Según mis instrucciones, está a unos cinco kilómetros —confirmó Yisht.

—¿Sabe que venimos? —preguntó Robert.

—No lo sé. —Yisht se encogió de hombros—. Yo solo tengo que entregarle un mensaje de Khikhya para que nos ayude.

—Entiendo. Por si acaso, dejemos de hablar —ordenó Robert—. No debemos dar por sentada la hospitalidad de ese kepleriano.

Continuaron por el angosto sendero mientras comenzaban la ascensión. La pendiente no era muy pronunciada, pero notaron cómo la respiración de Yisht se aceleraba un poco. La joven no parecía estar en la mejor de las formas para hacer un viaje de esas características. De cualquier manera, aguantó el ritmo sin rechistar. La fina lluvia continuaba cayendo por encima de las copas de los árboles que rodeaban el camino, pero solo llegaba hasta los visores de los exotrajés en forma de enormes gotas. Yisht parecía contenta de llevar el chubasquero puesto.

Llevaban algo más de cuatro kilómetros recorridos y todavía no habían visto ningún tipo de señal que invitara a pensar que en aquel paraje vivía alguien. Sin embargo, justo cuando el camino giraba hacia la derecha, algo pasó silbando a gran velocidad por encima del hombro de Robert. En el tronco del árbol que había justo detrás de él, un fuerte impacto acabó por clavar la flecha que alguien había disparado desde la distancia.

—Si yo fuera vosotros —gritó una voz profunda y algo alejada—, no daría un solo paso más. La próxima flecha irá directa a esa cabeza metálica.

Todo el grupo se detuvo de repente, sorprendidos por la repentina amenaza.

—Daos la vuelta —continuó la misteriosa voz—, no se os ha perdido nada por aquí.

—Buscamos a Haagar —gritó Yisht.

—Haagar no quiere que nadie lo busque —respondió—. Marchaos de aquí antes de que mi paciencia se agote.

—Nos envía Khikhya —anunció Yisht.

La voz se tomó unos instantes para responder.

—Razón de más para que os deis la vuelta de inmediato. Khikhya ya no es bienvenida aquí.

Yisht no supo qué más decir y miró a Emily un tanto indecisa.

—Necesitamos llegar al poblado Gaal-El —dijo Emily, dando un paso adelante con las manos visibles.

Una nueva flecha surcó el aire y se clavó a escasos centímetros de los pies de Emily. Robert pudo intuir el lugar desde el que se había disparado, pero fue incapaz de localizar al tirador.

—No des ni un paso más, extranjera —amenazó—. Y dile a esos dos soldados que van contigo que dejen sus armas en el suelo si no quieren que te abra otro respiradero en la garganta.

Emily se giró hacia Robert y Ferrara y les hizo un gesto con la cabeza y las manos para que dejaran las armas en el suelo.

—Hay caminos mucho más seguros que este para llegar hasta los Gaal-El —dijo la voz—. Volved por donde habéis venido.

—Los caminos están vigilados —siguió Emily—. No nos moveremos de aquí hasta que nos ayudes.

—¡No tentéis a vuestra suerte! —gritó con mucha más energía y algo de frustración—.

¿Creéis que no voy a ser capaz de atravesaros la cabeza con mi arco?

Emily no añadió nada más, pero se cruzó de brazos dando a entender que no se iban a mover de ahí. Al cabo de unos tensos minutos sin comunicación de ningún tipo, oyeron un sonoro grito de rabia que retumbó en el bosque. Al grito le siguieron el sonido de hojas de árbol moviéndose, el chasquido inconfundible de alguna rama al romperse y por fin pudieron ver a una figura acercarse a ellos desde unos cincuenta metros. Dos figuras cuadrúpedas más pequeñas lo acompañaban por detrás.

El misterioso kepleriano se les acercó mientras sus animales olisqueaban amenazantes la zona. Tenían cierta similitud con las criaturas con las que Robert se había topado al realizar la misión de ataque a los Yokai hacía ya unas cuantas semanas. Sin embargo, y aunque parecían muy peligrosas, estas eran más pequeñas. Una de ellas tenía el pelaje negro y era algo más grande que la otra, de pelaje marrón. Sin embargo, era esta última la que los miraba de una manera mucho más amenazadora, mientras sus tres mandíbulas les mostraban sus pobladas hileras de dientes.

—¡Yora! ¡Philais! —gritó el kepleriano cuando estaba cerca de ellos—. ¡Atrás!

Las dos criaturas obedecieron de inmediato, aunque la más pequeña continuó enseñando sus afilados dientes mientras se situaba detrás de su amo sin apartar en ningún momento la mirada de los extraños.

Emily observó al misterioso kepleriano. Parecía bastante mayor, aunque tenía buen aspecto físico y se movía con bastante agilidad. Sus ropajes eran descuidados. Llevaba un chaleco de cuero viejo y una gran piel de color marrón cubría su espalda desde los hombros hasta casi las rodillas. En su cabeza reposaban las fauces de lo que en su día fue un fiero animal.

—¿Esa maldita arpía cree que puede seguir mangoneándome toda la vida? —espetó mientras los miraba de arriba abajo—. ¿Qué demonios sois vosotros y qué es lo que queréis del viejo Haagar?

—Somos humanos, venimos de otro planeta —le explicó Emily, consciente de lo extraño que sonaba lo que acababa de decir—. Y esta es Yisht, la ayudante personal de Khikhya. Nos ha enviado en busca de Haagar porque necesitamos llegar hasta los Gaal-El y los Khaavahki vigilan todos los accesos al poblado.

—El camino de la montaña es muy peligroso —dijo, mirándolos con desdén—. No apto para gente de la ciudad ni delicados extranjeros. Os recomiendo que lo reconsideréis.

—Ya lo hemos reconsiderado —intervino Robert.

—Pues entonces deberíais reconsiderarlo una vez más —giró con rapidez la cabeza y le clavó la mirada.

En vista de que los recién llegados no tenían intención de volverse por donde habían venido, añadió:

—Os lo he advertido. No esperaré por ninguno de vosotros, no arriesgaré mi vida por ninguno de vosotros. Y si tengo que pegaros un empujón para salvar mi vida, no tengáis duda de que lo haré. —Luego, tras hacer una pausa, se dio la vuelta y les dijo—: Seguidme, partiremos al amanecer.

Ascendieron por el sinuoso camino hasta que llegaron a una pequeña explanada. En una esquina, bien resguardada del viento, había una vieja cabaña de madera. El anciano y bravo kepleriano abrió de un golpe la sólida puerta y dejó sus aparejos de caza a un lado.

—Sentaos donde podáis —les invitó—. No estamos muy acostumbrados a tener visitas, ¿verdad Philais? —preguntó a uno de sus animales mientras le acariciaba la cabeza con su enorme mano derecha.

Haagar recogió leña de una esquina de la cabaña y se dispuso a encender un fuego en la pequeña chimenea. El espacio no era muy grande, pero era diáfano y acogedor. Allí mismo había una mecedora de madera, un banco en un lateral, una pequeña mesa rectangular con un par de sillas y, al fondo, una cama con un espartano colchón relleno de paja. Sin duda alguna, aquella era la casa de un ermitaño.

—Algo me dice que la comida kepleriana no es apta para vosotros —dijo ya más tranquilo, señalando sus cascos—. Pero apuesto a que esta jovencita tiene hambre.

Yisht asintió con timidez.

—Bien, si pretendemos cruzar la montaña, debemos reponer fuerzas —añadió mientras disponía los utensilios para cocinar—. Mañana será un día duro.

Haagar agarró una marmita que había por allí y la llenó con el agua que sacó de un enorme pellejo. Seleccionó un par de botes de un armario y añadió una pizca de su contenido. También picó unas verduras de color rojizo y alguna especie de tubérculo con multitud de bultos que en su interior tenían un aspecto bastante similar a un boniato. De unos colgadores que había al lado de la puerta recogió una pieza de caza, ya despellejada. La partió en pedazos pequeños con el enorme cuchillo que llevaba enfundado en su cinturón y lo añadió todo a la olla. Por último, la colgó del armazón metálico que tenía encima del fuego.

Cuando se sentó a esperar a que su cena estuviera lista, Yisht aprovechó para entregarle una carta lacrada de parte de Khikhya. Haagar la cogió con sus manos callosas y la abrió con delicadeza. Emily pudo notar que aquella carta tenía una especial carga emocional para el viejo ermitaño. La leyó con detenimiento. Luego agachó la cabeza, pensativo. Y después hizo una bola con la carta y el sobre y los arrojó al fuego. Durante unos instantes nadie articuló una sola palabra. El viejo kepleriano miró melancólico cómo el fuego destruía en pocos segundos lo que hasta ese momento contenía un importante mensaje. Emily temió que le hubiera importunado lo suficiente como para que no quisiera ayudarles. Pero de repente, la cara del ermitaño volvió a ser normal.

—Bien —removió el contenido de la marmita con una cuchara de madera—, a esto le queda ya poco tiempo.

—¿De qué conoce a Khikhya? —preguntó Yisht para romper el hielo.

—¡Eso no es de tu incumbencia! —se giró de repente para reprender la indiscreción.

Sin embargo, recapacitó al ver que la pregunta de la joven no tenía mala intención.

—Lo lamento, yo... supongo que no estoy acostumbrado a tener más compañía que la de mis animales —se disculpó mientras observaba el borboteo de la olla—. Crecimos juntos... pero hace ya tanto de aquello que parece que fue en otra vida.

Todos fueron conscientes del dolor que Haagar todavía guardaba en su interior. Sin duda, había mantenido una relación con Khikhya, pero quizá su condición de líder tribal no la hacía apta para formar una familia. El anciano debió de haberla amado mucho en el pasado, ¿de qué otra manera se explicaría que aceptara una tarea como la que acababan de pedirle?

Pronto estuvo preparada la cena. Haagar se esmeró en ofrecer a Yisht un pequeño festín calórico para combatir las más que probables heladoras temperaturas que iban a tener que

soportar al día siguiente. Sirvió la comida en un par de cuencos con un cazo de madera y ofreció una cuchara a Yisht. Esta sacó un par de pedazos de pan de su mochila y ofreció uno de ellos a Haagar, que agradeció de buen grado poder probar algo de comida de la civilización.

Los keplerianos se sentaron en la mesa y Haagar empezó a dar buena cuenta del guisado. Sin embargo, Yisht siguió sin probar bocado. Parecía incómoda por ver a sus cuatro compañeros allí sentados, mirándolos.

—¿Qué ocurre, pequeña? —le preguntó—. ¿No te gusta el guisado de *vod*?

—No, no es eso. —Hizo un gesto para señalar al resto del grupo.

—¡Oh! Por todos los truenos, disculpad mis modales —exclamó Haagar—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Tranquilos —les disculpó Emily—, nosotros también estamos comiendo.

—Lo cierto es que no me importaría probar ese guiso —dijo Rakesh, relamiéndose—. Tiene bastante buena pinta.

—Le serviré un plato —ofreció Haagar de inmediato.

—¡Oh!, no, no —respondió Rakesh—. No se preocupe, no podemos comer su comida... ni siquiera podemos respirar su aire.

—Vaya, así que por eso los humanos no se quitan esa armadura —se dijo—. Pues es una auténtica lástima porque esto está delicioso —añadió, lanzando un sonoro eructo—. ¿Verdad, hija?

—Sí, está muy bueno —afirmó Yisht con sinceridad y algo más de decoro.

Haagar volvió a llenarse el plato un par de veces más, pero a pesar de su insistencia, no consiguió que Yisht repitiera. En cuanto dio por finalizada la cena, le ofreció las sobras del *vod* a sus dos animales, que dieron buena cuenta de ellas.

—Bien, creo que deberíamos descansar —dijo un Haagar mucho más amable una vez satisfecho su apetito—. Nos esperan dos días de dura travesía.

—¿Dos? —preguntó Emily—. Pensábamos que se necesitaba solo uno.

—No, a no ser que podáis volar —dijo Haagar—. Haremos noche de camino al poblado.

Emily hizo los cálculos pertinentes. De no haber llevado ella el prototipo del exotraje, habrían tenido problemas con el oxígeno.

—Solo tengo un catre —se lamentó—. Yo dormiré en el suelo. La señorita que duerma en la cama, será mejor que descanse bien.

—Nosotros dormiremos en el suelo al lado del fuego —aceptó Emily.

Robert metió en la cabaña una de las mulas y los cuatro conectaron sus trajes a los suministros. En el caso de Emily, solo necesitó agua, comida y electricidad. Se tumbaron en el suelo al lado de los rescoldos del fuego. A pesar de que los trajes tenían sistema térmico, siempre era mejor ahorrar algo de energía en estas circunstancias. Emily y Robert se acurrucaron juntos.

—Descansad —les dijo Haagar—. Partiremos con las primeras luces.

—Buenas noches, Emily —susurró Robert, que pasó su mano por el casco de ella con cariño.

—Buenas noches, Robert —respondió.

Viaje a las montañas

4 de noviembre del año 0

Camino al pueblo Gaal-El, Kepler-442b

Cuando Emily despertó con los primeros rayos de luz sintió el cuerpo entumecido. El traje no era lo bastante cómodo como para dormir dentro de él. Notó que tenía el cuello, la espalda y los hombros bastante doloridos y contracturados. Trató de estirarse como pudo.

«Tendré que pedirle al director Patel que mejoren la ergonomía del traje», pensó.

Robert, Ferrara y Rakesh ya se habían levantado.

—Buenos días, Emily —la saludó Rakesh en un susurro.

Emily se dio cuenta de que Yisht seguía durmiendo, la oía respirar de forma rítmica desde la cama.

—Buenos días, Rakesh —respondió ella. Reparó en la placidez con la que dormía la joven ayudante de Khikhya—. Parece que estaba cansada.

—Sí —respondió Rakesh—. Si yo no estuviera dentro de esta lata, imagino que estaría incluso más agotado que ella.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Emily.

—Fuera. Haagar les ha pedido ayuda para mover algo. Supongo que querría acabar lo que quiera que estuviera haciendo antes de que lo interrumpiéramos.

Unos minutos después aparecieron por la puerta y Haagar la cerró con un golpe tan fuerte que el estruendo acabó por despertar a Yisht.

—Buenos días —los saludó con los ojos adormecidos—. ¿Ya es de día?

—Sí, jovencita —dijo Haagar—. Y tenemos que desayunar fuerte, el día será largo y duro.

Preparó un plato con carne seca, bayas y algo que recordaba a un queso. Y aunque Emily no recordaba haber visto animales capaces de dar leche en las inmediaciones, parecía que el ermitaño era capaz de abastecerse de casi todo lo que necesitaba. Yisht dio buena cuenta de ello, pero lo hizo algo incómoda ya que esta vez nadie desayunó junto a ella.

—¿Tú no desayunas? —le preguntó al anfitrión.

—Lo he hecho hace un buen rato —dijo él—. Los viejos como yo solo necesitamos unas pocas horas para descansar.

—Tenemos que ponernos en marcha —les instó Robert—. Los trajes ya están cargados y las mulas preparadas.

En cuanto Yisht acabó de desayunar, Haagar recogió su enorme morral, un pellejo con agua, sus armas y una pequeña mochila provista con ropa de abrigo, y les instó a comenzar la travesía.

—Iremos bordeando la montaña durante la primera parte del día —explicó—. Esta es la parte más fácil, así que guardad fuerzas. Después, cruzaremos la montaña por el interior.

—¿Por el interior? —preguntó Rakesh.

—Sí, atravesaremos las antiguas minas. Y sí, antes de que me lo preguntéis, esa será la parte más peligrosa del trayecto.

—¿Dejas a tus animales aquí?

—Sí —confirmó él—. Las minas son demasiado peligrosas como para llevar animales.

—Pues sí que es tranquilizador —murmuró Rakesh.

Comenzaron la ascensión, esta vez sin seguir ningún tipo de sendero o camino. El día parecía apacible, las finas lluvias del día anterior habían dado paso a los tímidos rayos de luz que asomaban entre las nubes y las enormes copas de los árboles del bosque. Los animales que allí habitaban agradecían esa tranquilidad con un sinfín de coros y de sonidos diversos.

—¿Qué se extraía de estas minas? —quiso saber Emily.

—Varios tipos de mineral —dijo Haagar—. Pero hace tantas generaciones de aquello ya, que nadie lo recuerda.

—¿Tan antiguas son?

—Sí, esta zona debió de estar mucho más poblada en el pasado —explicó Haagar—. En algunos lugares todavía pueden encontrarse restos de antiguos asentamientos keplerianos.

—¿Qué fue lo que acabó con ellos?

—Es difícil saberlo. La memoria de los keplerianos es muy corta. Quizá los Gaal-El sepan lo que pasó. Lo único que os puedo decir a ciencia cierta es que esta zona no es segura.

—¿Por qué?

—En el interior de las minas hay acechadores nocturnos —dijo.

—¿Qué?! —exclamaron Emily y Robert.

—Por vuestra reacción, diría que ya os habéis cruzado con ellos —sonrió el ermitaño.

—Sí, lo hemos hecho —dijo Robert—. Y no ha sido la mejor de las experiencias.

—Sin duda —coincidió el anciano—. Esos bastardos son capaces de arrancarte las entrañas de un zarpazo.

El ermitaño se abrió el chaleco de cuero y les mostró tres enormes cicatrices que recorrían la parte baja de su vientre.

—¿Eso te lo hizo un acechador nocturno? —preguntó Yisht, horrorizada.

—Así es, jovencita —confirmó.

—¿Y vamos a meternos en una cueva llena de ellos? —preguntó Rakesh, nervioso.

—Sí, eso es lo que he dicho —confirmó Haagar—. E incluso pasaremos la noche allí dentro. No podéis decir que no os advertí de que el camino iba a ser peligroso.

Emily y Robert se miraron incrédulos. Ese ermitaño amigo de Khikhya, o era muy intrépido, o muy estúpido. Llevaban semanas convencidos de que los únicos Yokai que existían vivían al este de la zona del accidente de la Ícaro, pero acababan de descubrir que había más asentamientos repartidos por la geografía.

El camino continuó por un tiempo sin más percances, pero ese descubrimiento hizo que el silencio fuera un compañero de viaje más. Y así, casi sin intercambiar palabra, ascendieron la montaña, bordeándola en dirección contraria a la que habían recorrido ayer, pero siempre hacia arriba, en constante ascenso. Haagar decidió hacer un alto al lado de un pequeño claro con

vegetación más menuda.

—Este es un buen lugar para comer algo y recuperar fuerzas.

Un pequeño arroyuelo de agua cristalina serpenteaba entre la vegetación. Tanto Haagar como Yisht, que imitó el gesto del ermitaño, apuraron sus cantimploras y las rellenaron con agua fresca.

Poco después siguieron el ascenso atravesando un pequeño risco pedregoso sin demasiada vegetación, apenas algún arbusto seco y aislado, pero cuando estaban a punto de coronarlo, los cuatro humanos de la expedición se quedaron boquiabiertos con lo que se entreveía a través de las hojas más altas de los árboles que tenían a escasos cincuenta metros de distancia.

—Dios mío —masculló Emily.

—Hay más de uno —dijo Ferrara.

A pesar de la evidente altura de los árboles, por encima de sus copas asomaba la punta de un obelisco, de similares proporciones y dimensiones al que habían visto en el otro continente del planeta, hacía ya varias semanas. Del mismo color oscuro que el anterior, presentaba similares toberas en la parte superior, de las que todo indicaba que también se distribuían las famosas moléculas que Chad y Taro estaban estudiando.

—¿Qué es eso, Haagar? —preguntó Emily.

—Son artefactos primigenios —dijo—. Estaban ahí mucho antes que ninguno de nosotros. Nadie sabe para qué sirven, solo sabemos que son sagrados para los Gaal-El.

—¿Los construyeron sus dioses? —preguntó Rakesh.

—No tengo la menor idea, y tampoco me importa —dijo encogiéndose de hombros—. Pero desde luego, ellos los veneran como tal.

—¿Hay más como este? —preguntó Robert.

—Sí, yo he visto tres diferentes —dijo—. Pero he oído que hay muchos más, más allá de las zonas que conozco.

—Ada —dijo Emily—. Guarda esta localización. Y analiza todas las imágenes por satélite del planeta, quiero saber dónde están los demás.

—Entendido.

El grupo no llegó a acercarse a la zona del obelisco, sino que lo bordearon a cierta distancia. La ruta que había trazado Haagar no pasaba por allí, así que Emily lo dejó estar. Al fin y al cabo, ya habían visto uno.

—En poco más de un kilómetro comenzaremos a ver las primeras entradas a las antiguas minas —dijo Haagar con seriedad—. Necesito que hagáis lo que os diga en todo momento, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le aseguró Emily, un tanto asustada por su tono de voz.

Durante el trayecto percibieron un notable cambio en la fisionomía del bosque. Cada vez había más zonas rocosas y menos vegetación. Les empezaba a resultar complicado encontrar algo de sombra, los enormes árboles habían dado paso a pequeños arbustos y matorros de color rojizo.

Llegaron a una zona donde incluso las piedras del suelo tenían una tonalidad más oscura. A unos cincuenta metros vieron un enorme hueco de entrada a la montaña. Habían llegado a uno de los accesos principales a las antiguas minas.

—Esperad aquí —ordenó Haagar—. No os mováis. No hagáis nada. Pase lo que pase, quedaos aquí.

—De acuerdo —dijo Emily sin saber el porqué de tanto misterio.

Haagar ascendió por una pronunciada pendiente entre las rocas hasta desaparecer a lo lejos.

—¿A dónde habrá ido? —preguntó Ferrara al cabo de unos minutos.

—No lo sé —respondió Robert—. Pero todo esto me parece muy extraño. Algo me dice que no deberíamos de estar aquí.

Emily se agachó al observar una piedra un tanto extraña.

—¡Es un hueso! —exclamó—. ¡Estamos rodeados de huesos!

Todos se alarmaron al comprobar que muchas de esas piedras oscuras eran huesos de multitud de criaturas extrañas esparcidos por la ladera de la montaña. De repente, y antes de que pudieran asustarse de verdad, empezaron a sentir que la tierra temblaba. Un murmullo se aproximaba desde algún lugar cercano.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Emily.

—Parece una estampida —dijo Robert, que agarró su fusil y se interpuso entre sus amigos y el lugar del que provenía el estruendo.

Oyeron unos cuantos berridos muy preocupantes. De pronto, un enorme animal apareció de la nada y clavó sus oscuros ojos en ellos. Del tamaño de un elefante, tenía unos enormes cuernos en forma de espiral en su cabeza y el cuerpo cubierto de un largo pelo de color negro. Su hocico era alargado y mostraba sus afilados dientes cada vez que berreaba. Se dirigía hacia ellos a toda velocidad. Y detrás de él, una decena de congéneres más pequeños se afanaban por seguir al líder de su manada.

—¡Manteneos detrás! —gritó Robert, apuntando a la criatura con el fusil.

El animal y sus berreantes secuaces no aminoraron su marcha y se dirigieron hacia ellos a toda velocidad. Robert apretó el gatillo. El disparo resonó como un trueno, pero a pesar de que hizo blanco, tan solo logró espolear más a la desbocada criatura. Robert y Ferrara volvieron a abrir fuego, pero no parecía haber manera de detener a semejante mastodonte.

De repente, una figura saltó de una roca elevada con un intimidante grito. Haagar se abalanzó sobre la criatura blandiendo su hacha y la hundió en su cuello. La criatura, herida de gravedad, cambió un poco su trayectoria mientras se balanceaba hacia el lado opuesto del tremendo impacto. El enorme animal acabó por caer al suelo, desconcertado por la violencia del ataque. Haagar recogió en un rápido movimiento su hacha de doble filo y mediante otro golpe imponente en la misma zona del cuello logró que la criatura claudicara. La sangre manaba a borbotones del mastodonte, que tiñó de color oscuro las piedras y huesos esparcidos por el suelo.

Haagar se levantó con rapidez y se enfrentó al resto de las criaturas. Levantó los brazos e hizo aspavientos que acompañó con una serie de gritos amenazadores. El resto de los animales, ya sin su líder, detuvieron la marcha y, tras unos instantes de duda, emprendieron la huida por donde habían venido.

—Os he dicho que no hicierais nada —se quejó Haagar de mal humor mientras apartaba de un manotazo el fusil de Robert.

—Yo... —dudó Robert—. Las criaturas se dirigían hacia nosotros, solo he intentado defendernos.

—Ya veo la efectividad de las armas humanas —rio Haagar con sarcasmo—. Pero lo que no sabéis es que es inútil atacar a un *ghup* de frente. O que el cuello de los *ghups* es el único punto en el que la piel es lo bastante fina como para poder hendir el hacha, y por eso hay que sorprenderlos desde los flancos. O que el resto de la manada huye cuando se quedan sin su líder —añadió mientras extraía la enorme hacha del cuello de la criatura—. Ahora, toda la montaña sabe que estamos aquí.

Tras limpiar el filo del hacha y colocarla en su espalda con sumo cuidado, añadió:

—Rápido, tenemos que movernos antes de que caiga la noche.

—Pero ¿y la criatura? —preguntó Rakesh todavía con el susto en el cuerpo—. ¿Vamos a dejarla aquí?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Es el tributo por cruzar las minas —explicó Haagar—. Y ahora, dejemos las preguntas para otro momento, tenemos que llegar a la otra entrada antes de que oscurezca.

El tiempo parecía apremiar de repente al experimentado kepleriano, así que lo obedecieron sin rechistar. Al fin y al cabo, parecía saber a la perfección lo que hacía. Siguieron caminando hasta que llegaron a una zona mucho más expuesta a las inclemencias del tiempo. La temperatura había bajado de forma considerable desde que abandonaron la cabaña y Yisht se había visto obligada a cubrirse con una de sus pieles para mantener algo de calor en su cuerpo.

Los cuatro humanos, en cambio, no notaron gran cosa, en parte por el perfecto aislamiento del traje y en parte porque Ada controlaba el sistema térmico y mantenía siempre unos agradables diecinueve grados centígrados en el interior.

Por fin, tras otra larga etapa en el camino, llegaron hasta la abertura de la que hablaba Haagar, algo más pequeña que la anterior.

—Es aquí —dijo el kepleriano—. A partir de este punto no habrá luz y tendremos que desplazarnos en silencio. Pero, sobre todo, mirad dónde pisáis. Si tenéis alguna pregunta, ahora es el momento de hacerla.

—¿Cuánta distancia tendremos que recorrer? —preguntó Yisht.

—Bastantes kilómetros, las galerías de la mina son un auténtico laberinto. No os separéis del grupo, porque ni siquiera yo sería capaz de encontrarlos.

Entraron en la cueva y dejaron atrás de manera definitiva la luz de la estrella, que ya comenzaba a ocultarse. En solo unos pocos metros Ada tuvo que activar la visión infrarroja de los trajes.

«Estamos sin comunicaciones», pensó Emily tras comprobar el visor de su casco.

La galería por la que avanzaban parecía bastante amplia, al menos de momento. El lugar parecía antiguo, la humedad empezaba a ser más que evidente y la temperatura había caído otro par de grados. Pronto llegaron a una bifurcación en la que Haagar no dudó ni un instante. De vez en cuando se veían zonas apuntaladas con maderos muy antiguos, que daban la impresión de llevar ahí varios milenios y que en cualquier momento podrían acabar por pudrirse y dejar que la galería se hundiera.

Pasaron por tantas bifurcaciones, bóvedas, encrucijadas y caminos que Emily perdió por completo la noción del lugar en el que se encontraban o de la dirección que estaban tomando en cada cruce. Por suerte Ada, aun sin conexión con la estación, era capaz de registrar todos los

movimientos del traje.

Rakesh, que iba delante de Emily, dio de sopetón un respingo que puso en alerta a la mitad del grupo. En una de las galerías había bastantes huesos amontonados, formando un pequeño y macabro osario que asustó al antropólogo.

A medida que se adentraban en la mina encontraban más galerías hundidas. Lo que quedaba patente era que esa mina había sido utilizada durante muchas generaciones de keplerianos, que habían horadado la montaña con miles de galerías que se entrecruzaban formando un complejísimo laberinto. Resultaría muy fácil desorientarse y perder la noción del tiempo en aquel lugar.

De repente, algo perturbó su marcha. Al pasar una intersección de cuatro galerías, desde una de ellas oyeron unos gruñidos guturales que les resultaron terroríficamente familiares.

—Ya es de noche —murmuró Haagar en apenas un hilo de voz—. Tenemos que acelerar el paso si queremos llegar a la zona segura.

Así lo hicieron, hasta que al llegar a una nueva intersección Haagar se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—Tenemos un problema —avisó Haagar—. Esta galería se ha hundido.

—¿Y eso que significa? —preguntó Robert.

—Que nos tendremos que arriesgar a coger otra de las intersecciones —respondió el ermitaño.

—¿Sabes a dónde llevan las otras galerías? —preguntó Emily.

—No.

—Entonces sí que tenemos un problema —confirmó Rakesh.

—¿No hay otra opción? —preguntó Robert.

—No, tendremos que coger esta otra intersección e intentar llegar a una salida —insistió Haagar—. Y esperemos no cruzarnos con ellos.

Todos tragaron saliva. Iban a tener que arriesgarse, no solo a perderse en el complejo laberinto de pasillos y galerías, sino que, además, corrían el peligro de toparse con los Yokai en un espacio reducido y puede que con la retaguardia comprometida.

—Sea lo que sea, tenemos que hacerlo ya —dijo Emily.

Tomaron la otra intersección posible, que se adentraba más aún hacia el interior de la montaña y desde la que, para su desgracia, se oían algunos gruñidos apagados.

—Huele fatal —se quejó Yisht.

—Es el olor de la muerte —dijo Haagar con voz lúgubre.

Haagar tomó las decisiones en todo momento, llevándolos por las galerías que tenían más probabilidades de conducirlos hacia el lugar por el que el ermitaño pretendía salir de la montaña. Hacía un buen rato que habían dejado atrás la galería hundida cuando Haagar volvió a detenerse. Pero esta vez no fue por un derrumbe, si no por el rumor inconfundible del agua. Una galería natural se cruzaba en su camino y a través de ella discurría, por el interior de la montaña, un pequeño río.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Emily.

—Estamos a demasiada altura y demasiado dentro de la montaña como para que esto

desemboque en la gran cascada —razonó Haagar—. No sé dónde acabará este río, pero tenemos que cruzarlo.

Haagar comenzó a desvestirse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Yisht.

—Es agua del deshielo, si no quieres morir de hipotermia, tenemos que cruzar sin ropa para luego poder ponernos ropa seca en el otro lado.

Emily evaluó las posibilidades. No parecía demasiado profundo, pero la fuerza de aquel torrente podría ser suficiente como para arrastrarlos.

—Esperad —dijo—. Yo pasaré la primera.

Adelantó una de las mulas y la ató a la otra con una cuerda. La primera de las mulas comenzó a introducirse en el agua. Tuvo que corregir su inclinación para asegurar su avance en cuanto llegó a la zona donde la corriente era fuerte y podía causarle problemas. Por suerte, no era ni tan profunda ni tan brava como se habían temido. Pero, desde luego, un mal paso podría ser fatal para cualquiera de ellos.

Una vez en el otro lado, ambas mulas colocaron sus patas en una posición que les permitía ejercer más fuerza y tensaron la cuerda para facilitar el vadeo de los demás.

—Yo iré primera —dijo Emily.

—Ten cuidado —le pidió Robert.

Emily agarró con fuerza la cuerda, que estaba muy tensa, y se sumergió en el agua, primero los pies, luego las rodillas y por último la cintura. La fuerza de la corriente era importante, pero la asistencia del traje le permitió cruzar casi sin esfuerzo.

—Creo que ya he llegado a la parte que más cubre —dijo cuando el agua le llegaba al pecho.

Entonces apoyó el pie en una piedra que la hizo resbalar y casi perder el equilibrio, pero logró mantenerse agarrada a la cuerda.

—Tened cuidado —les pidió cuando llegó por fin al otro lado—. Hay algunas piedras resbaladizas.

—Yo seré el siguiente —dijo Haagar, que hizo una gran bola con su ropa de abrigo y la lanzó junto con el resto de sus pertenencias al otro lado del río.

El intrépido kepleriano agarró la cuerda y comenzó a pasar hacia el otro lado con sumo cuidado. Lo logró sin problemas, pero cuando llegó a la otra orilla tiritaba a causa del frío extremo del agua. Cogió una gran manta de su petate y comenzó a secarse mientras se frotaba el cuerpo para entrar en calor.

Después fue el turno de Rakesh, que cruzó con sumo cuidado y sin más problemas.

—Yisht, te toca —le dijo Robert con amabilidad.

La joven se desnudó y organizó el resto de su ropa en la mochila que llevaba. Pidió a Ferrara que la lanzara por ella, ya que no se veía capaz de salvar la distancia entre las dos orillas, y comenzó a cruzar el río.

—¡Está helada! —exclamó nada más meter los pies en el agua.

—Ánimo, Yisht —dijo Emily desde el otro lado.

La joven kepleriana se agarró con fuerza a la cuerda y comenzó a sumergirse cada vez más. Quiso acelerar la marcha, pero en vista de lo inestable que era el lecho del río, decidió tomarse su

tiempo a pesar del frío que había comenzado a adueñarse de su cuerpo.

En cuanto estuvo a una distancia suficiente, Emily le ofreció la mano y la sacó de un tirón del agua. Temblaba con fuerza y sus dientes resonaban de forma rítmica al chocar unos con otros. Emily la ayudó a secarse y a volver a vestirse.

—Acércate a Haagar —le sugirió—. Vosotros dos sois las únicas fuentes de calor que tenemos.

Ambos se abrazaron mientras Ferrara llegaba al otro lado del río y Robert y la otra mula acababan de cruzar sin más percances.

—La mejor manera de entrar en calor es moverse —sugirió Haagar.

Continuaron la marcha con la pobre Yisht todavía temblorosa. Haagar fue eligiendo con cuidado las galerías por las que debían continuar hasta que llegaron a una gruta natural que a buen seguro los antiguos mineros habían utilizado como almacén o lugar en el que acumular el mineral para ser extraído de la mina. Sin embargo, había algo diferente allí.

—Cuidado —susurró Haagar—. Creo que no estamos solos.

Uno por uno, en completo silencio y siempre pegados a la pared, atravesaron la estancia hacia la derecha. Al otro lado, a apenas unos metros de ellos, había alguien. Decenas, tal vez cientos de criaturas movían sus cabezas a uno y otro lado con celeridad. Sin duda, se trataba de Yokais.

Sin embargo, a ninguna de aquellas criaturas pareció molestarles demasiado su presencia. Apenas se oían algunos gruñidos leves y quejidos agudos que distaban mucho de ser amenazadores. Mientras continuaban caminando, Emily se dio cuenta de lo que ocurría: «¡Son las hembras de los Yokai con sus crías!», pensó.

Emily supuso que, aunque siguieran su avance con curiosidad, no se sentían amenazadas por ellos, y por eso los dejaron pasar. De haber estado los machos allí, quizá la situación habría sido diferente.

Cruzaron la cueva natural y continuaron su camino siguiendo las indicaciones de Haagar, que a pesar de no haber pasado jamás por aquellas galerías parecía orientarse bastante bien allí dentro. La temperatura volvió a bajar a medida que avanzaban.

—Estamos cerca del exterior —anunció el anciano.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rakesh.

—El aire está menos viciado aquí —dijo él.

No tardaron mucho en encontrar una salida. Fuera, aunque no había ni pizca de luz, sintieron la nieve y escucharon la ventisca que supusieron que les dificultaría mucho el resto de la travesía.

—Haremos noche aquí —decidió el kepleriano.

—¿Cómo? —exclamó Ferrara—. ¿Aquí? ¿No estaremos demasiado cerca de los Yokai?

—Sí, pero dudo que se acerquen con este temporal.

—Tampoco parece que tengamos muchas opciones —dijo Emily.

—¿Sabes al menos dónde estamos? —preguntó Rakesh.

—No estoy seguro —confesó—. Tendremos que comprobarlo mañana, cuando haya luz y el temporal amaine. Es demasiado peligroso salir ahora.

Improvisaron un pequeño campamento en un recoveco de la galería, cerca de la salida pero resguardados del frío exterior. Robert dispuso a las mulas para que actuaran de barrera en caso

de ataque de los Yokai y Emily ayudó a Yisht a preparar un lecho lo más cálido posible. Aunque la joven kepleriana parecía que no acababa de templarse.

—¿Podemos hacer un fuego aquí? —preguntó Emily.

—No sería muy recomendable —dijo Haagar—. Los acechadores tienen un olfato bastante sensible. El fuego les molestaría y en poco tiempo tendríamos aquí a un pequeño grupo de bienvenida.

—Entiendo. Descartado entonces.

Haagar le ofreció algo de carne seca a Yisht y ella compartió el poco pan que le quedaba con él. Todos comieron sin apenas intercambiar palabra. Por encima del frío y la tensión propia de una jornada tan intensa, el cansancio había comenzado a pasarles factura. Incluso a pesar de llevar el traje, Emily se notaba exhausta. Así que, tras taparse lo mejor que pudieron con todas las mantas que llevaban en las mulas, se acercaron los unos a los otros todo lo que pudieron para evitar que le frío se adueñara de sus cuerpos y se dispusieron a dormir. Y aunque Haagar se comprometió a estar alerta, Ada se encargaría de despertarles si detectaba algún ruido o movimiento inesperado.

El paso nevado

5 de noviembre del año 0

Camino al pueblo Gaal-El, Kepler-442b

Emily pasó la noche en un incómodo duermevela. Aunque estaba muy cansada, la tensión del momento y el silbido del viento en el exterior hizo que se despertara cada dos por tres. Cuando abrió los ojos esa mañana, tan solo Haagar estaba despierto.

—Buenos días —saludó al kepleriano.

—Buenos días. ¿Has podido dormir algo?

—A ratos —se lamentó ella—. ¿Ha habido noticias de los Yokai?

—Diría que han regresado con el resto de su prole hace un par de horas —le contó en voz baja—. Desde entonces, la actividad solo ha disminuido.

Cuando estuvieron todos levantados desayunaron algo ligero. Muy pronto tendrían que ponerse en marcha. Los primeros rayos de luz ya asomaban por la salida del laberinto y en el exterior parecía que imperaba la calma.

—¿Cuánto queda hasta el poblado de los Gaal-El? —le preguntó Rakesh a Haagar.

—No estoy seguro —dijo—. Esta salida no es la habitual. Tengo que orientarme al salir, pero diría que estamos demasiado arriba, se empieza a notar la falta de aire.

Emily miró el altímetro de su traje: cuatro mil doscientos ochenta y dos metros. No lo comentó porque entendió que era un dato que no era de interés para Haagar, al fin y al cabo, sin instrumentación de ningún tipo, estaba claro que se guiaba por sus sensaciones.

—Bien, retomemos la marcha —dijo Haagar cuando estuvieron listos.

Fuera encontraron un día nublado. Un precioso manto blanco cubría la inclinada superficie que tenían a la vista. El terreno era algo irregular y les preocupaba avanzar sin saber qué había debajo de la nieve. Un paso en falso y rodarían cientos de metros hacia abajo.

Haagar miró en todas las direcciones y revisó lo que había más arriba. También se asomó con cuidado para mirar hacia abajo. Por suerte no había niebla y pudieron ver los minúsculos árboles que se distinguían muchos metros más abajo.

—Tenemos que volver hacia atrás —dijo—. Deberíamos haber salido por aquella zona de allí abajo —señaló.

Rebuscó en su petate, sacó una especie de raquetas hechas con madera y cuerda y se colocó cada una en un pie.

—Entiendo que no habéis venido con raquetas ¿verdad? —preguntó.

—No, no tenemos —dijo Emily.

—De acuerdo —refunfuñó—, la marcha será lenta, entonces. Me adelantaré para evaluar el terreno —dijo.

Caminaron con mucha precaución y dificultad. Cada vez que daban un paso, no sabían hasta

dónde se les iba a hundir la pierna.

—Pisad donde yo piso —les indicó Robert, que lideraba la marcha y abría el camino con pasos cortos y lentos.

Haagar regresó al cabo de un rato.

—Creo que ya se dónde está con exactitud el punto desde el que debemos continuar —le explicó a Robert—. Tenemos que bajar hasta aquella pequeña loma que hay allí y después giraremos hacia el otro lado para continuar hasta el paso nevado de Dipyaa.

—Entendido —dijo Robert.

La marcha descendente se hizo pesada y larga. Hubo momentos en los que se hundieron hasta las caderas, lo que les dificultaba mucho el avance, incluso aunque Robert les estuviera abriendo un pequeño sendero. Emily estaba muy preocupada por Yisht. No había parado de tiritar desde que habían salido de la cueva. Notaba que, a pesar de la cantidad de ropa que llevaba, el frío se había adueñado de su cuerpo. Le puso una de las mantas térmicas de color plateado que llevaban en la mula para ver si era capaz de retener algo de calor.

—¿Te encuentras bien? —la preguntó con preocupación.

—Tengo mucho frío —reconoció tiritando—. Pero estoy bien. Tenemos que seguir.

Tardaron más de lo previsto en alcanzar la loma en la que tenían que cambiar de dirección. El terreno era irregular y si no tenían cuidado podrían incluso provocar un alud que acabara de forma abrupta con la marcha. Las dos mulas cerraban la caravana. A ellas al menos no les afectaba la nieve y el frío. Iban a su ritmo, analizando cada paso que daban y asegurando su pisada gracias a los miles de sensores de los que disponían.

Por fin llegaron al punto por el que Haagar había planificado salir en un primer momento de aquel laberinto de galerías que conformaban las minas.

—Desde aquí, en condiciones normales, estaríamos a cuatro horas del poblado Gaal-El —anunció Haagar—. Pero con el ritmo que llevamos, tardaremos más del doble.

—Llegaremos casi al anochecer —confirmó Emily.

A media mañana hicieron un alto en una hendidura de la montaña, donde encontraron algo de cobijo y donde, por suerte, no había nieve. Necesitaban reponer fuerzas y comer algo. Yisht pudo recuperar algo de calor, pero Emily notaba que se encontraba muy débil.

—¿Podemos encender un fuego aquí? —preguntó.

—¿Con qué? —preguntó Haagar—. No hay madera en kilómetros. Y aunque la hubiera, estaría verde y húmeda.

—No necesitamos madera —dijo ella—. Pregunto si es seguro encender un fuego.

—Sí, es seguro —dijo el ermitaño, encogiéndose de hombros—. Dudo que ninguno de los Khaavahki que estáis intentado evitar estén vigilando las montañas.

Emily rebuscó entre el material que portaban en una de las mulas. Tras unos instantes, abrió una bolsa de tela impermeable y extrajo un bloque rectangular con aspecto de madera prensada de unos cincuenta centímetros de ancho. Separó unas tiras del bloque y las colocó en el suelo, formando una especie de pirámide. Después, separó una última tira y la partió por la mitad. En los dos extremos recién partidos aparecieron sendas llamas de fuego de un color anaranjado. Haagar casi se cae al suelo del susto.

—Pero ¡por los cuernos de mi abuelo!, ¡¿cómo has hecho eso?! —preguntó atónito.

Emily rio con ganas al ver la reacción del experimentado Haagar.

—Es tecnología humana —le explicó—. Son tiras de alto contenido calórico. Una hoguera como esta puede dar calor durante una hora. En su interior tienen una barra de un compuesto piróforo que entra en combustión espontánea cuando está en contacto con el oxígeno del aire.

Emily colocó las dos tiras que acababa de partir, y que estaban provocando una generosa llama, bajo la pequeña pira que acababa de colocar en el suelo con el resto de las tiras. En unos segundos tenían una hoguera que desprendía un agradable calor.

—Jovencita —le dijo a Emily—, he de reconocer que a este viejo kepleriano le sorprendían ya muy pocas cosas, pero esa tecnología humana para hacer fuego ha logrado hacerlo.

Emily agarró la bolsa de tela impermeable y se la ofreció a Haagar.

—Quédatela —dijo—. Puedes usarlo como madera, o también para encender madera de verdad partiendo una tira por la mitad. Sé que no es un pago justo por los riesgos que has tenido que afrontar, pero tómalo como un obsequio de buena voluntad.

—¡Oh! —dijo algo incómodo—. Yo... no pretendía... Pero gracias. Muchas gracias. Es un gran obsequio.

Yisht por fin pareció recuperar un poco su temperatura corporal. Se sentó con los pies y las manos cerca de la improvisada hoguera.

—Gracias, Emily —dijo—. Ya estoy entrando en calor.

—¿Qué esperáis encontrar donde los Gaal-El? Si puede saberse, claro... —se animó a preguntar Haagar.

—Respuestas —dijo Emily—. Hemos perdido a algunos de los nuestros y quizá ellos sepan qué les pasó.

—Lamento oír eso —dijo él—. Y lamento aún más ser pesimista, pero dudo mucho que encontréis ninguna respuesta con los Gaal-El. No son el pueblo respetado y sabio que eran hace años. Los keplerianos dejaron de creer en sus tonterías hace ya mucho tiempo. Waafdiv, su líder, no es más que un pobre diablo que se pasa los días ahogando sus miserias en el fondo de una jarra de arborumel.

—Aunque así sea —respondió Emily—. Tenemos que intentarlo.

Cuando Yisht dio señales de estar ya recuperada, volvieron al camino. Una vez más, Robert asumió el liderazgo del grupo y marcó la senda para el resto mientras Haagar inspeccionaba la ruta a seguir unos metros por delante. Las dos mulas cerraban el grupo, como de costumbre. Esta vez pudieron acelerar un poco la marcha; descender algo de altura les estaba permitiendo moverse por una zona con menos nieve. Aun así, lo escarpado del terreno lo complicaba todavía bastante.

—Nos acercamos al paso de Dipyaa —informó Haagar en una de sus múltiples idas y venidas—. Debemos tener mucho cuidado, es un paso bastante angosto, no apto para gente con problemas de vértigo. Y el viento en esa zona suele ser bastante fuerte. Calculo que llegaremos en media hora.

Emily y los demás notaron cómo la pendiente de la montaña se iba haciendo cada vez más y más pronunciada. Para cuando llegaron al paso de Dipyaa, lo que tenían a su izquierda era una pared de roca vertical.

—Será mejor que no miréis hacia abajo —les sugirió Rakesh, arrepentido por haberse asomado al abismo.

—Ni hacia arriba —añadió Haagar.

Emily no pudo contener la curiosidad y giró su cuello hacia arriba. La nieve caída en los últimos días, junto con el hielo permanente de la zona, había formado una especie de visera blanca a unos treinta metros sobre sus cabezas. Si algún pedazo de esas viseras se venía abajo, no tendrían escapatoria.

—El paso se extiende durante un kilómetro más o menos —avisó Haagar—. Más adelante se ensancha un poco, pero ahora tendremos un buen trecho en el que solo podremos caminar en fila de a uno. Tened cuidado con dónde pisáis, una pequeña roca que se desprenda y podríamos no contarlo.

Haagar abría la marcha y el resto lo seguían en fila: Robert, Yisht, Rakesh, Ferrara, Emily y, por último, las dos mulas. Los primeros pasos fueron lentos por el miedo a dar un paso en falso. Además, el viento soplabla con fuerza y de vez en cuando alguna racha era tan intensa que los ponía en aprietos.

Emily iba pendiente de las mulas ya que, a pesar de desenvolverse bien en casi todo tipo de terrenos, sus patas tenían una distancia lo bastante grande como para que la estrechez del sendero les causara problemas. Sin embargo, parecían llevarlo bastante bien. De hecho, ellas mismas habían decidido inclinar la carga hacia la pared de la izquierda para modificar su punto de gravedad y estar preparadas para cualquier eventualidad.

Habían recorrido casi la mitad del paso cuando llegaron a un estrecho giro que Haagar recomendó a todos que lo pasaran de lado. El anciano se sacó la mochila de su espalda y se la colocó en el pecho, luego pegó la espalda a la pared de piedra y comenzó a caminar de costado, pisando con todo el cuidado del mundo en la pequeña repisa tallada en la roca que hacía las veces de camino.

Robert, que no llevaba más que su fusil, lo soltó para equilibrarse mejor y pasó sin problemas. Yisht dudó sobre cómo avanzar. Tenía una voluminosa mochila en la que llevaba alguna manta y abrigos. Robert intentó ayudarla.

—Dámela a mí —le dijo, volviendo hacia atrás y extendiendo el brazo.

Yisht se quitó la mochila y avanzó con su brazo izquierdo extendido, ofreciéndole la mochila a Robert. Fueron unos momentos muy tensos, el propio peso y el volumen de la mochila de Yisht podría desequilibrarla y hacer que la joven kepleriana se precipitara al vacío. Sin embargo, Robert pudo cogerle la carga y hacerle más hueco para que siguiera avanzando. Emily soltó un sonoro suspiro cuando comprobó que Yisht ya había pasado aquella zona tan estrecha sin problema.

Rakesh comenzó a dar pequeños pero seguros pasos. La tensión del antropólogo era evidente. Tardó algo más de lo esperado, ya que casi ni se atrevió a mirar al suelo para no perder el equilibrio. Ferrara fue la siguiente, y al igual que Robert solo tuvo que soltar el fusil para poder hacerlo con garantías.

Era el turno de Emily. Decidió, como el resto, pegarse mucho a la pared de detrás.

«Paso a paso», se dijo.

Primero aseguró el cuerpo con el pie izquierdo y, una vez asentado, movió el derecho para volverlos a juntar.

«Otra vez», se animó.

Se dio cuenta de que arrastraba los pies por la angosta repisa así que, para evitar tropiezos,

decidió levantar algo las plantas. El traje reaccionó con precisión y en nada se encontraba ya en el otro lado. Ya solo quedaban las mulas por pasar.

La primera de ellas era la superviviente de la Copérnico. Emily vio cómo las patas se juntaban casi en el borde de la cornisa, y a base de pequeños y constantes pasitos, fue bordeando la esquina. Dudó un par de veces al pisar en lo que pareció interpretar como zonas más débiles, así que optó por dar algún paso un poco más largo. Y, a pesar de lo imposible que parecía por la propia anchura de la cornisa, la primera estaba ya en el otro lado.

—Vaya —reconoció Haagar impresionado—. Es la segunda vez que la tecnología humana me sorprende hoy.

—Pues deberías ver de lo que son capaces las aspiradoras —bromeó Rakesh.

La otra mula imitó su predecesora. Todo iba bien, aunque en este caso no evaluó de forma correcta los riesgos de pisar en determinadas zonas del borde y continuó dando pequeños pasos, con la mala suerte de que pisó una zona poco sólida. Perdió el apoyo de sus patas delanteras cuando la zona de la cornisa sobre la que pisó se desprendió. Y aunque en un rápido movimiento encogió las patas, no pudo obtener la suficiente tracción como para evitar la caída.

Haagar, horrorizado al ver lo que estaba ocurriendo, gritó tan alto como pudo:

—¡Corred! ¡Rápido! ¡Tenemos que llegar al otro extremo!

Todos, asustados por la alerta del ermitaño, comenzaron a correr sin entender demasiado los motivos. El estruendo del golpe de la mula contra el suelo, decenas de metros más abajo, tardó unos segundos en oírse. Pero poco después escucharon un grave y profundo crujido en la zona del impacto. La nieve acumulada en la zona inferior de la cornisa se fracturó, lo que provocó que el enorme bloque de hielo perdiera su sustento y se precipitara hacia abajo. Otros bloques de nieve, de tamaño considerable, que descansaban sobre el que se acababa de desprender, comenzaron a caer uno tras otro provocando una reacción en cadena que en poco tiempo llegó a las viseras que tenían sobre sus cabezas. Todos corrieron como alma que lleva el diablo, sin tener en cuenta la estrechez del lugar por el que estaban pisando.

Emily no fue capaz de darse la vuelta ni de mirar hacia arriba hasta que la pared vertical de su izquierda casi desapareció por completo y volvieron a una zona más amplia y segura. Un estruendo golpeó el angosto pasadizo por el que acababan de cruzar. Las viseras de hielo habían caído sobre el paso y a buen seguro habían provocado que parte de la roca se desprendiera debido al impacto.

—Si no hubiéramos reaccionado tan rápido, habríamos muerto —murmuró Rakesh con el corazón en la garganta.

—Retiro lo dicho —dijo Haagar—. Vuestros artilugios ya no me impresionan tanto.

—Sí, yo también —confirmó Robert.

—¿Qué había en la mula? —preguntó Rakesh.

—Comida, agua, oxígeno —enumeró Emily mientras recuperaba el aliento.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó alarmado.

—Tenemos algo de todo eso en la otra —dijo—. Aunque me temo que no suficiente para el camino de vuelta.

—Pero diría que ya no podemos volver por aquí —comentó Ferrara—. Tendremos que buscar otra manera de regresar a la base.

—Ya nos preocuparemos luego de eso —dijo Robert—. Será mejor que nos movamos, no quiero estar aquí si hay otro alud.

Continuaron el camino por el que Haagar les conducía. Por suerte, ya parecían haber superado todos los puntos peligrosos del trazado.

—A partir de ahora será todo cuesta abajo —les anunció Haagar.

—Eso es justo lo que más me preocupa —dijo Rakesh.

En poco tiempo, la nieve comenzó a ser menos abundante hasta casi desaparecer por completo. Volvieron a penetrar en una zona boscosa e incluso encontraron un pequeño sendero que, según Haagar, conducía hasta el poblado Gaal-El.

Llegaron por el oeste. Era mucho más pequeño y estaba en peores condiciones que el de los Wiikhaadiiz ofiz. Por todas partes pudieron ver cabañas antiguas abandonadas y destrozadas por el paso del tiempo. Las avenidas se encontraban llenas de maleza y vegetación. Desde luego, aquel lugar había conocido épocas mejores.

El sol entregaba los últimos rayos de luz, y debido a la cantidad de vegetación que había en ese bosque esta comenzaba a ser muy escasa. Además, el poblado estaba enclaustrado en una zona angosta rodeada por enormes acantilados de piedra, lo cual lo hacía todavía más oscuro.

Por las avenidas no se veía un alma, parecía un pueblo fantasma. Apenas algún anciano kepleriano que descansaba fumando en el porche de su desvencijada cabaña aprovechando los últimos minutos de luz del día.

—Vaya —dijo Ferrara—, este lugar parece muy decadente.

—La población de los Gaal-El se ha reducido drásticamente en los últimos cientos de años —les explicó Haagar—. Apenas quedan sacerdotes, y los habitantes civiles más jóvenes son atraídos por el mejor desarrollo y condiciones de vida del resto de las poblaciones. Aquí están abocados a la miseria. No creo que superen el millar de habitantes, y casi seguro que la mayoría serán ancianos.

Atravesaron alguna avenida de árboles majestuosos que tendrían sin duda varios miles de años keplerianos. Emily estaba convencida de que en otra época ese mismo lugar habría sido algo digno de ver. Ahora, sin embargo, todo estaba muy descuidado y lleno de vegetación, lo que impedía la construcción de nuevas estructuras que sustituyeran a las viejas, que se caían a pedazos.

—No entiendo cómo pueden vivir en estas condiciones —comentó Ferrara.

—La mayoría de ellos no han conocido otra cosa —dijo Haagar.

Llegaron a una encrucijada. A juzgar por la altura de los árboles, el aspecto más cuidado de las cabañas y la ausencia de vegetación, se trataba del centro neurálgico del poblado. Distaba mucho de ofrecer la buena impresión que el poblado de Yisht les había dejado la primera vez que lo vieron. Y aunque los edificios de madera estaban mejor conservados, y hasta pudieron ver alguno de piedra de varias alturas, no eran comparables con los de Wiikhaadiiz ofiz.

Un kepleriano bastante joven, vestido con un roído y desgastado hábito de tela gris y que parecía bastante nervioso y apurado, se les acercó.

—Saludos, extranjeros —dijo—. Mi nombre es Liikmi, me envía el sumo sacerdote Waafdiv.

—Saludos, Liikmi. Yo soy la doctora Emily Rhodes y estos son mis compañeros, el teniente Robert Beaufort, la soldado Ferrara y el doctor Rakesh Kumar. Y ellos son nuestros amigos Yisht y Haagar.

El joven kepleriano los saludó con una inclinación de cabeza y los condujo hasta uno de los edificios aledaños, uno que parecía estar en bastantes buenas condiciones a pesar de ser de madera. En el pequeño hogar de piedra que había en el interior de la cabaña las llamas de una generosa hoguera crepitaban con alegría. Unas pocas mesas y una pequeña barra de madera daban a entender que ese lugar había sido una especie de posada en otra época. Pero al igual que el resto del poblado, tenía aspecto de haber conocido tiempos mejores. Ahora, sin los clientes propios de un lugar transitado, había caído en decadencia. Quizá hasta sus antiguos dueños habían envejecido y pasado a mejor vida.

—El sumo sacerdote me ha ordenado que les acomode en el poblado para que pasen la noche aquí y puedan descansar. Imagino que el camino habrá sido largo y duro.

—Lo cierto es que sí —respondió Emily—. Te lo agradecemos.

—¿Tienen hambre? —preguntó—. Puedo traerles algo para cenar, si así lo desean.

Emily miró a Yisht, cuyos ojos agradecieron el ofrecimiento.

—Sí por favor, aunque solo para ellos dos —dijo—. Y creo que agradecerían algo caliente.

—Por supuesto —dijo el emisario—. Por favor, esperen aquí, enseguida vuelvo.

El joven abandonó la cabaña y cruzó la avenida en dirección a otro edificio. Yisht aprovechó para quitarse la mochila y acercarse al fuego para entrar en calor. Haagar, Ferrara y Rakesh se sentaron, derrotados, en una de las mesas.

—¿Crees que este lugar es seguro? —preguntó Emily.

—No he visto presencia militar —observó Robert—. Y como dice Haagar, la población está muy envejecida. Dudo que tengamos problemas aquí. ¿Te esperabas algo así? —le preguntó a continuación.

—No —reconoció ella—. El poblado de Yisht es impresionante comparado con esto. Parecen las ruinas de una antigua civilización. Veremos lo que ocurre mañana.

Liikmi volvió a aparecer acompañado de una joven ataviada con un vestido gris. Entre ambos portaban una pequeña marmita con un par de platos de madera, dos cucharas y dos grandes jarras de bebida.

—No sabíamos si deseaban beber solo agua, así que les hemos traído también una jarra con la fermentación de la savia de algunos árboles propios de la zona —dijo Liikmi—. Son de la mismísima bodega del sumo sacerdote.

Haagar agradeció poder beber algo después de dos días de travesía. Y Yisht, que declinó la bebida alcohólica, poco menos que devoró el plato de estofado que la joven kepleriana les había servido con generosidad.

—Hay que reconocer que el sumo sacerdote sabe lo que se hace —dijo Haagar, satisfecho con su jarra.

—Creo que he comido demasiado rápido —murmuró Yisht, llevándose las manos al estómago cuando acabó su plato.

La joven kepleriana recogió la mesa y les dejó con Liikmi.

—Si quieren, los puedo llevar a las habitaciones donde pasaran la noche —les dijo.

—De acuerdo —aceptó Rakesh—. Ya va siendo hora de dormir.

Subieron por unas escaleras de madera hasta la planta superior, abrió un par de puertas que estaban cerradas con una enorme llave metálica y les invitó a entrar.

—Esta para los señores —indicó—. Y esta para ustedes.

El joven abrió los ojos como platos al ver cómo la mula subía las escaleras y entraba en la habitación de Emily y Yisht.

—Tranquilo —le dijo Emily con una sonrisa divertida—. Es una hembra, viene con nosotras.

—Aquí tienen varias camas —dijo—. Mañana volveré a buscarles en cuanto los primeros rayos de luz asomen por el cielo. Y después subiremos al monasterio, donde les espera ya el sumo sacerdote.

—Gracias, Liikmi —dijo Yisht.

El joven hizo una pequeña reverencia y lo oyeron bajar las escaleras y cerrar la puerta del edificio tras de sí.

—¿Estaréis bien? —preguntó Robert—. Podríamos dormir todos juntos, a nosotros nos va a dar igual quedarnos en el suelo.

—Así está bien —dijo Emily—. Prefiero darle algo de intimidad a Yisht por una noche.

—De acuerdo —aceptó Robert—. Ferrara ha preparado un dron para vigilar la zona y Ada se encargará de avisarnos. Y si hay cualquier problema, tenemos la radio.

—¡Ah! Llevaos la mula —dijo Emily—. Yo no necesito oxígeno, y Ferrara puede cargar su batería y su depósito mientras subimos mañana al monasterio.

—Bien —dijo él.

—Qué pena no poder quitarnos estos trajes —dijo Emily acercándose a él—. Aunque solo fuera un momento.

Robert la abrazó, y aunque era una bonita sensación, distaba mucho de sentirse como un abrazo real.

—Sí —dijo él—. Es una pena.

El culto de los Gaal-El

6 de noviembre del año 0

Poblado Gaal-El, Kepler-442b

Estaba más cansada que nunca, pero aun así pudo oír como Yisht había murmurado en sueños durante toda la noche. La joven kepleriana pasó por constantes pesadillas y despertares inquietos. Eso, sumado a los ronquidos de Ferrara y la incomodidad del traje para poder descansar, hizo que Emily se despertara cada poco tiempo.

Pero en cuanto los primeros y tímidos rayos de luz asomaron por la pequeña ventana de la habitación que compartían, Emily comenzó a escuchar el quejido del suelo de madera en la estancia contigua. Supo que alguno de los hombres se había despertado ya y que había llegado el momento de levantarse.

—¿Yisht? —llamó.

—Buenos días —respondió ella.

—¿Has podido descansar algo?

—Creo que sí —dijo—. Aunque he tenido muchas pesadillas.

—¿Soñáis también los keplerianos? —preguntó.

—Sí, pero no siempre cosas agradables, me temo.

—Tenemos muchas cosas en común —afirmó Emily—. Desde que estoy aquí no hago más que darme cuenta de que ambas especies somos bastante parecidas. Aunque no mucho en lo físico, tenemos actividades fisiológicas similares y nuestras sociedades son muy parecidas.

—Sí, es curioso —se encogió de hombros.

—Da que pensar.

—¿A qué te refieres? —quiso saber la joven.

—Que a pesar de tener tecnología lo bastante avanzada como para poder cruzar el universo de punta a punta —explicó Emily—, el ser humano, supongo que al igual que los keplerianos, conoce muy poco sobre sus orígenes. En la antigüedad teníamos cultos similares al de los Gaal-El, en los que se fantaseaba con que uno o varios dioses habían creado la Tierra y al ser humano. Muchos de esos credos cayeron en el olvido, pero más tarde surgieron otros nuevos, aunque lo cierto es que seguimos sin conocer bien nuestro propio pasado.

»Incluso hubo algunas pseudo religiones que sostenían que el ser humano fue en realidad creado o modificado por otros seres inteligentes de otro planeta para poblar el nuestro, pero se acabaron tachando de supercherías. Nunca había creído en nada de eso, supongo que siempre he preferido pensar que todos somos el resultado de una maravillosa casualidad de mutaciones genéticas y una evolución constante que nos hicieron como en realidad somos.

»Pero desde que hemos llegado aquí y hemos conocido vuestra civilización, reconozco que me entran dudas sobre si en realidad existe alguna raza superior que se ha dedicado a experimentar con nosotros en diferentes lugares.

—¿Crees que los dioses a los que rezan los Gaal-El crearon también a los humanos? —preguntó incrédula.

—Suenas auténtica locura —reconoció Emily—, pero a estas alturas ya nada me sorprendería.

Después de esta reflexión despertaron a Ferrara, que roncaba con placidez tumbada en el suelo. Las tres bajaron al piso inferior, donde ya esperaba el resto del equipo.

—Buenos días —saludó Emily—. ¿Habéis descansado?

—Yo sí; estaba tan agotado que ni me he enterado de lo incómodo que es este traje para dormir —dijo Rakesh.

Liikmi apareció de improviso en la cabaña. Portaba una bandeja con algo de fruta, carne seca y algo parecido a un queso.

—Buenos días —saludó cortés—. Aquí les dejo esto para que puedan desayunar.

—Gracias, Liikmi —agradeció Yisht.

—¿Puedo hacer algo... bueno... por ustedes? —se dirigió a los cuatro humanos.

—No, gracias —respondió Emily—. Tenemos nuestra propia comida.

—De acuerdo —dijo. Dudó un instante si quedarse allí esperando a que desayunaran, pero acabó por abandonar la posada y dejarlos a su aire.

—Parece muy atento —comentó Robert.

—Sí —confirmó Yisht—. Todos los Gaal-El lo son.

—La verdad es que la fruta kepleriana tiene una pinta estupenda. —Emily observó las piezas de diferentes tamaños y colores que el ayudante del sumo sacerdote les había dejado en una pequeña cesta.

—Cualquier cosa tiene buena pinta comparada con esta maldita papilla —dijo Ferrara resignada mientras sorbía su desayuno.

Cuando Haagar y Yisht acabaron de comer el siempre atento Liikmi apareció de nuevo y recogió lo que quedaba en la mesa.

—¿Les parece que nos vayamos en cuanto deje todo esto? —preguntó.

—Cuando quieras —le respondió Robert.

Así pues, los seis compañeros de viaje sumaron a un séptimo para cubrir la última etapa de su travesía: el ascenso al monasterio Gaal-El. El camino, que partía de una de las arterias principales del poblado, estaba empedrado y parecía largo y empinado. Desde abajo se intuía cómo serpenteaba a lo largo de la ladera de la montaña y ascendía unos dos kilómetros más de altitud a lo largo de los quince de recorrido que separaban el poblado del monasterio. Al principio, frondosos árboles escoltaban la marcha del grupo, pero en cuanto tomaron las dos primeras curvas cerradas, hacia la derecha primero y a la izquierda unos cuantos metros después, los árboles comenzaron a desaparecer.

Un pequeño y antiguo muro de piedra bordeaba la ruta, y en cada curva había una estatua antigua. Parecían las representaciones de importantes miembros de la antigua sociedad Gaal-El. Emily supuso que serían los antecesores del sumo sacerdote o personas ilustres que aportaron a la causa. Pero la mayoría estaban en unas condiciones tan deplorables que a duras penas podían distinguirse sus facciones. Incluso las inscripciones que figuraban a sus pies eran ilegibles debido al desgaste natural de la piedra. También el murete había comenzado a derrumbarse en algunas

zonas. Aquella ascensión era un fiel reflejo de la decadencia del que antaño fuera el orgulloso poblado de los líderes keplerianos.

Según ascendían por el camino empedrado, y ya sin impedimentos de ningún tipo, pudieron contemplar las asombrosas vistas que tenían desde la ladera de piedra. Ese día no había ni una sola nube en el cielo, y el rojo de los árboles era especialmente intenso en esa época del año.

—Qué vistas tan preciosas —murmuró Yisht.

—Sí, es impresionante —coincidió Rakesh.

Tras unas pocas horas y muchas curvas hacia ambos lados, llegaron a una explanada de piedra. Justo a la entrada de la misma dos enormes y desgastadas estatuas, que sin duda habían vivido mejores épocas, recibían a los visitantes. A ambos lados de aquella explanada, multitud de pequeños edificios contruidos en piedra parecían servir de dependencias y lugares de culto para los creyentes. A unos escasos cincuenta metros de allí partía una imponente escalinata de mármol adornada con columnas y bustos de otra plétora de personajes ilustres. Y al fondo, ya por encima de la escalinata, se veía por fin el frontal del monasterio, tallado directamente en la roca de la montaña. Se alzaba majestuoso a pesar del paso de los años.

Tenía una serie de columnas decoradas con diseños geométricos y relieves de animales que parecían cobrar vida a medida que la luz del sol se filtraba entre ellas. En la parte superior había un enorme arco plagado de misteriosas inscripciones que les daba la bienvenida al imponente templo de los Gaal-El.

Había poca actividad en aquel lugar. Apenas si pudieron ver un par de personas ataviadas con sus grises túnicas y provistos de las herramientas típicas de un hortelano. Subieron las escaleras admirando los increíbles detalles de todos y cada uno de los bustos de mármol que los escoltaban. De alguna manera, el material de aquel lugar había aguantado mucho mejor el paso del tiempo que el resto del poblado.

—Esto es grandioso —exclamó Yisht con admiración.

—El detalle de estos bustos es exquisito —dijo Rakesh.

—Son los antiguos sumos sacerdotes del culto —les explicó Liikmi con orgullo—. Por desgracia, nuestro pueblo ha perdido la grandeza de antaño y ya nos es muy difícil mantener en pie siquiera lo que tenemos aquí.

Una vez en la entrada del templo, pudieron comprobar la verdadera dimensión y detalle del frontal del monasterio. La piedra estaba algo desgastada por el paso del tiempo. Sin embargo, se podía intuir la cantidad de detalles, frisos e imágenes típicas de la vida kepleriana.

—Si me acompaña, doctora Emily Rhodes —pidió Liikmi—, la llevaré ante el sumo sacerdote.

—Por supuesto.

Ambos cruzaron el umbral del templo. Emily se quedó impresionada por los finos detalles de la lámina de metal rojizo que cubría las enormes hojas de madera de la puerta. En cada una de ellas había cinco pasajes, uno encima del otro, con las creencias y costumbres de los Gaal-El. Y aunque no pudo detenerse a observarlas con detenimiento, pudo ver la calidad y talento del artista que las grabó en el metal rojizo.

En el interior del templo estaba oscuro y Emily tuvo que encender la visión infrarroja de su traje para poder ver algo. Lo que vio la dejó impresionada. Lo que parecía la entrada a un templo construido por los keplerianos era en realidad una enorme e impresionante cueva, seguramente

habilitada por los antepasados de los Gaal-El como templo en el que realizar sus plegarias.

En el techo de la propia cueva se podían observar unos finísimos frescos de gran colorido que, a pesar de su deficiente estado de conservación, daba la impresión de que en otra época hubieran podido rivalizar con los de la mismísima Capilla Sixtina.

Liikmi se disculpó un momento y se dirigió a uno de los laterales de la cueva. Allí recogió una pequeña tinaja de barro y la llenó con agua de una pileta. Una vez llena, volvió hasta donde esperaba Emily.

—Sígame por aquí, el sumo sacerdote estará, como de costumbre, en el altar.

Emily tenía dificultades para distinguir algo mucho más allá de unos pocos metros, pero pudo entrever una especie de retablo en la parte delantera de aquella cueva reconvertida en templo religioso. Allí, tal y como había anunciado Liikmi, había un precioso altar macizo de mármol blanco. Tirado en el suelo con una jarra vacía en la mano encontraron a un kepleriano de mediana edad ataviado con una desvencijada túnica llena de lamparones. Aunque de no estar en un estado tan deplorable podría ser tan lujosa y fina como la de la propia Khikhya.

Liikmi, sin mediar palabra con aquel kepleriano, que parecía roncar con placidez en una postura imposible, le arrojó el contenido de la tinaja a la cabeza.

—¡Por todos los dioses! —exclamó el kepleriano mientras se despertaba de forma abrupta—. ¡¿Qué ocurre?!

—Su ilustrísima, los extranjeros ya están aquí —informó el ayudante.

El sumo sacerdote dio un respingo y se levantó con celeridad del suelo.

—¡Oh! Ya veo. ¿Por qué no he sido informado en cuanto han llegado? —preguntó con una falsa indignación—. Sé bienvenida a nuestra humilde morada —añadió, haciendo una torpe reverencia que casi le hizo trastabillar.

Emily no supo muy bien cómo actuar en aquella situación. Ya le habían advertido de que aquel kepleriano se pasaba las horas bebiendo. Comenzaba a dudar de si iba a ser capaz de ayudarlos en algo. Sobre todo teniendo en cuenta que casi no podía ni mantenerse en pie.

—Liikmi, avisa al resto de los hermanos —ordenó—. ¿Qué clase de bienvenida estamos dando a nuestros invitados?

Su joven ayudante soltó un suspiro y, tras hacer una reverencia, se retiró para cumplir el mandato del sumo sacerdote. El todavía somnoliento líder de los Gaal-El pareció buscar algo a su alrededor. Enseguida lo encontró. Era un elegante báculo de madera gris con un pomo metálico en la parte superior. Estaba en el suelo, justo al otro lado del altar. Lo cogió y lo utilizó como apoyo para poder mantener la vertical. Emily no quiso ni imaginar lo que podría apestar aquel kepleriano a alcohol.

—Permítame que le muestre nuestro templo —dijo a continuación—. Se construyó utilizando la cueva donde nuestros ancestros se ocultaron de la amenaza de los Khol —empezó—. Todo esto que ve ahora mismo fue durante siglos el principal refugio de los keplerianos en tiempos muy lejanos, mucho antes incluso de la Gran Revuelta. Este templo es lo único que nos queda anterior a aquella fatídica fecha. En los frescos de la parte superior se narra la profecía que da sentido a nuestro culto.

»El pueblo Gaal-El —continuó con sentimiento—, era un pueblo orgulloso, mis antecesores fueron queridos y respetados por todos los keplerianos. Lideraban nuestra civilización con sabiduría y respeto por las tradiciones. Esperaban el advenimiento de los dioses keplerianos que

nos librarían de la tiranía de los Khol.

»Sin embargo, el tiempo pasó y los keplerianos dejaron de esperar que las antiguas profecías se cumplieran. Se volvieron conformistas, y en cierta manera perdieron la esperanza de ser libres. Hoy por hoy, el cometido del sumo sacerdote Gaal-El tan solo se reduce a mantener vivos los recuerdos de aquella antigua sabiduría, los ecos de una época pasada en la que el pueblo kepleriano aún tenía esperanzas.

Emily, a pesar de la evidente falta de decoro y de higiene, amén de otra serie de problemas evidentes del sumo sacerdote, detectó una gran melancolía en su forma de hablar. Él mismo era el fiel reflejo del estado actual de su culto, olvidado por el resto de keplerianos y sin un propósito claro. Su único cometido era el de preservar un legado que se caía a pedazos y que corría el riesgo de convertirse en un mero recuerdo. ¿Quién no sentiría un gran pesar en su misma situación? De inmediato sintió una enorme compasión hacia aquel kepleriano desaliñado.

—Desde que entré en la orden y fui seleccionado por mi antecesor, he tenido el gran honor de preservar la obra que construyeron otros antes que yo —continuó—. Pero el tiempo es capaz de minar cualquier esperanza, y uno mismo se llega a plantear si este camino tiene en verdad algún sentido.

»Cuando Khikhya nos visitó hace unos días, supongo que algo de aquel joven y risueño novicio se despertó en mi interior —se sinceró—. Una raza de extranjeros que acababan de llegar a nuestro planeta. No te voy a engañar, no era lo que esperábamos en realidad, o al menos no es lo que me transmitieron mis predecesores. Pero ¿y si al final nuestros textos sagrados no debían ser interpretados de forma literal?, ¿y si solo nos intentaban preparar para tomar las decisiones correctas cuando se presentara la oportunidad? ¿No sería eso maravilloso y algo digno por lo que luchar?

Emily vio en sus ojos una luz de esperanza que le encogió el corazón.

—Lamento decirle —Emily eligió con sumo cuidado las palabras—, que los humanos no hemos venido a ayudar al pueblo kepleriano contra la amenaza de los Khol. De hecho, ni siquiera conocíamos de la existencia de los keplerianos hasta que llegamos aquí.

—Quizá ni siquiera vosotros conozcáis vuestro verdadero destino —respondió él—. Hace unos días yo solo era un pobre borracho que había entregado su vida a la desidia y a la desesperación, y ahora me encuentro hablando con una extranjera que de alguna manera puede representar lo que todos mis antecesores, desde el anterior hasta el primero de todos, estuvieron esperando durante todas sus vidas hasta que la muerte se los llevó.

Emily no quiso quitarle la esperanza al sumo sacerdote, pero necesitaba resolver cuanto antes las dudas que la habían acompañado hasta allí.

—Verá, Waafdiv, le seré sincera. Si hemos aceptado venir hasta aquí ha sido por que Khikhya nos ha asegurado que ustedes almacenan gran cantidad de información acerca de la historia kepleriana. Nuestro pueblo partió de nuestro planeta en dos naves diferentes. La nuestra ha llegado sin problemas, pero no hemos encontrado rastro de la otra. Necesitamos saber si en algún momento de la historia kepleriana sus antepasados se toparon con humanos como nosotros.

Él se quedó pensativo.

—Un acontecimiento así habría tenido gran relevancia entre mis predecesores —dijo con seguridad—. Estoy convencido de que algo así se mencionaría en alguno de los miles de textos históricos de los que disponemos. Lamento decirle que jamás he oído nada acerca del pueblo humano, ni de ningún otro pueblo. Aparte de los Khol, claro está.

Las esperanzas de Emily de aclarar cuál fue el destino de la Galileo se esfumaron como el humo. Debió de ser tan evidente la desilusión en su mirada, que el sumo sacerdote matizó sus palabras.

—Sin embargo, siempre podemos repasar la historia de nuestro pueblo para ver si encontramos algo que les pueda ayudar a encontrar a sus congéneres.

—Es usted muy amable —agradeció ella sin demasiado entusiasmo.

—No me dé las gracias. No la quiero engañar, se trata de algo interesado. También me gustaría enseñarles nuestra historia para que ver de qué manera pueden ayudarnos. Lo cierto es que el que debería de darle las gracias a ustedes soy yo. Han conseguido que recupere la ilusión.

Emily agradeció su gesto de amabilidad sincera y sin filtro. Entendía muy bien la situación de aquel kepleriano. Y no era menos cierto que si la humanidad pretendía quedarse en aquel planeta, tarde o temprano se tendrían que enfrentar a los Khol. Así que tal vez sus credos no eran tan disparatados y el verdadero propósito de los humanos en aquel lugar era el de salvar a los keplerianos de sus captores, o por lo menos intentarlo, habida cuenta de que no disponían del arsenal.

—Pero, un momento —dijo de repente el sumo sacerdote—. Creí que iban a venir varios de los suyos con usted.

—Oh sí —dijo ella—. Y así ha sido. También nos acompaña una de las ayudantes de Khikhya y un guía kepleriano. Aguardan fuera del templo.

—Vaya... ¡Este maldito Liikmi! —se quejó—. ¿Qué clase de anfitriones estarán pensando que somos? Vayamos a buscarlos.

Los dos dirigieron sus pasos de vuelta a la explanada de la entrada, donde esperaban con paciencia el resto de sus compañeros. Una vez en el exterior, Emily pudo comprobar que Liikmi había reunido ya a unos cincuenta cultistas que aguardaban con paciencia junto a sus amigos.

El sol ya estaba en su punto más álgido y en un día tan despejado como aquel, incluso la luz de la estrella podía llegar a ser molesta tras salir de un lugar tan oscuro como el templo Gaal-El. Emily hizo un gesto a sus amigos para que se acercaran y los presentó uno por uno al sumo sacerdote.

De repente, algo llamó la atención de este, que clavó la mirada en algo que se movía detrás de Robert. Cuatro patas robóticas se asomaron por detrás de la espalda del militar. La expresión del sumo sacerdote cambió por completo, sus ojos oscuros se abrieron como platos y su boca se tornó en una mueca de asombro y temor.

—¡Por todos los dioses! —dijo, volviéndose hacia Emily con cara de haber tenido una auténtica epifanía—. ¡Sois vosotros! ¡Vosotros sois los dioses de cobre! ¡Tú! —exclamó al señalar a Emily—. ¡Tú eres la elegida!

De inmediato, sus rodillas se apoyaron en el suelo y extendió sus brazos hacia ella en una profunda y total reverencia. Sin pensarlo un instante, el propio Liikmi y el resto de los cultistas congregados en la explanada imitaron a su sumo sacerdote y se inclinaron delante de Emily y sus amigos.

—¿Qué nos hemos perdido? —susurró Ferrara al ver la situación tan surrealista.

—Creo que piensan que soy una especie de salvadora o algo así —dijo Emily, apurada y sin saber muy bien cómo habían llegado a esa situación.

—Pero ¿qué les has dicho? —preguntó Robert.

—Nada —se defendió—. De hecho, le he intentado explicar que no estamos aquí por ellos.

—Pues parece que ha sido todo un éxito —ironizó Ferrara.

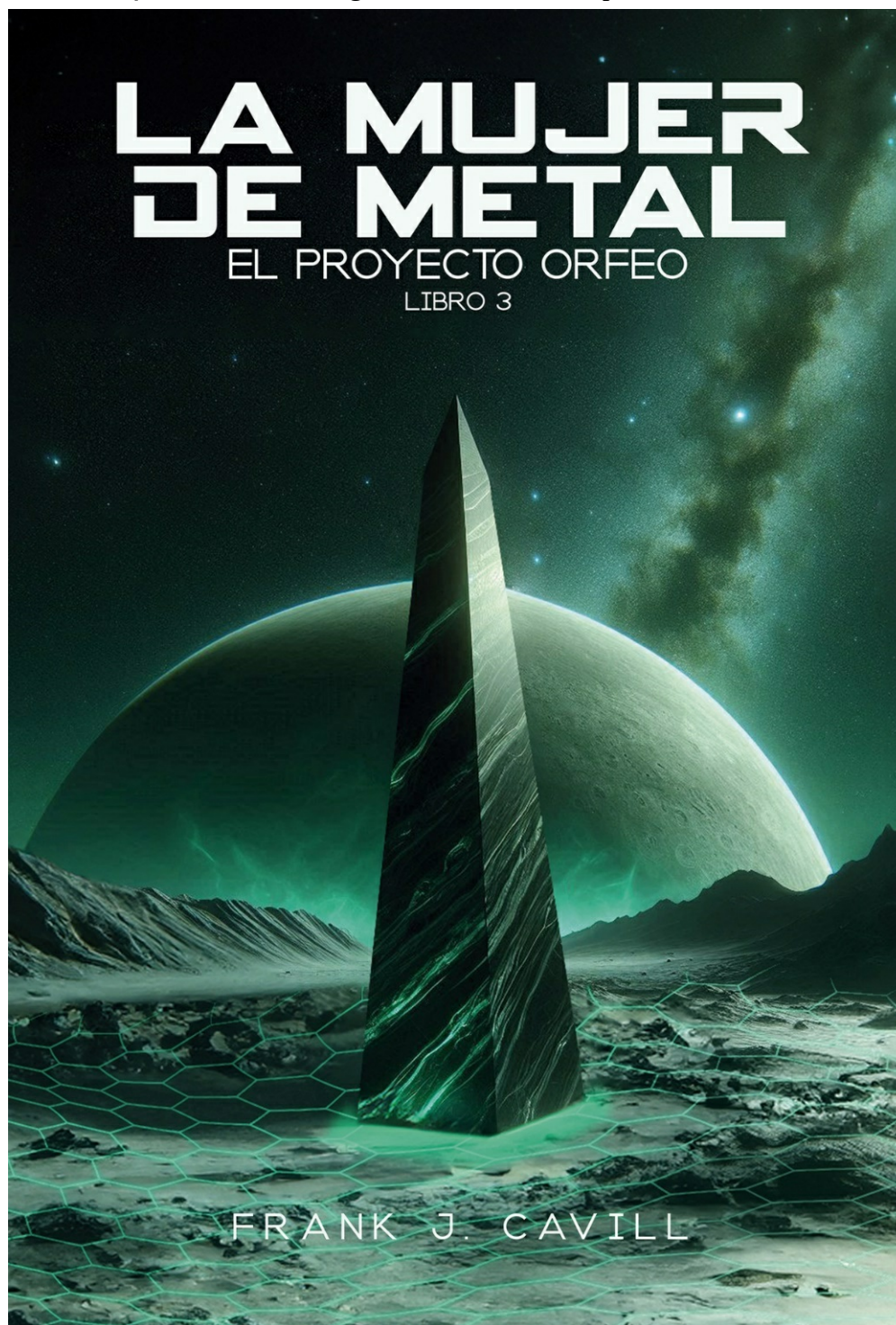
Los cultistas comenzaron a entonar una serie de salmos en honor a Emily.

—¡Salve, mujer de metal! Salvadora de los keplerianos.

La aventura continua en:

[La mujer de metal \(El Proyecto Orfeo, Libro 3\)](#)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!



Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

[Escribir mi opinión](#)

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C. y Nuria M. por ser las mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos, cuñados y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras. Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

[Todos mis libros en Amazon](#)

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

[Lista de Correo](#)

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: [Frank J. Cavill](#)

Web: frankjcavill.com

X: [@FrankJCavill](#)

Facebook: [FrankJCavill](#)

Threads: [@frankjcavill](#)

Instagram: [@frankjcavill](#)

TikTok: [@frankjcavill](#)

Mail: frankjcavill@gmail.com



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

[La mujer de metal \(El Proyecto Orfeo, Libro 3\)](#)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

